***Habitar Humano***

*en seis ensayos de Biología-Cultural*

Ximena Dávila Yáñez & Humberto Maturana Romesín



Humberto Maturana Romesín & Ximena Dávila Yáñez

HATR. TICO

en seis ensayos de Biología-Cultural

Inscripción N° 169.692 © Humbeto Maturana Romesín y Ximena Dávila Yáñez I.S.B.N. 978-956-306-041-6

Dirección : Juan Carlos Sáez Portada : Francia Prado Composición y diagramación : José Manuel Ferrer

Esta Primera edción de 2.000 ejemplares se terminó de imprimir en Quebecor World en abril de 2008

Edita y distribuye Comunicaciones Noreste ltda. [jcsaezc@vtr.net](mailto:jcsaezc@vtr.net) • Casilla 34-T Santiago Fono-Fax: 326 01 04 • 325 31 48 [www.jcsaezeditor.blogspot.com](http://www.jcsaezeditor.blogspot.com)

Derechos exclusivos reservados para todos los países. Prohibida su reproducción total o parcial, para uso privado o colectivo, en cualquier

MEDIO IMPRESO O ELECTRÓNICO, DE ACUERDO

A LAS LEYES N°17.336 Y 18.443 DE 1985 (Propiedad intelectual).

Impreso en Chile/Printed in Chile

Habitar Humano en seis ensayos de Biología-Cultural

Ximena Dávila Yáñez & Humberto Maturana Romesín

y

Humberto Maturana Romesín & Ximena Dávila Yáñez

C:\Users\Ana\AppData\Local\Temp\FineReader11.00\media\image2.png

i\* il i 1 i r

i-c-síez

Colección Instituto Matríztico J.C.Sáez Editor

ÍNDICE

[NOTA DEL EDITOR 9](#bookmark5)

PRESENTACIÓN

[COLECCIÓN INSTITUTO MATRÍZTICO 11](#bookmark6)

[PREFACIO 13](#bookmark7)

INTRODUCCIÓN 23

[ENLACE 1 30](#bookmark109)

I

ERAS PSÍQUICAS DE LA HUMANIDAD

Ximena Davila Yáñez y Humberto Maturana Romesín

[ERAS PSÍQUICAS DE LA HUMANIDAD 35](#bookmark8)

ERA PSÍQUICA ARCAICA 39

ERA PSÍQUICA MATRÍSTICA 42

ERA PSÍQUICA DEL APODERAMIENTO 46

ERA PSÍQUICA MODERNA 49

ERA PSÍQUICA POSTMODERNA 51

ERA PSÍQUICA POST-POSTMODERNA 54

APÉNDICE 1 62

APÉNDICE 2 63

[ENLACE II 65](#bookmark9)

II

BIOLOGÍA DEL TAO O

EL CAMINO DELAMAR

Humberto Maturana Romesín y Ximena Dávila Yáñez

[BIOLOGÍA DEL TAO O EL CAMINO DEL AMAR 69](#bookmark10)

[RESUMEN 69](#bookmark11)

[INTRODUCCIÓN 71](#bookmark12)

CAMINO DEL TAO 73

EL DESAPEGO 79

[LO EFÍMERO 82](#bookmark15)

[LA EXPLICACIÓN 84](#bookmark16)

EL ENTENDIMIENTO 87

[LA TRANSFORMACIÓN 92](#bookmark17)

EL CAMINO DEL AMAR 96

[ENLACE III 103](#bookmark19)

III

LEYES SISTÉMICAS Y META-SISTÉMICAS

Humberto Maturana Romesín y Ximena Dávila Yáñez

[LEYES SISTÉMICAS Y META-SISTÉMICAS 107](#bookmark20)

[INTRODUCCIÓN 108](#bookmark21)

[NUESTRO PENSAR 111](#bookmark22)

[SENTIR Y RAZONAR 115](#bookmark23)

[ARQUITECTURAS DINÁMICAS ESPONTANEAS 120](#bookmark24)

[LEYES SISTÉMICAS Y META-SISTÉMICAS 127](#bookmark25)

[LEYES SISTÉMICAS BÁSICAS 129](#bookmark26)

LEYES SISTÉMICAS GENERALES 148

[RECURSIÓN REFLEXIVA 165](#bookmark53)

[LEYES SISTÉMICAS EN EL ÁMBITO BIOLÓGICO 166](#bookmark54)

[LEYES META-SISTÉMICAS 174](#bookmark65)

[ENLACE IV 194](#bookmark78)

IV

REFLEXIONES SOBRE TERAPIA Y MIS CONVERSACIONESCON XIMENA DÁVILA SOBRE LA LIBERACIÓN DEL DOLOR CULTURAL

Humberto Maturana Romesín

REFLEXIONES SOBRE TERAPIA Y MIS CONVERSACIONES CON XIMENA DÁVILA

SOBRE LA LIBERACIÓN DEL DOLOR CULTURAL 199

HISTORIA 199

[ANTECEDENTES 202](#bookmark79)

[MI PRESENTE 210](#bookmark13)

[¿TERAPIA, AYUDA O LIBERACIÓN? 212](#bookmark80)

REFLEXIONES DESDE NUESTRO CONVERSAR 216

POR ÚLTIMO 230

LA POETICA DEL VIVIR 233

[A MODO DE EPÍLOGO 240](#bookmark88)

ENLACE V

242

V

MATRIZ BIOLÓGICO-CULTURAL DE LA EXISTENCIA HUMANA Y CONVERSAR LIBERADOR

Ximena Ddvila Yáñez MATRIZ BIOLÓGICO-CULTURAL DE LA

EXISTENCIA HUMANA Y CONVERSAR LIBERADOR 247

[REFLEXIÓN SOBRE MI HISTORIA: 247](#bookmark92)

EL DOLOR Y EL SUFRIMIENTO: 251

CONVERSAR Y CONVERSACIONES: 265

CONVERSAR DOLOROSO: 269

CONVERSAR LIBERADOR:

UN VIVIR HUMANO ÉTICO 282

[ENLACE VI 307](#bookmark90)

VI

AUTOPOIÉSIS Y SISTEMAS DINÁMICOS CERRADOS

Humberto Maturana Romesín

AUTOPOIÉSIS Y SISTEMAS DINÁMICOS CERRADOS: 317

FUNDAMENTOS 317

[SISTEMAS DINÁMICOS CERRADOS: 323](#bookmark110)

COHERENCIAS SISTÉMICAS: CORRELACIONES HISTÓRICAS 331

[LA DIFICULTAD: 346](#bookmark89)

SISTEMA NERVIOSO: 355

[**SISTEMA INMUNITARIO: 363**](#bookmark117)

LO INESPERABLE: 366

[**POR ÚLTIMO: 371**](#bookmark120)

APÉNDICE 384

POST SCRIPTUM: 394

ADVERTENCIA ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

■

El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de

■

■

los perjuicios que deriven de ta Si usted puede financiar el compre en cualquier librería de Este proyecto no obtie ni directa ni indirectamen

nento.

le recomendamos que lo aís.

tipo de beneficio económico

*"Quién la mía*



Si las leyes de absténgase de

permiten este tipo de préstamo, e esta biblioteca virtual.

*na idea de mí, recibe instrucción sin disminuir e quién enciende su vela con la mía, recibe luz a oscuras*",

*—Thomas Jefferson*

**&**

sin *egoísmo*

Para otras publicaciones visite [www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com) Referencia: 3884

NOTA DEL EDITOR

Desde 1990, cuando en Dolmen Ediciones publicamos Emociones y Lenguaje en Educación y Política, ha sido nues­tro privilegio editar la mayor parte de la obra escrita en caste­llano del Doctor Humberto Maturana Romesín. Ahora tene­mos el privilegio de participar de esta invitación que se nos hace, para desarrollar esta Colección JC Sáez Editor - Instituto Matríztico, cuyo primer libro es esta serie de ensayos escritos por Ximena Dávila Yánez y el Profe, como me gusta decirle con verdadero aprecio cuando estamos juntos en nuestro que­hacer editorial.

A lo largo de estos años, hemos aprendido que editar al Doc, no es una tarea fácil, entre otras cosas por el riquísimo aporte que hace en nuevos conceptos y una interesante poética o creación de palabras que un editor desprevenido tendrá la tentación de corregir, o bien, un lector purista interpretará como un error tipográfico, o peor aún, un descuido imperdo­nable del Editor. En esta obra, hemos querido llevar a cursivas todas aquellas palabras que o bien no existen en el Diccionario de la Real Academia, o bien han sido des-construidas con el uso de un guión, con el propósito de expresar el movimiento o la acción que el lenguaje escrito no siempre puede manifestar, o bien simplemente para indicarle al lector que no hay un error en la forma que se le ha dado a la palabra, justamente para distinguirla de otros usos cercanos u ortografías que se le aproxi­man.

En esta nueva obra, consistente en seis ensayos, hermosamente entrelazados por breves textos, llamados Enla­ces, y que Ximena Dávila Yánez y Humberto Maturana Romesín, han concebido no sólo para darle continuidad a los ensayos, sino para reforzar la circularidad y entrelazamiento de todo lo contenido en esta obra.

Y es que esta es otra de las características de los textos del Doc y de Ximena: su circularidad no debe interpretarse como redundancia. Se escribe así para ser fiel con el proceso reflexi­vo sistémico-sistémico. Nosotros como editores hemos apoyado esta propuesta de lenguaje y hemos intervenido con sugeren­cias y observaciones cada vez que nos pareció que el propio texto no estaba siendo consistente con estas propuestas. He­mos llegado incluso a la convicción que si el lector se deja lle­var por el ritmo de esta escritura, la lectura fluirá en una forma tal que una musicalidad poética podrá ser advertida y aprecia­da como un rasgo no menor en la propuesta de escritura de los autores.

Tenemos por lo tanto el placer de proponerles este impor­tante texto de reflexión sobre nuestro hacer; que pensamos ten­drá un significativo impacto en la transformación de nuestro vivir, si logramos (¿queremos?) sumergirnos en este poderoso multiverso reflexivo que nos proponen Ximena y el Doc.

Juan Carlos Sdez C. Santiago de Chile, abril de 2008

PRESENTACIÓN COLECCIÓN INSTITUTO MATRÍZTICO

El Instituto Matríztico, cofundado en el año 2000 por Humberto Maturana Romesín y Ximena Dávila Yánez, es tan­to un laboratorio para el estudio transdisciplinario de lo huma­no, como una organización que genera procesos de acompaña­miento reflexivo a comunidades y organizaciones públicas y privadas que redundan en beneficio de la calidad de su queha­cer y su vivir. También es una comunidad humana reflexiva orientada a la generación de espacios de co-existencia en la co­laboración y co-inspiración en los múltiples ámbitos de nuestra convivencia social. Y es desde ahí que queremos contribuir a crear, como un frente de onda colectivo, las condiciones para un cambio cultural ético que nos desentrampe de la conviven­cia cultural actual centrada en relaciones de desconfianza y control, dominación y competencia propias de la cultura pa­triarcal-matriarcal que realizamos en prácticamente todo el planeta.

La confianza básica subyacente a todos nuestros quehace­res estriba en la comprensión y entendimiento de nuestra na­turaleza como seres vivos y seres humanos ampliando desde esta comprensión la autonomía de acción y reflexión de los integrantes de cualquier clase de comunidades humanas, y por ello abre espacio a la recuperación y realización del bienestar relacional y operacional en las mismas.

Es así, que la inspiración fundacional de la Colección Ins­tituto Matríztico-J.C.Sáez Editor, es la de constituirse tanto en portavoz de uno de los epicentros de este frente de onda cultural, como en interlocutor de los espacios sociales, acadé­micos, artísticos y políticos, a través de la publicación de in­vestigaciones y escritos realizados por los integrantes del Insti­tuto y sus colaboradores, y que van desde la divulgación cien­tífica y la reflexión filosófica hasta monografías de los más di­versos temas como son los relacionados con áreas tales como familia, educación, empresa, sociedad, mundo natural. Todo ello desde el sustrato epistemológico unitario de la Biología Cultural, la cual en tanto dinámica fundamental de nuestra existencia da cuenta de la naturaleza humana en toda su multidimensionalidad.

Ofrecemos entonces con nuestra Colección Instituto Matríztico, una invitación a conocer, entender y recoger las acciones a la mano que se desprenden de comprender la Ma­triz Biológico-Cultural de nuestra Existencia Humana.

Y, por último, no es trivial señalar que semejante patri­monio universal intangible tiene su origen conceptual en el sur del mundo.

Consejo Editorial Instituto Matríztico www. matriztica. org

PREFACIO

En este libro se habla del fin de una era y del avistamiento de las fronteras de una nueva. Una nueva era que no es un inven­to propuesto por los autores, muy por el contrario, dado que las señales del arribo de su advenimiento surgen con facilidad al mirar el presente cultural que vivimos en prácticamente todo nuestro planeta. En efecto, existe hoy una conciencia generali­zada que surge y se amplía de ver, sentir y ser parte del dolor y sufrimiento traído a la mano en el mundo humano y natural que vivimos. Conciencia que surge todavía con más fuerza al ver que nosotros mismos hemos generado y conservado el ma­lestar que nos atrapa.

Buena parte entonces, de la riqueza de este libro radica en que nos muestra el cómo somos, el cómo hemos sido, el cómo nos hemos entrampado en lo histórico-cultural y en lo perso­nal, y el cómo nos podemos liberar también desde lo personal y desde la deriva histórica que hemos vivido en tanto humani­dad. Y hace esto en una invitación reflexiva profunda que re­suena en nuestro vivir cotidiano, haciéndolo además siempre de un modo que en la lectura posibilita constatar que todo lo distinguido siempre tiene que ver con cada uno de nosotros, devolviéndonos así la posibilidad de la responsabilidad por el propio mundo que cada quien genera con su vivir y convivir, para desde ahí, en la conservación de un hacer ético, devolver­nos la posibilidad de ser libres.

Cabe decir también, que el libro que el lector tiene en sus manos alcanza una especial importancia en dos ámbitos fun­damentales. Es relevante en el espacio social porque trae a la mano, divulgación científica de primera mano al recoger los diversos ensayos que lo componen, distinciones fundamenta­les sobre la naturaleza humana tanto en lo biológico como en lo cultural, de un modo que invita a ver y constatar en las diversas dimensiones del vivir y convivir cotidiano las conse­cuencias de este entendimiento respecto de cómo es que so­mos como somos en tanto seres humanos y seres vivos.

Por otro lado también es importante en el espacio del quehacer del propio Instituto Matríztico cofundado por los autores, ya que constituye, luego de ocho años de reflexión, investigación y praxis, el primer libro que publica esta institu­ción y que da cuenta de una historia que entrelaza el arte y la ciencia del vivir y convivir humano, como un trabajo reflexivo- operativo que tiene su fundamento en la explicación biológico- cultural de la existencia humana de la cual en el libro se da cuen­ta en diversas dimensiones de un modo riguroso y extenso.

En el ensayo Las eras psíquicas de la Humanidad se pro­yecta con gran potencia reflexiva la invitación que nos hace a considerar una mirada sobre nuestra historia de transforma­ciones culturales desde el suceder de nuestros espacios o diná­micas emocionales y de sentires relaciónales íntimos que guían tales transformaciones en un sentido u otro. Una evocación histórica que vivimos como válida desde la experiencia de nues­tras propias historias individuales en las que tales transforma­ciones pueden ocurrir en la conservación de nuestros sentires relaciónales configurando los distintos nichos psíquicos que de hecho vivimos en nuestra existencia.

En este ensayo nos reconocemos como comunidad huma­na global desde nuestra localidad personal y entendemos que es en este juego sistémico entre nuestra condición individual y social donde descansa la génesis de las transformaciones cultu­rales y sociales que hemos vivido y vivimos en nuestro presen­te. No se trata pues de hacer una mera inspección histórica lineal sino de entender la circularidad de nuestra existencia humana y cósmica a través de una mirada que nos lleva, en último término, a preguntarnos qué deseamos conservar en nuestro vivir, conscientes de que todo lo demás puede cambiar en torno a ello.

El texto Biología del Tao: El Camino del Amar es una obra excepcional donde la ciencia y la experiencia mística desnudas de todo dogma se dan la mano en un acto reflexivo cuya po­tencia radica en mostrar lo indecible (el Tao) como algo bási­co de nuestra experiencia humana cotidiana, para mostrarlo desde las coherencias de esa misma vida cotidiana en las expe­riencias del vivir que se entrelazan para explicar el vivir. Y al hacerlo, trae a la mano tanto el origen cultural de todo dolor y sufrimiento como la salida a estos, a través del desapego re­flexivo que constituye el Camino del Amar en la Biología del Amar.

Es un texto además en que resuena el transitar cultural que estamos viviendo en nuestro planeta al invitar a ver las diferencias culturales como distintas orientaciones de nuestro vivir guiadas por nuestro sentir y por cómo vivimos nuestro vivir. Invita, así, a soltar la certidumbre de querer trascender por encima del vivir en la ceguera de no ver que no vemos creyendo que lo que vemos es lo que es. Y a encontrarnos en­tonces con que el sentido de nuestro vivir, es un no ser de todo ser en el hacer que sucede en cada momento.

El ensayo sobre las Leyes sistémicas y meta-sistémicas cons­tituye, en un corpus multidimensionalmente denso y sintético, una impresionante abstracción sistémica recursiva de las regu­laridades y coherencias experienciales más generales del vivir y convivir humano, cuya presencia y pertinencia es constatable en cada ámbito del cosmos en tanto este surge siempre como una expansión de la corporalidad y el habitar humano.

Si la constitución de un país está formada por las abstrac­ciones fundamentales que orientan los propósitos de convi­vencia y el proyecto-país que guía la deriva de una comunidad nacional cualquiera, las Leyes sistémicas y meta-sistémicas, por su parte, están constituidas por las abstracciones fundamenta­les del vivir y convivir humano que pueden ayudar a orientar el modo de vida implicado en la invitación a la comprensión de los fundamentos biológico-culturales de nuestra naturaleza humana. Por ende, es un escrito fundante con relación a la posibilidad de generar una plataforma epistemológica y opera- cional a nivel planetario desde donde sería posible la praxis de la unidad social a escala humana si así lo deseásemos.

Luego nos encontramos con un ensayo, Reflexiones sobre terapia y mis conversaciones con Ximena Dávila sobre la libera­ción del dolor cultural, que invita a todas aquellas personas ho­nestamente interesadas en el dolor humano a considerar a tra­vés de la reflexión que el quehacer de las conversaciones liberadoras revela a los ojos de un observador, las dinámicas relaciónales y operacionales que de hecho están en juego en las distintas conversaciones orientadas a la sanación o disolución del dolor y sufrimiento.

Y esta invitación no es ingenua, aunque requiera candor para ser escuchada: es en la Biología del Amar donde debemos buscar la respuesta, Biología del Amar que durante millones de años nos ha acompañado en nuestro transitar humano, sur­giendo como la base fundamental de nuestra arquitectura di­námica humana y ecológica natural. De allí su potencia sanadora y liberadora.

En el ensayo sobre la Matriz Biológica Cultural de la Exis­tencia Humana y el Conversar Liberador por otra parte se al­canza una profundidad tal que danza entre la cotidianeidad del vivir y nuestra configuración histórica como la clase de seres que somos invitándonos con audacia a reconocer que vi­vimos un presente cultural en que no son para nada trivial las preguntas que nos hacemos y los caminos que escogemos para buscar sus respuestas. Nos invita a darnos cuenta de que todo dolor por el que se pide ayuda relacional es siempre de origen cultural.

Y nos plantea con rigor y soltura una reflexión desde el suceder del dolor que nos puede liberar de las trampas cultura­les que vivimos si nos damos cuenta de que nuestro vivir se entrelaza con el cosmos que habitamos, en el encontrarnos en respeto por nosotros mismos, por el otro, la otra y lo otro, desde el aceptar la legitimidad del suceder espontáneo de nues­tra existencia humana y del curso que sigue orientada por nues­tros deseos, ganas y preferencias, como dinámicas relaciónales operacionales que abren o amplían el bien-estar en nuestro vi­vir y convivir. Nos invita, en definitiva, a darnos cuenta de que lo que está en juego es el habitar biológico-cultural de nues­tros hijos e hijas y de los hijos e hijas de ellos y ellas, en el surgimiento de un linaje ético natural que nos guíe a una nue­va era psíquica de co-inspiración y colaboración.

Por último, podemos apreciar en el ensayo Sistemas Diná­micos Cerrados una rigurosa reflexión sobre nuestra arquitectu­ra dinámica como seres vivos y sobre cómo, desde nuestra con­dición de observadores en el observar no resulta para nada tri­vial desde donde miramos y comprendemos los fenómenos biológicos y su relación generativa del sentir relacional que surge en el vivir y convivir.

Contribuye este ensayo a entender de manera completa las distintas dimensionalidades involucradas en el reflexionar sobre nuestros fundamentos biológico-culturales, y a compren­der la maravillosa danza de ida y vuelta entre el suceder del vivir y el suceder del convivir que se iniciara hace ya casi cerca de cuatro mil millones de años y de la cual somos su presente cambiante.

Sin duda todos y cada uno de estos ensayos evocan dife­rentes dimensiones de nuestro habitar humano. Y aunque su lectura pueda no ser sencilla podemos reconocer en cada uno de los textos una profunda reflexión que nos resuena en nues­tro vivir cotidiano desde las preguntas que nos hemos plantea­do alguna vez, ya desde la curiosidad o ya desde el dolor de nuestro vivir.

Es responsable decir que existe una dificultad epistemológico-cultural al aproximarse a un pensar-escribir y leer-circular como el que todos y cada uno de estos textos reve­lan. Además estamos ciertos de que uno escucha desde sí, y lee también desde sí, por lo que los autores son responsables de lo que dicen al escribir, pero no de lo que escucha en su lectura el lector. Sin embargo, en la medida en que estos textos respon­den a una dinámica reflexiva que como tal implica aceptar la legitimidad de toda circunstancia objeto de la observación re­flexiva, es una invitación abierta a ser entendida por toda aquella persona que esté dispuesta a ver y considerar desde su propia autonomía reflexiva los criterios desde donde se dice lo que se dice en este libro.

En este sentido, este libro, el primero de una colección que el Instituto Matríztico ofrece a la comunidad, se propone invitar a mirar desde nuestras propias experiencias cotidianas, sin teorías explicativas, los mundos que generamos en nuestro habitar los distintos vivires que vivimos. Vale la pena enfatizar que esta invitación es también una invitación a no creer que estos ensayos puedan leerse pensando que la biología-cultural surge como un constructo lineal a partir de sus fundamentos en la biología del conocer y la biología del amar. La expresión biología-cultural intenta designar y evocar la dinámica sistémica recursiva del convivir que da origen, realiza y conserva nuestro vivir humano, y sólo es comprensible desde una mirada que se hace cargo del entrelazamiento constitutivo de la dinámica bio­lógica y la dinámica cultural que hace la unidad del existir humano.

Desde el giro epistemológico que realiza quien distingue la biología-cultural, incluso se puede comprender cómo las prin­cipales reflexiones que tales dominios traen consigo pueden haber sido malentendidas o distorsionadas desde los habitares particulares de quienes han creído ver en ellas tanto el funda­mento de sus propias proposiciones o comprensiones, como de quienes han creído ver en sus palabras incoherencias y con­tradicciones que son vistas y entendidas desde matrices com­prensivas ajenas a la generación de los criterios de validez des­de los cuales surgen las invitaciones fundamentales que con­tiene.

Por ello esperamos que este primer libro que el Instituto Matríztico ofrece a las personas que deseen reflexionar sobre los fundamentos biológico-culturales de su operar como seres humanos, constituya en su consciencia una preparación de la buena tierra psíquica en que han de caer las semillas reflexivas que aparecen al mirar la dinámica de nuestro vivir biológico- cultural. También este libro que el lector o lectora tiene entre sus manos ofrece una mirada sistémica recursiva que invita a quienes hayan reflexionado sobre las distintas dimensiones de su vivir biológico-cultural, a re-mirar su comprensión del vivir humano asumiendo los aspectos éticos que trae a la mano la consciencia de habitar en una cultura patriarcal-matriarcal como la que habitamos en nuestro vivir y convivir actual. Cosa que nos parece ocurrirá a quienes estén dispuestos a cambiar en su vivir la pregunta por el ser por la pregunta por el hacer. (4)

En esta era psíquica postmoderna en que el apego a la valoración de la ciencia, del conocimiento y la tecnología, nos ha llevado a creer que podemos lograr todo lo que deseamos si respetamos las coherencias operacionales implicadas por esos deseos, nos hemos estado dando cuenta de que las consecuen­cias de nuestro modo de vivir está generando más dolor y su­frimiento del que deseamos o podemos aceptar.

Una tibia conciencia ética ha comenzado a despertarse en los corazones y en las mentes de las personas alrededor del mundo. Y es una conciencia que parece surgir sobre el camino recorrido por otras tantas personas, en otras tantas comunida­des, algunas actuales, algunas ancestrales, orientadas todas ellas por el bien-estar que surge de nuestra condición como Homo sapiens-amans amans.

Es así como, en este presente cultural de transición a una nueva era psíquica de la humanidad post post moderna, que parece surgir una matriz cultural que como red de conversa­ciones genera una conciencia ética natural que puede abrir las puertas para un vivir humano que pueda recuperar o alcanzar el vivir en un habitar, que surgirá como una nueva arquitectu­ra dinámica humana y ecológica a través de conservar en nues­tro vivir y convivir una conciencia reflexiva recursiva o sistémica- sistémica.

Patricio García Ascenci Ignacio Muñoz Cristi Instituto Matríztico Santiago de Chile.

INTRODUCCIÓN

El ruido de las hojas movidas por el viento en el bosque, el sonido de las olas en el mar, el zumbido de los insectos en la pradera, el silencio de una noche de luna en el desierto, y el bullicio de una ciudad en sus quehaceres productivos y en sus conversaciones políticas, todo ello y más tiene que ver con nosotros los seres humanos en nuestro vivir como seres histó­ricos generadores de los múltiples mundos que habitamos. Es más, los mundos que habitamos surgen como nuestros habitares en la biosfera constituyendo una antropósfera[[1]](#footnote-1) que incluye todo lo que hacemos, desde la contemplación reflexiva a la tecnolo­gía y desde la alegría a la angustia por lo divino como parte de ella. Todos los seres vivos, constituyen y transforman la biosfera en su habitarla, nosotros los seres humanos también, de modo que la antropósfera que generamos al habitar la biosfera es tam­bién no sólo parte de la biosfera sino que ella misma.

Los seres vivos y los seres humanos, como seres en conti­nua transformación y en continuo cambio, somos entes histó­ricos, decimos; y decimos también que cada instante constitu­ye el presente que vivimos implicando la historia que le dio origen. Sin embargo, siendo entes históricos, existimos sólo en el presente; todo ser vivo, todo el cosmos existe en un pre­sente cambiante continuo, como un frente de onda de sucederes que ocurren mientras ocurren en un devenir continuo de en­trelazadas transformaciones. Los seres humanos existimos así en un presente cambiante continuo en el que pasado y futuro son modos de vivir el continuo presente cambiante que se vive. El pasado es nuestro modo de explicar con las coherencias del presente que vivimos el continuo surgir del presente que vivi­mos, y el futuro es nuestro modo de vivir el presente que vivi­mos imaginando su continua transformación en una extrapolación de las coherencias de los haceres y sentires que estamos viviendo. De este modo, en el presente que vivimos en este momento, nosotros, nosotras, escritores y escritoras, lectores y lectoras, cada uno y cada una desde su distinto ac­tuar y mirar en actos que revelan sus pensares y sentires al es­cribir y leer, cada uno y cada una desde el espacio psíquico de su propio habitar, somos los actores y sujetos de nuestras re­flexiones viviendo las distintas situaciones que consideramos en los distintos ensayos que aquí presentamos en una invita­ción reflexiva.

El devenir evolutivo de las distintas clases de seres vivos sigue un curso definido, desde la conservación de una genera­ción a otra, tanto desde el vivir como desde un modo particu­lar de habitar. La conservación del vivir es el fundamento de todo lo posible en los seres vivos, y la conservación de un modo particular de habitar del ser vivo como organismo en el suce­der de las generaciones constituye y realiza la identidad de ese vivir como una clase particular de existencia. El habitar de un organismo, sea este humano o no humano, ocurre en un fluir de configuraciones de sentires íntimos relaciónales, y de coor­dinaciones de haceres y sentires que definen momento a mo­mento el curso que sigue su vivir en el continuo deslizarse en el medio-nicho o “buena tierra” que lo hace posible. Si esto deja de ocurrir el ser vivo muere, y el modo de vivir, el habitar como organismo que realizaba y conservaba en su vivir, des­aparece.

Visto por un observador, un modo de vivir aparece como un modo de escoger, como un modo de sentir, como un modo de reaccionar desde sí de los organismos, y que define en todo momento el fluir de su vivir relacional. Es decir, ante el obser­vador que lo distingue, el modo de vivir de un organismo reve­la el habitar psíquico desde donde éste genera instante a ins­tante desde sí la forma de su vivir relacional en el encuentro cambiante continuo con la dinámica estructural del medio- nicho que surge ante él como un ámbito de procesos indepen­dientes de él o ella, y en el que sobrevive sólo si se desliza en la realización continua de su buena tierra. Un observador no puede describir el habitar psíquico ancestral de una clase ac­tual de organismo, pero si puede intentar evocar cómo podría haber sido ese habitar a la vez que puede proponer un devenir histórico a partir de él o ella, que muestre cómo los descen­dientes de esa forma ancestral de habitar psíquico tienen que haber vivido de modo que viven ahora el habitar psíquico que viven. Nuestro propósito aquí es hacer esta mirada con noso­tros mismos, mostrando las dimensiones psíquicas de diferen­tes situaciones o aspectos de nuestro vivir presente en el proce­so de describir su ocurrir.

Los seres humanos vivimos nuestro vivir como si nos hu­biésemos separado progresivamente del mundo natural que nos contiene y hace posible en una distancia que las palabras no pueden hacer desaparecer, porque esta distancia ha sido gene­rada por nuestro habitar en ellas, en un afán manipulativo y dominador que inevitablemente destruye lo que se quiere com­prender. Es así como en el vivir en el lenguaje generamos en­tes a la par que los procesos que los constituyen, y podemos vivir con los unos o con los otros según qué configuraciones de sentires guíen nuestro mirar y nuestro hacer, y según nos movamos en el placer y la estética del convivir, o en el gozo irreflexivo del poder que entregan la servidumbre de los seres vivos y de las cosas. En algún momento nuestros ancestros encontraron lo divino en la cercanía con el mundo natural, pero esa cercanía también se perdió cuando quisieron dominar a los dioses. No son las cosas que generamos en el convivir en el lenguajear lo que nos aleja de aquello que quisiéramos evo­car con ellas, siempre son nuestros sentires. Es más, si nos es­cuchamos atentamente veremos que nosotros mismos somos el mundo natural o naturaleza de la que nos hemos separado en el querer ser distintos de ella para dominarla en un esfuerzo que nos resulta auto-destructivo y cada vez más y más doloroso.

¿Qué ha sucedido con el fluir de los sentires en nuestra historia? No podemos decirlo en detalle, pero sí podemos mi­rar los distintos ámbitos psíquicos que constituyen nuestros habitares presentes como resultado de esa historia, y reflexio­nar desde allí sobre los fundamentos de nuestro vivir biológi- co-cultural y el curso que quisiéramos darle a nuestro devenir desde ahora.

Así, este libro está compuesto por un conjunto de ensayos que intentan evocar distintos aspectos de nuestros sentires re­flexivos que en el ser vividos aparecen como destellos indepen­dientes de nuestro habitar biológico-cultural, aunque en sí mis­mos son sólo momentos diferentes de nuestro habitar, armó­nico o inarmónico, en el trasfondo de sucederes que nos contie­nen y hacen posible, y que hemos llegado a llamar mundo na­tural o naturaleza. Somos de la naturaleza, decimos ahora, pero no queremos serlo porque lo que queremos es dominarla. En verdad hemos sido de la naturaleza hasta que dejamos de serlo fragmentándola en un análisis que, al destruir el fluir de su unidad cambiante sistémica-sistémica, nos deja ciegos ante ella hasta que logramos recuperar su unidad en la compren­sión de su existir en un devenir sistémico-recursivo que conti­nuamente cierra su totalidad sobre sí misma.

En nuestro habitar primario ancestral surgimos como se­res para quienes, aunque existiendo en el lenguajear, todo apa­recía en su vivir como un aspecto de su fluir en plena integra­ción espontánea con la naturaleza, sin palabras o nombres que la dividieran. Es más, aún ahora, los dolores y sufrimientos de desarmonía en nuestro vivir que surgen en la fragmentación analítica de la unidad sistémica-sistémica del suceder y ocurrir del existir, pueden desaparecer si queremos que desaparezcan. Y pueden desaparecer, porque habitamos el habitar que habi­tamos en el suceder de una trama de sentires entrelazados que configuran una matriz inconsciente y consciente de sentires relacionales-operacionales tal, que si la vemos, y sin duda pode­mos verla desde el reflexionar en el emocioneary en el lenguajear, nos muestra la trama de la configuración de sentires relacionales- recursivos que nos puede liberar de ellos.

Los ensayos que hacen la textura sensorial-operacional de este libro son la oportunidad de realizar, en la evocación ima­ginativa y en la reflexión, distintos habitares en su ocurrir como procesos entrelazados y no como descripciones que caen en la tentación de presentar la existencia humana como si estuviese inmersa en un cosmos des-compuesto en entes conceptuales independientes. En todos estos ensayos hemos procurado evo­car los espacios psíquicos en que ocurren los sucederes que des­cribimos, pues los hemos escrito desde el saber que nunca es­tamos tratando con una realidad independiente de nuestro hacer que puede ser señalada y descrita mediante conceptos de operar autónomo, sino que los hemos escrito sabiendo que es­tamos siempre evocando procesos que no son en sí, y que exis­ten sólo cuando aparecen en una dinámica operacional-relacional que los individualiza en el fluir de un ocurrir que dura mien­tras dura.

Los seres vivos, y los procesos que los realizan como orga­nismos en su operar e interactuar como totalidades generando procesos recursivos que dan origen a dominios operacionales- relacionales disjuntos intrínsicamente nuevos, ocurren todos como dinámicas evanescentes que surgen en un continuo fluir sistémico-recursivo de sucederes entrelazados que no constitu­yen un mosaico de entes, ni procesos o conceptos que se rela­cionan en su operar como entidades discretas independientes.

En este continuo suceder evanescente, cada entidad o pro­ceso distinguido en el observar de un observador al ver su in­dividuación dinámica operacional a la vez que su continuidad en un trasfondo de procesos no separados, surge generando dimensiones relacionales-operacionales como un aspecto local de una matriz recursiva de procesos evanescentes. Matriz recursiva de procesos evanescentes que continuamente origi­nan nuevos procesos entrelazados en el frente de onda de un existir cerrado sobre sí mismo en una continua transforma­ción, pero que fluye en una dinámica sin fin.

Nosotros, seres humanos, en nuestro vivir en el lenguajear y en el reflexionar como observadores que procuran compren­der las dimensiones de su existir, ocurrimos también como as­pectos evanescentes de esta misma dinámica. Y todo lo que en nuestro vivir vivimos o hacemos pertenece también al suceder de ese continuo fluir sistémico-recursivo, en un continuo dejar de ser inconsciente. Aún así, en la dinámica de ese suceder evanescente existimos en un presente cambiante continuo ge­nerador de entes y procesos singulares que configuran instante a instante un ámbito cambiante de haceres y sentires conserva­dos en una memoria histórica continuamente vivida en el pre­sente que vivimos en la conservación del espacio psíquico que guía nuestro vivir en cada instante. Esta es nuestra tarea, decir lo que queremos decir sin fracturar la configuración entrelaza­da de sentires que constituye la unidad de nuestro decir en el existir evanescente de nuestro vivirlo, mostrando la multidimensionalidad de nuestro habitares psíquicos.

Si al mirar un remolino que surge en el fluir de un río, intentamos ver sus bordes mientras se mueve como una uni­dad arrastrado por la corriente, veremos que no los vemos, y que en un sentido estricto no los tiene, pues el remolino tie­nen presencia sólo en la dinámica que lo constituye en su ocu­rrir como un aspecto del río, siendo el río sin ser él. Así es el suceder de nuestro vivir, y es ese suceder lo que queremos evo­car en este libro en las reflexiones que recorren estos seis ensa­yos como visiones de algunos de los distintos habitares que vivimos en nuestro diario vivir.

ENLACE I

En este ensayo queremos hablar del devenir de nuestro vivir humano desde sus inicios hasta el presente, y queremos ha­cerlo mostrando lo que pensamos debe haber sido el vivir psíquico en un mundo que cambia en el ser vivido a la vez que se conserva en un continuo fluir estacionario en el que también cambia lo que se conserva. Nuestros ancestros tanto lejanos como cercanos, se deslizaban en su vivir siguiendo una tangente relacional en la que se conservaba su vivir mien­tras todo en torno a ellos estaba abierto a un cambio guiado fundamentalmente por el fluir de su emocionear según éste surgía en el entrelazamiento de lo que hacían, lo que pensa­ban y lo que sentían en la realización de su vivir. Lo que nos ocupa en este ensayo desde esta mirada en la biología- cultural, es la inspiración del fluir de los sentires en el deve­nir histórico de un vivir que surge desde su inicio como un conversar que va desde el vivir en el encanto de vivir en un espacio psíquico aún sin la complejidad que surge de inven­tar respuestas (explicaciones) a preguntas incontestables, hasta la sorpresa dolorosa, pero en el fondo salvadora, de encontrarse viviendo el espacio psíquico de la esperanza de poder recuperar el amar perdido en esa historia en las múl­tiples enajenaciones que surgen al aceptar algunas de las res­puestas a las preguntas incontestables. Una pregunta es in­contestable cuando no es posible contestarla operando des­de las coherencias experienciales del dominio del vivir del observador en que se formula, y en la urgencia por contes­tarla se hace necesario inventar principios explicativos a priori para hacerlo (como el Ser o lo Real). La invención de principios explicativos a priori abre el camino a un convivir que puede llevarnos a la ceguera en la antropósfera[[2]](#footnote-2) que gene­ramos en nuestro convivir, ante la presencia de otros seres hu­manos, de otros seres vivos, o de la biosfera misma, como de hecho ha ocurrido, al generar ideologías conscientes o incons­cientes que nos llevan a olvidar nuestros fundamentos huma­nos de nuestro habitar en la Biología del Amar.

Este ensayo lo escribimos como una invitación a darnos cuenta de que el fundamento para desear y vivir un convivir ético en el mutuo respeto saliéndonos de las ideologías del poder y la apropiación, está en nosotros mismos, en nuestra biología, y que depende de nosotros el adoptarlo o no.

ERAS PSÍQUICAS DE LA HUMANIDAD

ERAS PSÍQUICAS DE LA HUMANIDAD[[3]](#footnote-3)

Ximena Dávila Yáñezy Humberto Maturana Romesín

Un observador puede decir que lo que guía el curso que sigue el devenir evolutivo de los seres vivos son las preferencias, gus­tos, deseos... que orientan y definen en cada instante lo que hacen en su fluir relacional-operacional. Puede decir además que los seres vivos se deslizan en su vivir siguiendo el curso de interacciones en que se conserva el bien-estar vivido como la coherencia psíquica-corporal con el medio que conserva el vi­vir, y que cuando esto no sucede el ser vivo muere.

El devenir de la historia evolutiva que dio origen a los seres humanos no ha sido diferente en este sentido al devenir evolutivo de otros seres vivos, y tiene que haber seguido como en éstos un curso definido instante a instante por las preferen­cias, gustos, deseos y ganas, esto es, por las configuraciones sensoriales-relacionales que un observador ve en el vivir de un organismo como sus emociones. Un ser humano fluye nor­malmente en su vivir en un espacio de coherencias estructura­les sensoriales y relaciónales en el que sus interacciones lo orien­tan momento a momento al bien-estar psíquico-corporal aun­que pueda vivir también, transitoriamente, y a veces por largo tiempo, en espacios de mal-estar que eventualmente, si no des­aparecen, terminan con su vivir. Si este ser humano es conmo­vido por la curiosidad y se hace preguntas tales como: “¿Quées el vivir que muere?”, “¿Cómo surge la existencia?” “¿Cuál es el ser de todas las cosas?”, o se pregunta y reflexiona desde un dolor fisiológico: “¿Por qué tengo esta enfermedad tan larga y doloro- sa?”, “Siento que me estoy muriendo del alma”, “Con esta enfer­medad temo perder la vida y no quiero morir ... aún” o hace reflexiones desde un dolor relacional como: “Siento que no me puedo comunicar con mis hijos”; “siento que mi familia y mis amigos no me entienden, y yo no los entiendo a ellos”; “todo me resulta tan vano”; “ me siento sola o solo”; “parece que no sirvo para nada”; o preguntas reflexivas tales como: “¿me gusta el vi­vir que estoy viviendo?”; “¿Quiero el querer que quiero?”; “¿Cómo hacer para recuperar el encanto de mi vida, la alegría, la paz, la armonía que alguna vez sentí que viví?” Preguntas-reflexivas todas que abren la mirada y expanden la conciencia de las co­herencias sistémicas del nicho-psíquico-relacional que va sur­giendo con el vivir.

Es desde la reflexión en torno a estas preguntas que noso­tros proponemos mirar la evolución de lo humano abstrayen­do, de lo que su historia biológico-cultural nos muestra, las sensorialidades y emociones fundamentales que la han guiado.

Así hablaremos de eras psíquicas mostrando las configura­ciones del emocionar del vivir cotidiano que según nuestro parecer caracterizaron distintos momentos de la historia hu­mana como distintos espacios psíquicos o distintos modos de habitar en los que se dieron, y desde donde se dieron, todas las dimensiones del convivir relacional.

El convivir relacional se vivió en cada instante de cada era psíquica en un presente en continuo cambio en el que el fluir del emocionear surgía momento a momento del trasfondo his- tórico-operacional y filosófico-epistemológico imperante. Lo que decimos con esta afirmación es que en cada momento de la epigénesis histórica-operacional que configura las distintas eras

psíquicas de la humanidad, el ser humano ha conservado dis­tintos deseos, ha tenido distintos gustos y preferencias cuyo fundamento ha estado determinado momento a momento por el habitar del presente que se vive.

Las distintas eras psíquicas de la humanidad se correspon­den, según nuestro pensar, con la dinámica histórica de trans­formación integral de la psiquis humana, desde su concepción, pasando por la niñez, la juventud, la condición adulta y la madurez reflexiva, que configura en cada instante en ellas el como se vive, hacia donde se orienta y cómo se entiende la naturaleza y el sentido de lo humano en su pertenencia a la biosfera. En la visión mítica este transcurrir de la vida huma­na desde la concepción a su término en la madurez ocurre como una dinámica recursiva en la que la sabiduría de la madurez lleva al inicio de una nueva historia psíquica en la generación siguiente que puede ser más deseable porque implica la posibi­lidad de la repetición del ciclo pero con un desplazamiento ampliado de la consciencia en una mayor coherencia con el mundo natural. El suceder de las eras psíquicas de la humani­dad de que hablamos aquí, realiza un ciclo mítico, y posibilita un espacio reflexivo que en el fondo es conocido y re-conocido desde el propio vivir en el convivir. Este suceder de eras psí­quicas de la humanidad va desde la Era arcaica en el origen de lo humano, a la Era post-postmoderna como la era en la que se recupera la consciencia y las acciones a la mano perdidas en el transcurrir histórico de la pertenencia humana a la biosfera que es el trasfondo de existencia en el que es posible y ocurre lo humano. El recuperar esta conciencia en coherencias sistémicas, hace posible abrir y ampliar la mirada sistémica- recursiva que es constitutiva de lo humano como un ser vivo que puede reflexionar sobre su propio vivir y los mundos que genera en ese vivir.

El que la historia psíquica del habitar humano se pueda evocar como una dinámica cíclica en el fluir mítico del naci­miento, muerte y renacimiento, hace que al hablar del suceder de las eras psíquicas de lo humano podamos hablar de un pro­ceso recursivo, o sistémico-sistémico que vuelve al inicio en una transformación consciente de la consciencia de pertenencia al vivir y convivir en coherencias sistémicas, abriendo así el ca­mino de haceres oportunos que se constituyen como el punto de partida para un nuevo ciclo. Esta dinámica mítica cíclica nos es conocida a todos en torno a la preocupación por la muerte y ha tenido distintas expresiones a lo largo de la histo­ria humana desde la consciencia del carácter cíclico del suce­der de los procesos del vivir y de la biosfera en que se da nues­tro vivir. Es por esto que al hablar de las eras psíquicas de la humanidad lo haremos expandiendo los distintos momentos de ellas sin que nos extraviemos en el proceso porque sabemos que forman parte de un ciclo mítico de origen, cambio y vuel­ta al origen, que en el fondo nos es conocido, y que en la his­toria se repetirá cada vez que haya un cambio de consciencia fundamental.

Dinámica emocional fundamental: El amar como un suceder espontáneo.

¿Qué es lo humano? El vivir y convivir Homo sapiens-amans amans. ¿Cómo surge lo humano? En el convivir íntimo de la fa­milia ancestral hace unos tres millones de años. ¿Cómo se conserva y realiza? En el vivir en el conversar espontáneo de la colabora­ción y la co-inspiración.

El origen de lo humano surge en el origen espontáneo de la familia como un modo cercano permanente de convivir en la intimidad del placer y el bien-estarpsíquico-corporal-relacional que hace posible el surgimiento del lenguajear en el hacer co­sas juntos como un convivir en coordinaciones recursivas de coordinaciones de haceres consensúales. Al surgir de este modo lo humano, se hace evidente que es el amar la emoción que funda la familia ancestral en el sentir íntimo y relacional que genera, conserva y realiza lo humano como un modo de vivir y convivir.

Al surgir el vivir en el lenguajear en el hacer juntos las cosas del vivir cotidiano en el placer de la cercanía del convivir con el surgir de la familia ancestral, surge a la vez el conversar en la intimidad relacional recursiva que entrelaza las coordina­ciones de coordinaciones de haceres de éste con el fluir del emocionear del convivir que se vive.

Esto es, al surgir la familia ancestral con el surgir del vivir en el lenguajear surge el conversar como el modo de convivir cuya conservación de una generación a otra en el aprendizaje

de los hijos e hijas constituye el linaje humano. Al surgir así los seres humanos surgen en un convivir en redes de conversa­ciones que en su devenir histórico se constituyen en los distin­tos mundos que habitan como diferentes ámbitos de sentires y haceres sensoriales-emocionales que se realizan de modo espon­táneo en el trasfondo fundamental del convivir en el amar. Por esto, a la forma inicial de nuestro linaje que surge como un modo de vivir centrado en la conservación del convivir en el conversar desde el amar, podemos llamarla linaje Homo sapiens- amans amans-, sapiens por surgir en el operar del lenguajear- conversar fundante del saber y hacer reflexivo, y amans por ser el amar en el bien-estar del placer de hacer juntos los haceres de la intimidad del convivir la emoción fundante de su posibi­lidad de surgir y conservarse espontáneamente como tal a par­tir del linaje de primates bípedos que fueron nuestros ancestros.

Al surgir en una familia de primates bípedos la familia ancestral humana cuando comienza en ella el modo de convi­vir humano como el convivir Homo sapiens-amans amans, se origina la Era arcaica como el vivir humano en la psiquis de la espontaneidad del amar. Psiquis del convivir que no trae con­sigo, ni de manera consciente ni inconsciente, como un aspec­to constitutivo del modo de convivir que implica, la sensorialidad-emocional del mal-estar del desamar, aunque éste haya tenido presencia ocasional. Esta expansión recursiva-es- pontdnea del convivir generador de mundos en la unidad ope- racional no pensada de lo humano y el medio-nicho que lo con­tiene y hace posible, surge como el trasfondo psíquico que a su vez hace posible la operacionalidad sensorial-emocional- relacional de esta era. Las regularidades repetitivas de las cohe­rencias del vivir y el morir, así como la transformación y ex­pansión de ellas en el vivirlas, se viven en la naturalidad de su suceder como algo dado de hecho.

Así, en esta era se vive en las coherencias del reino de Dios, sin saber que se vive en ellas hasta que se lo inventa cuando se intenta explicar cómo surgen las incoherencias que aparecen de todos modos en el fluir del vivir con las coherencias de la unidad saber-hacer del propio vivir cotidiano. Y cuando éste explicar comienza, comienza a extinguirse la Era arcaica en el surgimiento de una nueva era psíquica al cambiar las configu­raciones de sentires internos que se conservan en el emocionear de las conversaciones cuando éstas se desplazan desde la es­pontaneidad de su suceder al explicar como surgen en el ocu­rrir. Este nuevo vivir psíquico genera un nuevo vivir humano relacional en la nueva forma como se conserva el amar en el vivir en la expansión recursiva de los sentires a dimensiones intangibles que guían el vivir y convivir desde el explicar. De este modo poco a poco se desvanece el sentir espontáneo de que todos los seres vivos en general y todos los seres humanos en particular son iguales, y aparece el sentir que asigna valor a la diferencia, y con ello se abre espacio a la discriminación des­de un proceso consciente e inconsciente que usa motivos como argumentos racionales.

Dinámica emocional fundamental: El amar como un convivir deseado.

¿A qué hace referencia la psiquis matrística? Al convivir en la intimidad cotidianidad del amar. ¿Cómo surge? Surge en la espontaneidad del vivir en el amar. ¿Cómo se conserva y realiza? Se conserva y realiza en el placer mismo del convivir en el amar sin requerir justificación alguna. ¿Cómo se pierde? Se pierde con el surgimiento de la desconfianza en el mundo natural y la inven­ción de teorías que buscan controlarlo.

Las culturas matrísticas están centradas en la visión ma­terna, del cosmos como lo que acoge, contiene y nutre dando y quitando en la renovación cíclica del existir. Conservación en el modo de vivir cotidiano de la unidad de la existencia al mundo natural y al bien-estar que conlleva este modo de vivir surgiendo el amar como un ocurrir espontáneo y como fun­damento del convivir deseable. Como el fluir del agua, que en su fluir no es el resultado de un esfuerzo por parte del agua, sino es su condición natural. Conocimiento de lo divino en los mundos que se viven.

El devenir de lo humano en el devenir del convivir de la familia ancestral, en el suceder inevitable de la recursión del conversar, y más allá del sólo preguntar, relatar y explicar los ocurrires del vivir cotidiano, surge de manera inevitable el pre­guntar recursivo que pregunta el ¿cómo? y el ¿por qué? de las coherencias mismas del vivir como cuál es la naturaleza del suceder del vivir mismo y cuáles son los fundamentos de las coherencias del vivir. Como estas preguntas eran de hecho incontestables desde las coherencias operacionales del convivir cotidiano en el momento que surgían entre nuestros ancestros, y desde la urgencia emocional por contestarlas, deben haber aparecido en el fluir de su convivir configuraciones de sentires íntimos que expandían su habitar hacia nuevas dimensiones relaciónales. Dimensiones relaciónales tal vez imaginadas en el soñarse viviéndolas, o a partir de encuentros sensoriales sorprendentes e inusuales que no eran plenamente ajenos a las configuraciones íntimas de los sentires relaciónales propios del diario vivir, pero que generaban redes de conversaciones que servían para explicar lo que de otro modo era inexplicable. Cuando esto comienza a suceder, se abre el espacio para el sur­gir de sistemas explicativos generadores de dimensiones relaciónales cautivadoras y enajenantes según el espacio psí­quico desde donde se vivieran.

La forma fundamental del convivir de nuestros ancestros en la Era matrística, como grupos pequeños que colaboran en los haceres del compartir el vivir cotidiano, unidos en la sen­sualidad, la ternura y la sexualidad como un ámbito de bien­estar , tiene que haber sido también el ámbito de cercanía gene­rador del conversar reflexivo recursivo que dio origen a los in­tentos explicativos que inventaron el vivir en un mundo divi­no. Sin duda este bien-estar psíquico-corporal que surge de manera espontánea, no surge de la reflexión sino que de un modo de vivir y convivir en coherencias con el mundo natural. El sol, la luna y las estrellas surgen naturalmente brillantes, el cielo aparece lejano y la tierra nos regala de manera espontá­nea sus frutos. ¿Acaso el sol, la luna, las estrellas, el cielo, y la tierra hacen un esfuerzo por cultivar estos atributos? En un vivir así la actitud cotidiana es la de la colaboración en el con­vivir en la búsqueda de los alimentos, del cuidado de los ni­ños, en el uso de instrumentos, en un modo de vivir cultural

que abre el espacio a la co-inspiración, y que no da cabida a la conservación de la dominación y del sometimiento, y donde la agresión es un suceso ocasional que no guía el convivir. En un vivir así, el mundo divino concebido para explicar el orden y el desorden en la armonía de la conservación del vivir no puede dejar de surgir como un mundo de coherencias humanas, con deseos, acciones y sentires humanos, maternal en lo acogedor a la vez que exigente en la conservación de las formas que asegu­ran las coherencias del convivir que han sido aprendidas y/o abstraídas del fluir mismo del vivir.

Cuando las configuraciones de sentires del convivir en el amar que traen bien-estar se hacen el centro del pensar y sentir explicativo generador de las redes cerradas de conversaciones que guían, conservan, y dan sentido relacional al convivir, sur­ge la psiquis de la Era matrística como generadora de culturas en las que la orientación reflexiva fundamental surge de un sentir que busca conservar el bien-estar en el convivir según un orden divino inmanente en el mundo, que si es violentado pier­de su carácter acogedor.

Cuando las configuraciones de sentires del vivir en la con­fianza espontánea en las coherencias del mundo divino-natu­ral se debilitan, dejando progresivamente de ser el centro fun­damental del pensar generador de las redes cerradas de las con­versaciones que guían y dan sentido relacional a la conserva­ción del bien-estar del vivir y convivir en el amar, comienza a desvanecerse la psiquis de la Era matrística y empieza un pro­ceso de desplazamiento de los sentires de la convivencia hacia una psiquis que genera conversaciones de desconfianza y con­trol en la emergencia de la Era del apoderamiento. La psiquis de la Era matrística es generadora de culturas en las que la orien­tación reflexiva fundamental surge de un sentir que busca con­servar el bien-estar en un convivir coherente con un orden di­vino inmanente en el mundo natural que si es violentado pier­de su carácter acogedor dando paso a la psiquis de la descon­fianza y del control. La Era matrística entra en su desvaneci­miento cuando las diferencias pasan a ser motivos de discrimi­naciones que justifican la apropiación que instrumentaliza el vivir de otros seres, como en la discriminación sexual que su­bordina a la mujer a los designios del hombre.

Dinámica emocional fundamental: Apropiación de la verdad y veneración de la autoridad.

¿A que hace referencia la psiquis del apoderamiento? A la actitud de acumular y poseerlo todo sin importar los demás. ¿Cómo surge? Surge como una adicción a tener lo que otros tienen. ¿ Cómo se conserva y realiza? Como toda adicción, en el vivir y convivir cotidianos.

La psiquis de esta era ocurre en el despertar de la cons­ciencia de las capacidades manipulativas en el placer de la ex­pansión de las habilidades y capacidades en los haceres manua­les y explicativos en el convivir, a la vez que el surgimiento de la adicción a ser obedecido y a ser servido como un modo de apoderarse del y de los mundos que se viven desde la autoridad que se entrega en la obediencia desde el miedo al dolor. Esta era surge en la pérdida de la confianza en las coherencias es­pontáneas del mundo natural en que se vive, y en la expansión del deseo de control en el apoderamiento de todo. Y con el apoderamiento, van apareciendo modos de convivir que se nutren y sostienen en la apropiación del alma de otros y en la justificación racional de la discriminación desde donde se sos­tienen culturas centradas en relaciones de dominación, some­timiento, jerarquía, y la negación de sí mismo y del otro pro­pias de la relación de autoridad, y obediencia. En el momento en que se pierde la confianza en las coherencias espontáneas del mundo natural, aparecen la inseguridad y el miedo, se es­trecha la consciencia de pertenencia a un mundo más amplio que el de la propia localidad, y la emoción que guía el convivir en esta era es el deseo del poder que busca el dominio sobre las cosas naturales, sobre los otros y sobre dios. Se amplía la creen­cia en que mediante el poder de manipulación que entregan la argumentación racional y la magia se puede obtener el control del operar del mundo en que se vive en la progresiva negación explícita o implícita del amar.

El linaje Homo sapiens-amans amans es el linaje humano básico en el que se conserva el amar como la emoción guía de las redes de conversaciones del convivir. Este es el linaje fundante y fundamental de nuestra historia evolutiva desde su inicio, y es el que todavía predomina en nuestro presente bio- lógico-cultural conservándose en redes de conversaciones defi­nidas desde la psiquis del mutuo respeto, la colaboración y la co-inspiración espontáneos.

En la historia evolutiva del linaje Homo sapiens-amans amans han surgido y surgen ramificaciones biológico-culturales que han tenido y tienen diferente duración según la configura­ción íntima de sentires que los constituye y se conserva en su ocurrir. Podemos reconocer y recordar dos formas básicas se­gún el emocionear que da a cada uno de éstos dos tipos de lina­jes su carácter particular:

\* Homo sapiens-amans agressans**:**

Linaje humano en el que la emoción fundamental que guía el convivir es la agresión, y que se conserva en el devenir cultural en redes de conversaciones definidas desde la psiquis de la dominación, el sometimiento, el servilismo, la apropia­ción y la discriminación. Este tipo de linaje biológico-cultural surge y se conserva bajo la forma de civilizaciones imperiales y esclavistas que en su operar negador del amar llevan pronto o tarde a su propia destrucción.

\* Homo sapiens-amans arrogans:

Linaje humano en el que la emoción fundamental que guía el convivir es la arrogancia que se conserva en el devenir cultural en redes de conversaciones definidas desde la psiquis de la vanidad, en la omnipotencia y la discriminación. Este tipo de linaje biológico-culturallleva a su propia extinción en la destrucción del entorno biológico-relacional que hace posible la existencia de lo humano.

Pensamos que de estos distintos linajes humanos el único que como linaje biológico-cultural no lleva eventualmente a su propia extinción es el linaje inicial Homo sapiens-amans amans porque en él la emoción fundante es el amar. Pensamos tam­bién que si el amar no se hubiese conservado de hecho desde el inicio como la emoción básica del vivir biológico-cultural del linaje Homo sapiens-amans amans, éste se habría extinguido y nuestro vivir humano nunca habría sido.

Y a la vez pensamos así mismo que es sólo desde la conser­vación del bien-estarpsíquico-corporal que se conserva en el amar que los seres humanos conservamos y de hecho podremos con­servar el vivir.

Dinámica emocional fundamental: Dominio de la autoridad y la enajenación en el poder.

¿Dónde está el poder de la autoridad? El poder de la autori­dad está en la obediencia de otros. ¿Dónde está la potencia de las teorías que pasan a guiar el vivir humano? Su potencia está en que al ser aceptadas penetran todas las dimensiones del vivir y convivir.

Expansión del saber de la ciencia, de la tecnología, y del sentir que se conoce “la realidad”; apropiación del mundo na­tural en que se vive porque se cree y se siente que se lo puede dominar y que se lo domina.

Confianza en que podemos conocer directa y/o indirecta­mente el en sí de los mundos que vivimos, y confianza en que el conocimiento del mundo o de los mundos que vivimos dará validez universal a nuestros argumentos y afirmaciones cognitivas afianzando nuestro poder sobre ellos. Confianza en que el conocimiento de la realidad, y por lo tanto la ciencia y con ella la tecnología, generarán bien-estar en la humanidad a través de la autoridad de la razón. Y es desde esta confianza que se inventan teorías filosóficas que justifican la conserva­ción política de linajes biológico-culturales del tipo Homo sapiens- amans arrogans y Homo sapiens-amans agressans, creyendo, ade­más, que es posible saber desde la razón lo que es bueno para otro, lo que a su vez justifica la imposición de ese saber.

Lo central en la psiquis de esta era es el sentir que la ver­dad única y el conocimiento de la realidad deben guiar la con-

ducta humana, y que la posesión de esa única verdad y el co­nocimiento de realidad surgen como justificaciones legítimas para no dejar al otro u otra en la ignorancia. El convivir hu­mano pasa a ser una lucha de verdades, a partir del conoci­miento de la realidad; ya no es la comprensión lo central en la convivencia sino que el tener la razón. En este vivir psíquico el conocimiento da poder y no lleva a la comprensión; lo que se busca en la convivencia es principalmente obediencia, en relaciones orientadas a obtener los resultados deseados a cual­quier costo, y no a la colaboración. En la psiquis de esta era es muy difícil que el amar surja como un suceder cotidiano es­pontáneo pues en ella se vive inmerso en un ámbito de argu­mentos que lo niegan desde la búsqueda del éxito, la eficiencia y los resultados prácticos. Y marchitándose el amar ya antes de aparecer, se vive generando el dolor del desamar en el vivir y convivir en un progresivo olvido de él. Sin embargo, bajo esta negación aún nos duele su ausencia en lo profundo de nues­tros sentires, y queremos conectarnos con el amar con nociones equívocas desde su origen racional como bondad, solidaridad, y compasión, que ocultan el amar como la emoción que funda nuestra condición humana desde nuestro origen como Homo sapiens-amans amans, aunque éste esté aún presente en nuestro vivir en una configuración inconsciente de sentires relaciónales íntimos que conservamos en el fundamento de nuestra huma­nidad biológica.

Dinámica emocional fundamental: Dominio de la confianza en el saber que se sabe lo que se cree que se sabe. Tentación de la omnipotencia, cegueras en el saber que se sabe lo que se dice que se sabe.

¿Qué es saber entonces? El sentir que se siente cuando no se duda de lo que se afirma. ¿Qué es conocer entonces? Lo que otro dice que uno tiene cuando él o ella piensa que uno se conduce de manera adecuada según su pensar. ¿Qué es entender entonces? El entender ocurre en el saber y conocer el entorno en el que uno dice que es válido lo que uno dice que es válido.

Dominación cultural de la ciencia y la tecnología: mo­mento en nuestro devenir histórico en el que los seres huma­nos sabemos que podemos hacer todo lo que imaginamos si operamos con las coherencias operacionales del dominio en que lo imaginamos. Le pedimos a nuestros científicos, tecnó- logos, empresarios, políticos, etc., que sean como dioses om­nipotentes, en su capacidad de hacer, en una actitud en que corremos el riesgo que los otros seres humanos pasemos a ser meros instrumentos para la realización de tales propósitos.

En la complejidad tecnológica, política y ética de la con­vivencia en un vivir en el que se quiere hacer todo lo que es posible hacer, cualquiera sean sus consecuencias, surge la he­gemonía del liderazgo en la apropiación de la verdad única, en el fanatismo, las enajenaciones ideológicas que justifican la innovación en aras de cualquier cosa llamada progreso, la ma­nipulación, y la deshonestidad en la irresponsabilidad. Todo esto en una ceguera intencional ante la generación de dolor y

sufrimiento en el devenir de la antropósfera y la biosfera; ce­guera intencional que no quiere ver la unidad sistémica-recursiva del vivir humano, la antropósfera y la biosfera, porque el verla trae consigo la consciencia de una responsabilidad ética inne­gable que no se quiere tener, al menos todavía.

En esta era psíquica se debilitan el respeto por sí mismo y el mutuo respeto como fundamentos de la convivencia, y con ello aparece como substituto el contrato; se pierde la posibili­dad de comprender el carácter inspirador de la co-inspiración y surge en su reemplazo el énfasis en el liderazgo. En un liderazgo en que se entrega la autonomía y la responsabilidad del convi­vir y del hacer a un elegido superior que se orienta a un fana­tismo moralista y sin amar, ciego ante los liderados en la ur­gencia por ser seguido y obedecido, o que se orienta a un vivir en un progresivo desencanto de sí mismo que lleva al dolor y al resentimiento porque los liderados no se entregan como de­bieran al valor de su guía superior. Las tentaciones de la omni­potencia y del saberse poseedor de la verdad desde el poder del conocimiento en la capacidad de usarlo como una fuerza demoníaca, esto es, como una fuerza que no tiene orientación propia y que es por lo tanto servil a cualquier propósito, gene­ran las cegueras del liderazgo que resultan en que los seres hu­manos desaparezcamos en nuestra legitimidad humana y pasa­mos a ser meros instrumentos para la satisfacción de los desig­nios y los deseos de cualquier persona que viva en la adicción al poder. Por último, la confianza en que el saber permite el control y dominio de todo lleva inevitablemente al engaño más doloroso, que es la búsqueda de la eternidad donde uno se atrapa en la soledad psíquica de la enajenación de creerse due­ño de la omnipotencia.

Sin embargo, el dolor y sufrimiento que generan la conti­nua negación de lo humano, no eliminan del todo el trasfondo amoroso de nuestra condición Homo sapiens-amans amans que hace posible soltar las certidumbres como el primer paso hacia la reflexión sobre el propio vivir, camino que lleva al cambio de era que recupera el respeto por sí mismo.

Dinámica emocional fundamental: Surgimiento de la reflexión y la acción ética consciente: la gran oportunidad.

¿Deseamos soltar nuestras certidumbres y orientarnos hacia la reflexión y acción ética consciente en nuestro vivir y convivir en la antropósfera? Hacer esto es lo central en el advenimiento de la Era postpostmoderna.

El ver y sentir el dolor y el sufrimiento en la antropósfera y la biosfera que la enajenación en la omnipotencia que la Era post-moderna genera, abre el espacio reflexivo que nos lleva a preguntarnos: ¿cómo estamos haciendo lo que estamos haciendo? ¿cómo es que aunque alguna vez declaramos que el conocimiento, que la ciencia, y que la tecnología, nos llevarían a ampliar el bien-estar en el vivir y convivir humano, generamos tanto dolor y sufrimiento? Si somos serios en buscar la respuesta a estas pre­guntas, veremos que en el proceso de hacerlo se abre el espacio para el cambio en la sensorialidad íntima que lleva a la reflexión desde donde es posible que surja la ampliación de nuestra cons­ciencia de las cegueras que nuestras enajenaciones cognitivas, como modos de vivir y de generación de mundos, traen a nues­tro habitar. Más aún, si somos responsables en nuestro re­flexionar, veremos que todas las enajenaciones cognitivas, sean estas ideológicas, tecnológicas, religiosas, filosóficas, políticas, o buscadoras del control, la eficiencia, la ambición y la aspira­ción al poder, generan malestar, dolor y sufrimiento en todas las dimensiones del convivir porque en ellas las personas, los seres vivos en general, poco a poco desaparecen en las sombras tiránicas de las cegueras de su razonar desde la omnipotencia.

El fin de la Era postmoderna ocurre al iniciarse la Erapost- postmoderna con nuestro darnos cuenta y aceptar la responsa­bilidad de saber que somos nosotros mismos quienes con nues­tras cegueras éticas y ecológicas somos creadores tanto del mal­estar de nuestro vivir cotidiano, como del daño que generamos en la antropósfera y en la biosfera con lo que hacemos destru­yendo a la vez nuestra propia posibilidad de existencia. Sin embargo, la Era post-postmoderna no se iniciará, o desaparece­rá pronto como un ámbito psíquico transitorio si no logramos ser en verdad audaces desde nuestra consciencia y compren­sión de lo que sucede con nuestro hacer, y no nos orientamos en nuestro vivir y convivir a contribuir desde nuestro entendi­miento y ganas de acción al resurgimiento de la responsabili­dad ética y social en la antropósfera y la biosfera desde la am­pliación de nuestra consciencia de que somos nosotros mis­mos quienes generamos tanto los dolores y los sufrimientos como las alegrías y los placeres que vivimos en la antropósfera y en la biosfera.

Es desde la ampliación de la consciencia del dolor y el sufrimiento que hemos generado y que generamos en el vivir y convivir desde los sentires y haceres que surgen en la enajena­ción en la confianza irreflexiva en el creer que se sabe lo que se dice que se sabe en el liderazgo, sin preguntarse por los funda­mentos que validan ese saber, que se nos hace aparente que no deseamos ese vivir y convivir. Y es desde esa ampliación de consciencia que se nos hace aparente también que no quere­mos perder ni autonomía, ni libertad reflexiva, ni seriedad, ni responsabilidad en lo que hacemos en nuestro vivir; y, además, todo esto en un acto reflexivo desde el cual se acaba la presen­cia obnubilante de la psiquis del liderazgo, desvaneciéndose la Era postmoderna al surgir la Era post-postmoderna en el reencontrarnos con que los fundamentos psíquicos de nuestro

existir humano están en el amar y en la realización cotidiana de nuestro convivir como seres primariamente amorosos desde el inicio de nuestro linaje en la conservación de una genera­ción a otra, de nuestro vivir y convivir biológico-cultural Homo sapiens—amans amans.

Así, es el presente cultural en que nos encontramos ahora en la ampliación de consciencia que nos lleva a ver el carácter destructivo para nuestro vivir, convivir, y la conservación de la biosfera que nos hace posibles, de nuestras enajenaciones en la omnipotencia y la apropiación, lo que nos empuja a nuestro reencuentro con los fundamentos psíquicos-biológicos de nues­tro existir humano amoroso como Homo sapiens-amans amans en el término de la Era psíquica postmoderna, a la vez que nos abre el paso a la posibilidad del inicio de una nueva era psíqui­ca, la Era psíquica postpostmoderna, centrada en un convivir humano ético. En fin, al dar este paso estaríamos encontrán­donos, o más bien, estaríamos reencontrándonos, desde un entender más amplio que no podemos eludir sin mentirnos y sin mentir a otros, con que somos seres vivos entre los seres vivos, y con que sabemos que lo somos, en un reencuentro con nuestro ser seres amorosos éticos desde nuestro origen biológi­co en la familia ancestral como Homo sapiens-amans amans. Por último, es desde este reencuentro con nuestro ser biológi­co amoroso que la noción de liderazgo pierde validez como el sentir relacional central que ha guiado el devenir de la antropósfera en la psiquis de la modernidad y la post-moderni- dad. Más aún, es desde éste reencuentro que nos hemos dado cuenta también de que la enajenación en el olvido de nuestro ser biológico amoroso (y por lo tanto ético) sucede porque la guía que el liderazgo genera está abierta a la tentación de la omnipotencia, y con ello, a la negación de la consciencia de nuestra responsabilidad por las consecuencias negadoras del amar y de la conducta ética en la antropósfera, y por ende en la biosfera, que inevitablemente traen consigo la búsqueda del éxito y la eficiencia como si fuesen valores en sí.

El operar del liderazgo en su subordinación a la búsqueda de la eficiencia y el éxito como valores en sí, es contradictorio con el entendimiento y la comprensión de la matriz biológico- cultural que genera realiza y conserva lo humano en su existir generador del cosmos en que los seres humanos vivimos y con­vivimos como el ámbito operacional-relacional en el que se da nuestro presente en continuo cambio. Es más, el liderazgo como una dinámica relacional central en la modernidad y la post­modernidad se desvanece con el surgimiento de la Era de la psiquis de la Era post-postmoderna como un aspecto del convi­vir humano que ha pretendido y pretende ser guía de la convi­vencia humana sin responsabilidad social. Por esto el fin del liderazgo abre el camino al resurgir del bien-estar psíquico-cor- poral-operacional-relacional de la confianza en la honestidad como fundamento ético del convivir en la psiquis de la postpostmodernidad. Así su fin abre también el espacio al re­surgimiento de la responsabilidad deseable y deseada, a la crea­tividad espontánea y generadora de mundos, y al surgimiento de un vivir autónomo desde el respeto por sí mismo y por los otros, donde se puede generar el espacio de buena tierra en el que es posible que fructifique la reflexión y acción-ética en todas las dimensiones del vivir y convivir.

Por último, con el fin del liderazgo en el surgimiento de la psiquis de la post-post-modernidad, los sentires íntimos pro­pios de saberse que se es un ser primariamente amoroso y ético en cuerpo y alma recuperan su presencia, y se hace posible poder escoger desde sí la autonomía de la seriedad y la responsabili­dad, en un convivir en la colaboración en el mutuo respeto,

cualquiera sea la tarea que se emprenda en la familia, los estu­dios, el trabajo, como ciudadano, o simplemente sólo. Siem­pre habitamos la psiquis de la era que vivimos en todas las dimensiones de nuestro vivir, pero no estamos atrapados y podemos guiar ese habitar cuando desde la reflexión, como Homo sapiens-amans amans, escogemos un camino operacional- relacional según el vivir que queremos vivir conscientes de nues­tros sentires íntimos de seres primariamente amorosos. Si qui­siéramos, podríamos vivir así el inicio de un nuevo linaje hu­mano, un linaje Homo sapiens-amans ethicus.

La psiquis de la Era post-postmoderna comienza a ser vivi­da con el abandono al apego al valor que se le asigna al sentir que se sabe lo que se piensa que se sabe como verdad absoluta que niega la reflexión. Hacer esto permite que dimensiones psíquicas nuevas, o hasta ese momento ocultas, comiencen a guiar todo lo que se hace en el convivir bajo la forma de senti­res íntimos como:

“...la consciencia de que lo que llamamos consciencia no es un en sí, sino que ocurre como la dinámica relacional que surge y se hace presente en el vivir cotidiano cuando uno se da cuenta de que se encuentra viviendo en coherencias sistémicas- sistémicas con los distintos mundos que trae al existir con su vivir”.

“...la consciencia de que el fundamento biológico amo­roso de nuestro ser seres humanos es en sí el fundamento de nuestro vivir ético”.

“...la consciencia de que el deseo de vivir y convivir en la reflexión-acción ética libera la creatividad”.

. .la consciencia de que como seres humanos seamos parte tanto de la antropósfera como de la biosfera, a la vez que so­mos creadores de ellas con nuestro propio vivir, nos abre el camino a la responsabilidad ecológica-espirituar.

“...la consciencia de que en el presente que vivimos la preservación y el cuidado de la biosfera son responsabilidad nuestra, nos entrega libertad para la creatividad ecológica”.

“...la consciencia de que cada ser humano es en sí mismo el centro del cosmos que vive y de que éste surge momento a momento como el presente cambiante continuo del flujo de su vivir”, y...

“.. .la consciencia de que como generadores continuos del cosmos que vivimos somos siempre a la vez partícipes y respon­sable de lo que sucede en él”.

Todos estos son sentires íntimos, que emergen como di­mensiones psíquicas que surgen desde la consciencia, la com­prensión y el entendimiento de que nuestra existencia biológi- co-cultural es el fundamento de todo nuestro sentir y hacer. Sin duda no sabemos cuál será el curso de nuestro devenir hu­mano, aunque sí sabemos que inevitablemente surgirá momen­to a momento de las dimensiones psíquicas de los sentires ínti­mos y los haceres que conservemos en el vivir que vivamos en nuestro presente cambiante continuo. Lo que sí sabemos, es que la Era post-post-moderna que sentimos que se inicia en el presente cultural que ahora vivimos, es nuestra oportunidad para escoger un vivir y convivir que no niegue la autonomía reflexiva y de acción propia a nuestro ser seres amorosos, y que es el fundamento biológico y psíquico de nuestro ser seres hu­manos éticos.

Reflexión final

Como ya dijimos al comienzo de este ensayo, en el inten­to de explicar y comprender nuestro vivir humano en su ocu­rrir biológico-cultural desde nuestro operar humano con nues­tro operar humano, nos damos cuenta de que lo que guía el devenir de los seres vivos en general y de los seres humanos en particular, son sus sentires íntimos o dimensiones psíquicas que aparecen como emociones cuando son observados en su ope­rar en el espacio relacional donde existen como organismos. Es por lo anterior que al referirnos a las transformaciones de nuestro vivir en el devenir de nuestro linaje, orientando nues­tra atención a cómo debe haber cursado éste en su fluir relacional según el suceder de los sentires íntimos de nuestros ancestros que lo deben haber guiado, hemos querido hablar de eras psíquicas de la humanidad. Las eras psíquicas que propo­nemos, pues, corresponden a lo que pensamos tiene que haber sucedido en el devenir de los sentires íntimos y las configura­ciones de sentires íntimos, de los haceres y de las configuracio­nes de haceres, en el curso del vivir y convivir de nuestros ancestros en el progresivo enriquecimiento recursivo de sus mundos operacionales y reflexivos en su inevitable entrelazamiento en la conservación del vivir en un medio a la vez constante y cambiante de maneras suaves y abruptas. Es más, lo que ha sucedido en el devenir psíquico de nuestros ancestros, es lo que, por supuesto, aún sucede en nuestro devenir psíquico presente, y seguirá sucediendo en el devenir del convivir de nuestros descendientes, siguiendo un curso u otro según sean los sentires íntimos y las configuraciones de sentires íntimos, los haceres y las configuraciones de haceres, que guíen su vivir dando forma a la psiquis biológica-cultural de su convivir.

Lo humano, pensamos, debe haber comenzado hace no menos de tres millones de años en un linaje de primates bípedos, con el ocurrir de la familia ancestral como un grupo pequeño de convivencia en el placer de compartir compañía, caricias y alimentos, en el que surgieron, como simple consecuencia de la intimidad de ese convivir, el lenguajear y el conversar como el convivir mismo en el fluir recursivo de las coordinaciones de coordinaciones de haceres y emociones en el placer del ha­cer juntos los haceres cotidianos. Así, al proponer las cinco eras psíquicas que presentamos aquí para el curso de la historia de la humanidad desde su origen hará unos tres millones de años atrás o más, nos hemos propuesto poner nuestra atención en el fluir de los sentires que pensamos deben haber guiado ese devenir de transformaciones desde su inicio. Y lo hacemos con un imaginar que surge de darnos cuenta, desde nuestros propios sentires en el presente que vivimos, de que lo que guía el curso del vivir de los seres vivos en general y de los seres humanos en particular, son las emociones, los deseos y las ga­nas, esto es nuestros sentires relaciónales íntimos.

Al proponer estas cinco eras psíquicas de la humanidad pro­ponemos también mirar, mirarnos, y preguntarnos si en nuestro vivir individual y convivir familiar hemos repetido en el tránsito de la infancia a la vida adulta, casi como una dinámica de reca­pitulación evolutiva, las eras psíquicas de las hablamos ahora, y si queremos escoger, en un acto consciente desde nuestro entendi­miento presente, el convivir psíquico que quisiéramos ofrecer con nuestro vivir y convivir al vivir de los niños, niñas y jóvenes con quienes convivimos. El futuro de la humanidad no son los niños, niñas y jóvenes, sino que somos nosotros los adultos con quienes ellos conviven, pues ellos a su vez serán como adultos, pareciéndose o diferenciándose de nosotros, según seamos no­sotros como adultos en nuestro convivir con ellos.

APÉNDICE 1

Algunas nociones sistémicas fundamentales que se hacen aparentes en la ampliación de la conciencia de que como seres biológico-culturales somos generadores de los mundos que vivi­mos, y que evocamos en lo que sigue como leyes generales del cosmos que surge con nuestro convivir.

El saber.

Ley # 1: Todo lo dicho es dicho por un observador a otro observador que puede ser él o ella misma.

El hacer.

Ley # 2: Todo lo hecho es hecho por un ser humano en el ámbito de la antropósfera[[4]](#footnote-4) que surge con él.

El suceder.

Ley # 3: Cada vez que en un conjunto de elementos co­mienzan a conservarse ciertas relaciones, se abre espacio para que todo cambie en torno a las relaciones que se conservan.

El escoger.

Ley # 4: La historia de los seres vivos en general, y de los seres humanos en particular, ha seguido y sigue un curso defi­nido en cada instante por los deseos, preferencias, ganas, emo­ciones en general.

El operar.

Ley # 5: Todo sistema humano y no humano opera per­fecto cuando opera, no existe la disfuncionalidad en el operar de un sistema.

APÉNDICE 2

Los otros dos linajes, si evolucionaron como linajes bioló- gico-culturales, se habrían extinguido, aunque aún surgen con cierta frecuencia como linajes culturales transitorios.

El linaje Homo sapiens-amans agressans ocurre en un con­vivir que conserva las cegueras de la agresión.

El linaje Homo sapiens-amans arrogans ocurre en un con­vivir que conserva las cegueras de la arrogancia.

El linaje Homo sapiens-amans ethicus ocurre en un con­vivir que conserva desde el vivir la legitimidad de los otros desde el amar y la ternura la configuración de sentires relaciónales Íntimos que llevan primariamente a rechazar el emocionear de las teorías filosóficas o religiosas que justifican la discriminación.

El linaje Homo sapiens-amans amans ocurre en un convi­vir que conserva la configuración de sentires relaciónales que llevan primariamente a conducirse con relación a sí mismo, a los otros y a las otras desde el amar y la ternura.

Estos linajes psíquicos evocan orientaciones biológico-cul­turales de sentires relaciónales íntimos que dan forma al convi­vir como un trasfondo emocional que lo guía como un modo espontáneo no reflexionado de conducirse. En tanto estos son linajes biológico-culturales desde la raíz biológica Homo sapiens-amans son linajes que se conservan primariamente en la intimidad del convivir desde la infancia en un emocionear aprendido como un convivir cultural, y por lo tanto en princi­pio pueden ser des-aprendidos.

La extinción de los linajes agressansy arrogans se produce por la restricción de la consciencia de la unidad del existir que resulta de las cegueras relaciónales que generan los ámbitos emocionales de agresión y arrogancia.

Comentario histórico: Los linajes que surgen en la ex­pansión de la agresión y de la omnipotencia como un vivir cotidiano cultural, cursan hacia su propia extinción porque se destruyen a si mismos y al entorno biológico que los hace po­sibles. Esto habría sucedido con las formas de vivir Homo sapiens-amans agressans y Homo sapiens-amans arrogans como linajes biológico-culturales auto-destructivos cuando desde la agresión y la arrogancia entraron en la dinámica (el deseo) de la expansión hegemónica. Estos modos de vivir han aparecido muchas veces en eras posteriores durante nuestra historia pa­triarcal (Era del apoderamiento) bajo la forma de fanatismos e imperios que generaron su propia extinción con el dolor hu­mano y/o el daño ambiental que produjeron en un vivir desde las cegueras que producen la agresión y la arrogancia.

**ENLACE II**

La noción del Tao implica una invitación a vivir lo que se vive en un presente sin apegos, y surge como una respuesta activa desde la acción de la no-acción, que en nuestro sentir pertenece al vivir en la Biología del Amar. Frecuentemente hablamos del amar, en nuestra opinión sin comprenderlo, os­cureciéndolo en una poética literaria que intenta evocarlo en un ámbito cultural que lo niega, como ocurre en la cultura patriarcal-matriarcal centrada en relaciones de autoridad y obediencia en el sometimiento a las normas que el emocionar de esas relaciones implica.

En ese ámbito cultural todo lo que se dice lleva consigo la evocación de sentires que se tratan, de manera consciente e inconsciente, como validadores del espacio psíquico en el que se aprende la continua subordinación al poder de otro desde el miedo, en el reemplazo de la amistad por la alianza, y de la colaboración por la negación de sí misma o sí mismo en la obediencia.

En estas circunstancias nos preguntamos sobre si encon­traríamos en la Biología del Amar el fundamento de los senti­res que buscan la liberación del dolor y sufrimiento en el vivir que la cultura de la dominación y el sometimiento (cultura patriarcal-matriarcal trae consigo). Y a poco buscar nos en­contramos con ella como fundamento psíquico de las ense­ñanzas de Jesús, Buda y Lao Tzu, así como bajo distintas for­mas en las enseñanzas de tradiciones culturales que no viven en la justificación racional de la discriminación y del poder. Así, pensamos que lo que decimos al hablar de “la Biología del

Tao”, afirmando que lo que funda las enseñanzas del Tao es la Biología del Amar, no es arbitrario sino que corresponde al espacio psíquico que las sostiene y les da presencia en nuestro habitar nuestro propio vivir presente.

BIOLOGÍA DEL TAO O

EL CAMINO DEL AMAR

**BIOLOGÍA DEL TAO O EL CAMINO DEL AMAR.[[5]](#footnote-5)**

*Humberto Maturana Romesín y Ximena Dávila Yáñez*

**RESUMEN**

La noción del Tao constituye una invitación a un vivir en el bien-estar psíquico y corporal, a un vivir sin esfuerzo en la uni­dad de toda la existencia en el hacer que surge del ver el pre­sente cuando no hay prejuicio o expectativa. Como tal, la noción del Tao ha llevado a muchas personas a la reflexión y a la acción que busca encontrar o revelar la naturaleza de ese vivir en los ámbitos de la filosofía, la mística, y la religión. ¿Con qué nos conecta ese vivir? ¿Con lo divino o lo biológico? Pensamos que el vivir al que la noción del Tao nos invita es el vivir fundamental del vivir del ser vivo en su naturaleza bioló­gica que se da en el existir en un presente cambiante continuo. En nosotros, los seres humanos, ese vivir ocurre como un vivir en el lenguajear sin enajenarse en el explicar, vivir que surge cuando se vive en la ampliación del ver en el desapego que es la Biología del Amar. Por esto el Camino del Tao es el Camino del Amar, y el Camino del Amar es la Biología del Tao.

**INTRODUCCIÓN**

Este ensayo es el producto de una serie de conversaciones que tuvieron lugar entre Ximena Dávila y Humberto Maturana en el verano del año 2002, y presenta el entendimiento del tema de la “Biología del Tao” a que ambos llegaron en ese proceso.

Pero hay algo más. Lo que decimos a continuación sobre la noción del Tao, surge desde una mirada reflexiva que hemos escogido llamar filosofía natural[[6]](#footnote-6). Nosotros pensamos que uno hace filosofía cada vez que se pregunta por los fundamentos de su hacer, cualquiera este sea y en cualquier ámbito del pensar y actuar, sea éste el vivir cotidiano, político, científico filosófico o tecnológico. La mirada reflexiva que llamamos filosofía na­tural aparece en el momento en que uno se da cuenta de que existen dos preguntas básicas en la reflexión sobre los funda­mentos de todo lo que ocurre en nuestro vivir como seres hu­manos, esto es, las preguntas por el ser y por el hacer. La histo­ria del pensar reflexivo occidental ha estado centrada sobre la pregunta por el ser, por él en sí, por la búsqueda de la realidad y de las verdades últimas. Nosotros ahora nos preguntamos por el hacer, por ¿cómo hacemos lo que hacemos?

Desde su inicio el pensar filosófico occidental sigue el ca­mino de la pregunta por el ser, pregunta ésta que parece con­testable desde el pensar místico-espiritual-religioso que ve un fundamento trascendente a la transitoriedad del ocurrir del suceder de todo lo existente. El pensar filosófico occidental es congruente con el pensar oriental en la aceptación implícita o explícita de un fundamento trascendente para toda la existen­cia. A nosotros nos parece que la pregunta por el hacer como pregunta básica, no estaba accesible al pensar pre-filosófico por la actitud cultural que aceptaba el fundamento trascendente de toda existencia, y que por ello no se desarrolló desde enton­ces. Esta pregunta es posible ahora porque el pensar occiden­tal desde el pensar científico ha dado origen a una libertad reflexiva que permite la pregunta por el hacer en un ámbito de entendimiento y acción que permite contestarla. Más aún pensamos que esta pregunta bajo la forma fundamental de cómo hacemos lo que hacemos los seres humanos, no es la pregunta que se pueda hacer y haya sido hecha en el pensar científico tradi­cional porque éste surge en un trasfondo conceptual que pre­gunta por el ser, por la esencia, por la realidad, por lo objetivo, desde un aceptar implícito un soporte trascendente para la exis­tencia.

Es por lo anterior que cuando nosotros nos preguntamos por el hacer, por cómo hacemos lo que hacemos los seres hu­manos, lo hacemos desde el cambio fundamental ontológico y filosófico que se inicia con la Biología del Conocer, y que aho­ra desde nuestras reflexiones en el desarrollo del entrelazamiento conceptual de la Biología del Conocer y la Biología del Amar en la Matriz Biológico-Cultural de la Existencia Humana, lla­mamos filosofía natural[[7]](#footnote-7). El trabajo que presentamos a conti­nuación surge en éste trasfondo conceptual y es de hecho un trabajo en el ámbito de la filosofía natural en el preguntar im­plícito por ¿qué hacer de nuestro vivir da origen en nuestro vivir a la experiencia del Tao?

El camino del vivir que la noción del Tao evoca, constituye una invitación a un vivir en el bien-estar psíquico y corporal de un vivir sin esfuerzo en la unidad de toda la existencia. Como tal, la noción del Tao ha llevado a la reflexión y a la acción a muchas personas en los ámbitos de la filosofía, la mística y la religión.

En este ensayo queremos reflexionar sobre los procesos biológicos que como procesos del vivir y convivir dan origen a la experiencia básica cuyo cultivo da origen a la expansión del bien-estar en el vivir cotidiano que en la tradición oriental se connota con la noción del Tao, y que todos los seres humanos podemos vivir si de hecho la cultivamos.

Pensamos que todas las experiencias que los seres huma­nos vivimos, en toda circunstancia y cualquiera sea el nombre que les demos, nos ocurren como aspectos de nuestro vivir humano en el fluir de nuestro vivir biológico, y pensamos tam­bién que es por ello que se pueden cultivar y expandir, dando origen a distintos modos de vivir y convivir en espacios cultu­rales que llamamos místicos, religiosos, filosóficos, científicos o artísticos.

Nos parece que la experiencia básica cuyo cultivo consti­tuye el Camino del Tao es una experiencia de bien-estar que se extiende a todas las dimensiones relaciónales de lo humano como una experiencia de armonía psíquica y corporal en todas las dimensiones del vivir y convivir, cualquiera sea la circuns­tancia del vivir que se viva. La experiencia del Tao según noso­tros no tiene que ver con lo que se vive, sino que con cómo se vive lo que se vive.

Es, por lo tanto, hacia lo que consideramos los fundamentos biológicos de la experiencia que hace posible el Camino del Tao como experiencia del vivir en el bien-estar fisiológico, psíquico y espiritual, hacia adonde dirigimos nuestras miradas y reflexiones. Más aún, esto lo hacemos entendiendo que hablamos de algo que no se puede describir sino que sólo se puede evocar en quienes ya lo conocen como una experiencia espontánea o cultivada. Sin embargo, el que no podamos describir la experiencia que desea­mos evocar no es ni constituye una dificultad muy grande, por­que todos hemos vivido alguna vez en nuestra vida la experiencia básica de bien-estar cuyo cultivo constituye el Camino del Tao. La descripción no reemplaza lo descrito.

El presente

El presente es el suceder del vivir mismo. El presente es el ocurrir en el ocurrir, lo que sucede en el fluir del suceder. Al hablar del presente hablamos en torno a lo que queremos evo­car, y la descripción que hacemos al hablar del presente no lo reemplaza como suceder del vivir.

Como la descripción no reemplaza lo descrito, todo lo que hacemos y podemos hacer al hablar del vivir en el presente que es el Tao es intentar evocar en la sensorialidad de nuestro vivir ahora la sensorialidad de algo vivido antes en el fluir del vivir del que queremos hablar. Además, en este intento la sensorialidad que queremos evocar queda oculta al entrecru­zarse con la sensorialidad propia de los deseos y expectativas o miedos desde donde queremos evocar y recuperar el fluir del vivir vivido.

Si miramos a los seres vivos que existen fuera del lenguajear, vemos que ellos viven en el continuo presente que se vive sin la evocación descriptiva de un pasado que complica el presente desde la añoranza por lo ausente. Más aun, viven sin pensar ni desear un futuro que surge de la descripción de lo que se espe­ra que ocurra y modifica el presente desde la frustración por­que no se satisfacen las expectativas que los deseos de un futu­ro implican. Los animales que existen fuera del lenguaje sim­plemente se deslizan en el vivir en un continuo presente cam­biante que surge espontáneamente sin reflexión momento a momento en el fluir de la conservación del bien-estar propio de la dinámica sensorial de cada momento del vivir que se vive. Al hablar del vivir en el presente de estos seres hablamos de su vivir como un vivir inocente en el bien-estar sin añoranzas ni expectativas, en el que se encuentra y se vive la alegría o el dolor de lo que hay en la relación inmediata y no de lo imaginado; y hablamos de un bien-estar que se pierde cuando el vivir en la consciencia del pasado y del futuro que el lenguaje hace posible nos lleva a la frustración ante los deseos no cumplidos y al sufri­miento que el apego a los deseos no logrados trae.

El camino del bien-estar del presente vivido en el vivir inconsciente del vivir fuera del lenguaje, no es el camino del bien-estar que se quiere evocar cuando se habla del Tao, y en el que se puede decir: “el maestro no actúa y todo se hace“. Lo humano ocurre en el vivir en el lenguajear, y tanto el vivir cons­ciente como el vivir inconsciente del vivir humano surgen del vivir en el lenguajear, y por lo tanto el Camino del Tao como camino del vivir humano en el presente necesariamente ocurre como un vivir en el vivir en el lenguajear.

La experiencia

La experiencia es lo que decimos que nos pasa cuando somos conscientes de que lo que nos pasa nos pasa como un suceder de nuestro vivir que distinguimos en el vivir en el lenguajear. Como la descripción de la experiencia no puede reemplazar lo vivido, la descripción sólo puede ponerla en el ámbito de la mirada reflexiva y así constituirla como elemento del mundo humano que es el mundo que surge en el lenguajear.

El mundo humano como mundo que se vive en el lenguajear en la generación de dominios de coordinaciones de coordinaciones de haceres, se puede vivir como un continuo presente que se vive en su mero ocurrir sin reflexión que mire el curso de ese vivir. O se puede vivir en la mirada que trae a la consciencia como aspecto del vivir cotidiano el sufrimiento por la frustración ante las expectativas y los deseos no cumpli­dos o la alegría cuando los deseos se ven cumplidos. En el primer caso el vivir humano ocurre como el vivir animal no reflexivo, y no surgen en él preguntas sobre el presente, y el vivir en el bien-estar es un vivir en un presente sin apego anti­cipado a lo que traerá consigo el cumplimiento de los deseos o las expectativas. En el segundo caso, el vivir humano ocurre en la mirada reflexiva que abre el camino a la frustración que genera dolor y sufrimiento por el apego al valor que se ve en lo que se perdió o que no fue al no cumplirse los deseos o las expectativas pensadas, tanto como el camino desde donde se ve ese apego y es posible preguntarse por la legitimidad del dolor y el sufrimiento que genera a la vez que por el camino de acción que nos pudiera liberar de ese dolor y sufrimiento. La noción del Tao intenta evocar el vivir del camino experiencial que de seguirlo constituiría en nosotros esa liberación.

El vivir humano es en el vivir en el lenguajear, y la libera­ción del sufrimiento que trae consigo la frustración por no lograr lo deseado en el apego al valor de lo no logrado o perdi­do, debe ocurrir como un vivir humano en el presente, esto es, como un simple ocurrir espontáneo en el vivir consciente que el vivir humano es cuando se vive sin apego a lo que no es. La dificultad está en que la reflexión cambia el presente que se vive y lo entrelaza con el cambio de emoción que surge en el fluir de su ocurrir cuando este (el presente) comienza a vivirse desde las expectativas de lo que pudiera ser y no en su mero ocurrir en lo que está ocurriendo. El darse cuenta de que es posible salir del sufrimiento del apego a la frustración ante los deseos no cumplidos genera el deseo de salir de ese apego, pero si no sabemos como hacerlo ese deseo abrirá en nosotros el camino a nuevas frustraciones ya que lo viviremos desde lo que queremos que sea y no desde lo que está siendo. Sin em­bargo hay situaciones que surgen de manera espontánea en el curso del vivir que se viven como un bien-estar consciente en el que no hay sufrimiento ni dolor porque se viven como expe­riencias de mera consciencia del hacer sin expectativas ni de­seos, en un destello de consciencia de ser sin ser. Es el deseo de repetir y cultivar esa experiencia sin perder la consciencia del vivir humano consciente en el lenguajear porque es una expe­riencia de bien-estar en el desapego, lo que lleva a la búsqueda de un camino experiencial que cuando se logra se connota con la noción del Tao.

El vivir animal inconsciente de vivir en un presente sin pasado ni futuro, es un vivir sin apego al valor que uno le pue­de asignar a lo que se pierde en la frustración de los deseos y las expectativas, y es un vivir en el bien-estar de un camino como el Camino del Tao pero que no es ese camino porque no ocu­rre en el vivir consciente como el vivir humano. La búsqueda de ese bien-estar en el vivir humano es difícil porque se trata de vivir el ser consciente sin el actuar de ser consciente. Esto es, se trata de vivir fuera de la trampa del deseo de vivir el bien­estar del mero presente sin pasado ni futuro sabiendo que en nuestro vivir hay pasado y futuro. Por último, este darse cuen­ta ha llevado a darse cuenta de que el dolor que surge en la pérdida de lo efímero no es por apego a lo efímero sino que es por apego al valor trascendente o permanente que uno cree o supone tenía lo efímero perdido. Este apego que genera un sufrimiento que enferma el alma y el cuerpo es un apego por el ser de lo que no es.

EL DESAPEGO

Vivimos una cultura en la que el dolor que genera la pérdida de lo efímero le da sentido a lo deseado y constituye la medida de su valor. Y en esta nuestra cultura, es el apego al dolor por la pérdida del valor y sentido de lo efímero deseado lo que genera el sufrimiento, no el deseo como tal. En otras palabras, en tanto el dolor de la pérdida le da valor y sentido a lo perdi­do en nuestra cultura, la asociación entre dolor y valor o senti­do genera el apego al dolor dando origen a un sufrimiento que se hace más valioso cuanto mayor es, porque cuanto mayor es el dolor mayor es el valor o sentido de lo perdido.

Es por todo lo anterior que la liberación del dolor y el sufrimiento pasa por el desapego que reconoce implícitamente que nada tiene valor o sentido por sí mismo, y que el que el valor o sentido que le damos a lo transitorio que perdimos, surge como un comentario que hacemos desde la realización de nuestro vivir sobre las relaciones sistémicas a que pertenecía lo perdido. Valor y sentido son nociones que revelan el vivir relacional cultural de las personas que los viven y cuyas vidas afectan o guían desde los apegos con que los vivimos. Esto es, en tanto valor y sentido, no son en sí, y no tienen un funda­mento trascendente, el creer que lo son nos atrapa en un dolor que conservamos como sufrimiento en una dinámica que se sostiene justamente en nuestro creer que lo transitorio perdi­do tenía valor o sentido en sí. El dolor y el sufrimiento existen en el apego a un valor o sentido trascendente que no es, al no ver que somos nosotros mismos los que le damos valor o senti­do a lo que distinguimos según lo que deseamos hacer con ese valor o sentido que creemos trascendente y permanente. El sufrimiento surge del apego al valor que le asignamos a lo dis­tinguido con el dolor que sentimos por su ausencia, y se con­serva, por lo tanto, en el apego a un ser que no es como si fuese un ser en sí, en la ignorancia del no ser en si de todo ser.

El camino que nos libera del apego, y por ello del dolor y el sufrimiento, es el camino que nos saca de la ignorancia que es el no saber el no ser de todo ser, y en particular del no ser del ser del valor o sentido que le asignamos a lo perdido. Esa ig­norancia sobre el no ser en sí del ser de lo distinguido nos aparece como el mal-estar de un hacer inadecuado al presente relacional que emerge desde nuestro entorno en el fluir de nuestro vivir. Y es un hacer inadecuado que surge de la distor­sión que las expectativas, deseos, exigencias o miedos sobre el valor o sentido de lo distinguido imponen sobre nuestra visión de la matriz relacional donde se da, desde nosotros, nuestro hacer como lo que constituye el fluir de nuestro vivir en interacciones con un medio que emerge como nuestro presen­te con nuestro mismo vivir.

En el vivir de un organismo que existe fuera del lenguajear, el hacer inadecuado al presente relacional que este vive aparece ante un observador como ignorancia o conducta incongruente con el curso de su vivir como resultado de un apego a un modo de fluir en el vivir que era adecuado hasta ese momento, pero que es ciego al cambio de la circunstancia en que el organismo comienza a estar inmerso. Cuando esto sucede, la congruen­cia con el presente que el organismo vivía hasta ese momento se altera, de modo que se reducen las dimensiones relaciónales que hacían su vivir un vivir en el bien-estar. Si esta alteración es transitoria y no total, el organismo sigue su vivir en un cur­so de mal-estar transitorio en el que eventualmente se recupe­ran las dimensiones de bien-estar perdidas de modo que el mal­estar que el observador veía como ignorancia del organismo en su vivir en el presente, desaparece. Si no es así, el vivir del organismo se altera de un modo que sigue un curso que lo lleva a la pérdida de su identidad como un organismo de una clase particular, o a su muerte en la pérdida completa del saber vivir que es la muerte.

En el vivir humano en el lenguajear, el lenguajear mismo es fuente de ignorancia frente a una distinción al abrir la posi­bilidad de apego al valor o sentido que se le asigna desde el razonar que el Lenguajear es a lo que se supone es el ser trascen­dente de lo efímero distinguido. Por esto, el vivir humano en el presente sin dolor ni sufrimiento requiere vivir todas las di­mensiones de los mundos humanos que surgen en el lenguajear (incluyendo el explicar, el comprender, los deseos, las expecta­tivas, y la consciencia de sí, de ser y estar), como meros aspec­tos del flujo del vivir en el desapego al valor o sentido que uno podría dar al supuesto ser trascendente de lo distinguido, cual­quiera que esto sea. Es por todo ésto que el desapego en el vivir que se evoca con la expresión Tao, implica un vivir en el que todo se vive en el saber que nada tiene valor o sentido en sí, y en el que todo lo que se vive se vive en congruencia con ese saber. Ese modo de vivir no puede ser descrito porque no tiene forma preestablecida al surgir espontáneamente en el pre­sente cambiante que vive quien vive así, aunque un observa­dor que ve ese vivir vea unidad con toda la existencia y amor y ternura con todo lo existente, en un vivir sin control, sin agre­sión, sin codicia, sin vanidad, y sin envidia

**LO EFÍMERO**

Los seres vivos existimos en el fluir de lo impermanente, en la continua transformación de nuestra corporalidad en torno a la conservación de una identidad relacional que también puede estar en un flujo de continuo cambio.

En este vivir efímero que es el vivir de los seres vivos, los seres humanos no somos distintos, salvo en que lo que conce­bimos en nuestro lenguajear participa de las dimensiones relaciónales que a la vez cambian y se conservan como referen­cias en torno a las cuales ocurre nuestro continuo cambiar.

Sin embargo, en la cultura patriarcal-matriarcal en que transcurre nuestro vivir actual, vivimos como si el cambio no existiese, y como si el vivir mismo fuese eterno, sin principio ni fin, aún en la experiencia cotidiana del término de todo en una transitoriedad inevitable. Es desde la consciencia de la experiencia cotidiana de eternidad de un vivir transitorio en que se vive cada instante como si fuese eterno, que surge en nosotros el deseo y la búsqueda de lo permanente en el intento de retener el valor o sentido de ese presente que aunque se vive como permanente se sabe que es transitorio. Es desde la viven­cia de eternidad que vivimos en cada instante de nuestro vivir, que damos a lo que imaginamos permanente en nuestro ser un valor trascendente que deseamos retener como un aspecto fun­damental de nuestra identidad.

Y no vemos que entramos en un vivir ciego ante la belleza de nuestra transitoriedad que nos permite vivir la identidad no permanente que nos da el bien-estar de la conservación del

desapego que nos libera del control, de la envidia, la vanidad, la codicia y la agresión, o lo que es lo mismo, que nos hace posible vivir el Camino del Tao. Lo humano ocurre en lo efíme­ro, en el tránsito entre un comienzo y un fin, y es en ese tránsito que se puede dar un vivir en el presente en la conservación cons­ciente del bien-estar que se vive cuando se vive sin apego ni re­chazo a la consciencia de lo efímero que nos hace humanos, y humanos en la Biología del Amar. Es en la transitoriedad del vivir humano donde se puede vivir en el Camino del Tao.

**LA EXPLICACIÓN**

Los seres humanos existimos en la continua generación de mundos que surgen y vivimos, por una parte, en el entrelazamiento recursivo de nuestra dinámica biológica, que es el espacio de existencia desde donde somos seres vivos, y por otra parte, en el lenguajear, que como fluir consensual de co­ordinaciones de coordinaciones de haceres constituye el ámbi­to relacional donde existimos como seres humanos en la reali­zación biológica de la materialidad de nuestro vivir. En este vivir biológico humano explicamos nuestro vivir describiendo su ocurrir bajo distintos modos de evocar su fluir en el lenguajear. Sólo los seres humanos como seres que existimos en el lenguajear, podemos hacernos preguntas que se contestan con explicaciones, las que como flujos de lenguajear, ocurren en la realización de nuestro vivir humano y describen los pro­cesos que generarían lo que explicamos.

En lo fundamental el explicar es contestar una pregunta que busca revelar el origen de algo con una historia que mues­tra la forma de ese origen, y que es presentada intentando sa­tisfacer a la vez las expectativas del que pregunta y ampliar su entendimiento. Por lo tanto, explicar el Camino del Tao es describir los procesos del vivir que darían por resultado vivir el Camino del Tao. De esto resulta que para quien quiere acer­carse a vivir el Camino del Tao explicándolo como un modo de vivir el presente, ya sea porque se imagina desde las expe­riencias ya vividas el bien-estar que el vivir en el desapego pro­mete, o porque se imagina ese bien-estar desde el entendimien­to racional de lo que ha oído decir que es el Camino del Tao, hay dos cursos de acción posibles según la emoción con que él o ella escuche la explicación del Tao. En uno de estos dos

cursos de acción él o la que escucha se satisface viviendo una evocación sistémica de la disposición relacional que él o ella debería adoptar de manera inconsciente para vivir en el vivir consciente el bien-estar que el vivir el presente sin apegos trae, confiando en el saber de aquel que contesta su pregunta por el Tao. El otro curso de acción es aquel en el que quien escucha quiere oír la descripción de una red o secuencia de procesos que al operar daría como resultado a la experiencia de vivir el Camino del Tao, entendiendo de manera racional la naturale­za de esa experiencia e intentando realizar esa secuencia o red de procesos en el propio vivir. Cualquiera sea el camino que se escoge, es el reconocimiento espontáneo o guiado de la expe­riencia de desapego que se busca lo que de hecho hace posible encontrar el camino del vivir que lleva y realiza el Camino de Tao en la consciencia vivencial de la unidad con toda la exis­tencia.

Estos dos caminos se entrecruzan en la búsqueda de la experiencia del vivir en el presente sin apegos. Sin embargo no reemplazan ni hacen a la vivencia del presente que se tiene que vivir como resultado de los cambios internos que surgen al vivir siguiendo la conservación de los destellos de desapego que se hayan vivido de manera espontánea, en la confianza de que ese vivir consciente es posible como una forma natural de vivir. La explicación del Tao no es el Tao, la descripción del Tao no es el Tao, y el ansia de vivir en el Tao, que como apego a obtener lo deseado niega el vivir en el presente sin apegos, niega el vivir en el Camino del Tao.

Si buscamos vivir en el presente sin apegos en la búsqueda del Camino del Tao, nos transformamos en esa búsqueda en una dinámica que cambia la forma de esa búsqueda. Y esto pasa porque somos seres humanos que se transforman en el vivir según el curso que sigue la dinámica relacional que con­servan en la conservación de un vivir que busca el bien-estar aun en el dolor o sufrimiento. Todo depende de poder recor­dar la dinámica corporal-sensorial del bien-estar del vivir en el presente sin apego, que se vivió en un presente antes vivido espontáneamente.

Hablamos de entendimiento cuando podemos decir que lo que decimos que sabemos, lo sabemos en un contexto más amplio de coherencias sistémicas que el ámbito restringido de cohe­rencias operacionales de la situación particular que decimos saber. El entendimiento es un ocurrir biológico posible gra­cias al operar del sistema nervioso, ya sea éste un sistema celu­lar o un sistema molecular, según que los elementos operacionales que lo componen sean cambios de relaciones de actividad neuronal, o dinámicas de cambios de relaciones moleculares, pero ocurre como un vivir relacional del organismo.

El sistema nervioso opera como una red cerrada de cam­bios de relaciones de actividad entre sus componentes, y como tal, algunos de sus componentes existen en intersección estruc­tural con el organismo a nivel de las áreas sensoras y efectoras de las superficies relaciónales internas y externas de este. En su operar, sin embargo, el sistema nervioso no hace diferencia entre lo interno y lo externo del organismo. Tal distinción per­tenece al operar del observador. El sistema nervioso no interactúa con el medio, el organismo sí. Esto es, el sistema nervioso existe como una red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes, ciego a lo que pasa con el organismo en sus interacciones en el medio. Más aún, como resultado de su intersección estructural con el organismo, la actividad del sistema nervioso como red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes da origen con­tinuamente a las correlaciones senso/efectoras del organismo que constituyen el fluir de los encuentros recursivos de este con el medio en la continua generación de su conducta. Y esto ocu­rre como una dinámica de interacciones en la que los encuen­

tros del organismo con el medio resultan en un gatillamiento recíproco de cambios estructurales que dan origen a la conti­nua transformación estructural congruente entre sistema ner­vioso, organismo y medio en torno a la conservación del modo de vivir del organismo. Esta transformación estructural con­gruente del sistema nervioso con el organismo, y del organis­mo con el medio, que conserva una dinámica conductual con­gruente entre un organismo cambiante y un medio cambiante, es el resultado de que tanto el organismo como el medio tie­nen estructuras plásticas y existen abiertos a un continuo flujo de cambio estructural en torno a cualquier configuración relacional que se conserve entre ellos. El organismo tiene en cada instante una estructura que define el espacio operacional en que opera y conserva su vivir en ese instante a través de las correlaciones senso/efectoras que su estructura de ese instante hace posibles. Por esto los cambios estructurales que el siste­ma nervioso sufre en el vivir interaccional del organismo en el medio (nicho) que lo hace posible, y los cambios correspon­dientes del medio surgen naturalmente subordinados a la con­servación de la realización del organismo, o este se desintegra.

En estas circunstancias, lo que un observador ve como la conducta de un organismo es la dinámica de cambios estruc­turales congruentes que ocurren en la relación organismo/me­dio en el curso de sus interacciones, y no algo que el organismo haga desde sí. La conducta es la configuración relacional di­námica del fluir de las interacciones del organismo con un medio que surge en la interacción misma, y que aunque un observador ve como algo que se configura en ese entrejuego con la participación de ambos en la realización del vivir del organismo, al hablar de ella lo hace describiéndola como si fuese algo que el organismo hace. En el vivir del organismo el medio no preexiste a su vivirlo, surge con él. Y esto es así

aunque para el observador en su descripción del organismo y de sus relaciones con el medio corrientemente hable del me­dio como un ámbito de coherencias operacionales preexistentes al organismo que lo hacen posible a la vez que comprensible. Naturalmente esto es también válido para el observador como organismo. Sin el medio no hay conducta, pero sin el organis­mo tampoco la hay.

Los componentes de un sistema nervioso, sean estos neuronales, moleculares o de otra clase, operan detectando configuraciones de cambios de relaciones de actividad en sus cambios de relaciones de actividad con otros componentes de la red cerrada de cambios de relaciones de actividad que el sis­tema nervioso es, y que ellos integran. Esto es, el sistema ner­vioso opera en una dinámica de cambio interno que el obser­vador ve como la distinción recursiva de configuraciones de relaciones de actividad entre sus propios componentes en un continuo fluir cerrado de cambios de relaciones de actividad que en el organismo dan origen a las correlaciones senso/efectoras cambiantes que hacen la realización del vivir de este en interacciones con un medio que surge con su vivir. En estas circunstancias el vivir del organismo transcurre como un pro­ceso histórico en el que la estructura del organismo y de su sistema nervioso, y la estructura del medio que surge con el organismo en la conservación de su vivir, existen en un conti­nuo fluir de cambios recíprocamente congruentes que dura, en tanto esos cambios congruentes resultan en la conservación del vivir del organismo. La consecuencia de todo esto es que en tanto la estructura del sistema nervioso cambia con el fluir de las interacciones del organismo generando correlaciones senso/efectoras en este que conservan su vivir, el sistema nervio­so permanece espontáneamente generando a través de sus cam­bios estructurales correlaciones senso/efectoras en el organismo

que resultan adecuadas a la conservación de su vivir cambiante mientras conserva su congruencia operacional con el medio también cambiante que surge con la conservación de su vivir, cualquiera sea la forma particular de este vivir.

Todo lo dicho para los organismos con sistema nervioso neuronal se aplica a nosotros los seres humanos. Por esto, todo ocurre en nuestro vivir humano como parte de la continua ampliación y cambio de la red de correlaciones senso/efectoras de nuestro operar como seres humanos en un medio que surge como un aspecto de la realización de nuestro vivir humano. Más aún, igual que en todos los animales, nuestro vivir relacional surge en cada instante como un fluir de correlacio­nes senso/efectoras determinado por nuestra corporalidad en ese instante y por como nos movemos en el mundo que surge en cada instante en la realización de nuestro vivir en coordinacio­nes de coordinaciones conductuales consensúales. A esta rela­ción de congruencia operacional dinámica entre organismo y medio, la llamamos acoplamiento estructural.

La conservación del vivir de un organismo es posible en tanto el entrejuego de sensorialidades y haceres en las interacciones entre organismo y medio pase por la realización de las dinámi­cas relaciónales internas y externas de la corporalidad que sa­tisfacen todos los requerimientos orgánicos que constituyen su vivir.

En la normalidad de la conservación del vivir de un orga­nismo hay equiparidad operacional entre el campo sensorial del organismo y el ámbito de acción que el medio emergente le ofrece (acoplamiento estructural), de modo que el organis­mo fluye en su vivir en la conservación de un máximo bien­estar. Cuando esta equiparidad se rompe, ya sea por los cam­bios del medio, o por la transformación de la sensorialidad del organismo en el fluir de las transformaciones de este en el su­ceder del vivir, o por los cambios que trae consigo el fluir psí­quico en el moverse emocional desde la serenidad a las expec­tativas, ambiciones, exigencias, enojos o apegos a valores o sig­nificados imaginados, el ámbito del bien-estar del organismo se altera o se pierde. Y cuando esto pasa, surge lo que un ob­servador ve como ansiedad o miedo ante lo amenazante, o como frustración ante lo insuficiente, en una perdida parcial del bien­estar relacional, o eventualmente como muerte en algún domi­nio de existencia humana o del organismo como totalidad.

En los animales que viven fuera del lenguajear no apare­cen emociones adicionales que abran paso al sufrimiento por la conservación del dolor ante la pérdida de un valor surgido del razonar, pero si aparece el sufrimiento ante una perdida de sentido del vivir desde la conservación de la emoción de aban­dono o negación relacional. En ellos el vivir el presente no se altera por la perdida de un valor, pero si por la perdida de sentido de bien-estar relacional, y pueden entrar en depresión y sufrimiento.

En nosotros los seres humanos que vivimos en el lenguajear, en cambio, surgen el dolor por la falta de un valor perdido que vemos como trascendente, y el sufrimiento en la conservación de ese dolor por el apego al valor trascendente que le asigna­mos a lo perdido desde nuestro pensar racional. Fuera de la cultura del valor no hay apego a un supuesto valor trascenden­te de lo perdido porque no hay valor como esencia trascendente, sino que se viven dolores transitorios ante las pérdidas como aspectos circunstanciales de un vivir en un presente cambiante.

**LA TRANSFORMACIÓN**

La liberación del dolor y del sufrimiento que genera el apego al valor o sentido que le asignamos a lo perdido, se produce con la ampliación del entendimiento que muestra que el valor o sentido de todas las cosas que surgen en el curso del vivir humano es sólo un modo cultural de mirar y actuar, y no una propiedad intrínseca de ellas. Para que la ampliación del en­tendimiento se produzca en la persona que sufre, debe ampliarse en su campo de reflexión la captación de las coherencias sistémicas a las cuales pertenece lo perdido, de modo que le sea aparente a él o ella que lo perdido carece de valor o sentido intrínseco. Más aún, esto debe ocurrirle a la persona que sufre aún cuando ella no sabe cuáles son las coherencias sistémicas que debe captar.

La ampliación del entendimiento es un fenómeno espon­táneo que ocurre en el fluir del vivir de un organismo en la conservación de su congruencia operacional con un medio emergente que surge coherente con su vivir en un ámbito ma­yor que lo que parece ser su existencia local, y que el observa­dor reconoce cuando ve que el organismo se encuentra ope­rando desde sí en un ámbito de coherencias mayor que el que le es usual. El operar del sistema nervioso con componentes neuronales que responden a configuraciones de coherencias relaciónales en el flujo de actividad que ocurre en él como red cerrada de cambios de relaciones de actividad, no es fijo sino que cambia en el fluir del vivir del organismo. Lo que sucede es que la estructura del sistema nervioso a nivel de sus compo­nentes y relaciones entre ellos cambia de manera contingente al fluir del vivir del organismo en la conservación de su vivir. En estas circunstancias el cambio estructural del sistema ner­vioso ocurre siguiendo un camino definido en cada instante por la conservación del vivir del organismo en coherencia ope- racional con un medio que emerge con él, y en el que la equiparidad de la sensorialidad del organismo con el espacio de acción del organismo también surge cambiante.

Sucede que las configuraciones relaciónales diferentes de lo usual que las neuronas componentes de un sistema nervioso distinguen al interactuar entre sí, producen efectos inusuales en la dinámica relacional interna y externa del organismo a través de las correlaciones senso/efectoras que evocan en la in­tersección sistema nervioso organismo. Sucede también que esos efectos resultan ser transitorios o evanescentes si otros as­pectos del vivir relacional del organismo, tales como placer, curiosidad, dolor, o miedo, no asocian las configuraciones de relaciones neuronales novedosas que les dan origen a alguna dinámica relacional del organismo que cambia el espacio del vivir de éste. Cuando esta asociación ocurre, se produce es­pontáneamente la ampliación del ámbito operacional en que la configuración relacional que dio origen a este proceso hace sentido en el vivir del organismo bajo la forma de lo que un observador llamaría ampliación operacional por parte del or­ganismo del entendimiento de las circunstancias de su vivir. En una evocación isomórfica de la experiencia de ampliación del entendimiento, lo que decimos es lo mismo que ocurre cuando en un paseo se va ampliando y modificando el paisaje relacional y de acción que una persona vive mientras sigue un camino cambiante que surge espontáneamente ante el o ella con la conservación de su caminar.

Lo peculiar de lo que ocurre con nosotros los seres huma­nos surge del hecho que nosotros existimos en el lenguajear, y la ampliación del entendimiento se produce en la dinámica de distinción por parte del sistema nervioso de configuraciones relaciónales que hacen sentido operacional en los ámbitos del vivir humano que surgen en el vivir en los mundos que surgen en nuestro vivir en el lenguajear. Los distintos mundos que surgen en el vivir humano se diferencian en las redes de con­versaciones que los definen, y a través de estas en las configu­raciones relaciónales que tratan al valor o sentido que se le asig­na a lo que se desea (riqueza, éxito, fama, poder, justicia, etc.), y que es declarado como fuente de bien-estar y justificación del apego al mundo que se vive y conserva en ese vivir. El valor o sentido que se le asigna a lo deseado surge de un mirar fuera del presente relacional que se vive porque implica atribuir a aquello que se trata como si fuese permanente o trascendente algo pro­pio del vivir efímero, en una dinámica que hace a ese valor fuen­te de enajenación en el apego a un ser que no es.

Sin duda, hay muchos modos de vivir que se viven en el bien-estar porque se viven en conformidad con el modo de vi­vir que se desea vivir mientras no se pierde lo que se desea conservar y se hacen presentes el dolor y sufrimiento que sur­gen del apego al valor o sentido asignado a lo perdido. No todo modo de vivir que se vive y conserva porque conserva el vivir aunque se sienta como un vivir en el bien-estar, es un vivir en el bien-estar que conserva el Camino del Tao. Y esto es así porque en tanto se trata de un vivir que busca la conserva­ción del valor o sentido trascendente que se le asigna a lo tran­sitorio, esta siempre al borde del dolor y sufrimiento.

Todo valor o sentido declarado como fuente deseada de bien-estar trascendente constituye un vivir enajenado que pron­to o tarde se vivirá en dolor y sufrimiento por un apego que nos aleja del bien-estar del desapego que conserva el Camino del Tao. Pero si lo que se quiere es el camino del bien-estar que cuando es vivido la reflexión muestra sin describirlo que lo que se vive sólo puede vivirse en lo que las tradiciones orienta­les llaman el Camino del Tao, caben las preguntas: ¿Cuál es el vivir en el bien-estar que hace del vivir el vivir en el Camino del Tao sin hablar del Tao? ¿Cuál es el destello relacional que si se conserva en el fluir cambiante del vivir humano resulta espontáneamente en la ampliación del entendimiento sin pa­labras que lleva a vivir lo que un observador llamaría vivir en el Camino del Tao? Nuestra respuesta es: el Camino del Amar.

Los seres humanos existimos en el lenguajear, y el lenguajear ocurre en el fluir del convivir que es la realización del propio vivir entrelazado con el vivir de otros en coordinaciones de coordinaciones de haceres. Los seres humanos también existi­mos en el fluir de nuestras emociones como distintas clases de dominios de conductas relaciónales. De esto resulta que el lenguajear lo vivimos en la vida cotidiana entrelazado con el fluir de nuestras emociones en lo que llamamos conversar. En fin, los seres humanos existimos en los mundos que genera­mos en nuestras coordinaciones de haceres y emociones de modo que nuestras emociones continuamente constituyen el funda­mento y el carácter relacional de nuestro vivir y convivir con nosotros mismos y con otros. Entre todas las emociones que vivimos en el fluir de nuestro emocionear, el amar es el funda­mento del vivir en el bien-estar en la aceptación implícita de la legitimidad de toda la existencia que evocamos al hablar del Camino del Tao.

Lo que distinguimos en nuestra vida cotidiana como amar son las conductas relaciónales a través de las cuales uno mis­mo, el otro, la otra, o lo otro, surge como legítimo otro en coexistencia con uno. Como tal el amar es unidireccional, no espera retribución, y es negado por las expectativas. El amar no es ni generoso, ni altruista, ni solidario, simplemente no admite adjetivos. Cuando usamos adjetivos que califican la naturaleza del amar al hablar de amar, revelamos que no hay amar. La intención de amar en el amar niega el amar, y la conducta que queremos sea amorosa surge manipulativa. Sin duda podemos describir lo que debemos hacer y sentir en el amar, pero cuando intentamos realizar la descripción de las conductas relaciónales que constituirían el amar, salimos del amar y pasamos al espacio del manipular. La descripción no muestra lo descrito porque lo descrito pertenece a un dominio relacional que es distinto y disjunto del dominio en que ocurre la descripción. Por esto es posible decir que el amar que puede ser descrito no es amar.

El amar ocurre en el fluir del vivir en el presente en la legitimidad de todo, sin dualidad, sin hacer distinciones de bueno y malo, de hermoso y feo. Esto es, el amar ocurre en el fluir del vivir en que uno vive en el dominio de las conductas relaciónales a través de las cuales uno mismo, la otra, el otro y lo otro, surgen sin intención o propósito como legítimos otros en convivencia con uno. El amar es visionario pues ocurre en la ampliación del ver (del oír, del sentir, del oler, del tocar) propio del espacio de las conductas relaciónales que ocurren sin prejuicios, sin expectativas, sin generosidad, sin ambición. El amar no quiere ni busca las consecuencias del amar. El amar no es bueno ni malo, simplemente es el vivir en el bien-estar que trae el vivir sin el sufrimiento que trae el apego al valor o sentido que se ve en lo perdido o en lo que se puede perder. Lo que si ocurre es que los seres humanos somos el presente de un linaje de primates bípedos cuyo devenir evolutivo se produjo en torno a la conservación de un convivir en el amar, la ternu­ra y la sensualidad en un espacio relacional que surgió con la constitución de la familia como un ámbito pequeño de cola­boración en el lenguajear. Por esto, cuando surge el amar sin que luego sea negado por el apego a algún valor o sentido que se declara trascendente desde un vivir cultural, como ocurre en la cultura, patriarcal-matriarcal que vivimos, vemos que las emociones que lo acompañan son la ternura, la sensualidad y el placer de la cercanía de lo otro. Estas emociones al acompa­ñar la expansión del ver que es el amar, amplían aun más el

bien-estar del vivir el presente que implica vivir lo efímero en su legítima transitoriedad.

Por todo lo anterior, el amar como fenómeno del vivir biológico no sólo ocurre en el vivir en el presente sin apego a la búsqueda de lo permanente, sino que es el vivir el presente sin apego al ser de un ser que no es. Los seres humanos existimos en el lenguajear, en redes de conversaciones, y nada humano ocurre fuera de las redes de conversaciones en que existimos. Así, todas las experiencias que vivimos en nuestro vivir como seres humanos ocurren en el fluir de nuestro vivir humano como aspectos de nuestro vivir que distinguimos como lo que nos sucede viviendo el vivir en el conversar que es el vivir humano. Por lo tanto el Tao, o el Camino del Tao, ocurre y sólo puede ocu­rrir en el vivir humano como un aspecto del vivir humano. Esto es, el Camino del Tao no niega ni puede negar la consciencia de sí, pues ocurre en el vivir humano en consciencia de sí en tanto se vive el vivir humano sin apego a la consciencia de sí, y toda referencia al Tao o al Camino del Tao que parezca negar el vivir en consciencia de sí engaña o resulta engañosa.

El Camino del Amar como vivir en el presente sin apego es el Camino del Tao vivido en el ser social humano, y el ser social humano se vive desde y en el vivir individual en el fluir de la convivencia en el amar que es el convivir social. El con­vivir fuera del amar no es convivir social. No es lo que le pasa al otro lo central en el Camino del Tao sino que es lo que le pasa a uno; no es lo que le pasa al otro lo central en el amar sino que lo que es le pasa a uno. Sin embargo, sin el bien-estar del otro y de uno mismo en la convivencia no es posible vivir el Camino del Tao porque se vive en el apego al valor que se le asigna a la justificación de la negación del bien-estar del otro. Así mismo, sin el bien-estar del otro y de uno mismo en la convivencia no es posible vivir en el Camino del Amar porque se vive en el apego al valor que se le asigna a la justificación de la negación del bien-estar del otro.

La noción del Tao como camino del vivir es una abstrac­ción del convivir social humano; una abstracción de un aspec­to básico del vivir biológico humano que es el fundamento del bien-estar corporal y psíquico; una abstracción de la Biología del Amar. Y esto es así porque la Biología del Amar es el fun­damento del bien-estar corporal y psíquico en todas las dimen­siones del vivir humano.

La existencia de los seres vivos es multidimensional. Los seres vivos existimos en todo momento en la realización más o menos independiente de muchas identidades diferentes que se entrecruzan en nuestra corporalidad, y que se conservan como formas particulares de ser que se separan en mayor o menor grado en nuestro operar como totalidades en el fluir relacional en que somos organismos. Las múltiples identidades que de hecho vivimos o podemos vivir como organismos singulares, no se aúnan en nuestra singularidad orgánica en la pérdida de sus deslindes operacionales fisiológicos y relaciónales. No; lo que ocurre es que las múltiples identidades que vivimos se en­trelazan como aspectos más o menos fluidos de la identidad de nuestro vivir relacional en la generación de una existencia psí­quica unitaria más o menos integral a través de nuestro operar como totalidades en nuestro ámbito relacional.

En otras palabras, la unidad psíquica que vivimos como seres vivos, resulta de la unidad operacional que surge de la unidireccionalidad de la realización del vivir en el fluir del vivir en la conservación del vivir como organismos. Al mismo tiem­po, la unidad psíquica de nuestro vivir como personas, resulta de la unidad operacional relacional que surge de nuestro vivir emocional en los distintos mundos que generamos en nuestro vivir en el conversar en nuestra realización como personas. El fluir de nuestro emocionear en el fluir de nuestro vivir como seres humanos, define en cada instante el espacio relacional en que nos movemos en ese instante, dándole su carácter especial como un modo de vivir en un dominio de bien-estar particu­lar. Nuestras emociones definen el carácter de nuestro vivir abriendo o cerrando espacios relaciónales en los que pueden surgir tanto el apego al valor que le asignamos a lo efímero y con ello el sufrimiento, como la consciencia del no ser de todo ser y con ello el desapego en todas las dimensiones del vivir en el abandono de las exigencias y expectativas que es el vivir en el amar.

La emoción que se vive en cada instante del fluir de nues­tro emocionear, penetra todas las dimensiones de nuestro vivir con mayor o menor estabilidad según los apegos que surjan en ella. Miedo, codicia, ambición, envidia, competitividad, son emociones que restringen la mirada y abren el espacio al ape­go. El amar es la única emoción que expande la mirada en todas las dimensiones relaciónales y amplía el ver, el oír, el tocar. De hecho, como el amar consiste precisamente en el abandono de las certidumbres, las expectativas, las exigencias, los juicios y prejuicios, es la emoción que consiste en la reali­zación del camino del desapego en todas las dimensiones del vivir como un resultado espontáneo de su mero ocurrir en la aceptación unidireccional de la legitimidad de todo en el vivir, incluso del rechazo de lo que no se quiere que ocurra. El Ca­mino del Amar es el camino del vivir que evoca la noción orien­tal del Tao.

Vivimos una cultura, la cultura patriarcal-matriarcal, que al estar centrada en la desconfianza y el control, la autoridad y el sometimiento, la apropiación y la ceguera ante el otro, niega el amar. Desde ese vivir, y en la nostalgia por el vivir en el bien-estar psíquico corporal propio de nuestra infancia de ma­míferos, buscamos el bien-estar del amar como creemos que es, como un bien-estar permanente, y lo buscamos en lo ideológi­co fuera del amar. En esa búsqueda aparecen emociones como la solidaridad y la compasión, que son emociones que imitan el amar sin lograrlo porque no implican, en el operar relacional que las constituye, a la unidireccionalidad y apertura en el ver al otro y a sí mismo en su total legitimidad propia del amar. Vivir en la Biología del Amar implica salir de la cultura pa­triarcal-matriarcal que la niega.

El Camino del Tao como Camino del Amar no es posible sin salir de la cultura patriarcal-matriarcal que vivimos porque el amar ocurre sólo fuera de esa cultura. Cuando se está fuera de la cultura patriarcal-matriarcal que niega el amar, se vive el camino de la Biología del Amar, se vive el amar sin hablar del amar, y se vive el Camino del Tao sin hablar del Tao. Es por lo anterior que al intentar evocar el Camino del Tao como un vivir en el desapego la tradición oriental se ve obligada a usar expresiones como: “Quien desee alcanzar la unidad debe prac­ticar la virtud sin hacer distinciones ... debe disolver todas las ideas de dualidad: bueno y malo, hermoso y feo, alto y bajo ... amar, odiar, tener expectativas, todos estos son apegos.” Vivir ese vivir es vivir en el Camino del Amar: es vivir espontánea­mente en la unidad de todo.

La Biología del Amar es el Camino del Tao; la Biología del Amar es el Camino Integral; la Biología del Amar es el

Camino del Tao en tanto es amar sin hablar del Amar. *El Ca­mino del Tao es el camino de la Biología del Amar.*

Dice Lao-Tzu:

*“El Tao nada hace y, sin embargo, nada queda sin hacer” “El sabio no actúa y todo se hace”*

**ENLACE III**

Los seres humanos vivimos proponiendo teorías con las que explicamos los sucederes de nuestro vivir pensando que lo que explicamos son sucederes de una realidad externa a nuestro vi­vir. Al hacer esto sentimos que lo que hacemos es operar como observadores objetivos, y que lo que proponemos como leyes de la naturaleza muestran las regularidades del operar de la realidad como un ámbito de sucederes independientes de lo que hacemos al distinguirlas. Nosotros pensamos que no es así, y que lo que hacemos es explicar las coherencias de nuestro vivir con las coherencias de nuestro vivir, y que lo que llamamos leyes de la naturaleza tienen ese carácter. Es por lo anterior que al hablar en este ensayo de leyes sistémicas y leyes meta- sistémicas hablamos de ellas como leyes generales del universo o del cosmos que generamos al explicar las coherencias de los sucederes de nuestro vivir con las coherencias de los sucederes de nuestro vivir. El darse cuenta de que el cosmos que vivimos surge en el explicar nuestro vivir con nuestro vivir, deja a nues­tro vivir como lo dado fundamental en la comprensión de la naturaleza del conocer. En estas circunstancias, se nos hace evidente que nuestro conocer pasa a ser nuestro operar ade­cuado en la realización y conservación de nuestro vivir mien­tras generamos con nuestro vivir los distintos mundos o domi­nios cognitivos que vivimos, siendo nosotros generadores de esos mundos a la vez que parte de ellos en nuestro vivir. Las leyes sistémicas que presentamos aquí, por lo tanto, no son definiciones, ni supuestos ontológicos, sino que son abstrac­ciones de las coherencias de nuestro vivir, y las podemos cons­tatar si miramos nuestro vivir. Es más, el que sea esto así no es de manera alguna una visión reduccionista que pretende decir que todo es biología. Lo que hacemos es la continua constata­ción de que todo en nuestro vivir se funda en la operacionalidad de nuestro vivir. Y lo que pensamos que podría existir ajeno al operar fundamental de nuestro vivir se desvanece como tal, al intentar distinguirlo con nuestro operar, porque lo que quiera que surja de nuestra distinción surge en las coherencias del operar de nuestro vivir, incluso cuando usamos instrumentos. Aún cuando no lo queramos, el cosmos no es nosotros mismos sino que nuestro habitar en nuestro habitar.

LEYES SISTÉMICAS Y META-SISTÉMICAS

**LEYES SISTÉMICAS Y META-SISTÉMICAS[[8]](#footnote-8)**

*Humberto Maturana Romesín y Ximena Dávila Yáñez*

Este ensayo es el resultado de nuestras reflexiones en el curso de muchas conversaciones recursivas en el espacio de nuestra colaboración en el Instituto Matríztico sobre el entrejuego de lo biológico y lo cultural en el ámbito de la existencia humana. Cada vez que algo surge en la co-inspiración de la colabora­ción, cada vez que algo así sucede en el placer de hacer lo que se hace con otro, el resultado es un proceso de entrelazamiento del pensar y del hacer que genera una obra que genuinamente integra el hacer y el pensar de los participantes en una unidad poética indivisible, cualquiera sea la forma del producto de ese hacer y ese pensar.

**INTRODUCCIÓN**

La mayor dificultad que tenemos actualmente para explicar y comprender la naturaleza de nuestro operar cognitivo como seres vivos humanos, está en que pertenecemos a un pensar cultural en el que todas nuestras reflexiones, todas nuestras afirmaciones cognitivas, y todas nuestras explicaciones, se apo­yan, en último término, en que aceptamos a priori que nues­tro vivir ocurre en un ámbito de entes y procesos que a la vez que reconocemos que nos hacen posibles como fundamentos operacionales de nuestro ser y de nuestro hacer, tratamos des­de nuestro sentir relacional como si fuesen intrínsicamente independientes en su existir y en su operar de lo que hacemos en nuestro vivir. A este ámbito de entes y procesos que vemos como si fuesen independientes de nuestro vivir, y que trata­mos en nuestras reflexiones y en nuestro sentir como si fuese el medio que nos contiene y hace posibles, lo llamamos la reali­dad, lo real, o lo objetivo. Más aún, es desde este sentir que actuamos pensando que cualquier afirmación cognitiva que se funde en lo que llamamos lo real o lo objetivo tiene que ser de validez universal, y por lo tanto, aceptable para cualquier ser humano. Esto resulta en que cuando queremos explicar o en­tender la clase de seres que somos o cómo conocemos el mun­do que vivimos, lo hacemos pensando en que el acto de cono­cer consiste en captar o evocar de manera directa o indirecta la esencia de los entes y procesos que constituyen lo real u objeti­vo. Al actuar de esta manera decimos que somos objetivos, que nuestras afirmaciones tienen validez universal porque se fun­dan en lo real, en lo que es en sí, y, por lo tanto, en algo que debe ser en principio accesible a cualquier otro observador que lo quiera comprobar. Este proceder fracasa, sin embargo, pues más bien pronto que tarde nos hallaremos haciendo supuestos sobre nuestras capacidades perceptúales, operacionales y cognitivas con relación a lo que llamamos lo real o lo objetivo, supuestos que de hecho no podemos sostener ni explicar con nuestro operar biológico. Y cuando nos damos cuenta de que eso nos sucede, procuramos salimos de la dificultad inventan­do nociones o conceptos explicativos que trasciendan nuestro vivir experiencial en la forma de proposiciones ontológicas o afirmaciones sobre lo real en sí, cuyos fundamentos no esta­mos siempre dispuestos a revisar aunque el aceptarlos a priori nos lleve a conflictos epistemológicos tanto en el ámbito del razonar como del hacer.

Los seres humanos vivimos en nuestro presente cultural en la búsqueda de las esencias, de lo real, del en sí, consideran­do como no válido lo que no puede referirse a lo real. En nues­tro presente cultural, aún cuando declaremos ser científicos, vivimos buscando la respuesta a la pregunta por la naturaleza del ser de lo real porque nacemos inmersos en esa pregunta: vivimos en la metafísica de la pregunta por el ser. En fin, esto nos sucede porque los seres humanos de hecho, y como un aspecto propio o intrínseco de nuestro vivir, no tenemos cómo hacer referencia a algo que llamamos lo real, y que imagina­mos como externo a nuestro ser, e independiente de nuestro hacer. Y no podemos hacerlo porque en la experiencia misma no distinguimos entre ilusión y percepción, esto es, no sabe­mos si lo que vivimos como válido en cada instante de nuestro vivir lo aceptaremos más tarde como una percepción, o lo invalidaremos como una ilusión al compararlo con otra expe­riencia de cuya validez no dudamos al hacer esa comparación. Así, en esta actitud cultural inconsciente, cuando queremos explicar nuestro vivir nuestra aproximación espontánea es que­darnos en el ámbito metafísico de la pregunta por el ser, en una actitud epistemológica implícita, no reflexionada, que hará que nuestras respuestas surjan necesariamente fundadas en la idea de que podemos referirnos a un ámbito de entidades esencia­les, trascendentes, e independientes de nuestro operar, como la fuente última de lo verdadero. Y al hacerlo, contestaremos de manera inconsciente a todas nuestras interrogantes sin sa­limos del ámbito metafísico de la pregunta por el ser que acepta de manera implícita que toda pregunta sobre lo que sucede en nuestro vivir debe contestarse con referencia a la realidad de nuestro ser trascendente como lo único que puede dar validez universal incontestable a cualquier afirmación sobre lo que nos sucede o distinguimos que sucede en nuestro vivir.

**NUESTRO PENSAR**

Hay algo más. Hacemos todo lo que hacemos en el curso de la realización de nuestro vivir como un aspecto de la realización de nuestro vivir, y vivimos todo lo que vivimos como válido en el momento de vivirlo, aún cuando no nos demos cuenta de que es así a menos que reflexionemos sobre como hacemos lo que hacemos. Además, como dijimos más arriba, no sabemos ni podemos saber en la experiencia misma, en el ocurrir del vivir que vivimos, si lo que vivimos como válido en un mo­mento dado, en otro momento lo invalidaremos como una ilu­sión o lo confirmaremos como una percepción en relación con algún otro aspecto de nuestro vivir que aceptemos como váli­do en un momento posterior. Esto, sin embargo, no es una insuficiencia de nuestras capacidades cognitivas, como tampo­co es una limitación de nuestro entendimiento o de nuestro operar como observadores, sino que es un aspecto constitutivo de nuestro existir como seres vivos, como sistemas moleculares determinados en nuestra estructura. La distinción entre per­cepción e ilusión no ocurre en el fluir de nuestro vivir biológi­co, ocurre en el fluir de nuestro convivir cultural, en nuestro convivir como seres humanos que existimos en el lenguaje y vivimos en redes de conversaciones.

Conscientes de todo esto, diremos todo lo que decimos a continuación usando en nuestro reflexionar sólo las coheren­cias operacionales y experienciales de la realización de nuestro vivir, que distinguimos como observadores en la inmediatez de nuestro vivir en el presente que vivimos, sabiendo que no distinguimos en la experiencia misma entre ilusión y percep­ción, y lo haremos sin introducir ninguna noción o concepto explicativo aceptado a priori. Esto además lo haremos cons­cientes de que lo que de hecho hacemos al intentar compren­der el mundo que vivimos, es explicar el fluir de nuestro vivir con las coherencias operacionales y relaciónales del fluir de nuestro vivir. Por último, haremos nuestras reflexiones acep­tando como punto de partida al mismo tiempo que como condición fundadora de todo nuestro hacer, el que sabemos que no tiene sentido operacional ni conceptual el que intente­mos validar nuestro hacer refiriéndonos a algo que imagina­mos como existiendo con independencia de lo que hacemos en nuestro operar en el observar nuestro vivir, precisamente porque en la experiencia misma no sabemos ni podemos saber si lo que vivimos como válido en un momento dado más tarde lo invalidaremos como ilusión o lo confirmaremos como per­cepción, al compararlo con otra experiencia que aceptamos como válida porque no dudamos de ella. Por esto mismo que­remos destacar también que al escribir esto estamos conscien­tes de que el suceder del vivir del observador no aparece ni puede aparecer en su observar como si ocurriese en sí de ma­nera azarosa. Y sabemos que esto es así porque en la esponta­neidad del vivir del observador y su observar haciendo opera­ciones de distinción, el observador y lo observado no surgen en su distinción reflexiva como parte de un fluir de sucederes azarosos, sino que todo lo contrario. Lo que surge en las ope­raciones de distinción del observador es siempre una matriz de coherencias operacionales y relaciónales que no es azarosa, y en la que el observador emerge al surgir en su propia distin­ción reflexiva como un suceder de configuraciones de cohe­rencias operacionales y relaciónales que al ocurrir en su vivir surgen como aspectos de su operar en una matriz de coheren­cias operacionales y relaciónales que él o ella trae a la mano con las operaciones de distinción que constituyen su observar al distinguir reflexivamente su vivir y su observar. Hay más aún. Al hacer una operación de distinción, el observador se encuentra en la espontaneidad de su vivir trayendo a la mano una matriz de coherencias operacionales en la que puede hacer apreciaciones o predicciones sobre el curso o los cursos posi­bles que podrían seguir su propio vivir o el vivir de cualquier otro organismo, o sobre el devenir de cualquier otro ente que él o ella distinga en esa matriz. En resumen: en nuestro operar como observadores los seres humanos traemos a la mano con nuestras operaciones de distinción, entes de distintas clases en distintos dominios operacionales y relaciónales de nuestro vi­vir, pero siempre bajo la forma de unidades simples que surgen como totalidades y que tratamos como totalidades, y unidades compuestas o sistemas que surgen como totalidades en las que luego distinguimos componentes. En cualquier caso, lo dis­tinguido, cualquiera que esto sea, surge siempre como partíci­pe de una trama operacional-relacional que aparece como un sistema más amplio que lo contiene y hace posible.

Repitiendo un poco. Los seres humanos vivimos inmersos en un mundo que surge ante nosotros como si existiese con independencia de nuestro hacer, y confiamos, de manera ex­plícita o implícita en su constancia y autonomía al vivir nues­tro vivir en él. Al mismo tiempo sabemos, aunque no lo toma­mos muy en serio, que no sabemos en el momento de vivir lo que vivimos si más tarde diremos que lo vivido fue real o fue una ilusión. Buscamos la verdad como algo válido en sí, pero sabemos al mismo tiempo que no podemos afirmar que algo es verdadero o falso desde sí. Al mirar el curso de nuestro devenir, a veces decimos que acertamos y a veces decimos que nos equi­vocamos, pero no siempre nos equivocamos y no siempre acer­tamos, nada nos ocurre en nuestro vivir de manera azarosa o caótica aunque a veces decimos que lo que vivimos es azaroso o caótico. Es desde este suceder de nuestro vivir que decimos que hay regularidades en el cosmos que surge con las regulari­dades de nuestro vivir y que es donde se da nuestro vivir. Esas regularidades son nuestro tema aquí: las regularidades de nues­tro vivir y del cosmos que surge con nuestro vivir. Nuestro tema somos nosotros mismos, los seres humanos en nuestro continuo presente cambiante, y este es nuestro punto de parti­da para preguntarnos sobre todo, y en particular sobre noso­tros mismos.

**SENTIR Y RAZONAR**

Nos encontramos en una situación paradojal en la que se con­tradicen los ámbitos de nuestra experiencia y de nuestro en­tendimiento.

Así, por una parte, el que nos demos cuenta de que en la experiencia no distinguimos entre ilusión y percepción, nos lleva a reconocer que no tiene sentido hablar de realidad, de la realidad última, o del en sí, como nociones que nos permiti­rían referirnos de manera conceptual y operacionalmente váli­da a un trasfondo trascendente de existencia de entidades in­dependientes de nuestro operar que serían el fundamento que le daría validez universal a nuestro razonar y a nuestro expli­car. Por el mismo motivo deberíamos darnos cuenta, además, de que no tiene sentido decir que en el acto de conocer el ob­servador capta, aunque sea de manera indirecta, la esencia de esa realidad trascendente, o hace una interpretación de esa rea­lidad subyacente como una aproximación conceptual a su en sí. En fin, si tomamos en serio lo que acabamos de decir nos daríamos cuenta también, de que la noción de realidad con la que pretendemos fundamentar de manera trascendente nues­tro explicar, nuestro vivir, surge en la historia reflexiva huma­na como una noción explicativa a priori, que en la ausencia de una mirada reflexiva oscurece nuestro entendimiento sobre como de hecho operamos como observadores. Y, por otra par­te, el que nos demos cuenta de que en la experiencia no sabe­mos si lo que vivimos como válido en un momento dado lo trataremos más tarde como ilusión o como una percepción de la realidad, nos lleva también a darnos cuenta de que al operar como observadores vivimos como si lo que distinguimos en nuestro vivir cotidiano hubiese existido ya antes de que surgie­se a nuestro vivir con la operación de distinción con la que lo traemos a la mano, y como si fuese a existir siempre con inde­pendencia de que estemos allí o no para distinguirlo de nuevo. En la experiencia de nuestro vivir cotidiano vivimos distin­guiendo entes y procesos que tratamos como si existiesen u ocurriesen con independencia de la operación de distinción con que los traemos a la mano al distinguirlos, actitud que por todo lo dicho sabemos que no podemos sostener desde nues­tras coherencias operacionales como seres vivos. Más aún, con esta actitud en nuestro vivir cotidiano, hacemos de manera efec­tiva todo lo que hacemos en los mundos operacionales que surgen en nuestro vivir, y lo hacemos como si esos mundos fuesen en sí externo a nosotros, y como si nuestro sentirlos independientes de nuestro operar revelase de hecho su ser in­dependiente de nuestro distinguirlo. Lo único que no pode­mos hacer desde esta actitud, es explicar nuestro vivir, la histo­ria de nuestro vivir, el operar del sistema nervioso, y nuestro operar como seres humanos observadores conscientes de su observar.

Esto es, sabemos que no podemos afirmar nada con res­pecto a un existir independiente de nuestro hacer, pero a la vez vivimos operando con efectividad en nuestro vivir como si lo que distinguimos existiese de hecho allí, fuera de nosotros, de manera independiente a nuestro distinguirlo. ¿Cómo se re­suelve ésta contradicción entre nuestro entendimiento y nues­tra acción?

Los seres humanos vivimos en nuestro operar como ob­servadores como si lo que distinguimos existiese de manera independiente de la operación de distinción con que lo trae­mos a la mano al distinguirlo, lo que nos lleva a un intento continuo de conocer, explicar y entender nuestro vivir como si este consistiese en habitar una realidad que preexiste a nuestro acto de habitarla. El que como sistemas moleculares seamos sistemas o entes determinados en nuestra estructura de modo que nada externo a nosotros que incida sobre nosotros puede determinar lo que nos sucede, sino que sólo puede gatillar en nosotros cambios estructurales determinados en nuestra estruc­tura, muestra que no podemos hablar de que habitamos una realidad que preexiste a nuestro habitarla. Lo que pensamos externo a nosotros no puede “decirnos” nada sobre sí, y por lo tanto nosotros no podemos decir nada sobre lo que pensamos externo a nosotros que sea propio de lo externo en sí, y no dependa de lo que nosotros hacemos al distinguirlo. De he­cho vivimos como observadores trayendo a la mano un mun­do experiencial que es coherente desde nuestro operar como seres vivos y como seres humanos sin requerir el supuesto a priori de que habitamos una realidad que preexiste a nuestro habitarla. Lo dicho más arriba también nos muestra que solo podemos explicar y comprender nuestro conocer como un as­pecto de nuestro vivir biológico-cultural desde las coherencias de nuestro operar como seres vivos humanos si no nos enaje­namos en el intento de fundar nuestro explicar en una supues­ta realidad independiente de nuestro operar, y de la que, si existiese, de hecho no podríamos decir cosa alguna que hiciese sentido en ella porque no podemos distinguir en la experien­cia entre ilusión y percepción precisamente porque somos sis­temas determinados en nuestra estructura. La comprensión de la naturaleza del conocer como un suceder biológico de cohe­rencias operacionales con el o los mundos que surgen en la realización y conservación del vivir de un organismo, amplía nuestro entendimiento de la matriz operacional-relacional que constituye nuestra existencia humana, a la vez que expande nuestra comprensión que los mundos que vivimos los genera­mos con nuestro vivir cualquiera sea el carácter relacional que les demos al describirlos o al operar en ellos, como cuando hablamos de arte, física, química, biología, vida cotidiana o filosofía. Esto es, todos los mundos que vivimos son distintos modos de vivir en las coherencias operacionales y experienciales que constituyen nuestro vivir y nuestro operar como observa­dores, no son referencias a realidades independientes de nues­tro operar como seres vivos humanos, y por lo tanto, son en sus fundamentos las mismas para todos en los distintos domi­nios operacionales que generamos en nuestro vivir y convivir.

Al observar nuestro vivir vemos que vivimos en la conser­vación de las coherencias experienciales y operacionales de nuestro vivir como un vivir que implica continuamente la matriz relacional fundamental de la realización y conservación del vivir en la que todo lo que hacemos como seres humanos hace sentido operacional. Y nos damos cuenta también, de que este recursivo vivir en coherencias operacionales con las coherencias operacionales de nuestro vivir, hace a nuestro vivir un vivir generador de mundos que surgen como expansiones de nuestra dinámica corporal constituidos con las dimensio­nes espaciales y temporales que hemos generado para describir y explicar nuestra dinámica corporal, y que son las mismas que usamos para describir y explicar nuestro vivir y convivir.

Por todo lo anterior, si no nos preguntamos por cómo ocurre nuestro vivir desde las coherencias de nuestro vivir, sim­plemente vivimos, y si no nos preguntamos por cómo hace­mos lo que hacemos desde las coherencias de nuestro hacer, simplemente hacemos lo que hacemos, y nada de lo que dire­mos a continuación como reflexiones en nuestro vivir sobre nuestro vivir puede tener presencia o sentido. Es la reflexión sobre cómo hacemos lo que hacemos los seres humanos lo que da origen a la mirada que ve la dinámica relacional de los seres vivos que constituye el conocer como un fenómeno del vivir y del convivir, revelando a la vez que los seres humanos somos el centro cognitivo del cosmos que generamos con nuestro vivir, a la vez que explicamos nuestro vivir y lo que sucede en nues­tro vivir con las coherencias operacionales de nuestro vivir.

El vivir nos ocurre, no lo hacemos. Los procesos moleculares que traemos a la mano con nuestro operar como observadores al indagar en nuestra constitución y nuestro ope­rar como seres vivos humanos, ocurren espontáneamente des­de la estructura dinámica de las moléculas y la agitación tér­mica con que surgen en las operaciones de distinción con que las distinguimos. A continuación hablaremos como co­rrientemente hablamos, esto es, como si el mundo que dis­tinguimos estuviese ahí fuera y existiese con independencia de lo que hacemos, pero lo haremos en el entendido de que el lector está consciente de que hablamos de entidades y pro­cesos que surgen con nuestras operaciones de distinción en nuestro operar como observadores que se preguntan por cómo hacen lo que hacen y no de cosas o procesos que constituyen una realidad en sí, y que dicen lo que dicen conscientes de que explican su hacer con las coherencias operacionales- relacionales de su hacer.

**ARQUITECTURAS DINÁMICAS ESPONTÁNEAS**

Una molécula opera en sus interacciones con otras moléculas como si su estructura constituyese una arquitectura dinámica espontánea variable. Las moléculas como elementos dinámicos de arquitectura variable cambian de forma y características operacionales en sus encuentros con otras moléculas de acuer­do a un encaje recíproco que emerge como posibilidad opera­cional con dicho cambio de forma, dando origen a composi­ciones y descomposiciones moleculares que constituyen entes meta-moleculares compuestos o simples en el fluir de una di­námica arquitectónica espontánea ordenada según las formas de las moléculas participantes. Esto es, los cambios de forma de las moléculas resultan en el cambio de sus posibilidades de encaje arquitectónico con otras moléculas, de modo que los cambios de forma en las moléculas abren o cierran posibilida­des de composición o descomposición en los sistemas moleculares. Estos cambios son frecuentemente descritos como cambios energéticos[[9]](#footnote-9).

Un sistema autopoiético es un caso particular del ocurrir general de la constitución de sistemas dinámicos de arquitec­tura variable que existen como entidades discretas en un espa­cio más amplio de dinámicas moleculares. La dinámica orde­nada del ocurrir de los procesos que constituyen nuestro vivir como sistemas autopoiéticos es espontánea, y resulta de la diná­mica de la arquitectura variable que constituye y realiza nues­tro ser como entes moleculares. La autopoiésis molecular que constituye a la célula como un ente singular ocurre en la diná­mica de una arquitectura molecular espontánea variable. Es más, una célula, un organismo, realiza su vivir en el flujo de sus interacciones recursivas en su nicho, el que surge como la continua realización de la congruencia operacional del orga­nismo en la localidad emergente del medio en que conserva su vivir. La realización del vivir de un organismo en coherencia operacional con su nicho, tanto como la realización y la con­servación de la unidad relacional organismo/nicho, ocurren en la dinámica de la unidad de arquitectura variable que el orga­nismo y su nicho constituyen juntos en tanto sus interacciones recursivas resultan en la conservación de su coherencia opera­cional en el curso de sus cambios arquitectónicos independien­tes mientras el organismo conserva su vivir. Al mismo tiempo, la dinámica operacional coherente de todos los organismos en lo que un observador ve como un ámbito ecológico, o la diná­mica operacional de las células que constituyen un organismo multicelular o un simbionte, en el que su ámbito ecológico es el ámbito sistémico interno que el organismo o simbionte cons­tituye en la conservación de su unidad operacional, ocurre en el continuo entrelazamiento dinámico de las múltiples diná­micas de arquitecturas moleculares variables en la conserva­ción o pérdida de los respectivos vivires individuales de las cé­lulas u organismos involucrados.

Al hablar de arquitectura orgánica o ecológica, nos referi­mos al encaje recíproco o coherencia operacional del acopla­miento estructural de los procesos moleculares que realizan a las distintas entidades relaciónales que constituyen esos distin­tos dominios. Y además queremos enfatizar que todo lo que sucede en el devenir del cosmos que surge en las operaciones de distinción del observador ocurre en un fluir de distintas formas arquitectónicas cambiantes en encajes recíprocos de acuerdo a como se encuentran ellas en el curso de las transfor­maciones históricas a que pertenecen. No hay agente externo o interno que guíe el suceder del vivir o de las relaciones entre vivires, todo ocurre en un devenir histórico en el que cada molécula se encuentra donde se encuentra como el presente de un devenir de cambios relaciónales y operacionales en un cam­po dinámico de arquitecturas cambiantes coherentes. El azar y el caos no son en sí, son evocaciones de nuestra ignorancia ante las muchas dimensiones involucradas en un devenir his­tórico de múltiples procesos independientes espontáneamente ordenados y coherentes desde su arquitectura dinámica espon­tánea. Más aún, no decimos esto desde un supuesto ontológico sino que como abstracción que hacemos como observadores en nuestras operaciones de distinción de las regularidades del fluir en continuo cambio de nuestro vivir, y que hacemos ade­más como seres humanos reflexivos que explican su vivir con las coherencias operacionales de su vivir.

Es en éste contexto, que podemos decir que los seres vivos vivimos en las coherencias operacionales recursivas de la con­servación del vivir como un suceder sin propósito ni inten­ción.

Lo que nosotros los seres humanos, como seres vivos que existimos en el lenguajear, agregamos a esta condición funda­mental del vivir con nuestro operar como observadores, es el acto reflexivo que capta las coherencias de la arquitectura di­námica que constituye nuestro vivir y convivir, y que abstrayéndolas del dominio de su ocurrir concreto, expresa­mos bajo la forma de descripciones que muestran o evocan las regularidades de nuestro operar como observadores haciéndo­las de manera recursiva parte de nuestro ámbito de existencia. En nuestro presente cultural a estas abstracciones de las cohe­rencias operacionales y relaciónales de la arquitectura dinámi­ca cambiante de nuestro vivir se las llama leyes de la naturale­za, y hablamos muchas veces como si los sucesos que traemos a la mano con nuestras operaciones de distinción como sucederes en nuestros ámbitos de existencia en nuestro operar como ob­servadores se rigiesen por ellas obedeciendo a lo que ellas di­cen. Así, por ejemplo, decimos que los planetas se mueven en torno al sol según las leyes de Newton y Kepler, y con ello ocultamos el hecho de que esas leyes son abstracciones de las coherencias experienciales del vivir de Newton y Kepler ha­ciendo lo que hicieron en su vivir. Sin duda muchos científi­cos están conscientes de que no es legítimo hablar de leyes de la naturaleza en sí, pero sin duda el actuar como si lo fuesen ha permitido hacer deducciones y computaciones de procesos en los dominios en que decimos que se aplican, como por ejem­plo, las deducciones y computaciones de los procesos arqui­tectónicos dinámicos cuya manipulación hace que nos sea po­sible viajar a la Luna.

La efectividad operacional y relacional de las deducciones y computaciones que hacemos a partir de las abstracciones de las coherencias operacionales de nuestro vivir en el ámbito de la realización de nuestro vivir, no se fundan ni se pueden fun­dar en la distinción de regularidades de un ámbito trascenden­te de entidades que serían independientes de nuestro operar. Esa efectividad operacional se funda en el hecho tautológico de que esas deducciones y computaciones se aplican sólo en la matriz de regularidades operacionales y relaciónales de donde surgen las abstracciones que les dan origen con la operación de distinción del observador; matriz operacional y relacional que surge en el operar del observador al distinguir este las coheren­cias operacionales de su propio vivir en su operar como ser humano reflexivo que mira las regularidades de su propio ope­rar. El que en estas circunstancias digamos como científicos, aunque sólo sea metafóricamente, que los procesos de nuestro vivir y de los mundos que generamos en nuestro vivir se rigen por «leyes naturales», como si éstas en efecto guiasen dichos procesos, oculta o niega que es de las coherencias espontáneas de los procesos de nuestro vivir de donde al operar como ob­servadores abstraemos las coherencias de la matriz relacional y operacional de nuestro vivir que llamamos «leyes de la natura­leza». Además este hábito de pensar que existimos inmersos en un dominio de entidades y procesos independientes de nues­tro hacer, oculta también el hecho de que lo que llamamos naturaleza o mundo natural no es otra cosa que lo que distin­guimos como emergiendo en la espontaneidad de nuestro vi­vir de las coherencias operacionales-relacionales de la realiza­ción de nuestro vivir, aunque nos parezca un ámbito de regu­laridades trascendentes porque al vivirlas las sentimos inde­pendientes de nuestro operar.

En el fondo los científicos sabemos esto bien. Sin duda sabemos que lo que llamamos leyes de la naturaleza son abs­tracciones de las coherencias operacionales que distinguimos en nuestro operar como observadores de nuestro vivir y de lo que hacemos en nuestro vivir, pero aún así muchas veces nos dejamos seducir por el encanto de la aparente externalidad de los mundos que vivimos, y creemos que podemos ser intrínsicamente objetivos. El observador no distingue en su operar mundos preexistentes a las operaciones de distinción con que los trae a la mano haciendo operaciones de distinción al operar como observador en el suceder de su vivir. Lo que las operaciones de distinción del observador traen a la mano son configuraciones de relaciones de haceres que como abstraccio­nes del operar de su vivir pertenecen al ámbito de haceres en que ocurre, se realiza y conserva su vivir, y por lo tanto al ám­bito en que ocurren todos los sucederes que involucran el ope­rar de su vivir como ser humano operando como observador en la realización de su vivir. Los mundos que surgen con nues­tras operaciones de distinción en nuestro operan como obser­vadores, constituyen el ámbito cerrado de todas las coheren­cias del operar de las arquitecturas dinámicas variables que rea­lizan y conservan nuestro vivir.

Es en este contexto que a continuación hablaremos de lo que llamaremos Leyes sistémicas y meta-sistémicas (o leyes de conservación) como abstracciones de los cursos espontáneos que siguen los procesos que en nuestro vivir distinguimos como procesos sistémicos, conscientes de que en la experiencia mis­ma no distinguimos entre ilusión y percepción. Y lo haremos en el entendido de que hablamos de sistema cada vez que dis­tinguimos un conjunto de elementos de cualquier naturaleza interconectados de modo que si actuamos sobre uno actuamos sobre todos.

Dicho de otro modo, lo que llamamos Leyes sistémicas y meta-sistémicas son abstracciones que nosotros hacemos como observadores de las coherencias dinámicas de los procesos que ocurren en el devenir histórico o epigénico del cosmos que los seres humanos traemos a la mano al explicar nuestro vivir. Al hablar de estas leyes lo hacemos conscientes, tanto de que en nuestro operar como observadores no podemos decir nada con respecto a un ámbito de realidad imaginado como un substrato trascendente que nos parece necesario por motivos epistemológicos, como de que en nuestro operar como obser­vadores explicamos todos los sucederes de nuestro vivir con las coherencias operacionales que distinguimos en nuestro vivir. En fin, nosotros proponemos estas Leyes sistémicas y meta- sistémicas conscientes además de que sostenemos que lo que estamos diciendo con ellas se aplica a todo el cosmos (desde el vivir cotidiano, a la biología, a la física cuántica y a la cosmología) que surge con las operaciones de distinción que hacemos como seres humanos en nuestro operar como obser­vadores que explican su vivir con su vivir.

**LEYES SISTÉMICAS Y META-SISTÉMICAS**

Como ya dijimos, lo que llamamos Leyes sistémicas y meta- sistémicas son abstracciones que hacemos como observadores de las coherencias operacionales de la realización espontánea de nuestro vivir, y que surgen tanto de lo que distinguimos en el ocurrir relacional de nuestro ámbito de existencia al hablar de la naturaleza, como de lo que distinguimos como el suceder de las coherencias de nuestro vivir en ese ámbito relacional. En fin, las abstracciones de las coherencias de nuestro operar como observadores que llamamos leyes sistémicas y meta- sistémicas son abstracciones de las condiciones relaciónales espontáneas bajo las cuales surge, se realiza o conserva todo lo que ocurre en el ámbito de lo humano que surge con las opera­ciones de distinción del observador. Por esto decimos que lo que llamamos Leyes sistémicas y meta-sistémicas son abstraccio­nes de las coherencias operacionales que un observador vive en el fluir de su vivir en el dominio de existencia que surge y que habita en su operar como ser vivo humano en su observar y explicar su vivir con las coherencias operacionales-relacionales de la realización de su vivir.

Al hablar de leyes sistémicas y meta-sistémicas, por lo tanto, estamos diciendo que cada vez que pasan las condiciones relaciónales que éstas señalan o evocan, pasa lo que ellas indi­can en el ámbito relacional que el observador trae a la mano al presentarlas como abstracciones de su operar. Sin duda las le­yes sistémicas y meta-sistémicas tienen un carácter tautológico como ocurre con todas las leyes de la naturaleza, afirmaciones y explicaciones científicas. Pero se trata de afirmaciones tautológica cuya validez en el ámbito del conocer y operar hu­mano está en que lo que ellas revelan son las coherencias operacionales y experienciales del vivir y operar del observa­dor como ser vivo humano en su existencia biológica-cultural y, por lo tanto, constituyen para él o ella condiciones de exis­tencia. Por último, lo particular de lo que llamamos leyes meta- sistémicas está en que son abstracciones que el observador hace de las coherencias operacionales de su vivir sólo o con otros seres vivos, humanos y no humanos, en el ámbito de su operar reflexivo que mira las coherencias operacionales de su propio operar, consciente de su operar relacional como ser humano en su existencia biológica-cultural. La mirada reflexiva del ob­servador sobre los aspectos recursivos de su propio operar relacional que las leyes meta-sistémicas implican, hace posible que él o ella vea las matrices operacionales-relacionales en que ocurren la dimensiones culturales de la matriz biológico-cultu- ral en que se da su existencia. Así, por ejemplo, el poder escu­char y ver la matriz operacional-relacional en que ocurre el do­lor de otro que pide ayuda relacional, se hace posible desde el ver u oír las coherencias operacionales-relacionales de las di­mensiones recursivas del convivir cultural que abstraen las le­yes meta-sistémicas.[[10]](#footnote-10)

**LEYES SISTÉMICAS BÁSICAS**

A las leyes sistémicas siguientes las llamamos Leyes sistémicas básicas porque son abstracciones de las condiciones experienciales básicas que constituyen el fundamento opera- cional inconsciente de nuestro pensar y explicar racional. Y es precisamente por su carácter inconsciente que esas condicio­nes experienciales básicas no se ven como tales, y por ello ope­ramos en nuestro razonar y explicar sin darnos mucha cuenta de las condiciones experienciales del vivir humano que hacen posible ese operar. De hecho esas condiciones experienciales básicas se hacen aparentes como abstracciones de cómo opera­mos en nuestro pensar y en nuestro razonar sólo al explicar como operamos en nuestro observar y nuestro explicar desde la apertura reflexiva que surge cuando soltamos las certidum­bres culturales que guían nuestro diario vivir.

Las Leyes sistémicas básicas son básicas porque surgen de la experiencia del observador de encontrarse ya en el observar, como una vivencia innegable a la vez que insoslayable de su vivir, cuando se pregunta por su operar como observador en el observar. El tomar en serio estas Leyes sistémicas básicas como abstracciones de esa condición espontánea del operar del ob­servador en el observar en el ámbito del hacer y no del ser, hace posible explicar el observar, y entender la Biología del Conocer y la Biología del Amar como los sucederes biológicos que constituyen la condición de posibilidad de toda reflexión sin recurrir a ningún supuesto a priori o noción explicativa trascendente. Además, el tomar en serio estas Leyes sistémicas básicas como abstracciones de las coherencias operacionales que hacen posible el operar humano en el observar, abre la posibi­lidad de entender la matriz operacional^relacional en que se origina, realiza y conserva lo humano Homo sapiens-amans amans que hemos llamado la Matriz Biológica-Cultural de la Existencia Humana.

En efecto, el que esto es así se hace aparente cuando se cierra el círculo reflexivo que muestra el origen, la realización, y la conservación de nuestra condición e identidad humana Homo sapiens-amans amans desde el comienzo mismo de su ocurrir generador de mundos consensúales desde el amar; cír­culo reflexivo que nos revela la matriz relacional biológica y cultural que nos constituye y hace posibles desde nuestro ori­gen, y a la que hemos llamado la Matriz Biológica-Cultural de la Existencia Humana. Nosotros pensamos que lo humano se originó en el devenir evolutivo del linaje de primates bípedos a que pertenecemos en la conservación de un modo de convivir en la Biología del Amar que surge al constituirse la familia ancestral humana como un espacio cercano de convivencia en el bien-estar en torno a una hembra. Y pensamos que ese modo de convivir se sostuvo en la expansión de la sexualidad de la hembra al constituirse en torno a ella un ámbito de cercanía en el compartir los haceres del convivir en la conservación del placer y el bien-estar de la compañía en la sexualidad, la sen­sualidad y la ternura. Es más, pensamos también que un espa­cio pequeño de convivencia como ese, formado por cinco, sie­te o nueve individuos entre adultos y juveniles, habría consti­tuido el ámbito de intimidad que al ser vivido en el placer y bien-estar de la cercanía corporal, la colaboración, y el com­partir, habría generado la permanencia del placer de hacer co­sas juntos que habría hecho posible el surgimiento del lenguajear como un convivir en coordinaciones de coordinaciones de haceres consensúales a la vez que el fluir de ese convivir en el entrelazamiento del lenguajear y el emocionear que es el con­versar como el modo de convivir en el amar cuya conservación transgeneracional es lo que de hecho constituye nuestro linaje humano. El convivir en el conversar habría constituido un espacio de coordinaciones de haceres y emociones que surge en la consensualidad y adquiere sentido sólo desde la consesualidad sin requerir referencia alguna a una realidad in­dependiente, y que es vivido en un convivir que al ser vivido se siente como si se viviese en un mundo que desde sí preexiste a su ser vivido. La conservación transgeneracional del convivir en ese conversar a través del aprendizaje de los niños y niñas habría resultado en la constitución, realización y conservación del linaje fundamental Homo sapiens-amans amans como un convivir en mundos consensúales que se viven en la sensorialidad íntima como ámbitos o dominios de realidades trascendentes[[11]](#footnote-11). Los mundos consensúales surgen en el fluir de las coordinaciones de haceres de los organismos en general, y de las coordinaciones de coordinaciones de haceres del lenguajear en nosotros Homo sapiens-amans amans\ y surgen como modos espontáneos del convivir consensual que hacen historias de convivencia en la conservación del modo particu­lar de convivir consensual de que se convivirá mientras se con­serve a través de ese convivir la continua realización de la autopoiésis de los organismos participantes. Esto es, pensamos que lo humano se originó con el vivir Homo sapiens-amans amans en la conservación del lenguajear y el conversar como un convivir en mundos consensúales en los que de hecho no importa que en la experiencia misma no distingamos entre ilu­sión y percepción porque la biología del vivir se realiza y con­serva desde coherencias de haceres consensúales en operacio­nes de realización y conservación del vivir en las que esa dis­tinción no importa.

Al proponer la denominación sapiens-amans amans para referirnos a nuestro linaje, queremos indicar que pensamos que lo humano surgió y pudo surgir sólo como un linaje cultural en la intimidad de la conservación transgeneracional sistémica de un convivir en mundos consensúales constituidos como re­des cerradas de conversaciones en las que el emocionear básico era el amar. También pensamos que en esa historia evolutiva tienen que haber surgido, como ramificaciones de la raíz sapiens- amans amans primaria, otros linajes culturales al conservarse de una generación a otra de manera sistémica recursiva, varia­ciones culturales definidas por otros emocionares que oculta­ban el amar en distintos momentos del vivir y de distinta ma­nera. Pensamos que esos linajes culturales fueron de corta duración (pocas decenas de generaciones) porque eventualmen­te se extinguían cuando la negación del vivir sapiens-amans amans, a través de la negación del amar, impedía la conserva­ción de un vivir biológico-cultural centrado en dinámicas de dominación, sometimiento y destrucción ecológica. Es más, vivimos un presente cultural en el que surgen ese tipo de lina­jes culturales bajo formas de convivir que podrían llamarse Homo sapiens-amans agressan y Homo sapiens-amans arrogans, formas culturas que, como se ha visto en los últimos diez mil años, han resultado auto-destructivas. En cualquier caso sin embargo, si miramos nuestro vivir presente, veremos que vivi­mos un vivir biológico-cultural en el que al nacer cada bebé humano nace de hecho, en su operar biológico-cultural conser­vador de su fundamento amoroso como Homo sapiens-amans amans. Este fundamento biológico-cultural amoroso implica la disposición inicial biológica y psíquica a vivir y convivir en el amar desde la confianza, implícita en su anatomía y fisiología al nacer, en que llegará a un mundo adulto acogedor en el que realizará su vivir en un mundo consensual que sentirá como un ámbito de realidades objetivas independientes de su hacer y sentir que será amoroso y tierno. Sin embargo no siempre sucede así.

En nuestro presente cultural nos encontramos con que la actitud primaria frente al tema del conocer consiste en pensar de manera inconsciente espontánea que es posible hablar de distinciones y de observar en un vacío relacional, como si pu­diese haber observar sin un observador que haga las operacio­nes de distinción del observar. Es más, debido a que el mundo cultural consensual que vivimos lo vivimos sintiéndolo como un mundo trascendente que existe en sí mismo de manera in­dependiente de lo que hacemos al operar como observadores, lo corriente es que nosotros (los seres humanos) actuemos como si lo que observamos preexistiese a nuestro acto de observarlo, y como si nosotros tuviésemos la capacidad intrínseca de dis­tinguir aquello que existe con independencia de la operación de distinción con que lo distinguimos. Sin embargo, como no sabemos en el momento de vivir lo que vivimos si más tarde invalidaremos lo vivido como una ilusión o lo validaremos como una percepción de lo “real”, no podemos decir que existimos antes de nuestra auto-distinción reflexiva, y no podemos de ninguna manera tratarnos como entes trascendentales que exis­ten por sí mismos. De hecho no podemos decir nada sobre una supuesta realidad trascendente precisamente porque todo lo que podemos decir sobre lo que distinguimos es que surge con nuestra operación de distinción. Por lo tanto, todo lo que podemos decir sobre el observar, es que un observador surge cuando un ser humano (Homo sapiens-amans amans) se encuen­tra distinguiendo su distinguir cuando en su observar le suce­de la experiencia de una dinámica sensorial que le abre la posi­bilidad de preguntarse por el observar como una operación que no requiere suponer que lo que él o ella distingue preexiste, en un mundo objetivo o “real”, a la operación con que él o ella lo trae a la mano en su vivir. Y podemos decir también que en tanto nuestro vivir es el presente del devenir evolutivo de la conservación del vivir biológico-cultural Homo sapiens-amans amans, las leyes sistémicas y meta-sistémicas en conjunto son abstracciones de las coherencias relaciónales y operacionales del dominio experiencial de ese convivir consensual en un ámbito relacional constituido y conservado desde la Biología del Amar. En fin, por todo esto podemos afirmar también que las Leyes sistémicas básicas que presentamos a continuación se hacen visibles en la ampliación del entendimiento que un ob­servador vive cuando se da cuenta de que su existir en el lenguajear en redes de conversaciones, es de hecho el funda­mento experiencial de su preguntar reflexivo sobre su propio operar como algo que le ocurre sin requerir el supuesto de una realidad independiente para fundamentar su operar. Por últi­mo, el cambio de postura epistemológica que implica adoptar éste punto de partida, como un inicio que abre un camino reflexivo y de entendimiento sin supuestos explicativos, hace que todo cambie de carácter en su reflexionar, y que sea posi­ble ver que el supuesto de una realidad independiente del ob­servar del observador es no sólo innecesario sino que también engañador.

Ley sistémica básica # 0.

Posibilidad del conocer

Lo humano, posibilidad de todo conocer, entender y explicar

Si no se diesen (1) la experiencia del observar como el acto de distinguir algo como si fuese independiente del observador que distingue; (2) la pregunta por cómo opera el que observa en su observar; y (3) el darse cuenta de que el observador sólo puede explicar cómo ocurre el observar mostrando una configuración de procesos que si sucediesen darían origen a un observador operando en el observar; (4) entonces no sería posible comprender el cono­cer, el observar, y el explicar como aspectos biológico-culturales del vivir humano en los mundos consensúales cerrados que consti­tuyen su vivir como Homo sapiens-amans amans, sin buscar al­gún apoyo en una supuesta realidad trascendente. El operar hu­mano es la condición de existencia de todo lo que surge en el vivir y convivir humano.

Implicaciones:

El conocer, el comprender y el explicar son actividades humanas, pertenecen a nuestro vivir y convivir como seres que existimos en el lenguajear, la reflexión y la consciencia de sí que surgen como operaciones en el convivir en el lenguajear. El existir mismo ocurre como una distinción del observador que surge en su reflexión sobre su sentir en el distinguir. En un sentido estricto todo ocurre en el operar reflexivo del ob­servador en su fluir con otros observadores en coordinaciones de coordinaciones de haceres y emociones en su convivir. Al mismo tiempo todo sucede según las coherencias operacionales del vivir del observador, y nada es caótico en sí. Es por lo anterior que en nuestro explicar nuestro vivir como observa­dores, necesitamos por motivos epistemológicos un substrato que haga posible y que sostenga las coherencias operacionales de nuestro vivir, substrato del que no podemos hablar como un en sí, y que al querer describirlo descubrimos que sólo podemos evocarlo refiriéndonos a las coherencias operacionales- experienciales de nuestro vivir.

Ley sistémica básica # 1 Observar

Todo lo dicho es dicho por un observador (ser humano) a otro observador que puede ser él o ella misma.

Implicaciones:

Nada aparece en el vivir del observador por sí mismo, todo aquello de lo que hablamos surge en el operar del observador en el observar como resultado de su operar como tal. El obser­vador es un ser vivo, un ser humano que existe en el lenguajear y opera en el observar: por esto no hay observar sin observa­dor, y no hay lenguajear sin un ser lenguajeante. Si el ser vivo humano muere se acaba el observar. Si el ser humano se «en­ferma», se altera o se acaba el observar. El observador no es un ente o un operar trascendente: el observador surge cuando el observador distingue su observar en su observar. La Biología del Conocer y la Biología del Amar surgen en conjunto como el entendimiento del operar del observar y del observador que surge cuando el observador se pregunta a sí mismo por cómo opera él o ella en el observar, y al hacerlo se hace cargo: a) de que en el momento de vivir una experiencia el observador no distingue entre lo que con relación a otra experiencia llamará luego ilusión o percepción; y b) de que por lo anterior, él o ella sólo puede decir que lo que distingue surge en la operación de distinción con que lo trae a la mano en el observar. El que no podamos decir en la experiencia que vivimos si más tarde la invalidaremos como una ilusión o la validaremos como una percepción con relación a otra experiencia que aceptamos como válida, no es en nosotros una limitación cognitiva circunstan­cial, sino que es nuestra condición de existencia como seres vivos humanos propia de nuestro ser sistemas moleculares de­terminados en su estructura. Esta ley sistémica básica, por lo tanto, no es un supuesto a priori, sino que es una abstracción de las coherencias de nuestro vivir de la que nos damos cuenta sólo si nos preguntamos por nuestro hacer.

Ley sistémica básica # 2 Ni azar ni caos

Todo lo que un observador hace como ser vivo y ser hu­mano, surge en su hacer según regularidades y coherencias operacionales que se conservan en todos los instantes y cir­cunstancias de su operar en el fluir de la realización de su vivir. No hay azar en el suceder del vivir.

Implicaciones:

Cada vez que un observador distingue una entidad com­puesta distingue una entidad en la que todo lo que sucede con ella o en ella surge determinado por el operar de sus compo­nentes y por las relaciones entre ellos, esto es, por su estructu­ra, por las coherencias de su arquitectura dinámica espontá­nea. A esta condición sistémica básica espontánea que distin­guimos como una abstracción de las coherencias operacionales de nuestro vivir, la llamamos determinismo estructural. Un observador habla de un suceder azaroso cuando él o ella no conoce las coherencias operacionales desde donde surge ese suceder, y esta dispuesto a desconocer el determinismo estruc­tural del suceder de su vivir, o cuando algo sucede en encuen­tro de procesos que pertenecen a dominios disjunto de modo que no hay relación lógica entre ellos.

El ser humano, como ser vivo humano en su operar como observador en la realización de su vivir, implica el determinismo estructural que distingue en su operar como la condición de posibilidad de su existir y su operar. En este sentido esta ley sistémica evoca la condición primaria que hace posible nues­tro existir como seres vivos y seres humanos, y todo lo que podemos hacer desde el explicar y comprender nuestro ser cons­cientes y nuestro operar como creadores de los distintos domi­nios de existencia que generamos en nuestro convivir en redes de conversaciones.

Ley sistémica básica # 3 Observador y observar

El observador surge con su distinción reflexiva de su pro­pio operar en el observar. El observador no preexiste a su pro­pia distinción reflexiva.

Implicaciones:

El operar del observador en la distinción reflexiva con que distingue a su propio operar, ocurre como un vivir en la conti­nua conservación de la ampliación recursiva del entendimien­to del propio vivir, de la conciencia de sí, y de las acciones a la mano propias del fluir del vivir en el presente de continuo cambio que esa misma reflexión genera, guiado en cada ins­tante por el emocionear que surge en la conservación de ese vivir. El observador no es un ente primario, no existe en sí o desde sí, surge en la distinción reflexiva y recursiva que un ser humano hace de su propio operar. Nos encontramos hacien­do lo que hacemos cuando nos preguntamos por lo que hace­mos, nos encontramos viviendo como vivimos cuando nos pre­guntamos por nuestro vivir, nos encontramos sintiendo lo que sentimos cuando nos preguntamos por lo que sentimos. Lo que nos sucede nos está sucediendo cuando distinguimos lo que nos sucede como una experiencia en nuestro vivir. En tanto nos encontramos de facto viviendo nuestro vivir como un vivir en el que no distinguimos en la experiencia misma entre lo que llamamos ilusión y percepción, nos damos cuenta de que no podemos ni deseamos explicar nuestro vivir en térmi­nos trascendentes. Y nos damos cuenta de que todo lo que hace­mos al explicar nuestro observar es describir los procesos que tendrían que ocurrir para que el resultado de ese ocurrir fuese un suceder como aquel en que nos encontramos ya cuando nos preguntamos por nuestro observar. La explicación no reemplaza lo explicado, sólo muestra que si pasase lo que ella describe el resultado sería una situación idéntica a la que se explica.

Ley sistémica básica # 4 Fluir recursivo del observar

El acto de reflexión ocurre en el operar del observador en la conversación que distingue su propio operar; y ocurre como un proceso del vivir que lleva a la continua conservación de la am­pliación recursiva de la comprensión del propio vivir, de la cons­ciencia de sí, y de las acciones a la mano propias del fluir del vivir en elpresente de continuo cambio que esa misma reflexión recursiva genera, y ocurre en el acto de soltar la certidumbre de que se sabe lo que se cree que se sabe.

Implicaciones:

Operacionalmente una recursión ocurre sólo como un fe­nómeno histórico, porque es sólo en referencia a una sucesión de eventos que la repetición de una operación es una recursión. Esto es, una recursión es la repetición de un proceso circular que un observador ve acoplado a un fenómeno histórico de manera tal que él o ella puede sostener que en el flujo histórico de ese fenómeno, esa repetición resulta en la reaplicación de ese proceso a las consecuencias de sus ocurrencias previas.

El observador y el observar es un operar en el lenguaje que ocurre como coordinaciones de acciones recursivas con­sensúales de cuarto y segundo orden respectivamente entre Homo sapiens-amans amans en el lenguajear. El observador y el observar, entonces, surgen en el flujo de cambios estructurales que ocurren en los miembros de una comunidad de observa­dores cuando ellos coordinan sus acciones consensúales a tra­vés de sus interacciones estructurales recurrentes en el domi­nio de coherencias operacionales en el cual ellos realizan sus praxis del vivir conectadas. En otras palabras, observador y observar constitutivamente ocurren a través y en el curso de los cambios estructurales de los observadores, ya que éstos ope­ran como un sistema determinado estructuralmente, conser­vando sus correspondencias estructurales con el medio en el cual interactúan.

El observador está por ello necesariamente siempre en correspondencia estructural en sus dominios de existencia: constitutivamente no puede hacer distinciones fuera del do­minio de coherencias operacionales de su praxis del vivir. Como resultado, el observador necesariamente se encuentra a sí mis­mo en la praxis del vivir haciendo distinciones que no están nunca operacionalmente fuera de lugar, porque pertenecen a las coherencias operacionales de su realización como ser vivo constitutivamente en congruencia estructural con el medio y siguiendo un curso definido en cada instante no sólo por la conservación fundamental de ese vivir humano, sino que tam­bién por las coherencias operacionales de las distinciones que realiza y por las dinámicas relaciónales que vive en los distin­tos ámbitos del vivir que su dinámica reflexiva genera.

Y en la medida que el observador conserva en su vivir un conversar reflexivo sobre su propio operar como observador en el observar, lo que resulta es que trae a la mano un habitar en que el amar (como emoción constitutiva del reflexionar) es la emoción que guía su vivir y convivir como el ámbito en el que surgirán tanto sus distinciones cotidianas del vivir, como su pro­pia conciencia y acciones a la mano en los diferentes ámbitos del vivir que vive, resultando un ámbito de coherencias operacionales con las circunstancias que se viven que al ser componente y par­tícipe en las coherencias estructurales de la biosfera, cultura, o cosmos a que se pertenece, genera un habitar en una antropósfera que hace posible la sabiduría como un modo de convivir en ar­monía con el presente sistémico a que se pertenece.

Ley sistémica básica # 5 Ilusión o percepción

Todo lo que vivimos lo vivimos como válido en el mo­mento de vivirlo. Sin embargo, no sabemos en la experiencia misma de vivir lo que vivimos como válido, si más tarde lo confirmaremos como una percepción o lo invalidaremos como una ilusión con relación a otra experiencia de cuya validez no dudamos en ese instante, la que sin embargo está sujeta a estas mismas condiciones.

Implicaciones:

La experiencia básica del operar humano, que cuando es aceptada hace posible que podamos explicar y comprender lo humano sin recurrir a ningún supuesto o principio explicati­vo trascendente, ocurre en el darse cuenta de que en la expe­riencia vivida misma no distinguimos entre lo que luego tra­taremos o como ilusión o como percepción en comparación a otra experiencia de cuya validez no dudamos en ese mo­mento. Si no aceptamos esto como condición constitutiva de nuestro vivir, no podemos explicar ni nuestro vivir ni nues­tro conocer.

Dada la naturaleza misma de nuestro vivir como sistemas moleculares determinados en nuestra estructura, nunca sabe­mos ni podemos saber en el momento de vivir lo que vivimos, si lo que estamos viviendo lo trataremos más tarde como una ilusión o como una percepción en referencia a otra experiencia que aceptamos como válida a priori. La pregunta fundamen­tal que de manera explícita o implícita esta a la base de todo preguntar y explicar filosófico o científico en la historia de Occidente, y de toda reflexión sobre lo humano y lo divino en Oriente, es la pregunta por el ser, la pregunta por la realidad en sí. Esta pregunta hace sentido desde la aceptación explícita o implícita de que somos parte de un ámbito de sucesos y en­tes que existirían y operarían (incluso nuestro propio ser) con independencia de lo que nosotros hacemos, y que debemos explicar con normas o leyes que le son propias y que son, por lo tanto, externas a nosotros. Esto es, si nos preguntamos por nuestro ser, por la esencia de lo que somos, debemos explicar­nos a nosotros mismos con leyes y normas externas a nosotros y ajenas a nuestro operar. Sin embargo, si en la experiencia no distinguimos si lo que vivimos como válido en el momento de vivirlo lo trataremos después como una ilusión o una percep­ción, si no podemos sostener de manera que haga sentido nin­guna afirmación sobre una realidad independiente de nuestro hacer, quiere decir que la noción de realidad, o del ser en sí, es un sin sentido que no se puede sostener como un argumento explicativo, y que debemos explicar nuestro hacer (nuestro vi­vir), todas nuestras experiencias (como lo que distinguimos que nos sucede) con las coherencias de nuestro hacer. Y esto sólo se puede hacer cambiando la pregunta que pregunta por el ser, por la realidad, por la pregunta que pregunta por ¿cómo hacemos lo que hacemos como seres vivos humanos que vivi­mos en el lenguajear?

Ley sistémica básica # 6 Generación de mundos

El mundo que vivimos en cada instante es el ámbito de todas las distinciones que hacemos, que pensamos que pode­mos hacer, que pensamos que podríamos hacer, o que pensa­mos que no podríamos hacer los seres humanos en el curso de nuestro vivir como seres que existimos en nuestro operar re­flexivo de observadores que vivimos en el conversar.

Implicaciones:

Los mundos que vivimos existen en nuestro vivirlos. Cuan­do nos preguntamos por nuestro vivir y convivir, nos encon­tramos con que nuestro vivir y convivir como seres humanos ocurre en nuestro fluir en el conversar como un convivir en coordinaciones de coordinaciones de haceres y emociones, en el que las emociones surgen como los distintos dominios de conductas relaciónales en los que se dan las coordinaciones de coordinaciones de haceres. En tanto nos hacemos cargo de que

de hecho no podemos afirmar con sentido que existimos en un ámbito de entes y procesos que ocurren con independencia de lo que hacemos en nuestro vivir y que podemos usar para ex­plicar nuestro vivir humano, tenemos que hacernos cargo de que explicamos nuestro vivir con nuestro vivir. Y tenemos tam­bién que hacernos cargo de que el mundo que vivimos de he­cho surge con nuestras coordinaciones de coordinaciones de haceres como un ámbito de entes y procesos que no son otra cosa que nuestras coordinaciones de coordinaciones de haceres, donde lo básico y primario somos nosotros mismos como en­tes que en nuestro propio explicar surgimos del mismo modo que todo ente en nuestro fluir de coordinaciones de coordina­ciones de haceres con otros en nuestro convivir. Si no nos pre­guntamos por nosotros mismos no podemos existir, aunque una vez que nos preguntamos y tenemos presencia en nuestra distinción como elementos de la red de conversaciones en la que surgimos, en nuestro sentir es como si hubiésemos existi­do siempre. Es sólo desde la Biología del Conocer y la Biolo­gía del Amar que nos podemos ver en nuestro surgir en el ám­bito básico en que se da el entender lo humano al aparecer en la distinción reflexiva que nos configura en el existir. Es a la com­prensión de la dinámica relacional en la que surgen y existen los seres humanos como Homo sapiens-amans amans y todas las condiciones que hacen posible su existencia, a lo que llamamos la Matriz Biológico-Cultural de la Existencia Humana.

Hay algo más. En la generación de mundos los seres hu­manos generamos mundos nuevos e inesperados como actos creativos legítimos cuando nos encontramos, en el fluir de nuestro vivir, contemplando simultáneamente sucesos que ocu­rren en dominios disjuntos, y que desde nuestro mirar correlacionamos en un nuevo dominio operacional que surge en ese instante con nuestro operar. El acto creativo surge en la elección de correlación que hacemos desde nuestro emocionear, acto que vivimos en nuestro sentir como un hallazgo genuino de algo nuevo, y que de hecho lo es pues surge de correlacionar procesos que de otra manera habrían seguido cursos del todo independientes. De esto resulta que en el fluir de nuestro vivir las emociones que vivimos, los deseos, los gustos, las preferen­cias que vivimos en cada instante, guían el curso de nuestro vivir, ya sea en una dirección estable porque esos deseos o pre­ferencias son estables, o en una dirección cambiante porque esos deseos o preferencias son aspectos cambiantes como de nuestro vivir. Si miramos la historia evolutiva de los seres vivos en general veremos que ella muestra la diversidad de cursos seguidos según las preferencias de los organismos en la conser­vación de su bien-estar. Y si miramos nuestra historia, veremos que lo peculiar humano es que somos el presente de un deve­nir en el que la emoción fundamental que lo ha guiado ha sido en el fondo siempre el amar.

Ley sistémica básica # 7 Devenir evolutivo

El curso que sigue el devenir evolutivo de los seres vivos en general, y de los seres humanos en particular, en la sucesión de las generaciones que constituyen sus respectivos linajes, surge momento a momento en su deslizarse en su vivir guiados por sus preferencias, gustos, deseo, en la realización y conservación del bien-estar en el vivir. De modo que si queremos saber cómo se configuró el vivir presente de cualquier clase de organismos, debemos preguntarnos por los sentires relaciónales en sus ancestros cuya conservación transgeneracional ha dado forma a su vivir relacional actual. Así, si miramos nuestro vivir relacional actual como seres humanos que nacemos seres amorosos, podemos decir que la configuración de sen­tires relaciónales cuya conservación transgeneracional en el convi­vir de nuestros ancestros nos dio origen como Homo sapiens-amans amans, tiene que haber sido el amar.

Implicaciones:

El amar ocurre en las conductas relaciónales a través de las cuales uno mismo, el otro la otra o lo otro surge como legí­timo otro en convivencia con uno. Los seres humanos somos primates bípedos amorosos y pertenecemos a un linaje que se constituye en la conservación transgeneracional del convivir en el conversar desde el convivir primario en el amar. Nace­mos amorosos, y si no buscamos argumentos racionales o mo­tivos emocionales para lo contrario, transformamos el mundo que vivimos en un mundo amoroso. Y lo hacemos sin darnos cuenta, inmersos en la matriz fundamental de la existencia bio­lógica en la que todo ser vivo surge al ser concebido en la con­fianza, implícita en su estructura y su organización, de que al nacer llega a un mundo que lo acogerá como un ámbito de congruencia operacional que hará posible nuestro vivir por la naturaleza misma de su existencia histórica.

Lo que distinguimos como observadores al distinguir emociones son clases de conductas relaciónales que especifi­can en cada instante del vivir de un ser vivo el espacio relacional en que éste se mueve, sin que esto implique reflexión, valor, o sentimiento. Así, lo que en nuestro vivir como observadores Homo sapiens- amans amans denotamos al hablar de amar, es el dominio de las conductas relaciónales de un ser vivo a través de las cuales él mismo, o cualquier otro, surge como legítimo otro en convivencia con él o ella. Es decir lo que distinguimos como amar en nuestro ámbito humano es un convivir sin pre­juicios, sin opiniones, sin exigencias y sin expectativas que distorsionen la convivencia generando cegueras que niegan al otro o a sí mismo la posibilidad de ser visto en su legitimidad sin tener que justificar su existencia. El amar ha sido y es el fundamento emocional en el que surgió la familia ancestral, y surge en cada generación el vivir en el conversar que constitu­ye el vivir humano Homo sapiens-amans amans. El amar es el fundamento del ver y del entender que constituye a la sabidu­ría del vivir humano como la ampliación de la mirada que per­mite ver a la matriz de relaciones que constituye la existencia de la biosfera y el cosmos.

LEYES SISTÉMICAS GENERALES

Estas leyes sistémicas son abstracciones que hacemos como observadores en el ámbito de las coherencias de nuestro operar como seres vivos en el dominio de la existencia molecular, y evocan las regularidades de la dinámica estructural de nuestro operar como tales. Las diez leyes sistémicas que presentamos a continuación hacen referencia y evocan las condiciones sistémicas bajo las cuales surgen los sistemas o unidades com­puestas en la espontaneidad del suceder de lo que distingui­mos como observadores al hablar de la naturaleza o el mundo natural. Sin duda el mundo natural surge en nuestra distin­ción de las coherencias espontáneas de nuestro operar como seres vivos humanos, en el explicar como ocurre nuestro vivir y convivir con las regularidades de nuestro vivir y convivir. Explicamos nuestro vivir con las coherencias operacionales de nuestro vivir. Al adoptar nuestro vivir como punto de partida para explicar nuestro vivir, las abstracciones que hacemos de las regularidades de nuestro operar en nuestro vivir, consti­tuyen un ámbito explicativo de nuestro operar como seres humanos que no implica la aceptación a priori de ningún supuesto ontológico o principio explicativo. El observador al hacer una operación de distinción y traer a la mano lo que distingue no construye lo distinguido, no lo crea, revela y hace visible para él o ella la matriz operacional-relacional que su vivir implica, y que su operar trae a su existir como obser­vador como un ámbito cognitivo o de coordinaciones de co­ordinaciones de haceres consensúales en la realización de su vivir y convivir.

Ley sistémica # 8 Conservación y cambio

Cada vez que en un conjunto de elementos comienzan a conservarse ciertas relaciones, se abre espacio para que todo cambie en torno a las relaciones que se conservan.

Implicaciones:

Esta ley dice que el curso de cambio que sigue cualquier suceder se define momento a momento por las relaciones que se conservan en él, cualquiera sea su naturaleza. Lo que define lo que puede cambiar en el devenir de cualquier sistema es lo que se conserva en él. Esta ley sistémica revela también que una unidad compuesta surge espontáneamente como totali­dad en un espacio relacional en el momento en que comienza a conservarse la configuración de relaciones que la constituyen como tal, y que se desintegra cuando esa configuración de relaciones deja de conservarse. Por esto mismo, si lo que se conserva es una configuración de relaciones que interconecta a un conjunto de elementos de modo que si uno actúa sobre uno actúa sobre todos, lo que surge espontáneamente es un sistema en el espacio relacional en el que el sistema opera como sistema. En particular llamamos a esta ley sistémica la ley de la conservación de la organización para evocar que cuando surge un sistema lo que definirá el curso de su devenir histórico será la conservación de su organización.

Lo central en el cambio no es el cambio en sí, sino lo que se conserva en el fluir del cambio, ya que lo que se conserva es lo que define lo que puede cambiar en cualquier situación relacional dinámica. Lo que llamamos historia es un devenir de cambio en torno a algo que se conserva. Es esta dinámica sistémica la que hace irreversible al devenir de la historia, lo que hace unidireccional a la “flecha del tiempo”, y lo que hace que el devenir histórico de nuestro vivir humano sea de hecho una continua trasformación irreversible de los mundos que vivimos: el mundo que vivimos se transforma entorno al vivir que conservamos; cambia el vivir que conservamos, cambia el mundo que vivimos.

Ley sistémica # 9 Determinismo estructural

Cada vez que un observador distingue una unidad com­puesta tal que todo lo que ocurre con ella en cada instante ocurre en la realización de las coherencias operacionales y relaciónales de sus componentes en el dominio de su composi­ción, cualquiera sea el ámbito operacional en que surgen los componentes al ser distinguidos, decimos que el observador ha distinguido una unidad compuesta determinada en su es­tructura.

Implicaciones:

Si nos detenemos a reflexionar sobre nuestro vivir como seres humanos, vemos que operamos en nuestro vivir en la con­fianza implícita de que todo lo que sucede en lo que distingui­mos como nuestro entorno nos sucede en nuestro vivir, y ocu­rre en la dinámica de nuestro existir, en un fluir de coherencias operacionales que, aunque distintas en los distintos dominios de nuestro operar, las vivimos en cada caso como modos relaciónales o formas operacionales invariantes peculiares de cada dominio. Tanto esto es así, que si notamos que no se cumplen las coherencias operacionales que esperamos que ocu­rran en algún dominio particular, lo primero que hacemos es ampliar la mirada para deducir o distinguir qué coherencias operacionales de algún otro dominio pueden haber interferido o alterado la conservación de las coherencias operacionales es­peradas en el primer dominio.

Llamamos a esta abstracción de las coherencias operacionales o experienciales de nuestro vivir y de nuestro operar como observadores que hacemos al explicar nuestro vi­vir, determinismo estructural. Es desde la distinción que hace­mos como observadores de la conservación de las coherencias operacionales y experienciales de nuestro vivir, al explicar las coherencias de nuestro vivir con las coherencias de nuestro vi­vir, lo que nos lleva a decir de nuestro operar en nuestro vivir que los seres humanos somos sistemas moleculares, y que como sistemas moleculares somos sistemas determinados en nuestra estructura. Y esto mismo nos lleva a darnos cuenta de que en nuestro operar como observadores de hecho explicamos las coherencias de nuestro vivir con las coherencias de nuestro vivir. Más aún, los seres humanos traemos a la mano en nues­tro explicar tantos dominios de determinismo estructural disjuntos como dominios disjuntos de coherencias operacionales de nuestro vivir usamos para explicar las cohe­rencias operacionales de nuestro vivir.

Todo surge en la distinción del observador como algo que aparece en el dominio de su hacer con características que sur­gen con su hacer como parte y actor en un ámbito de determinismo estructural que surge como abstracción de las coherencias de su hacer en su operar como ser vivo y ser huma­no. Esto es válido en todos los dominios operacionales que el observador trae a la mano en su operar como observador, in­cluso en el ámbito de su propia distinción reflexiva como ser vivo y como ser humano que opera en el lenguajear. Más aún, cuando un observador distingue un sistema como totalidad, lo distingue de manera implícita o explícita como elemento de una matriz de relaciones arquitectónicas más amplia que el sis­tema distinguido, matriz que surge definida por las caracterís­ticas con que el sistema distinguido aparece en su distinción. Por último, al observar su propio operar como observador, el observador ve que solamente hace distinciones en el ámbito o matriz de coherencias operacionales que surge de las coheren­cias operacionales de su hacer. La matriz relacional de nuestro operar como observadores en la que hacemos todo lo que hace­mos y vivimos todo lo que vivimos, y donde se da el surgir rea­lización y conservación del vivir humano en todas sus dimensio­nes, es la Matriz Biológico-Cultural de la Existencia Humana.

Ley sistémica #10 Unidades simples y compuestas

Como observadores, distinguimos unidades simples y unida­des compuestas o sistemas. Las unidades simples surgen en la dis­tinción del observador como totalidades en las que éste no hace separación de componentes. Las unidades compuestas surgen en la distinción del observador como totalidades que éste luego des­compone en componentes que operan según las propiedades con que ellos surgen al ser distinguidos como tales en el operar del observador.

Implicaciones:

Las unidades simples existen sólo en un dominio, el do­minio en que operan como totalidades. Las unidades com­puestas existen en dos dominios operacionales, en el dominio de su operar como totalidades, y en el dominio del operar de sus componentes. Cuando un observador distingue una uni­dad simple distingue una entidad de la que sólo puede descri­bir su operar como totalidad, y la describe con propiedades que surgen en su participación en el dominio de determinismo estructural en que es distinguida operando como tal. Cuando un observador distingue una unidad compuesta distingue una entidad que existe en dos dominios de determinismo estructu­ral: uno es el dominio de su operar como totalidad, y el otro es el dominio del operar de sus componentes. Por esto al hablar de una unidad compuesta el observador distingue sus dos do­minios de existencia: aquel en el que ésta existe como totali­dad y de la que sólo puede hablar en términos de sus propieda­des como tal, y aquel en el que al hablar de sus componentes tiene que hablar de estos y de sus relaciones de composición que los hace participes de la constitución de la totalidad que integran. Al hablar de este segundo dominio el observador puede distinguir para la unidad compuesta lo que llamamos su organización y su estructura.

Por lo tanto, al hablar de la organización de una unidad compuesta, el observador se refiere a la configuración de rela­ciones entre sus componentes que la realizan como una totali­dad que opera como una unidad simple de una cierta clase. Y al hablar de la estructura de una unidad compuesta particular el observador se refiere a los componentes y las relaciones entre ellos que realizan a esa unidad compuesta particular como un caso particular de unidad compuesta que opera como una uni­dad simple de una cierta clase. Los dos dominios de existencia de una unidad compuesta son disjuntos, esto es, lo que sucede con ella en uno de estos dos dominios no puede deducirse des­de lo que sucede en el otro.

Ley sistémica #11 Componentes y composición

Los componentes de una unidad compuesta no son com­ponentes en sí o por si mismos, son elementos que surgen como componentes cuando un observador los distingue en su parti­cipación en las relaciones de composición de una unidad com­puesta que él o ella ha distinguido como tal.

Implicaciones:

En un sentido estricto, los componentes de una unidad compuesta surgen como tales cuando un observador distingue una totalidad que luego trata como unidad compuesta al sepa­rar en ella componentes (elementos) que con sus interacciones y relaciones constituyen a esa unidad compuesta como la tota­lidad original. Los entes que distingue un observador surgen en la distinción caracterizados con las propiedades o rasgos que aparecen como resultado de la operación de distinción con que éste los trae a la mano. Al distinguir un ente cualquiera el ob­servador trae a la mano a la vez el ente distinguido y el ámbito relacional y operacional en que éste existe. En el caso de la distinción de componentes de una unidad compuesta o siste­ma, el observador trae a la mano al mismo tiempo a la unidad compuesta como totalidad, a los componentes que distingue en ella, y a las matrices relaciónales respectivas de los distintos entes distinguidos. Como está dicho, una unidad compuesta y sus componentes no existen por si mismos, surgen en la ope­ración de distinción con que el observador los trae a la mano, y existen en el ámbito operacional del observador mientras opere la operación de distinción con que éste los distingue. Esto no quiere decir que el observador pueda traer a la mano cualquier unidad simple o compuesta de manera caprichosa. El observador sólo puede traer a la mano lo que puede traer a la mano según su presente estructural en las circunstancias es­tructurales en las que se encuentra, en la dinámica espontánea de las coherencias de su arquitectura variable con la arquitec­tura variable del medio que surge en su presente.

Ley sistémica #12 Identidad y cambio

La configuración de relaciones entre los componentes de una unidad compuesta que se conserva invariante en el flujo de sus cambios estructurales y define su identidad de clase como totali­dad, constituye lo que un observador distingue como la organiza­ción de dicha unidad compuesta.

Los componentes y las relaciones entre ellos que realizan a una unidad compuesta particular como un caso particular de una cierta clase, constituyen lo que un observador distingue como la estructura de esa unidad compuesta.

Implicaciones:

La organización de una unidad compuesta al definir su identidad de clase como totalidad opera como un invariante en su devenir, ya que su identidad de clase se conserva sólo en tanto se conserva su organización en el curso de sus cambios estructurales.

La estructura de una unidad compuesta cambia cuando cambian sus componentes, o las relaciones entre ellos, o am­bos. Si la estructura de una unidad compuesta cambia de modo que se conserva su organización original, conserva su identi­dad de clase. Si la estructura de una unidad compuesta cam­bia de modo que se pierde su organización original, la unidad compuesta pierde su identidad original y alguna otra u otras surgen en su lugar.

La conservación de la organización es condición de exis­tencia de un sistema o unidad compuesta de una cierta clase. Un sistema existe y se conserva como sistema y como sistema de una cierta clase mientras su organización se conserve. La con­servación de la organización de un sistema o unidad compuesta en tanto es su condición de existencia ocurre espontáneamente, sin intención ni designio o fuerza que le dé origen. Esto es, en tanto se conserva la organización de un sistema o unidad com­puesta de una cierta clase éste existe como un caso particular de esa clase, si su organización deja de conservarse, el sistema o unidad compuesta se desintegra, deja de existir como ese siste­ma o unidad compuesta de esa clase y algo distinto aparece en su lugar. La organización de un sistema es un invariante en el sentido en que define su identidad de clase y cualquier variación resulta en el surgimiento de un nuevo sistema definido por otra organización. La estructura de unidad compuesta particular en cambio es variable, esto es, puede cambiar con conservación o perdida de la organización que define su identidad de clase como un caso particular de una cierta clase. El cambio no es un suce­der en sí. Cuando un observador habla de cambio, connota una diferencia estructural que él o ella distingue al comparar momentos secuenciales en el devenir de una unidad compues­ta, y al hacerlo destaca la conservación de la organización de la unidad compuesta que ha cambiado.

Ley sistémica #13 Acoplamiento estructural

Una unidad compuesta existe en la conservación de su identidad de clase sólo en tanto el medio que la contiene y con el cual interactua, sólo gatilla en ella cambios estructurales que resultan en que conserva su organización. Llamamos acopla­miento estructural a esta relación, y llamamos nicho al ámbito dinámico particular de encuentro de una unidad compuesta con el medio.

Implicaciones:

La relación de acoplamiento estructural es un ocurrir di­námico espontáneo, ocurre o no ocurre. Si ocurre, el resulta­do fundamental de la relación de acoplamiento estructural es que la unidad compuesta y el medio en que se realiza cambian juntos de manera congruente mientras la organización de la unidad compuesta se conserva. En el ámbito de los seres vivos esta relación se denomina adaptación. Los organismos conser­van su identidad de clase en el fluir de su vivir en la conserva­ción dinámica espontánea de la relación de adaptación al me­dio que emerge con su vivir en una deriva en que organismo y medio cambian juntos siguiendo el camino que surge en la conservación de la adaptación. Llamamos nicho al ámbito di­námico particular de encuentro de un organismo, o unidad compuesta, con el medio que la contiene y hace posible, y que oculta con su sólo existir a la vez que es el único que lo puede revelar al observador con su operar.

La relación de congruencia operacional dinámica entre una unidad compuesta y su dominio de existencia a través de la cual la unidad compuesta conserva su identidad de clase en el continuo fluir de los cambios estructurales que ocurren en ella y en el medio como resultado de la conservación de su relación de acoplamiento estructural en el curso de sus interacciones recurrentes y recursivas, es una condición de existencia para cualquier unidad compuesta. El acoplamiento estructural ocu­rre o no ocurre: cuando ocurre, el sistema existe en la conser­vación de su identidad, si deja de ocurrir el sistema se desintegra y algo distinto surge en su lugar. El acoplamiento estructural es un suceder histórico, no es algo que la unidad compuesta hace. La conservación de la adaptación en el fluir del vivir de un organismo es un suceder histórico, no es algo que el orga­nismo hace, mientras sucede el organismo conserva su vivir. Lo que un observador ve es la conservación de la existencia de la unidad compuesta distinguida, y en tanto ve eso infiere que la unidad compuesta se desliza en la matriz relacional en que existe siguiendo un camino que constituye momento a mo­mento la tangente relacional del ocurrir del acoplamiento es­tructural. El curso que sigue la deriva de cambio estructural que un organismo vive surge momento a momento definido por la conservación de su adaptación al nicho que surge con el en ese flujo de vivir en la conservación de la adaptación.

Ley sistémica #14 Dominios de existencia

Una unidad compuesta existe y opera en dos ámbitos o dominios de existencia disjuntos: esto es, en el ámbito o domi­nio del operar de sus componentes, y en el ámbito o dominio de su operar como totalidad en interacciones en el medio que la contiene.

Implicaciones:

Una unidad compuesta interactúa a través del operar de sus componentes. Un observador al distinguir una unidad compuesta puede atender a lo que sucede con sus componen­tes, y la ve como compuesta, o puede atender a lo que le suce­de como totalidad en el espacio en que existe como tal, y la ve como unidad simple. En el primer caso el observador ve el operar de las propiedades de los componentes de la unidad compuesta que interactúan con un agente externo, en el se­gundo caso ve las propiedades de la unidad simple que surge cuando la unidad compuesta interactúa como totalidad.

Los dos dominios de existencia de una unidad compuesta son disjuntos, dice que lo que ocurre en uno no puede dedu­cirse de lo que sucede en el otro, y que lo único que un obser­vador puede hacer es observar a la unidad compuesta en estos dos dominios por separado y establecer correlaciones generativas entre lo que le sucede en uno y en el otro. En el dominio del operar de los componentes el observador ve interacciones y relaciones entre los componentes como elementos que perte­necen al mismo dominio. En el dominio en que el sistema opera como totalidad, el observador ve al sistema como totali­dad en interacciones y relaciones con entes que también ope­ran como totalidad en ese dominio.

Lo que sucede en el operar de una unidad compuesta en el dominio de sus componentes ocurre en el dominio de sus componentes, y lo que ocurre en el operar de una unidad com­puesta al operar como totalidad, ocurre en el dominio en que existe como totalidad. Es por esto último, que lo que sucede con el operar de un sistema en el dominio en que éste existe como totalidad, no puede deducirse de lo que pasa en el domi­nio del operar de sus componentes, como tampoco al revés. La mirada al operar de una unidad compuesta como totalidad, no ve lo que ocurre con sus componentes, y la mirada a los componentes de una unidad compuesta no ve lo que ocurre con sus componentes.

Sin embargo, el observador que observa un sistema en su operar en sus dos dominios de existencia, puede ver que:

1. en tanto el operar de los componentes de una unidad com­puesta tiene consecuencias en como ellos participan en la composición del sistema como totalidad, el operar de los componentes de un sistema puede modular el operar de éste como totalidad.
2. como una en tanto unidad compuesta interactúa como totalidad por medio del operar de sus componentes, el operar de una unidad compuesta como totalidad en el ámbito en que existe como totalidad, modula el operar de sus componentes, y a través de ellos su propio operar como totalidad.

Como resultado de lo anterior lo que pasa con los compo­nentes de una unidad compuesta en uno de sus dominios de existencia puede afectar lo que sucede en el otro y al revés, y el observador puede establecer una correlación generativa entre lo que ocurre en esos dos dominios que no consiste en una deducción ni en una reducción fenoménica porque los dos dominios son disjuntos.

O dicho de otra manera, lo que ocurre entre estos dos dominios es una relación generativa que un observador señala cuando al mirar el devenir histórico de estos dos dominios si­multáneamente puede decir que el operar de una unidad com­puesta en un dominio da como resultado algo en su operar en el otro dominio que le es disjunto, y que esa relación no podía preverse.

Ley sistémica #15 Presente en continuo cambio

Una unidad compuesta (o sistema) opera en su dinámica interna en cada instante según sus coherencias estructurales de ese instante, en un fluir de cambio sin alternativas, y en una dinámica estructural que ocurre como un continuo presente cambiante en el que no hay ni pasado ni futuro. Los seres vivos existimos en un continuo presente cambiante; es el cos­mos mismo en su surgir desde el explicar las coherencias operacionales del vivir del observador, ocurre como un conti­nuo presente cambiante en un continuo tránsito evanescente.

Implicaciones:

Esta ley sistémica denota una condición de existencia de cualquier unidad compuesta como ente determinado en su es­tructura. Sin embargo esta ley sistémica como abstracción de nues­tro operar como sistemas determinados en nuestra estructura, connota algo más en nuestro espacio de convivencia: esto es, que es sólo después de haber hecho lo hecho o vivido lo vivido que podemos decir que nos equivocamos, por lo tanto no cabe la culpa por el error o equivocación vivido, sólo cabe la reflexión que invita a ampliar la consciencia y a actuar de otra manera en la conservación de la honestidad y respeto por si mismo.

La noción de determinismo corrientemente se asocia con la idea de predicción. Esta asociación, es inadecuada a la vez que engañadora, ya que oculta el hecho de que al hablar de determinismo y al hablar de predicción se dice cosas que se apli­can en dominios disjuntos. La noción de determinismo dice algo sobre las coherencias operacionales lo distinguido. La noción de predicción en cambio se refiere a una computación que el obser­vador hace o desea hacer sobre el curso que debería seguir el devenir histórico de un sistema, si los elementos y relaciones que él o ella usa para su computación incluyesen todos los facto­res que participan en la generación de ese devenir. Si el observa­dor no tiene acceso operacional a todos los factores que partici­pan en el devenir histórico de una entidad compuesta, o no sabe como se relacionan, no tiene como predecir ese devenir. La no­ción de determinismo connota lo que sucede con el sistema dis­tinguido, y la noción de predicción connota lo que sucede con el observador que hace la distinción. En fin, de todo lo anterior se deduce que el que un sistema sea determinista no implica que un observador deba poder predecir su devenir histórico, e im­plica también que habrá tantos dominios de determinismo es­tructural disj untos como dominios de coherencias operacionales viva el observador en su operar como ser vivo.

Al mismo tiempo sucede, que el que un observador pueda predecir el devenir histórico de un conjunto de procesos, aun­que la predicción sólo sea probabilística, muestra que ese con­junto de procesos pertenece a un ámbito de determinismo es­tructural que el observador puede evocar en su operar ya sea de manera directa haciendo referencia a los procesos mismos, o de manera indirecta con nociones probabilísticas que con­notan regularidades de procesos no señalables de manera di­recta. La efectividad de las operaciones predictivas probabilísticas indica que el observador opera con ellas en un ámbito de determinismo estructural que no puede caracterizar de otra manera.

Ley sistémica #16 Sistemas cerrados

Cada vez que un observador distingue una unidad com­puesta constituida como totalidad como un conjunto de ele­mentos que interactúan entre sí de modo que cuando actúa sobre uno de ellos actúa sobre todos, distingue un sistema di­námico cerrado. Este modo de composición de una unidad compuesta constituye la organización sistema cerrado.

Implicaciones:

Al distinguir una unidad compuesta un observador trae a la mano, al mismo tiempo que a los componentes y las relacio­nes entre ellos que la integran, a la matriz relacional en que sus componentes existen y operan. Cuando un observador distin­gue una unidad compuesta como totalidad, surge un nuevo dominio operacional y relacional definido por las dimensiones relaciónales con que la unidad compuesta surge como totali­dad al ser distinguida. Cuando un observador distingue un sistema cerrado distingue una unidad compuesta constituida como totalidad por la organización propia de los sistemas ce­rrados, como indicamos más arriba. Dada su manera de cons­titución un sistema cerrado existe y opera como toda unidad compuesta en dos dominios relaciónales: uno es el dominio en el que el sistema opera como totalidad, y desde el cual sus com­ponentes no se ven, y el otro es el dominio del operar de sus componentes, y desde el cual el sistema no se ve en su operar como totalidad. Estos dos dominios surgen distintos y disjuntos, y no son reducibles el uno al otro aunque el sistema cerrado opera e interactúa como totalidad como unidad com­puesta por medio de sus componentes; esto es, un observador no puede deducir lo que sucede en uno de estos dos dominios a partir de lo que sucede en el otro. Lo que el observador que distingue los dos dominios de existencia de una unidad com­puesta puede hacer si los observa al mismo tiempo, es distin­guir las correlaciones generativas que se dan entre ellos al ope­rar la unidad compuesta como totalidad. Lo peculiar de los sistemas cerrados es que son cerrados sólo en el ámbito de la dinámica de las relaciones internas que los constituyen como tales, pues en su realización como entidades compuestas que operan como totalidades en un espacio relacional, siempre implica que estén necesariamente abiertos en otras dimensio­nes relaciónales a través de sus componentes.

**RECURSIÓN REFLEXIVA**

Todo lo que hemos dicho surge en el operar del observador en su hacer distinciones, y es como es según surge en sus opera­ciones de distinción. El observador al hacer una distinción trae a la mano el ámbito cognitivo de su operar como un mun­do que se configura con su hacer como la matriz operacional y relacional en que ocurre lo que surge en su distinción. El ám­bito cognitivo del operar del observador no implica un domi­nio de entidades y existencias objetivas trascendentes y preexistentes al operar con que él o ella trae a la mano lo que trae a la mano en sus operaciones de distinción, aún cuando él o ella pueda sentirse tentado a suponerlo sin tener como afir­marlo. Lo único que es posible afirmar como fundamento úl­timo de las coherencias operacionales que las leyes sistémicas revelan es que constatan coherencias del operar cognitivo del observador en la realización de su vivir. Esto es, por lo tanto, las leyes sistémicas y meta-sistémicas que estamos mencionando sólo muestran las regularidades sistémicas del o de los mundos cognitivos o de coordinaciones de coordinaciones de haceres que el observador trae a la mano en su operar al hacer distin­ciones y explicar su hacer. En estas circunstancias las leyes sistémicas y meta-sistémicas deben entenderse como diciendo: si esto y esto sucedieran entonces sucedería esto otro. Que es por lo demás lo único que podemos decir al explicar nuestro vivir o cualquier suceder con las coherencias operacionales de nuestro vivir.

**LEYES SISTÉMICAS EN EL ÁMBITO BIOLÓGICO**

Las leyes sistémicas que presentamos a continuación como to­das las leyes sistémicas revelan el fluir relacional sistémico de cualquier sistema en cualquier dominio. Sin embargo quere­mos hablar aquí en particular de leyes sistémicas del ámbito de la biología con el fin de destacar que al mencionarlas nuestra atención esta dirigida a lo que ocurre con los seres vivos en su constitución, realización y conservación. Lo peculiar del ám­bito de lo biológico es que lo que lo constituye como un ámbi­to de existencia es tanto la realización y conservación del vivir como lo que ocurre en el devenir histórico de la conservación del vivir. Un ser vivo surge y se constituye como organismo, cuando se dan y se conservan las condiciones operacionales- relacionales que lo realizan como totalidad junto con el medio que constituye su ámbito particular de existencia en la rela­ción organismo-nicho en que se realiza y conserva su vivir. Si el observador no puede realizar la operación de distinción que trae a la mano a un ser vivo-organismo y su nicho en el ámbito operacional-relacional de la realización de su vivir, no hay ser vivo ni organismo. Las leyes sistémicas que mencionamos a con­tinuación tienen que ver con la constitución, realización y con­servación de lo seres vivos-organismos y su vivir al surgir estos en las operaciones de distinción del observador.

**Ley sistémica #17 Espontaneidad del vivir**

Cuando en un ámbito molecular surge un conjunto de molé­culas que interactúan entre si constituyendo una red cerrada de producciones moleculares que produce las mismas clases de molé­culas que la componen, moléculas que en sus interacciones gene­ran re cursivamente a la misma red de producciones moleculares que las produjo a la vez que realizan sus límites como un sistema molecular que opera como una unidad discreta que produce y es­pecifica su propia extensión, y además todo esto ocurre en un con­tinuo flujo molecular a través de ella, surge un sistema autopoiético molecular. Esto es, surge un ser vivo.

Implicaciones:

El vivir es espontáneo, ocurre en el ocurrir de la autopoiésis molecular, nada hace al vivir, simplemente sucede. Si hay vi­vir hay autopoiésis molecular, si hay autopoiésis molecular hay vivir. Lo central de los seres vivos es que todo lo que tiene que ver con ellos ocurre en su realización como unidades discretas que existen en la continua producción de si mismos. Los seres vivos no tienen autopoiésis, son autopoiésis molecular. En un sentido estricto la autopoiésis sólo puede ocurrir en el espacio molecular en un operar espontáneo sostenido desde la agita­ción molecular.

Ley sistémica #18 Organización e identidad

Una unidad compuesta existe como totalidad sólo en tanto se conserva la organización que define su identidad de clase a través de los cambios estructurales que ocurren en ella como resultado de su dinámica interna, o gatillados como resultado de sus interacciones con los elementos del medio que la contiene. La or­ganización que define la identidad de clase de un ser vivo es la autopoiésis. Un ser vivo vive sólo en tanto se conserva su autopoiésis, y en tanto se conserva su autopoiésis un ser vivo vive. A esta condición la llamamos ley de la conservación de la autopoiésis.

Implicaciones:

Todo lo que le ocurre a un ser vivo en su vivir le ocurre como un fluir de cambios estructurales en los que se conserva su autopoiésis. El observador es un ser vivo y todo lo que le ocurre en su operar como observador le ocurre en la realiza­ción y conservación de su autopoiésis. El vivir, como realiza­ción de la espontaneidad de la autopoiésis, ocurre sin designio, propósito o finalidad. El vivir del observador ocurre en la es­pontaneidad de la realización de su autopoiésis en una dinámi­ca estructural que fluye sin designio, propósito o finalidad, aún cuando el observador viva su vivir con propósito, designio o finalidad. El propósito, el designio o la finalidad, son redes de conversaciones, modos de convivir donde su ocurrir hace sentido modulando la dinámica de la arquitectura variable de la relación organismo-nicho donde tienen presencia operacio­nal en la sensorialidad de un presente cambiante. Los distintos modos espontáneos de vivir de las distintas clases de organis­mos, uno de los cuales es el vivir humano en el observar, son vivires en configuraciones sensoriales diferentes que ocurren en la intimidad inaccesible del vivir mismo. La interioridad del vivir humano en cualquiera de sus formas, es tan inaccesi­ble como la interioridad del vivir ratón, antílope o pulga. Lo que sucede con nosotros los seres humanos es que vivimos des­de el lenguajear inmersos en conversaciones de coordinaciones haceres y sentires propios de la sensorialidad interna del obser­var, y en la descripción de la sensorialidad de nuestros haceres nos parece que los hacemos y no que surgen en la espontanei­dad de nuestro vivir.

Ley sistémica #19 Adaptación

Una unidad compuesta existe como una unidad com­puesta de una cierta clase sólo en tanto sus interacciones en el medio en el que opera como totalidad esto es como orga­nismo, gatillan en ella cambios estructurales a través de los cuales se conserva la organización que define su identidad de clase. Si esto no ocurre la unidad compuesta se desintegra y algo diferente aparece en su lugar. La conservación de la con­gruencia operacional entre organismo y medio que ocurre en el fluir de la conservación del vivir es la relación de adaptación entre organismo y medio. La conservación de la relación de adaptación entre el ser vivo y el medio, en su operar como organismo, es una condición necesaria para la realización y conservación del vivir. Llamamos a esta condición ley de la conservación de la adaptación, o ley de la conservación del acoplamiento estructural.

Implicaciones:

Un ser vivo vive sólo en tanto el medio que lo contiene gatilla en él cambios estructurales a través de los cuales se conserva su autopoiésis. Si esta relación de congruencia es­tructural dinámica entre el ser vivo y el medio que lo contie­ne, si esta relación de adaptación entre organismo y medio, o relación de acoplamiento estructural, no se conserva, el ser vivo muere. Por lo tanto, un ser vivo vive sólo mientras se desliza en el medio que lo contiene siguiendo el camino relacional en el que se conserva su autopoiésis. La noción de adaptación hace referencia a esta relación de congruencia operacional dinámica entre el ser vivo y el medio en que se realiza y con­serva su vivir. Todo lo que le ocurre a un ser vivo en su vivir

individual cualquiera sea este, le ocurre como un devenir de cambios estructurales con conservación de la relación de adap­tación al medio que lo sostiene y hace posible. Si esto deja de suceder el ser vivo muere. La historia evolutiva de los seres vivos es una historia de conservación reproductiva de la con­servación de la autopoiésis y la adaptación, en una diversifica­ción de linajes reproductivos que han surgido como variacio­nes de la forma de realización de la autopoiésis y la conserva­ción de la adaptación.

Ley sistémica #20 Determinismo estructural en el vivir

Los seres vivos en tanto entes moleculares autopoiéticos ope­ran y se conservan en su operar como entes determinados en su es­tructura, y todo lo que sucede con ellos ocurre en el curso de sus cambios estructurales en la realización de su autopoiésis molecular mientras su autopoiésis molecular se conserva a través de esos cam­bios estructurales.

Implicaciones:

El ser vivo y el medio en que conserva su vivir son domi­nios de determinismo estructural disjuntos y autónomos, lo que sucede en uno no puede expresarse en términos de lo que sucede en el otro, y tienen dinámicas de cambio estructural independientes. Sin embargo el ser vivo y el medio que lo contiene se modulan recíprocamente en su fluir estructural a través de los cambios estructurales que se gatillan recursivamente en sus encuentros en una inmediatez relacional con el medio que hemos llamado nicho. El resultado espontá­neo de todo esto es que el organismo y la circunstancia de su vivir o nicho cambian juntos, en la conservación de una rela­ción de acoplamiento estructural, o conservación de la adapta­ción de modo que el ser vivo vive en tanto esa relación se con­serva espontáneamente en el fluir de su vivir.

El observador no es una excepción en esto. El observador opera como cualquier sistema determinado en su estructura, y hace lo único que puede hacer en cada instante según su pre­sente estructural de ese instante. Lo peculiar de cualquier ob­servador particular es que en su operar como ser humano vive un presente estructural que ha surgido de su fluir histórico como miembro de una cierta cultura que ha surgido como un vivir particular desde un devenir emocional generado como una variación del vivir cultural Homo sapiens-aman amans. Y si ese observador pertenece a una historia reflexiva, se encon­trará en cada instante en un emocionear, y por lo tanto en un presente estructural, modulado desde los mundos reflexivos que él o ella haya generado desde el emocionear fundamental de su presente cultural.

Ley sistémica #21 El no-tiempo

Como sistemas determinados en nuestra estructura los seres vivos existimos en el no-tiempo, en un presente continuo en con­tinuo cambio estructural en el que cada nuevo momento del pre­sente surge como modificación del momento presente que se vive. El tiempo es una noción explicativa imaginaria creada para co­nectar sucesos que el observador vive en un ocurrir sucesivo de antes y después en un fluir de transformaciones. En su suceder todo ocurrir ocurre en un presente cambiante continuo en el no- tiempo.

Pasado y futuro no existen en la realización de la autopoiésis de un ser vivo, pasado y futuro existen sólo para nosotros ob­servadores como proposiciones explicativas de nuestra distin­ción de procesos y de sucesión de procesos, y como modos particulares de existir en el presente que vivimos al explicar nuestro vivir. Hablamos de tiempo como si hablásemos de algo que existe por si mismo, pero vivimos en el no-tiempo en un presente continuo en el que el vivir nos sucede espontánea­mente como una arquitectura cambiante que se configura con­tinuamente como una matriz operacional y relacional que sim­plemente sucede. El tiempo es posible como dimensión ima­ginaria operacional sólo desde la biología del observar, gracias a un operar neuronal que trata de la misma manera a sucesio­nes de sensaciones que a separaciones espaciales de sensacio­nes, dando origen a distintas correlaciones sensorio/efectoras según hayan sido las circunstancias relaciónales del organismo que les dieron origen. Es por esto último que surgen con rela­ción a esas dos sensorialidades modos diferentes de moverse en el vivir, y aparecen pasado y futuro como modos distintos de vivir y sentir el hacer en el fluir del presente.

**Ley sistémica # 22 Ocurre lo que ocurre**

Un ser vivo como sistema determinado en su estructura hace en cada instante lo único que puede hacer en ese instante según sus coherencias estructurales de ese instante en su continuo surgir en un presente continuo en continuo cambio. Los seres humanos, y el cosmos que traemos a la mano en nuestras distinciones y expli­caciones, existimos en un presente cambiante continuo.

Esto, en general, no lo vemos porque nos sentimos exis­tiendo en un fluir temporal que niega la paradoja que surge del sentir que vivimos a la vez en continuo cambio en un pre­sente continuo. Sean como fueran nuestras sensaciones en el fluir de nuestro vivir, nuestro vivir como seres vivos y seres humanos, nos sucede en un continuo emerger espontáneo de una nada de la cual no podemos hablar aunque la imaginemos en un acto también paradojal que la niega. El vivir nos ocurre, no lo hacemos, y nos ocurre como nos ocurre.

Vivimos un vivir en el que nos ocurre que vivimos como válido todo lo que vivimos, y en el momento de vivir lo que vivimos no distinguimos entre ilusión y percepción, de modo que no podemos decir nada sobre nuestro vivir que no se fun­de en las coherencias de nuestro vivir. Es más. Es sólo cuando aceptamos esta condición de nuestro vivir como punto de par­tida para explicar nuestro vivir, que podemos darnos cuenta de que si nos preguntamos por cómo hacemos lo que hacemos en vez de preguntarnos por como somos, podemos de hecho ex­plicar nuestro vivir con las coherencias operacionales de nues­tro vivir sin hacer supuesto explicativo alguno.

LEYES META-SISTÉMICAS

Como dijimos más arriba, lo que evocamos como Leyes sistémicas y meta-sistémicas son abstracciones de las regularida­des sistémicas que el observador distingue en el ámbito de sus reflexiones sobre el ocurrir de los sistemas que él o ella obser­va. Como tales las Leyes meta-sistémicas muestran las dinámi­cas espontáneas del ocurrir sistémico en el ámbito del vivir del observador en el observar. Sin duda todo ocurre en el devenir del vivir del observador en el fluir de continuo cambio relacional espontáneo que ocurre en la dinámica cambiante de la arqui­tectura dinámica del vivir y del cosmos relacional en que se da el vivir. El observar mismo ocurre en ese devenir en una diná­mica que sólo tiene de peculiar el que él o ella es parte de esa dinámica arquitectónica con su reflexionar sin salirse de ella.

Las Leyes meta-sistémicas son leyes meta-sistémicas que co­rresponden al fundamento conceptual del preguntar que pre­gunta por el hacer sin adoptar ningún supuesto o noción ex­plicativa trascendente como fundamento implícito o explícito que daría validez al explicar y entender nuestro operar como seres humanos. Estas leyes meta-sistémicas surgen del operar del observador sin otro fundamento que su operar en una dinámi­ca explicativa que es conscientemente circular. Lo que hace­mos es explicar nuestro operar como observadores con las co­herencias operacionales de nuestro operar como observadores: somos a la vez lo que explicamos y el instrumento conceptual y operacional de nuestro explicar.

**Ley metasistémica # 23 Historia y deseos**

El curso que siguen la historia de los seres vivos en general, y la historia de los seres humanos en particular, surge momento a momento definido por los deseos y las preferencias que momento a momento determinan lo que el ser vivo o el ser humano hace y conserva o hace y desdeña en su vivir relacional, y no por lo que usualmente llamamos recursos u oportunidades como si estos fue­sen recursos u oportunidades en sí. Algo es un recurso o es una oportunidad sólo si se lo quiere o desea.

**Implicaciones:**

La evolución de los seres vivos ocurre como una deriva relacional y estructural en la que el curso que ésta sigue se cons­tituye momento a momento desde las preferencias o deseos en el presente del vivir de los seres vivos, no en función de las consecuencias posibles en su devenir.

**Ley metasistémica # 24 El centro del cosmos**

Todo ser vivo opera en su vivir en todo momento como centro del cosmos, o lo que es lo mismo, opera como centro de la matriz relacional en que se da su vivir y que surge con su vivir y que en el vivir humano será la matriz biológico-cultural de su existencia. Sólo un ser vivo que opera como observador por su existir en el lenguajear como nosotros los seres humanos, puede operar cons­cientemente de su operar como centro del cosmos que surge en el explicar su vivir.

Como sistema determinado en su estructura un ser vivo opera en todo momento según las coherencias operacionales de su ámbito de determinismo estructural, sin ninguna refe­rencia a aquello que un observador puede ver como el medio que lo contiene. O, lo que es lo mismo, todo ser vivo opera como el centro de la matriz relacional en que se da su vivir y que surge con su vivir, pues el mundo que un ser vivo vive no preexiste a su vivirlo. Un ser vivo muestra a un observador el mundo que vive con su vivir en su dinámica estructural ciega a lo que un observador ve como el medio que lo contiene. Todo ser vivo opera en acoplamiento estructural con el medio como su condición de existencia, esto es, todo ser vivo opera en la conservación de su adaptación, o se desintegra. En este senti­do el mundo que un ser vivo vive es su operar en el ámbito del operar efectivo de su sensorialidad y por ello se expande y res­tringe según el operar de ésta. En otros términos, el mundo de un ser vivo es operacionalmente una expansión de su corporalidad, y por esto en su vivir el operar del ser vivo es todo lo que existe en su vivir, y el ser vivo opera como centro del universo en tanto el universo es todo lo que hay en el vivir de quien lo configura con su operar. En estas circunstancias, lo que un observador distingue al distinguir y seguir el fluir del vivir de un ser vivo, es que el operar del ser vivo en su vivir implica una matriz relacional que implica un cosmos que se entrecruza con el cosmos que el mismo observador trae a la mano en su vivir y en su explicar al operar como observador.

Los seres humanos no operamos de manera distinta. Los seres humanos operamos en nuestro vivir siendo el centro un cosmos que surge con nuestro vivir en el proceso de explicar nuestro vivir con las coherencias operacionales de nuestro vi­vir. El ser humano no es la medida de todas las cosas, el vivir humano es el origen de todas las cosas.

**Ley metasistémica #25 Ser vivo y medio**

Un ser vivo y el medio que lo contiene cambian juntos de manera congruente como el resultado espontáneo de sus interacciones recursivas sólo si en el fluir de cambios estructurales, que esas interacciones gatillan en ambos, el ser vivo conserva su autopoiesis y su relación de adaptación al medio en su nicho. Si esto deja de suceder el ser vivo muere, y si no muere, su vivir sigue un curso orientado por el bien-estar relacional en su relación con el medio.

**Implicaciones:**

El vivir de un ser vivo es en cada instante el presente cam­biante de un devenir histórico de transformaciones estructura­les en las que se conservan el ser vivo y el medio en un fluir de interacciones recursivas en acoplamiento estructural. En esta dinámica el curso que sigue el vivir de un ser vivo mientras vive, se configura momento a momento como el presente de un deslizarse en la tangente operacional en que se conservan la autopoiésis del ser vivo, y su bien-estar relacional con un medio que surge momento a momento en su presente cambiante con­tinuo como el nicho que lo contiene, y hace posible. La forma del bien-estar en la relación organismo-nicho varía de organis­mo a organismo según el vivir de su clase y el momento de su historia individual que vive, pero cualquiera sea este, es la con­servación del bien-estar lo que orienta y guía el curso del vivir de cualquier organismo. Las distintas clases de organismos difieren en la forma que adopta la conservación del bien-estar en la relación organismo-nicho en el fluir de su vivir. Es más, la historia evolutiva de los seres vivos ha ocurrido como una de­riva en la diversificación de linajes a través de la conservación reproductiva sistémica de distintas formas de bien-estar en la relación organismo-nicho. En fin, lo dicho es válido para noso­tros los seres humanos, y nos permite ver, como un aspecto fundamental de nuestro origen Homo sapiens-amans amans, el surgimiento de la familia humana hace por lo menos tres cua­tro millones de años atrás, cuando en un linaje de primates bípedos comienza a conservarse en un devenir neotécnico la re­lación materno infantil amorosa como la forma del vivir en bien-estar que define la relación organismo-nicho que se con­serva de una generación al reproducirse de manera sistémica de ese modo de vivir.

**Ley metasistémica # 26 Siempre hacemos lo que queremos**

Los seres humanos siempre hacemos lo que queremos ha­cer, aún cuando digamos que no queremos hacer lo que hace­mos. Cuando hacemos lo que decimos que no queremos ha­cer, lo hacemos porque al hacerlo esperamos conservar algo que pertenece a un dominio diferente de aquel en que hace­mos lo que decimos que no queremos hacer.

**Implicaciones:**

Un ser vivo hace lo único que puede hacer en cada instan­te de su vivir como resultado de su presente estructural y su relación de congruencia operacional en su armonía arquitec­tónica con el medio en ese instante. Nuestra situación como seres humanos no es diferente. Lo peculiar nuestro es que nues­tro reflexionar y nuestro explicar son parte de la dinámica relacional en que fluyen tanto nuestro devenir estructural como nuestro acoplamiento estructural con un medio que surge con nuestro operar humano como seres que existen en el conver­sar. Lo que guía el curso de nuestro vivir son nuestros deseos, explícitos y no explícitos en el presente en que se da nuestro hacer en cada instante en la conservación del bien-estar en la relación organismo-nicho de nuestro operar humano.

Los seres humanos al reflexionar sobre nuestro vivir y los deseos que guían nuestro vivir, podemos pensar que esto no es así porque a veces pensamos que hacemos lo que nos vemos obligados a hacer aunque no queremos hacerlo, sin embargo lo que ocurre es que en esos casos lo que guía nuestro vivir es un deseo oculto o a veces declarado cuya satisfacción requiere hacer lo que decimos que no queremos hacer.

**Ley metasistémica # 27 El presente**

El devenir del vivir de un ser vivo ocurre en la realización de su autopoiésis en un curso sin alternativas, sin pasado ni futu­ro en un presente cambiante continuo. Todo ser vivo opera en cada momento del devenir de su vivir de la única manera que puede operar en ese momento según sus coherencias estructurales de ese momento en su continuo presente cambiante.

**Implicaciones:**

Nada es bueno o malo, perfecto o imperfecto, deseable o indeseable en el operar de los seres vivos en la espontaneidad de su vivir en la realización de su autopoiésis. Lo deseable o indeseable que aparezca ante un observador un cierto suceder del vivir de un ser vivo lo es sólo para el observador. Estas nociones son apreciaciones del observador al comparar el ope­rar de un sistema en su presente con lo que él o ella esperaría que pasase con él en el ámbito o espacio relacional en que lo observa. Los seres humanos no somos diferentes en el operar de nuestro vivir. Lo único distinto con nosotros los seres hu­manos, es que nuestro vivir involucra en la espontaneidad de nuestro presente estructural conversar mundos que implican dinámicas relaciónales con pasado y futuro donde lo bueno o lo malo, lo perfecto o lo imperfecto, lo deseable o lo indesea­ble, pueden tener presencia.

La conciencia de esta condición metasistémica en las rela­ciones interpersonales es fundamental para encontrar dimensio­nes de convivencia que nos liberen de resentimientos y culpas por lo hecho o no hecho en los ámbitos sociales en general que permitan la recuperación del mutuo respeto y mutua confianza.

**Ley metasistémica # 28 Autopoiésis**

Todo lo que ocurre en el fluir del vivir de un ser vivo ocurre como un continuo resultar en el presente cambiante continuo de la continua realización de su autopoiésis según su modo particu­lar de vivir como organismo en el ámbito relacional (nicho) en que opera como totalidad. En el caso de los seres humanos su modo particular de vivir es el conversar, esto es, un convivir en coordinaciones de coordinaciones de haceres y emociones, y todo lo que los seres humanos hacen ocurre en redes de conversaciones.

Intenciones, propósitos, deseos, aspiraciones, finalidades, explicaciones, son redes de conversaciones que constituyen los distintos mundos en que se realiza y conserva nuestra autopoiésis como seres humanos Homo sapiens-amans amans en fluir de los cambios estructurales que constituyen el deve­nir de nuestro vivir humano en un presente en continuo cam­bio. Nuestro fluir estructural cambia según la red de conversa­ciones en que nos encontremos en nuestro continuo presente. Aunque nuestro vivir sea un continuo resultar en el que no hay propósitos ni intenciones, el presente estructural de nues­tro vivir surge siempre de las transformaciones estructurales que nos ocurren en el vivir en las redes de conversaciones que vivimos, y aunque el surgir estructural del presente que vivi­mos no involucre intención ni propósito, nuestro sentir en el presente incluye el sentir de haber vivido las conversaciones que decimos haber vivido. Todo lo pensado o sentido en el fluir del vivir es parte del fluir estructural del continuo presen­te cambiante del vivir. En tanto el hacer de cualquier ser vivo, incluso el nuestro, es un continuo resultar de un proceso que cursa sin propósito o intención, esto es, es el presente de una continua epigénesis.

**Ley metasistémica # 29 Resultado y resultar**

El resultado de un proceso no es ni puede ser un factor en el suceder del proceso que le da origen. El resultado de un proceso no opera ni puede operar como factor para el inicio del proceso que le da origen. El resultado y el proceso que le da origen pertenecen a dominios disjuntos no reducibles el uno al otro. Nada ocurre en el suceder del vivir o de los procesos que constituyen la realización del vivir de los seres vivos, o en el suceder del cosmos que el observador trae a la mano en sus operaciones de distinción al explicar su vivir, porque el resul­tado de ese suceder sea necesario o deseable para ese ocurrir.

**Implicaciones:**

En términos generales esto quiere decir que los resultados de nuestro vivir no participan en los procesos de nuestro vivir que les dieron origen, aún cuando a veces decimos que lo que estamos viviendo era necesario que ocurriera. Lo que pensa­mos como un resultado futuro posible de un proceso no es el resultado de ese proceso. Lo que imaginamos como futuro es nuestro presente en el momento de pensarlo, y por lo tanto si lo que imaginamos afecta nuestro proceder, lo que vivimos es un fluir de transformación de nuestro presente en el suceder del pensar del presente, y no nuestro futuro en el presente. El que esto es así es también el fundamento operacional de la legitimidad del error y la ilusión como experiencias vividas como válidas en el momento de vivirlas, pero que luego invalidamos con relación a otras experiencias de cuya validez no dudamos. Las relaciones cibernéticas de retroalimentación no son una excepción a esto. En la retroalimentación el resul­tado de un proceso es parte de un nuevo proceso que no repite al anterior que originó el proceso que se retroalimenta.

**Reflexiones finales**

Las Leyes sistémicas y meta-sistémicas que hemos presenta­do en éste trabajo no se fundan en supuesto ontológico algu­no. Son abstracciones que hacemos como observadores de las coherencias operacionales de nuestro vivir y convivir como se­res humanos que existimos como Homo sapiens-amans amans

que viven en el lenguajear y el conversar conscientes de que sólo pueden hablar de lo que surge en sus operaciones de dis­tinción en los mundos biológico-culturales que generan en su convivir consensual. Nada existe con independencia de la ope­ración de distinción que lo trae a la mano al ser distinguido. La comprensión de las Leyes sistémicas y meta-sistémicas nos permite expandir nuestro entendimiento de nuestro vivir y convivir sin hacer ningún supuesto sobre la existencia de algo que pudiésemos considerar como un dominio de realidad in­dependiente de nuestro operar como seres vivos humanos. Más aún, estas abstracciones de nuestro vivir y convivir biológico- cultural,, nos muestran de hecho que no necesitamos tales su­puestos para entender y comprender como vivimos y como hacemos lo que hacemos en todos los ámbitos del hacer filosó­fico y científico desde donde surgen las reflexiones que presen­tamos aquí. El que los mundos de nuestro vivir y convivir Homo sapiens-amans amans sean consensúales no significa que sean arbitrios de nuestra fantasía, son mundos que surgen des­de nuestro operar biológico en las coordinaciones de coordi­naciones consensúales de haceres en la realización de nuestro vivir que es el lenguajear y conversar sobre el lenguajear y con­versar. La trama de la obra de teatro de títeres que nos con­mueve, modula nuestra fisiología, pero existe en un mundo de coordinaciones de haceres consensúales que no se intersecta con los operares biológicos que la hacen posible. Así, el fluir relacional que surge cuando el rey dice a la reina “¡Qué hermo­sa estas hoy mi reina!”, ocurre en la dinámica relacional con­sensual del conversar, y es radicalmente distinto de la dinámi­ca fisiológica que dilata los vasos sanguíneos del rostro de ésta cuando se ruboriza ante los ojos del Rey. El halago y el rubo­rizarse pertenecen al mundo consensual cultural, pero los cam­bios fisiológicos que conectan halago y rubor, pertenecen al mundo de lo biológico. Los seres humanos en tanto somos

Homo sapiens-amans amans vivimos en mundos consensúales donde son nuestros deseos, preferencias y gustos culturales lo que guía el curso de nuestro devenir individual y evolutivo. Esto es, nuestro vivir y convivir como seres humanos, son un suceder consensual de coordinaciones de coordinaciones de haceres que ocurren en nuestro fluir biológico. Los seres vivos humanos existimos en una dinámica relacional consensual-cul- tural que oculta la dinámica biológica que la realiza, a la vez que define momento a momento el curso que sigue ésta diná­mica biológica mientras resulta en la conservación del vivir.

El observador no es un ente trascendente, no preexiste a su propia distinción. El observador se encuentra en el obser­var cuando se pregunta por primera vez por su observar. El observador aparece en la distinción de si mismo que él o ella hace en su operar desde su propio operar. El observador y el observar pertenecen al los mundos consensúales del vivir y convivir Homo sapiens-amans amans. Los seres humanos nos encontramos haciendo lo que hacemos como seres vivos hu­manos al preguntarnos por cómo hacemos lo que hacemos en un acto reflexivo recursivo. Y al hacer esto nos encontramos también con que contestamos nuestra pregunta por cómo ha­cemos lo que hacemos con las coherencias de nuestro hacer. Vale decir, al operar como seres vivos humanos en nuestro ope­rar como observadores y preguntarnos por como hacemos lo que hacemos, nos hallamos en el punto de partida más básico posible pues es el ámbito de nuestro operar como seres bioló­gicos que explicamos con nuestro operar biológico desde el dominio consensual biológico cultural donde ocurre nuestro vivir como seres humanos observadores que explican su vivir con su vivir. En fin, en el proceso de contestar la pregunta cómo hacemos lo que hacemos, nos damos cuenta también de que en tanto nuestro operar en el lenguajear es nuestro operar en coordinaciones de coordinaciones de haceres consensúales en el fluir de nuestro vivir y convivir, no salimos del operar de nuestro vivir para explicar y entender nuestro vivir. Esto es, los seres humanos en nuestro vivir consensual-biológico-cultu- ral nos encontramos viviendo un mundo consensual-biológico- cultural cerrado sobre sí mismo. Es más, al explicar nuestro vivir con nuestro vivir nos sentimos inmersos en un trasfondo de existencia que nos parece necesario por razones epistemológicas desde el creer íntimo en que debe haber un substrato en el que se da el existir aunque no podamos decir nada de él porque en la experiencia misma no distinguimos entre ilusión y percepción. Para muchos resulta angustiante sentir que nuestro vivir flota en un trasfondo de nada, que es nada porque no se puede hablar de él.

Sin duda en el acto de hacer estas reflexiones operamos como observadores que tratan a lo observado como algo dis­tinto y externo a su operar aunque surja en su operar. Sin embargo, al hacer esto no contradecimos lo anterior porque al generar los mundos que generamos en la recursión de nuestro conversar nos movemos en un desplazamiento de dominios relaciónales y operacionales consensúales dentro de nuestro operar como observadores sin salimos de las coherencias operacionales de nuestro vivir. Y esto es así en tanto nuestra respuesta a la pregunta por cómo hacemos lo que hacemos diga lo que tiene que pasar en nuestro vivir para que como resultado de ese pasar surja un ser vivo que en el fluir de su convivir con- sensual opera como observador en la realización de su vivir.

Sin embargo hay algo más en este camino explicativo sin supuestos ontológicos trascendentes. Sucede que los seres vi­vos nos encontramos en el vivir cuando nos preguntamos por nuestro vivir, el vivir de hecho nos sucede, no lo hacemos no­

sotros. Sólo cuando nos preguntamos por el ocurrir de nues­tro vivir, nos damos cuenta de que en cualquier intento de explicar nuestro vivir lo que hacemos es usar coherencias de nuestro vivir para proponer procesos generativos que si tuvie­sen lugar darían como resultado un vivir como nuestro vivir. Y para hacer esto no necesitamos suponer nada fuera de lo que nos sucede en la realización de nuestro vivir y convivir. Así, como seres humanos que operamos como observadores que explican su vivir y el mundo que viven con las coherencias de su vivir el mundo que viven, nos encontramos con que trae­mos a la mano con nuestras operaciones de distinción entes atómicos y moleculares como entes operacionales que surgen como modos consensúales de convivir en coordinaciones de coordinaciones de haceres que nos permiten explicar nuestra constitución estructural con nuestras coordinaciones de haceres. Aunque no distinguimos en la experiencia misma entre ilusión y percepción, podemos hablar de como nuestro operar nos permite explicar el mundo que vivimos, su origen, y nuestro origen, sin requerir el supuesto de una realidad independiente a nuestro operar, proponiendo mecanismos o procesos expli­cativos bajo la forma: “si esto y esto ocurren, entonces el resul­tado será esto y esto otro”. Así, con nuestro operar en las co­herencias operacionales de nuestro vivir podemos generar mun­dos que vivimos en la sensorialidad de lo concreto táctil y vi­sual, como mundos moleculares, supramoleculares y submoleculares. Y podemos también generar mundos que vi­vimos como abstractos que abarcan desde la emoción a la ra­zón, desde la ciencia a la filosofía y el arte, desde la ternura a la negación, desde el cocinar a la arquitectura, desde la danza al atletismo, desde la curiosidad a la invención. Mundos que sur­gen todos en las coherencias de nuestro operar como seres hu­manos en los mundos consensúales de nuestro vivir Homo sapiens-amans amans, y que tienen existencia como coheren­

cias de coherencias de nuestro haceres consensúales en la reali­zación de nuestro vivir como seres vivos en el lenguajear. En fin, podemos distinguir mundos que ocurren en redes de con­versaciones que traen a la existencia, bajo la forma de distintos ámbitos de coherencias de nuestro hacer, todo lo que los seres humanos podemos vivir y distinguir en nuestro vivir, como distintas clases de entes que surgen distintos en la naturaleza de su ser desde las distintas operaciones de distinción que los constituyen o traen a la mano.

La pregunta por la naturaleza del ser, o por el ser trascen­dente del ser, no es contestable desde la orientación filosófica metafísica que busca la naturaleza del ser en si en un ámbito trascendente. Por el contrario la pregunta por el hacer siem­pre es contestable mostrando o describiendo como se hace lo que se hace. Por esto, al abandonar la pregunta por el ser al preguntarnos por cómo operamos como observadores en el observar, al preguntarnos por cómo hacemos lo que hacemos como seres humanos, damos un salto reflexivo que nos abre la mirada dejándonos ver que podemos entender y explicar todo nuestro vivir humano con las coherencias operacionales de nuestro vivir y convivir sin separar nuestro hacer de nuestro conocer. Y en ese salto reflexivo nos damos cuenta de que, como todo ser vivo, vivimos nuestro vivir como si fuésemos el centro del cosmos. Es más, nos damos cuenta de que como seres humanos somos de hecho el centro cognitivo del cosmos que surge en nuestro vivir al describir y explicar nuestro vivir y convivir con las coherencias operacionales de nuestro vivir. Como dijera Ximena Dávila al comienzo de nuestra colabora­ción en el año 2000, “la Biología del Conocer y la Biología del Amar se encuentran con la metafísica, y desplazándose a la pregunta por el ser, abren paso a la filosofía espontánea en la pregunta por el hacer”.

Cuando aceptamos la pregunta por como hacemos lo que hacemos, abandonamos el ámbito de las ontologías trascen­dentes y entramos en el ámbito de las ontologías constitutivas, y nos hacemos cargo de que el ser de lo distinguido surge en la operación de distinción que lo trae a la mano.

Los mundos que vivimos como observadores surgen con nuestro vivir en el fluir del operar de nuestro vivir y convivir, en la reflexión sobre nuestro vivir y sobre los cambios de cons­ciencia que traen cambios en nuestra acción en el cambio de nuestro emocionear. Vivimos en una dinámica de acción y re­flexión lanzada al infinito en un vivir y convivir consensual- biológico-cultural-recursivo, que se va generando momento a momento sin término pre-establecido. Sólo podemos hablar de los mundos que vivimos en nuestro vivir y convivir como expansiones dinámicas de nuestra corporalidad en el fluir de nuestro vivir en un continuo suceder recursivo sistémico que hace a nuestro vivir una continua transformación histórica en torno a la realización y conservación del vivir y del bien-estar en los mundos consensúales que generamos en la conservación de nuestro vivir Homo sapiens-amans amans. El vivir nos su­cede, no lo hacemos, y existimos en ese suceder evanescente de transformación en la consciencia de ser en el surgir de un suce­der cuya sustancia es la consciencia de ese suceder, en un vivir consensual Homo sapiens-amans amans que en este presente biológico- cultural podremos conservar sólo si lo queremos con­servar.

Ahora podemos mencionar nuevamente la ley sistémica básica # 4 y la ley metasistémica # 29, porque pertenecen a la localidad del suceder del vivir humano. El vivir humano ocu­rre en la consciencia reflexiva de un suceder que surge de otro suceder, en una dinámica que cuando es vista por el observar del observador, revela la naturaleza de su propio existir en la recursión reflexiva que lo trae a la mano en la distinción de sí mismo en el observar:

**Ley sistémica básica # 4 Fluir recursivo del observar**

“El operar del observador en la conversación reflexiva que distingue su propio operar, ocurre como un vivir en la continua conservación de la ampliación recursiva de la comprensión del propio vivir, de la conciencia de sí, y de las acciones a la mano propias del fluir del vivir en el presente de continuo cambio que esa misma reflexión recursiva genera guiada en cada instante por el emocionear que surge en la conservación de ese modo de vivir. ”

**Ley metasistémica # 29: Resultado y resultar**

“El resultado de un proceso no es ni puede ser un factor en el suceder del proceso que le da origen. El resultado de un proceso no opera ni puede operar como factor para el inicio del proceso que le da origen. El resultado y el proceso que le da origen pertenece a dominios disj untos no reducibles el uno al otro. Nada ocurre en el suceder del vivir o de los procesos que constituyen la realización del vivir de los seres vivos, o en el suceder del cosmos que el observador trae a la mano en sus operaciones de distinción, porque el resultado de ese suceder sea necesario para ese ocurrir o deseable para alguien.”

El devenir del vivir de los seres vivos no tiene finalidad o propósito en sí, y sigue un curso que se construye momento a momento en un curso definido por la conservación de su bien­estar en un deslizarse en el camino que surge de la continua conservación del vivir y las preferencias relaciónales del orga­nismo. El resultado de ésto es la biosfera como el ámbito de vivires que se entrelazan en un fluir de continuas transforma­ciones coherentes que se conservan sólo desde la conservación del vivir. El vivir del ser vivo humano como un vivir en el observar y la reflexión recursiva desde el observar reflexivo, sigue un curso definido en cada instante no sólo por la conser­vación fundamental de ese vivir humano, sino que también por la conservación de su vivir contingente a su propio vivir a través de las distintas preferencias emocionales, estéticas y argumentativas que tiene en los distintos ámbitos del vivir que su dinámica reflexiva genera. El resultado es la antropósfera como el cosmos de mundos entrelazados que surge en la diná­mica recursiva de ampliación del entendimiento, comprensión y consciencia de las acciones adecuadas a la conservación del vivir en esa dinámica reflexiva. Mundos que en último térmi­no son comprensibles sólo desde la visión de las emociones que guían en cada instante la dinámica reflexiva humana, y por lo tanto su devenir biológico y cultural.

Repitamos una vez más. Los mundos consensúales que vivimos son consensúales en tanto surgen como modos de con­vivir guiados por la arbitrariedad absoluta de las preferencias, gustos y deseos de los seres humanos participantes de ese con­vivir, y existen en tanto se conserva su vivir en la realización de las coherencias operacionales-biológicas que lo constituyen. Todo ocurre en el curso de la realización del vivir de un organismo siguiendo un curso definido en cada instante por sus preferen­cias o deseos, nada ocurre porque sea necesario que ocurra por las posibles consecuencias de su ocurrir, y nada ocurre en la realización del vivir de un organismo que viole las coherencias operacionales de la realización de su vivir. En estas circunstan­cias la expresión consenso o consensual en el ámbito humano hace referencia a las coincidencias de preferencias que surgen en el bien-estar del convivir en un fluir de convivencia huma­na que dura mientras se conserva el vivir. Las Leyes sistémicas y meta-sistémicas son abstracciones de las coherencias sistémicas del ámbito operacional y relacional que surge en el operar ex­plicativo y experiencial del observador en su vivir reflexivo y constructivo biológico-cultural. Estas leyes no describen un mundo independiente del observador y su observar. Estas le­yes muestran las coherencias operacionales y relaciónales que constituyen el trasfondo espontáneo de lo que es posible en la dinámica del observar del observador como generador de los mundos consensúales que vive en su devenir biológico cultu­ral. Trasfondo de coherencias relaciónales y operacionales don­de el observador se encuentra en el fluir de su emocionear es­cogiendo en cada instante el curso de su vivir y convivir, en una dinámica en la que puede conservar o destruir su vivir sapiens-amans amans. Lo básico de nuestro vivir humano es nuestra condición sapiens-aman amans que hace que el amar sea el fundamento operacional y relacional que guía el curso que sigue la realización y conservación de nuestro vivir bioló­gico, pero lo que de hecho nos constituye aún nuestra posibi­lidad de ser seres humanos éticos capaces de colaborar en el respeto por si mismos y el mutuo respeto, en la continua crea­ción cotidiana de ese vivir como una obra de arte, es el vivir en una epigénesis amans, que connotamos y denotamos cuando hablamos de nuestro ser Homo sapiens-amans amans.

Nuestra existencia humana ocurre en la dinámica relacional que surge con el lenguajear en nuestro origen Homo sapiens-amans amans en dimensiones que son a la vez indivi­duales y sociales. Los seres humanos vivimos como individuos que existimos en la continua trascendencia de esa individuali­dad en un ser que ocurre en el espacio social como un conti­nuo fluir relacional en mundos consensúales. Los seres huma­nos somos individuos en tanto somos sociales, y somos socia­les en tanto somos individuos desde nuestro ser social en la experiencia de un ser que tiene localización corporal en su sen­tir, pero que no es sólo la corporalidad que siente pues realiza su vivir en mundos consensúales de convivencia como los ámbitos de su realización biológica. La descripción de la expe­riencia que se vive no es la experiencia que se vive y no la re­emplaza, sólo la evoca. Somos seres humanos en los mundos consensúales en que podemos ser conscientes de nuestro vivir en la realización de nuestro ser biológico que nos es incons­ciente y cuyo curso histórico se modula desde nuestro vivir en mundos consensúales guiados desde nuestros deseos y prefe­rencias. Este es nuestro hacer y ser Homo sapiens-amans amans, donde las leyes sistémicas y metasistémicas muestran las cohe­rencias sistémicas de nuestro doble vivir biológico y cultural consensual. Somos la continua experiencia cambiante de un fluir relacional que modula nuestra dinámica corporal, la que de un modo recursivo modula nuestro fluir relacional, y así en un devenir histórico de nuestro sentir y nuestro hacer. Aunque existimos como seres humanos en el ámbito relacional somos indi­viduos en nuestro ser psíquico y corporal. Como tales no somos reemplazables en nuestro ser individuos por el fluir histórico so­cial a que pertenecemos, y no lo somos porque todo el vivir huma­no individual y social ocurre en nuestra realización corporal aun­que ésta se realice y module en nuestro fluir relacional.

La descripción de la experiencia no reemplaza la vivencia de la experiencia, el entendimiento del vivir no reemplaza el vivir, la explicación del suceder del vivir no reemplaza el suce­der del vivir explicado. La descripción de la experiencia, el entendimiento de ella y la explicación de su ocurrir, sin em­bargo, modifican el vivir al modular la dinámica arquitectóni­ca cambiante que constituye nuestro vivir en un proceso que nos permite entender, explicar y comprender nuestra natura­leza humana desde el mirar nuestro vivir, en un fluir operacio- nal y reflexivo que sigue espontáneamente el curso en el que se conservan las Leyes sistémicas y meta-sistémicas que hemos abstraido de las coherencias del vivir que hace posible esas re­flexiones y explicaciones. Es la Matriz Biológico-Cultural de la Existencia Humana como el ámbito operacional o matriz bio- lógica-relacional donde surge, se realiza y se conserva lo huma­no, desde donde hemos abstraido lo que hemos llamado aquí Leyes sistémicas y meta-sistémicas.

La matriz biológica-relacional donde surge, se realiza y con­serva lo humano, sólo se ve en la reflexión que muestra las coherencias de los mundos consensúales del vivir biológico Homo sapiens-amans amans como un vivir en el lenguajear y el conversar que hace posible, desde el lenguajear y el conversar, comprender el vivir biológico-cultural del observador y su ob­servar como el fundamento de la naturaleza consensual de nues­tro existir Homo sapiens-amans amans en nuestro presente his­tórico cultural actual.

ENLACE IV

El conversar liberador de Ximena Dávila tiene consecuencias terapéuticas precisamente porque lleva a quien la consulta a encontrarse consigo mismo en una reflexión desde donde ella suelta el apego inconsciente a un dolor que surge de una nega­ción cultural del amar vivido en el pasado, y que conserva como un referente de auto-negación en su presente continuo y en torno al cual se transforma su vivir. El darse cuenta de que el pasado no es en sí, y de que es un modo de estar en el presente, es lo que hace posible darse cuenta en el presente de que el valor que uno le ha asignado a la negación cultural vivida no tuvo ni tiene validez, y puede abandonarse en el presente que se vive porque es allí donde uno lo conserva como un aspecto del vivir cambiante que se vive. El pasado no lo podemos mo­dificar, pero el curso del presente que vivimos siempre está abierto al cambio que surge del ver lo que uno conserva en un acto reflexivo que suelta el apego a la certidumbre que a veces uno de saber lo que cree que sabe. Esta es una de las revelacio­nes más importantes que el conversar liberador trae a la mano en su dimensión operacional-relacional, y que de paso nos per­mite entender cómo es que todo conversar que resulte de he­cho terapéutico o sanador, hace lo que hace en tanto dinámica biologico-cultural.

En este ensayo podemos ver que el Conversar Liberador tiene dimensiones propias y locales que lo convierten en un ámbito que entrelaza la ciencia y el arte en la comprensión del dolor y sufrimiento humano, así como en su camino de salida o disolución. Y podemos ver que tiene también dimensiones sistémicas-recursivas que nos abren la puerta a una compren­sión del vivir y convivir humano como tal en la distinción de

la matriz biológico-cultural de la existencia humana que como Homo sapiens-amans amans podemos ver y abstraer de nuestro propio vivir.

REFLEXIONES SOBRE TERAPIA Y MIS CONVERSACIONES CON XIMENA DÁVILA SOBRE LA LIBERACIÓN DEL DOLOR CULTURAL

REFLEXIONES SOBRE TERAPIA Y MIS CONVERSACIONES CON XIMENA DÁVILA SOBRE LA LIBERACIÓN DEL DOLOR CULTURAL.12

Humberto Maturana Romesín HISTORIA

He pensado mucho ante esta invitación a escribir este capítulo sobre terapia familiar o terapia sistémica, o simplemente tera­pia relacional. Yo no trabajo en terapia, y lo que en algún mo­mento he escrito o dicho con relación al tema de la terapia ha surgido de mis reflexiones biológicas y epistemológicas, y no de una práctica terapéutica, aunque me he mantenido atento a las consecuencias que mis trabajos y reflexiones pueden haber tenido en ese campo. Así me he encontrado y he colaborado con personas que han adoptado en su campo profesional algu­nas de las ideas, nociones o conceptos que yo he desarrollado en mi intento de comprender y explicar el conocer como un suceder biológico.

Sin embargo, desde mi presente, en el entendimiento de los fundamentos biológicos y culturales de lo humano conno­tados por la noción de la matriz biológica de la existencia hu­mana, puedo decir que conozco un quehacer, que aunque quien lo practica no lo vive como “terapia”, si podemos mostrar las consecuencias terapéuticas de tal quehacer. Y me refiero a la creación de mi colaboradora y co-fundadora del Instituto

Matríztico; Ximena Dávila Yáñez, cuyo trabajo será presenta­do próximamente en un libro que publicará nuestro instituto y que hemos llamado El Árbol del Vivir[[12]](#footnote-12) en el que aparecerá incluido con el título Conversaciones liberadoras, dando cuenta de un quehacer reflexivo que en mi opinión surge directamen­te de un moverse en el entendimiento conceptual y operacio- nal de la Biología del Conocer y la Biología del Amar como aspectos de la realización espontánea de nuestro vivir y convi­vir en la matriz biológica de la existencia humana[[13]](#footnote-13).

Con todo, en mis reflexiones biológicas a lo largo de estos años he mostrados varias dimensiones de la Biología del Co­nocer y de la Biología del Amar que constituyen algunas de las nociones fundamentales que creo haber aportado en el campo epistemológico y biológico, y que han resultado valiosas para algunas personas en su quehacer profesional al responder a una petición de ayuda. En numerosas ocasiones yo he dicho que el camino para recuperar la salud fisiológica y la salud psíquica era lo que entonces yo distinguía como la biología del amor, y ante la pregunta por “cómo se hace”, mi respuesta siempre fue igual: «amando». Y ante la pregunta “cómo, qué debo hacer”, respondía nuevamente, «amando», sin poder describir un cómo. Naturalmente la crítica era que la biología del amor no propor­cionaba una visión adecuada de la acción oportuna frente a una petición de ayuda, crítica que yo escuchaba pero no acep­taba como válida pensando que el amar era obvio.

Así estaban las cosas hasta que Ximena Dávila me mostró lo que ella hacía desde su entendimiento de la naturaleza relacional de la Biología del Conocer y la Biología del Amar como aspectos cotidianos del convivir, cuando recibía una pe­tición de ayuda ante el dolor y sufrimiento relacional que sur­gía en ese convivir.

Es desde este encuentro con Ximena Dávila, que resultó en la creación de la noción de la Matriz Biológica de la Existen­cia Humana15 y del propio Instituto Matríztico para dar for­mación en torno a ella, que deseo compartir con el lector o la lectora mis reflexiones sobre el quehacer vinculado a la sanación fisiológica y psíquica.

ANTECEDENTES

A continuación presento algunas de las nociones fundamenta­les de la epistemología y de la biología que propongo desde mi presente. No se trata de supuestos a priori, sino que de abs­tracciones de las coherencias de nuestro operar como seres humanos que revelan la naturaleza de nuestro vivir cotidiano en el describir y explicar como observadores lo que hacemos de ese vivir. Es más, mi punto de partida en mis reflexiones y mi explicar nuestro operar como seres vivos humanos es el en­contrarme haciendo lo que hago como ser vivo humano, y no desde un supuesto epistemológico u ontológico. Mi punto de partida soy yo mismo: yo ser humano haciendo lo que hago en mi vivir humano, he sido y soy el punto de partida para mis reflexiones en el intento de explicar nuestro vivir humano como seres que explican su vivir. Y es por lo anterior que estas reflexio­nes tienen el valor evocador y explicativo que tienen para la com­prensión de nuestro vivir relacional como seres humanos.

Observador y observar: Todo lo dicho es dicho por un observador a otro observador que puede ser él o ella misma. El observador es un ser humano que distingue lo que distin­gue como si lo distinguido existiese con independencia de su acto de distinción. El observador se encuentra ser humano en el lenguajear haciendo distinciones cuando se pregunta por lo que hace. El observador se encuentra al distinguirse a sí mis­mo dándose cuenta de que aunque vive todo lo que vive como válido en el momento de vivirlo, no sabe en el momento de vivirlo si lo que distingue lo tratará más tarde como una ilu­sión o una percepción en una comparación posterior con otra experiencia que en ese momento acepta como válida. Al darse cuenta de que en la experiencia misma no sabe si lo que vive lo tratará más tarde como un ilusión o una percepción, el obser­vador se da cuenta de que por esto no puede considerarse a sí mismo como preexistente a su propia distinción, y se da cuen­ta de que él o ella surge en esa distinción reflexiva.

Experiencia: De acuerdo a lo anterior lo que llamamos experiencia en la vida cotidiana es la conciencia o distinción que un observador hace de lo que le sucede en su operar como tal en el lenguajear, no una referencia a algo que ocurriría con independencia de su operar reflexivo.

Conservación: Los seres vivos somos conservadores. De hecho todo sistema es conservador en el sentido de que existe, es, sólo mientras se conserva la organización que define su iden­tidad como parte de su dinámica estructural. Así, un ser vivo existe, vive, en un continuo fluir de cambio estructural en tor­no a la conservación de su autopoiesis o realización de su vivir. De hecho tanto la historia de los seres vivos como su existir individual transcurren como cambios en torno a la conserva­ción del vivir.

Sistema Nervioso Cerrado: El sistema nervioso opera como un sistema cerrado sobre sí mismo en su dinámica gene­radora de un continuo flujo de cambios de relaciones de acti­vidad entre sus componentes neuronales. Por esto, aunque el sistema nervioso se intersecta con el organismo en sus superfi­cies sensoras y efectoras, no distingue en su operar cerrado el origen de las perturbaciones sensoriales que modulan su acti­vidad desde el vivir relacional del organismo. El resultado fun­damental de esto es que el sistema nervioso no distingue al generar la actividad efectora del organismo la naturaleza del fluir relacional que éste vive al reaccionar ante una perturba­ción sensorial. Esto es, el sistema nervioso no «sabe» si lo que el organismo vive cuando «él participa» en la generación de sus respuestas surgirá después como una ilusión o una percepción. El que esto sucede así es revelado en nuestro vivir cotidiano en el uso de dos palabras: ilusión y error. Llamamos ilusiones y errores a experiencias que vivimos como válidas en el momen­to de vivirlas pero que luego invalidamos al compararlas con otras experiencias de cuya validez no dudamos.

Emocionear: Lo que distinguimos al distinguir emocio­nes son dominios o ámbitos relaciónales que vivimos en el fluir relacional como clases de conductas relaciónales. Las distintas palabras que usamos en nuestro vivir cotidiano al distinguir emociones evocan o señalan el espacio relacional en que se da el fluir de nuestro vivir o convivir en cada instante. Todo lo que hacemos, todo lo que vivimos se da en un fluir emocional sostenido o episódico que le da su carácter relacional. De he­cho las emociones guían nuestro vivir racional.

Lenguajear: El lenguajear es un modo de convivir y ocu­rre como un fluir recursivo de coordinaciones de coordinacio­nes de haceres consensúales. El lenguaje es el modo de vivir y convivir humano, no un instrumento relacional aunque ocu­rre en el fluir relacional de la convivencia. Los distintos mun­dos relaciónales, tanto externos como internos, conscientes e inconscientes, que los seres humanos vivimos, se surgen en el fluir de nuestro vivir en el lenguajear como distintos ámbitos senso-efectores en que se da la conservación de nuestro vivir.

Conversar: Todo el vivir humano ocurre en un fluir en­trelazado del lenguajear y el emocionear. Llamo conversar {dar vueltas juntos en coordinaciones de coordinaciones de haceres y emociones) a este entrelazamiento del emocionear y el lenguajear que constituye lo humano como el vivir y convivir de la clase de primates bípedos que somos. Los seres humanos vivimos y convivimos en redes de conversaciones.

Cultura: Lo que connotamos al distinguir una cultura es una red cerrada de conversaciones que se realiza y conserva como un modo de convivir de las personas que la realizan y conservan al vivirla. Como ámbito cerrado de coordinaciones de coordinaciones de haceres y emociones una cultura específi­ca lo que las personas que la realizan hacen en su operar como miembros de ella. Todo lo que los seres humanos vivimos lo vivimos en un vivir cultural que adquirimos a lo largo de nues­tro convivir en la comunidad cultural que nos acoge desde nuestra aceptación como miembros de ella al ser concebidos.

Amar: Yo antes hablaba de amor, biología del amor, pero como me hizo notar Ximena Dávila en el curso de nuestras conversaciones, al hablar de amor se oscurece el hecho de que lo que en efecto opera en el convivir es la dinámica del amar, no el amor como un ente abstracto, y hablo ahora de la Biolo­gía del Amar. La Biología del Amar constituye el fundamento del bien-estar en el vivir y convivir como dinámica relacional en el hecho de que el amar consiste en las conductas relaciónales a través de las cuales el otro, la otra, uno mismo o lo otro, surge como legítimo otro en convivencia con uno, y es el fun­damento del mutuo respeto. Así el amar es la única emoción que amplía la mirada y expande el ver, el oír, el tocar, el sentir y lo hace porque es la única mirada que no antepone un pre­juicio, una expectativa, una exigencia, o un deseo, como guía del oír y el mirar en la conducta relacional que se vive.

Realidad y existencia: El tema central de nuestro vivir es el conocer, no la realidad, ésta que aparece en el intento de explicar tanto nuestro vivir, como nuestros errores, nuestras ilusiones y nuestros aciertos. Así, desde nuestro operar como seres vivos humanos haciendo distinciones, nos encontramos con que todo explicar, en tanto es la proposición de un meca­nismo generativo, implica por motivos epistemológicos un substrato donde se da el operar del mecanismo generativo de modo que lo explicado surge como resultado en otro dominio. Al substrato epistemológico que invocamos como fundamen­to último de todo nuestro conocer y que de hecho tratamos como fundamento ontológico para explicar todo nuestro vivir, en nuestro presente cultural lo llamamos la realidad. El pro­blema surge cuando nos damos cuenta y nos hacemos cargo de que no sabemos en el momento de vivir lo que vivimos, si lo que vivimos lo trataremos más tarde como una percepción o como una ilusión al compararlo con otro aspecto de nuestro vivir cuya validez aceptamos sin objetar, y vemos que lo que llamamos realidad es un supuesto explicativo. Y este problema se ahonda cuando a ese supuesto explicativo le queremos dar un carácter ontológico al tratarlo como si fuese de naturaleza trascendente independiente de la operación de distinción con que lo traemos a la mano en nuestro operar como observado­res. El que no distingamos en la experiencia vivida entre lo que llamaremos después ilusión o percepción no es una difi­cultad transitoria, es un aspecto de nuestra condición biológica. Esto se hace evidente si nos damos cuenta de que en el sistema nervioso las neuronas tratan como iguales a todas las configu­raciones de actividad que al incidir sobre ellas aparecen como iguales con independencia de su origen. Es por esto que el creer poder hacer referencia como real a alguna distinción bajo el supuesto de que surge con independencia del operar del observador que la hace no tiene sentido, y es por lo mismo que la noción de existencia solo puede hacer referencia a lo que surge en nuestra distinción como observadores en nuestro ope­rar como seres vivos que distinguen lo que distinguen como configuraciones operacionales de su vivir. Al darnos cuenta de todo lo dicho, se hace evidente que la expresión realidad con­nota una noción o proposición explicativa, una noción que se inventa con el fin de disponer de un substrato operacional que permita explicar el suceder del vivir y el hacer humano. Esto es, como dije al comienzo de esta sección, con la noción de realidad se pretende satisfacer la necesidad epistemológica de un substrato que de un fundamento generativo ultimo al ex­plicar, y el problema surge cuando se pretende que ese substrato epistemológico tenga un carácter ontológico.

El tema central del entendimiento de lo humano no es la realidad o lo real, sino que la explicación de nuestro vivir y nuestro hacer. Esto no es un asunto trivial. La mayor dificul­tad que tenemos para comprender nuestro vivir está en que no nos hacemos cargo de que el mundo que vivimos no preexiste a nuestro vivirlo sino que surge con nosotros en nuestro vivir y convivir aunque lo vivamos como si preexistiese a nuestro dis­tinguirlo. La experiencia, lo que distinguimos que nos sucede en nuestro vivir no está negado, explicamos nuestro vivir con nuestro vivir. Lo real, lo que llamamos realidad, es una noción explicativa.

Presente: Los seres vivos (y de hecho el cosmos mismo) existimos como un presente continuo que se encuentra en con­tinuo cambio, y que existen como un presente histórico en el que las nociones de tiempo y pasado son nociones explicativas que hemos generado en el proceso de explicar las distinciones de cambio que hacemos en nuestro vivir como observadores haciendo distinciones, o sea, como seres humanos en el lenguajear.

Determinismo estructural: En su explicar un observador (ser humano) opera en la aceptación implícita de que existe inmerso y es parte de un ámbito de existencia en el que todo ocurre según las coherencias operacionales de los elementos que él o ella trae a la mano en sus distinciones. Llamo determinismo estructural a esta condición del operar humano y de su ámbito de existencia. El concepto de determinismo es­tructural no es una noción explicativa propuesta a priori ni un supuesto ontológico, es un concepto que surge como abstrac­ción que el observador hace de las coherencias de su operar como ser vivo en su operar como observador que describe y explica su vivir y su hacer con las coherencias de su vivir y operar. El concepto de determinismo estructural señala que todo lo que le sucede a un sistema o ente compuesto que dis­tinguimos en nuestro vivir, opera según las coherencias operacionales de sus componentes y que nada externo a él puede determinar lo que sucede en él o con él.

Acoplamiento estructural: Todo lo que se dice, ya se trate de una descripción, explicación, evocación, es dicho por un observador a otro observador que puede ser él o ella misma. El observador es un ser vivo humano que no distingue al vivir lo que vive en un instante particular entre lo que calificará en otro instante como una ilusión o una percepción, al comparar la validez relacional que le asigna a los distintos momentos de su vivir: el observador no distingue en el vivir lo que vive si lo que vive ahora como válido lo invalidará después como una ilusión o lo confirmará como una percepción. Por esto las distinciones que un observa­dor hace surgen como abstracciones que él o ella hace de su operar en su vivir. Y por esto, al hablar de la relación entre el ser vivo y las circunstancias en que este vive, o al proponer un pro­ceso explicativo de su vivir, lo que el observador hace no es ni puede ser una referencia a algo independiente de su operar que pudiera llamarse lo real, sino que hace una abstracción de las coherencias del operar de su vivir en su observar. En este proce­so los seres vivos surgen a su vivir individual ante el observar de un observador que al distinguirlos distingue también su entor­no como una biosfera que los contiene, y surgen en un instante y lugar singular de esa biosfera, con una estructura anatómica y fisiológica particular dinámicamente congruente con ella. El ser vivo al surgir en la distinción del observador surge en un medio que lo contiene, que lo hace posible, que es coherente con el presente de su vivir, y en el que vivirá mientras a él le resulte acogedor. Esto es válido también para el observador como ser vivo humano que surge al existir en su propia distinción al ope­rar como observador reflexivo. Lo dicho hasta aquí muestra que el observador al distinguir a los seres vivos los ve en coherencias operacionales con el medio en que surgen bajo la forma de una dinámica de interacciones que él o ella ve como una conducta adecuada al presente que ellos viven. Más aún. En el curso de sus distinciones y en el proceso de explicarlas con las coheren­cias de su propio vivir, el observador se da cuenta de que las coherencias operacionales de los organismos con el medio en que ocurren su vivir y la conservación de su vivir, son el resulta­do de una dinámica histórica en la que el ser vivo y el medio que surge con él cambian juntos de manera congruente, y que ellos viven mientras ese cambio congruente se de en la conservación de su vivir. A esta dinámica de cambio estructural congruente del ser vivo y el medio en que surge y se conserva su vivir, y a la relación de congruencia operacional dinámica en un presente cambiante que resulta de ella, las he llamado acoplamiento es­tructural. Dicho de otra manera, he llamado acoplamiento es­tructural entre el ser vivo y el medio que surge con él, a la rela­ción de congruencia estructural dinámica que emerge y se con­serva momento a momento en el flujo del vivir del organismo mientras se conserva el vivir de éste.

MI PRESENTE

Como ya dije, la potencia que estas nociones tienen para ex­plicar y comprender la naturaleza del operar de las relaciones terapéuticas surge del hecho que son abstracciones de nuestro vivir cotidiano como seres vivos y seres humanos, y no defini­ciones o supuestos a priori. Sin embargo no basta entenderlas como tales desde su descripción; hay que ver y comprender como aspectos del propio vivir las dinámicas biológicas que ellas implican para que de hecho enriquezcan de manera inconscien­te nuestra capacidad espontánea de acción ante a una petición de ayuda, o en el momento de sugerir o proponer un mecanis­mo explicativo como respuesta a un dilema en nuestro vivir.

Es en éste ámbito donde Ximena Dávila contribuye a la expansión de mi mirada y a la ampliación de mi entendimien­to de la dinámica relacional que entrelaza el operar de la Bio­logía del Conocer con la Biología del Amar, al mostrar como surge el dolor y se conserva bajo la forma de sufrimiento en un vivir cultural centrado en relaciones de dominación y someti­miento, competencia y exigencia, a la vez que de desconfianza y control. Sin embargo ella hace más. Su énfasis en que los seres vivos vivimos en la conservación del bien-estar como la búsqueda espontánea de la dinámica relacional interna que de instante a instante conserva la armonía del vivir como la con­gruencia de lo que se siente con lo que se hace, lleva a ver que la búsqueda del bien-estar es el vivir que guía cualquier vivir, y en particular el vivir humano, aunque a veces nos equivo­quemos de camino y nos atrapemos en relaciones culturales de dolor y de sufrimiento. Ella muestra también, que cuando un ser humano está atrapado en el creer que el dolor y el sufri­miento que vive es constitutivo de su ser, el reconocer que el fundamento biológico de la conservación del vivir es el vivir en el bien-estar hace posible la reflexión que suelta la certi­dumbre de que uno es como uno cree que es, y lo libera a uno de la trampa cultural de auto-depreciación y negación de sí mismo en que se encontraba. En fin, ella muestra además que esa liberación puede de hecho ocurrir en la reflexión porque el operar de la conservación del vivir que surge al soltar la certi­dumbre de creer que uno es el ser sufriente, disminuido, no amoroso, o patológico que uno cree que es, ocurre como el re­encuentro con el respeto por si mismo al ver el propio funda­mento amoroso desde la ampliación del ver de la Biología del Amar. Esto es, la ampliación del ver que ésta reflexión trae consigo, lleva a la persona que sufre a re-encontrar el camino del respeto por sí mismo así como la recuperación del bien­estar relacional en un ámbito de su vivir que le resultaba inac­cesible desde la trampa cultural de negación recursiva de sí mismo que vivía, aunque fuese parte de su dominio de acopla­miento estructural.

¿TERAPIA, AYUDA O LIBERACIÓN?

Yo no he tenido inclinación por responder como un aspecto de mí hacer profesional a las peticiones de ayuda, y en mis comentarios y reflexiones sólo he dicho que el amor es el fun­damento operacional de todo efecto terapéutico. Como dije al comienzo, con frecuencia he sido criticado frente a esta afir­mación con el argumento de que hablar de amor es del todo insuficiente porque no indica o describe un procedimiento, y que mi respuesta «lo que hay que hacer es amar», era en ese sentido una respuesta vacía. Yo he sostenido y sostengo que los métodos o procedimientos que proponemos como recomen­daciones de acción si no se los vive desde la libertad reflexiva del entendimiento que guía la oportunidad de su uso, modifi­cación o abandono, engañan y generan cegueras. Así estaban las cosas en lo que se refiere a mis reflexiones en el campo de la terapia, hasta que Ximena Dávila Yáñez, Licenciada en Orien­tación Familiar y Organizacional, conversando conmigo un día de 1999, me mostró lo que hacía al conversar con las personas que solicitaban su ayuda, sorprendida al ver cómo ellas se libe­raban de un dolor o sufrimiento agobiante que vivían desde mucho tiempo y que había permanecido inalterado hasta en­tonces frente a muchos intentos terapéuticos. Ximena había sido alumna mía en distintas ocasiones durante varios años. Al escuchar el relato de lo que ella hacía, quedé a la vez sor­prendido y encantado por la profundidad de lo que me revela­ba, y le dije: «Ximena, lo que UD. hace en sus conversaciones es poner intencionalmente en movimiento en el presente relacional de la persona que la consulta, a la Biología del Amar y la Biología del Conocer como aspectos del vivir de esa persona. Es más, UD. lo hace desde el entendimiento reflexivo y vivencial, no discursivo, de esa dinámica como un aspecto de su propio vivir.» Pero ella

ha hecho algo más con relación al entendimiento de nuestro operar como seres vivos humanos. Así, en algún momento posterior ella me dijo: «Cuando me encuentro escuchando a la persona que me pide ayuda, me doy cuenta que ella me revela una matriz relacional, o mejor aún, me revela la matriz relacional cultural que ella vive y surge con su vivir». Esta observación llevó a Ximena Dávila a proponer lo que ella inicialmente lla­mó «matriz relacional de la existencia humana», y que más tar­de decidimos en conjunto llamar Matriz Biológica de la Exis­tencia Humana16, noción cuya comprensión ha ampliado mi entendimiento de la Biología del Conocer y de la dinámica que la entrelaza con la Biología del Amar. Y todo esto en un conversar reflexivo que nos ha permitido ver juntos la dinámi­ca que entrelaza de modo continuo el operar de los procesos biológicos y culturales que realizan nuestro vivir y convivir humano.

El ser vivo, como sistema autopoiético molecular vive, existe, en la soledad de la continua producción de si mismo como ente singular en un curso solitario que se modula des­de su vivir relacional. El ser vivo como tal, humano o no humano está siempre bien, el mal-estar, el dolor de vivir no pertenece a su fisiología, pertenece a su vivir en el espacio relacional en que existe como organismo y aparece sólo en la reflexión que surge en el vivir humano en el lenguaje. Sólo el ser vivo que vive en alguna medida en el lenguaje como no­sotros los seres humanos, puede distinguir si vive en el bien­estar o en el mal-estar relacional, y es sólo ese ser vivo el que puede pedir ayuda si está en el mal-estar, y el que puede salir de él a través de ella.

Los seres vivos nos atrapamos en el mal-estar como resul­tados de nuestros hábitos relaciónales en el vivir y convivir. Y estos hábitos tienen distintas formas como costumbres, adicciones, preferencias en los seres vivos en general, o como argumentos racionales y sistemas de creencias en el ámbito humano. En todos los casos la salida es la misma, la amplia­ción de la mirada, la ampliación del ver que trae la Biología del Amar, ampliación de la mirada que al soltar prejuicios, ex­pectativas, convicciones, saberes, permite ver la matriz relacional que surge en el vivir que se vive y cambiar la orien­tación del vivir hacia los fundamento últimos desde dónde se reencuentra el bien-estar en los fundamentos del propio vivir. Ximena Dávila ve y muestra el operar de esta dimensión relacional en lo que ella hace al aceptar una petición de ayuda y conversar con quien la solicita desde la dinámica relacional reflexiva que pone en juego en su vivir el entrelazamiento de la Biología del Amar y la Biología del Conocer. En fin, al hacer esto Ximena Dávila lo hace desde el entendimiento de que el bien-estar psíquico y somático del fluir del vivir, ocurre y se conserva en el ver y el hacer que espontáneamente surge en la ampliación de la mirada y el ver que traen consigo el respeto por si mismo y por los otros que surge desde la Biología del Amar. En este proceso lo que Ximena Dávila hace, según su propio decir, no es terapia sino que un conversar reflexivo que resulta liberador del dolor o sufrimiento cultural que se sufre al abrir el camino para el reencuentro con el respeto por si mis­mo desde el ver que como seres humanos todos somos prima­riamente seres amorosos.

Estas observaciones y reflexiones de Ximena Dávila nos llevaron a generar entre nosotros muchas conversaciones sobre lo cultural y el vivir biológico, y eventualmente a expresar nues­tra comprensión de la trama relacional biológica y cultural que constituye, realiza y conserva la existencia humana con la no­ción de Matriz Biológica de la Existencia Humana17, para luego crear como ya he dicho el Instituto de Formación Matríztica como un centro de estudio de lo humano y formación en el entendimiento de la Matriz Biológica de la Existencia Humana desde la comprensión de la dinámica de entrelazamiento de la Biología del Conocer y la Biología del Amar.

REFLEXIONES DESDE NUESTRO CONVERSAR

Ximena Dávila muestra y señala que “el dolor y el sufri­miento por los que se pide ayuda, son siempre de origen cultural y surgen de las negaciones que genera el vivir en una cultura centra­da en relaciones de dominación y sometimiento, competencia y exigencia, desconfianza y control, como la cultura patriarcal matriarcal que vivimos. Esto es, el dolor y sufrimiento por el que se pide ayuda surge siempre en una historia de desamor en el vivir cotidiano.»

El poder decir esto surge de un mirar reflexivo que ve la trama relacional o matriz emocional de la persona que pide ayuda. Ximena ve esa trama emocional desde una mirada sistémica recursiva que le permite ver a la vez la dinámica pre­sente del dolor y el ámbito relacional cultural de conservación de ese dolor en el vivir de quien la consulta, y que ella llama mirada sistémica sistémica. ¿Cómo sucede esto? ¿Cómo sucede el ver la trama relacional de conservación del dolor cultural? ¿Cómo sucede el ver una matriz relacional que no preexiste a su surgimiento en el vivir del organismo observado?

A continuación, el contenido de nuestras conversaciones. Sobre el vivir:

El vivir ocurre en la conservación del vivir de un ser vivo como un presente continuo en continuo cambio estructural con­gruente con un medio que surge con él y cambia con él, y que al surgir con él surge como un presente cambiante que lo contiene y hace posible mientras vive, o que deja de hacerlo posible y el ser vivo muere. El pasado y elfuturo no existen en sí: el pasado es una

proposición explicativa que el observador hace para explicar desde su presente continuo su conciencia de existir, o de ser como ser humano un presente cambiante, y el futuro es una noción que él o ella crea como extrapolación de las coherencias de su vivir en el presente a fin de imaginar un curso de transformación creíble para su vivir en su continuo cambio. El vivir de un organismo se con­serva sólo en tanto el medio que surge con su mismo vivir en el fluir de su vivir, surge congruente con él de manera tal que hace posible su vivir. La historia de los seres vivos en su vivir como organismos, tanto en el curso de su devenir evolutivo en la suce­sión reproductiva de generaciones como en su vivir individual, es sólo posible si ocurre como un vivir en un presente que genera continuamente un medio de existencia que los acoge y contiene. En nosotros, seres humanos, esta dinámica del vivir en un mundo que surge al vivirlo, incluye nuestro vivir cultural como parte del ámbito relacional que emerge y se da con nuestro existir. Más aún, el vivir cultural es en nosotros los seres humanos, a la vez la fuente y la conservación de nuestro bien-estar, del dolor cultural que vivimos, y de la liberación de ese dolor.

Sin duda estas afirmaciones pueden parecer extrañas o aún locas, sin embargo, la comprensión del entrelazamiento de la Bio­logía del Conocer y de la Biología del Amar que constituye el en­tendimiento de la Matriz Biológica de la Existencia Humana75 nos dice que no es así. Vivimos como si el mundo en que vivimos preexistiese a nuestro vivirlo, pero al intentar mostrar cómo lo conocemos y cómo actuamos de manera efectiva en él y sobre él, nos encontramos con que no distinguimos en la experiencia mis­ma entre lo que llamaremos más tarde ilusión o percepción con relación a otra experiencia ante la cual no dudamos, y descubri­mos que de hecho no podemos hablar de un mundo que preexiste a nuestro operar al distinguirlo. Ésta no es una afirmación filosófi­ca, es una afirmación biológica que describe la naturaleza de nues­tro operar como seres vivos humanos, y el hecho de que nos demos cuenta de su validez no significa que debemos dudar de la efecti­vidad de nuestro operar en los mundos que generamos con nuestro vivir. No construimos o creamos los mundos que vivimos, nos encon­tramos viviéndolos en el momento en que nos preguntamos por lo que hacemos y vivimos. El vivir nos sucede, no lo hacemos noso­tros, y nos surge caótico. Es más, lo que nos sucede surge en nuestro vivir desde un vacío experiencial que llenamos explicando nuestro vivir y lo que sucede en nuestro vivir con las coherencias operacionales que distinguimos en nuestro vivir. Y al hacer esto expandimos nuestro ver la trama relacional implícita en las cohe­rencias operacionales con que surge y distinguimos nuestro vivir. En estas circunstancias, debemos hacernos cargo de que lo que da validez a nuestro convivir en los distintos mundos que vivimos no es una pretendida conexión con un substrato trascendente a nues­tro operar, sino que el que los distintos mundos que vivimos sur­gen como distintos modos de convivir en la recursión operacional de nuestro lenguajear. Da lo mismo lo que vivimos o como lo vivimos para nuestro vivir como seres vivos, aunque no da lo mis­mo para nuestro vivir humano. Y es en nuestro vivir humano donde el dolor y el sufrimiento tienen presencia.

**Sobre el bien-estar;**

Los seres vivos somos entes que existimos en un vivir que es el presente de un presente en continuo cambio, es más, exis­timos y operamos en un devenir del vivir en el que tanto nues­tro ser como organismos así como el medio que nos hace posi­bles, nos sostiene y nos conserva en nuestro existir, surge con­tinuamente con nosotros como un ámbito operacional prima­riamente coherente con nuestro vivir, y que cambia con él.

Cuando no sucede así, o deja de suceder así, cuando se pierde el acoplamiento estructural y deja de conservarse la coherencia emergente entre el organismo y el medio que surge con él, el observador no puede más distinguir un ser vivo, el organismo muere.

Al observar el vivir de un ser vivo en su circunstancia un observador opera como externo al ser vivo observado, lo ve en un ámbito más amplio que aquel en que éste se encuentra en la reali­zación de su vivir, y lo ve en un medio que surge con su vivir, que lo contiene y que emerge con una dinámica operacional indepen­diente de él. El observador ve que el ser vivo en su vivir trae a su operar un medio que desde su localidad sólo ve parcialmente, pero que desde su acoplamiento estructural implica como una matriz relacional y operacional posible que puede surgir de una manera u otra según su dinámica senso-efectora. El operar del observa­dor y el operar del ser vivo que contempla se entrecruzan en la trama relacional del operar del vivir. En estas circunstancias, lo que el observador ve, lo ve desde una mirada externa más amplia que la mirada inmediata del ser vivo que contempla, y puede dar­se cuenta de que éste conserva su vivir sólo si al operar en el medio que su anatomía y fisiología implican como ámbito de acopla­miento estructural puede deslizarse generando la dinámica senso- efectora en que conserva su bien-estar. Más aún, el observador ve que el bien-estar del ser vivo que contempla ocurre cuando ocurre como una dinámica interna senso-efectora que da origen en él a una dinámica senso-efectora externa que conserva su vivir sólo si surge como un operar adecuado al medio que surge con su vivir.

Desde su mirada externa el observador ve que en el fluir de su vivir un organismo, al moverse en el presente de su localidad relacional, lo hace generando su dinámica interna espontánea­mente en lo que parece ser una confianza implícita en que ésta dinámica dará origen a un fluir senso-efector externo que resul­tará anticipatorio para la conservación de su bien-estar en un medio que surgirá congruente con él en el fluir de su vivir porque así ha sido antes. Sin duda lo usual es que el fluir senso-efector externo de un organismo surja anticipatorio para la conservación de su vivir ante el continuo fluir de cambio estructural del medio pues el organismo y medio que surge con él surgen en lo funda­mental dinámicamente congruentes como el resultado de su histo­ria de acoplamiento estructural. Ocurre, sin embargo, que como la dinámica estructural del medio y la dinámica estructural del organismo son independientes a pesar de la historia de acopla­miento estructural a que pertenecen, tanto el organismo como el medio pueden cambiar de modo que su congruencia estructural no se conserve. Si así sucede, y el fluir senso-efector del organis­mo no resulta anticipatorio en alguna de las distintas dimensiones operacionales y relaciónales en que éste realiza su vivir, surge el mal-estar. Cuando esto sucede, el observador ve que el ámbito de bien-estar del organismo se restringe, se acota en algunas dimen­siones de su vivir, y en esas dimensiones éste vive en el mal-estar como un ámbito relacional en el que no se quiere permanecer. Si esto sucede, el ser vivo, el organismo, cambia su dinámica opera­cional en la dirección que “parece adecuada” desde lo que su pre­sente relacional le indica. Cuando su conducta resulta anticipatorio de la recuperación y conservación del bien-estar, el ser vivo sigue esa dirección, si no es así cambia de nuevo, a menos que por algún hábito, preferencia, argumento racional en el caso humano, el ser vivo se atrape en la conservación del bien-estar básico del vivir en una dinámica de mal-estar que el observador ve como sufrimiento. Si el ser vivo atrapado en la conservación de un vivir en el dolor o sufrimiento se da cuenta de ello, pide ayuda. En cualquier caso, cuando el bien-estar básico de la conservación del vivir se pierde, el ser vivo muere.

El observador es un ser vivo humano, y todo lo que se diga sobre los seres vivos o los seres humanos, o los organismos en gene­ral, se aplica al observador. Por esto el observador, o el terapeuta, se encuentran en las mismas condiciones operacionales que los otros seres vivos que observa, sean estos humanos o no. De modo que el observador al actuar lo hace también en un operar en el presente relacional que surge con su operar, y no frente a una realidad de la que podríamos decir que es objetiva. Por esto lo que un observador ve como bien-estar en el operar del vivir de un organismo, no refleja o muestra una armonía operacional del organismo con re­lación a un mundo externo independiente de él, sino que muestra su armonía interna al encontrarse con el mundo que surge con él como el sentir interno del fluir en el bien-estar. Uno puede visualizar el sentir interno del vivir del ser vivo que observa sólo en la medida en que ese vivir se da en un ámbito de acoplamiento estructural que se intersecta con el suyo, y del cual sólo se puede decir lo que surge en el operar de uno o del otro, o de ambos. Si el observador entiende en su propio sentir el fluir del entrelazamiento dinámico de la Biología del Conocer y la Biología del Amar puede ver en mayor o menor, según sea el caso, la matriz emocional en que se desliza el vivir del ser vivo que observa. Y esto es así porque su vivir y el vivir de cada uno de los seres vivos terrestres ocurre entrecruzado con el vivir en el presente de otros seres vivos, en la trama del convivir emocional que el observador ve como matriz relacional global, y que llama la biosfera.

Dicho de otra manera, si no podemos pretender que al hacer una distinción traemos a la mano algo que ya existía en sí o desde sí antes de nuestro acto de distinguirlo, no tiene sentido en el ope­rar de nuestro vivir decir que algo es real en sí, y que debe ser visto objetivamente, o que hacemos interpretaciones de la realidad al hacer distinciones. Desde la conciencia de que esto es así, lo que decimos sobre lo distinguido o en torno a lo distinguido, no se refiere a algo que existe con independencia de nuestro operar al distinguirlo, sino que se refiere a la vez a nuestro operar y a las coherencias de nuestro operar como seres humanos observadores que surgimos como tales en el acto de distinguirnos reflexivamente en nuestro operar como observadores, sin preexistir a nuestra pro­pia distinción. De acuerdo a esto, cualquiera sea el espacio de nuestras distinciones, las vivamos como concretas o abstractas, ocu­rren en el mismo espacio fundamental, esto es, en el espacio de las coherencias de nuestro operar en nuestro vivir, y en el cual lo que hacemos es en general adecuado para la conservación de nuestro bien-estar, aunque a veces no. Un organismo implica con el ope­rar de su vivir esa trama fundamental. El que pide ayuda quiere ver lo que no ve, y como no sabe lo que no ve, sólo puede recibir ayuda de quien sabe que es lo que él o ella no ve a la vez que sabe que esta en él o ella y no fuera de él o ella.

**Sobre la matriz relacional del amar:**

Vivimos todo lo que vivimos como válido en el momento de vivirlo, y en ese vivir tratamos como válidas las coherencias operacionales que surgen como constituyendo el espacio relacional que emerge con nuestro vivir. Esto es, al aceptar que en la experiencia misma no sabemos si lo que vivimos lo trataremos más tarde como una ilusión o como una percep­ción, podemos darnos cuenta de que en tanto los mundos en que vivimos surgen como surgen con nuestro operar, los seres vivos surgimos en ellos como entes que implican desde las co­herencias estructurales con que surgen, tanto la trama opera­cional de su operar como la trama relacional y operacional de los mundos en que existen y en que pueden existir con el ope­rar de su vivir.

Todo ser vivo como organismo individual existe desde su operar como una singularidad estructural histórica que vive y se conserva en un presente cambiante continuo, deslizándose en la realización y conservación de su vivir en una trama relacional que surge con su vivir. Es más, el ser vivo vive en tanto la trama relacional que surge con su vivir hace posible su vivir como un ámbito operacional cambiante de bien-estar. La realización y conservación del vivir de un ser vivo como sistema autopoiético molecular autónomo en su dinámica de cambio implica en su ope­rar un medio molecular también autónomo en su dinámica de cambio, de modo que el ser vivo vive solamente mientras se en­cuentra en el medio en que realiza la trama relacional que le re­sulta acogedora y conservadora de su vivir. Y si esto pasa, pasa espontáneamente, pues el devenir histórico de los seres vivos sucede en un proceso en el que los seres vivos y las circunstancias de su vivir cambian juntos de manera congruente, o se mueren. De modo que en tanto un ser vivo vive, ese ser vivo es el presente de ese devenir, y su estructura implica la trama relacional en la que su vivir se conserva en el bien-estar: un ser vivo vive, conserva su vivir, sólo si el medio cambiante que surge en su vivir le es acoge­dor, es decir, si es un medio amoroso, un medio que hace posible que surja en su legitimidad operacional cualquiera sea su modo de vivir. La dinámica de esa relación es la Biología del Amar, y comprender la Biología del Amar es entender esa relación en las singularidades del vivir de cada clase de ser vivo, y de cada ser vivo en particular. Por esto él que mira desde la Biología del Amar mira desde un mirar sin prejuicios ni expectativas, y ve la trama relacional propia del vivir del ser vivo que contempla, y la ve en sus dimensiones de bien-estar y de mal-estar, y puede escoger des­de la ampliación del ver del amar el camino que quiere seguir en la relación. No es extraño pues, que el camino que lleva al enten­dimiento profundo de cualquier ámbito del vivir humano sea el

Camino del Amar en la ampliación de la mirada que el amar desde sí implica.

En todo esto, la recuperación del bien-estar, con o sin ayuda, es un proceso que el ser humano vive desde sí en su espacio relacional como un aspecto de la soledad de la continua producción de sí mismo que es su vivir cuando recupera el vivir en el amar-se a sí mismo que el respeto por sí mismo es. La ayuda sólo modula el espacio en que cursa el vivir del que la pide, el que, en un sentido estricto, sale solo del mal-estar relacional que vive cuando recupe­ra el respeto y confianza en sí mismo aceptando el fundamento amoroso de su intima soledad. Por esto la acción de ayuda puede ayudar solamente si contribuye a ampliar la aceptación de sí mis­mo del que la pide al abrir el espacio relacional que le permite ver su legitimidad biológica y humana. Y esto ocurrirá solamente si el que responde a la petición de ayuda puede, desde el amar mirarse a si mismo y guiar-dejar que se expanda en la persona que pide ayuda el espacio relacional en que ella puede ver y, por lo tanto vivir esa legitimidad desde sí misma.

**¿Cómo sucede lo que sucede?**

En estas circunstancias, podemos preguntarnos: ¿ Qué cabría decir desde el entendimiento de la Matriz Biológica de la Exis­tencia Humana79 que estaría operando en el proceso de recupera­ción del bien-estar del vivir y convivir cuando éste se ha perdido? Veamos.

El ser vivo como sistema autopoiético existe en su vivir como organismo en una dinámica molecular sistémica de continua pro­ducción de sí mismo. La continua producción de sí mismo del ser

**19 Ibid** 224

vivo ocurre en la conservación de la configuración de produccio­nes moleculares que constituyen la arquitectura dinámica que un organismo es como sistema autopoiético. Todo lo que ocurre en el vivir de un organismo ocurre como un aspecto de la continua pro­ducción de sí mismo. En el vivir de un organismo no hay enferme­dad, nada funciona mal porque en el vivir no hay propósito ni intención, y lo que le ocurre a un organismo en elfluir de su vivir es sólo un aspecto del fluir de su vivir. Así, cuando frente a lo que como observadores desde nuestro vivir humano llamamos un daño o una enfermedad en un organismo y hablamos de curación, cica­trización o regeneración en él como un proceso biológico especial, nos equivocamos y ocultamos el hecho de que el organismo sólo se encuentra en la continua producción de sí mismo.

La enfermedad no existe en el fluir del vivir de un organis­mo, la enfermedad existe sólo en el vivir humano como una dis­tinción que hace en su mirar reflexivo un observador con relación a ver un vivir que él o ella no desea para sí, y que no desea para sí porque ve un mal-estar o un dolor y sufrimiento que conoce desde su vivir cultural como ser vivo que existe en el lenguajear. De hecho, en el ámbito humano no hay enfermedad a menos que el vivir en un momento dado se declara como enfermedad sea distin­guido por un observador como algo indeseable que no depende de la voluntad de uno y que se desea cambiar. La mirada que distin­gue el vivir indeseable a la vez que la posibilidad de salir de ese vivir, es la mirada que ve la matriz relacional en la que el mal­estar y el bien-estar ocurren como momentos del vivir, mirada que es posible sólo desde la ampliación del ver que trae consigo el amar. Cuando se suelta la certidumbre de que lo que se vive es lo que debe vivirse, cuando se abandonan las expectativas sobre lo que debe suceder, cuando se dejan de lado las exigencias sobre el deber ser del otro o de sí mismo, cuando se suspende la discrimina­ción desde la verdad, surge la Biología del Amar y el bien-estar

aparece como un suceder natural del convivir que se convive. Y cuando aparece la Biología del Amar se abre el camino para la recuperación del respeto por sí mismo, y la liberación del dolor. Esto es lo que según nuestro pensar hacen las “Conversaciones Liberadoras ”, posibilitan la reflexión en que se recupera la Biolo­gía del Amar en el propio vivir desde el propio vivir.

Es porque el vivir en el bien-estar es un suceder natural del vivir y convivir humano, que si se pierde se puede re-vivir y recu­perar en un conversar desde la Biología del Conocer que guía la reflexión, en el ver que el camino para esa recuperación del amar y amar-se, y ese re-vivir es uno mismo. Si eso sucediera, nosotros diríamos que el conversar fue liberador. Tal vez otros dirían que hubo un efecto terapéutico.

El bien-estar en la conservación del vivir de un ser vivo está en la biología, y el bien-estar del vivir y convivir del ser humano como ser vivo está en la biología humana. Al mismo tiempo el bien-estar del vivir y convivir humano como vivir y convivir hu­mano propiamente tal, se vive distinto en los distintos mundos culturales que como seres humanos generamos en nuestro vivir humano, y por esto se puede perder y recuperar con o sin perdida del vivir biológico de manera distinta en un ámbito cultural o en otro. Según sea nuestro convivir cultural, según el conversar que guíe nuestro convivir o que guíe nuestro reflexionar, será el vivir que vivamos. Si perdemos el bien-estar en un convivir cultural par­ticular, entramos en el dolor en ese convivir, y en ese convivir pode­mos atraparnos en el sufrimiento en la conservación recursiva de ese vivir en el mal-estar. Ocurre, sin embargo, que aunque los distin­tos dominios de convivencia son disjuntos, su vivirlos se nos entrecruzan en nuestra corporalidad, y de hecho el dolor o la alegría que vivamos en uno de ellos modula en grado menor o mayor todas las dimensiones de todos nuestros dominios del vivir y convivir.

Según sean las teorías filosóficas, las doctrinas científicas, los propósitos políticos, o las creencias religiosas que adoptemos para justificar o para guiar nuestro hacer y nuestro pensar, serán la redes de conversaciones que se den en nuestro vivir y convivir. Y, por lo tanto, según sean las redes de conversaciones que vivamos será el que nuestro vivir y convivir lo vivamos en el bien-estar o que nos atrapemos en relatos, creencias y argumentos que nos lle­van a conservar un convivir en el dolor y el sufrimiento. Por esto un observador verá que lo que él o ella ve como liberación del dolor ocurre siempre como un cambio cultural, como un cambio en la red de conversaciones que se vive y conserva con el propio vivir en el presente cambiante continuo que se vive, cambio que recupera el vivir inconsciente y consciente en la Biología del Amar perdidos como el fundamento del vivir y convivir cotidianos que se vive. Por último, el observador verá que el vivir en el bien­estar como un vivir humano en la armonía inconsciente y cons­ciente de la Biología del Amar en todas las dimensiones de la Matriz Biológica de la Existencia Humana, es a la vez el fundamento y el producto de un proceso dinámico de continuo deslizarse en el convivir en el respeto por sí mismo y el respeto por el otro porque ese es el vivir y convivir que uno quiere como ser humano Homo sapiens-amans amans.

También el observador puede ver que en nuestro vivir pa­triarcal-matriarcal hay variaciones del convivir como las centra­das en la arrogancia y la agresión que en nuestro presente compe­titivo conservan de manera extrema el dolor y el sufrimiento desde la negación del amar. Estos modos de convivir ya han surgido en el pasado como identidades culturales del tipo Homo sapiens- amans arrogans y Homo sapiens-amans agressans que han per­sistido en el aprendizaje de los niños por generaciones, y después se han extinguido. Sin embargo, en el ámbito manipulativo presente de nuestra cultura patriarcal-matriarcal estas formas de convivir pueden conservarse por muchas generaciones desde una transfor­mación tecnológica de nuestro espacio de existencia., y eventual­mente dar origen a linajes biológicos independientes que despla­cen hasta su extinción al linaje fundamental Homo sapiens-amans amans que aún existe. Hay muchas obras de ciencia-ficción que evocan esta posibilidad.

Los seres humanos somos mamíferos amorosos, primates bípedos que pertenecen a una historia evolutiva cultural centrada en la Biología del Amar, en una convivencia en el compartir y el colaborar, no en la competencia y la agresión. Y es en ese convivir amoroso donde están ahora tanto nuestro bien-estar biológico fun­damental como nuestro bien-estar cultural, y de hecho nos enfer­mamos y eventualmente morimos cuando se pierde ese convivir de manera permanente. Pensamos que ese convivir constituyó el es­pacio relacional en el que surgió el lenguajear como un modo de convivir que al comenzar a ser conservado de una generación a otra en el aprendizaje de los «niños», más de tres millones de años atrás, dio origen a nuestro linaje y a nuestro presente. Pensamos que las emociones guían el devenir evolutivo animal en general, y pensamos que en la historia que nos dio origen fue la conservación de una generación a otra del entrelazamiento del lenguajear (sapiens) en el colaborar y el compartir (amans) en el placer de la convivencia a través de los niños, lo que constituyó el inicio y la definición operacional de nuestro linaje. Es por lo anterior que también pensamos que nuestro linaje comenzó directamente Homo sapiens-amans amans, y que el desamor es para nosotros tan des­tructor aún cuando pareciera que la competencia y la lucha son centrales en nuestro vivir actual. Sin embargo no lo son. Nuestro origen no está en la competencia ni en la mutua agresión. Si así fuese, si nuestro fundamento biológico no fuese amoroso, si el bebé humano no naciese en la confianza implícita de traer consigo al nacer un ámbito amoroso, la preocupación por el bien-estar del

*otro no sería posible. Las teorías desde donde decimos que la com­petencia y la lucha son centrales en nuestra identidad humana, y que la autoridad, la dominación, la obediencia, el éxito, el logro de un bien superior, el control, la jerarquía, son aspectos centrales de nuestra convivencia social, niegan la colaboración, el respeto por sí mismo y por el otro, la ética y la responsabilidad y nos atra­pan en el dolor y el sufrimiento como formas de vivir y convivir. Es en tanto somos biológicamente seres que nacemos amorosos cuyo* bien-estar *ocurre en el ser vistos, en el ser respetados, en el verse y respetarse a sí mismo desde y en la Biología del Amar, que sólo la Biología del Amar nos devuelve y conserva la salud en nuestra unidad psíquica y corporal pues esa es la fuente última de nuestro* bien-estar, *y es de hecho el fundamento relacional que directa o indirectamente nos libera del dolor y sufrimiento cultural.*

POR ÚLTIMO

Todo lo dicho revela mi pensar presente con relación al tema de la terapia según como ha surgido y se ha transformado des­de que Ximena Dávila Yáñez me mostró como opera ella con la dinámica relacional que entrelaza en el vivir a la Biología del Conocer y a la Biología del Amar desde el entendimiento glo­bal de esa dinámica que evocamos al hablar de la Matriz Bioló­gica de la Existencia Humana20. En el presente cultural que vivimos no entendemos la matriz relacional de nuestra exis­tencia atrapados en teorías que pretenden ser realistas, u obje­tivas, en la búsqueda de justificaciones racionales sobre nues­tro vivir con la esperanza de tener certezas que de alguna ma­nera nos saquen de la culpa que en el fondo no podemos dejar de sentir con respecto al sufrimiento que generamos en el mundo natural y el mundo humano. Esta actitud de búsqueda de alguna argumentación racional para generar un bien-estar que nos tranquilice sobre nuestro hacer, nos ha llevado prime­ro a negar nuestro vivir emocional, luego a querer encontrar inicialmente en la tecnología material y después en la tecnolo­gía biológica y relacional, un camino redentor que oculte la codicia, ambición y arrogancia que guían nuestro hacer en nuestro presente cultural. Pero nuestros conflictos del vivir y convivir no son racionales, son de nuestro vivir y convivir emocional, pertenecen al ámbito de nuestros deseos y de nues­tra conciencia o negación de nuestra conciencia de nuestros deseos. Actuamos como si la razón guiase o pudiese guiar nues­tro hacer, y no es así. Todo argumento racional, todo pensar racional, se funda en premisas, puntos de partida, o nociones

20 Ibid 230

aceptadas a priori desde la emoción, desde las preferencias, desde los deseos. Nuestro vivir y el vivir de los seres vivos en general siguen un curso continuamente definido desde el emocionear. A lo largo de nuestra historia los seres humanos hemos dicho mucho que somos seres racionales, pero no es así, como todos los seres vivos somos seres emocionales cuyo vivir está siempre guiado por el emocionear, desde las bacterias hasta nosotros los seres humanos. Lo peculiar nuestro es que como seres que existimos en el lenguajear podemos operar en la re­flexión en un acto que suelta nuestra certidumbre sobre nues­tro presente y nos abre la posibilidad de escoger el espacio ra­cional en que queremos realizar nuestro hacer desde un cam­bio emocional que nos expone a las implicaciones de nuestros deseos. En fin, podemos usar nuestro razonar para justificar o negar ante otros o a nosotros mismos las emociones que nos guían, pero nunca es la razón lo que guía nuestro vivir y convi­vir sino que siempre es nuestro emocionear. Nuestra reflexión puede llevarnos de modo más o menos intenso a cambiar de espacio relacional, de modo que surge un nuevo curso racional en nuestro vivir, pero este nuevo curso racional surgirá, insis­to, guiado desde el emocionar de ese nuevo ámbito relacional. Sin duda la razón es fundamental en el fluir de nuestro vivir y convivir ya que entrelazada con nuestro emocionear constituye la dinámica de nuestro hacer que estructura los espacios operacionales en que surgimos en el curso en nuestro lenguajear y emocionear en nuestro conversar.

En estas circunstancias, el ver la naturaleza cultural del dolor por el que se pide ayuda abrió en mi una mirada que antes no tenía, y que amplió mi entendimiento de la dinámica operacional y relacional que en el vivir entrelaza a la Biología del Amar y la Biología del Conocer en un vivir biológico-cultu- ral. Y es esta ampliación del mirar lo que me permitió ver con

más profundidad que la naturaleza de nuestro presente cultu­ral conservador extremo del dolor que ese mismo vivir cultural genera, está en la negación sistemática que ese mismo vivir genera, tanto de la Biología del Amar como de la reflexión que permitiría recuperarla. Por último, la observación de Ximena Dávila de que el dolor por el que se pide ayuda es siempre de origen cultural, nos muestra también que la salida de esa tram­pa cultural es posible sólo si el que la vive llega a ver que él o ella misma es la fuente y realización de la Biología del Amar cuya negación cultural lo atrapa en el dolor y sufrimiento.

Nuestra vida como seres humanos, ocurre en muchas di­mensiones que se entrecruzan en su realización en nuestra corporalidad como el substrato operacional en el que se da todo lo que hacemos. Así, en el fluir de nuestro vivir podemos si­multánea o alternativamente ser poetas, artesanos, médicos, brujos, santos o bandidos, en un juego de múltiples personali­dades o maneras de ser y hacer que se afectan mutuamente aunque a veces queremos vivirlas de maneras independientes. Y en este juego de múltiples personalidades surgen muchos mundos distintos que se entrelazan en una trama recursiva de símbolos y evocaciones, en un emocionear que le puede dar encanto, luminosidad, melancolía u oscuridad de tragedia, a un vivir cuyo fundamento último es moverse en una sensorialidad acotada al comer y dormir. Nuestro vivir en la recursividad del vivir y convivir en el conversar, ocurre como una apertura a un infinito cambiante de existencias, pero cual­quiera sean estas se realizaran siempre en la dinámica de nues­tra corporalidad como el único fundamento operacional de todo lo que vivimos en un vivir biológico que hace posible todo lo que hacemos, somos, o podemos ser. A veces nos parece que nuestro ser lo que somos como seres biológicos nos limita, y añoramos un vivir espiritual distante de la materialidad del vivir cotidiano, seducidos por los mundos abstractos de la filo­sofía, de la poesía, o de las la religiones, que parecen más per­manentes y puros por su carácter esencial. Sin embargo, esos mundos que nos parecen abstractos y trascendentes, de hecho no lo son, ya que sólo existen en la realización biológica de nuestro vivir relacional como distintas redes de conversaciones que constituyen distintos modos de realizar el vivir relacional fundamental de la conservación del vivir. Y es en esa intima

intersección de lo abstracto relacional y la concretitud opera- cional de lo biológico, donde se dan el dolor y el sufrimiento que nos acongoja en nuestro vivir humano. Es en esa intersec­ción donde vivimos el abandono, la negación, el rechazo, la traición, el engaño y la mentira, como situaciones que violan nuestra dignidad humana. Y es también en esa intersección donde nosotros mismos somos el fundamento y la posibilidad de vivir la reflexión en el amar, como el proceso de ampliación de la mirada que lleva a la recuperación del respeto por si mis­mo, la libertad, la autonomía, la confianza en la propia legiti­midad.

Durante los últimos siete u ocho mil años, la mayoría de los seres humanos hemos vivido, en un grado mayor o menor, inmersos en el dolor y el sufrimiento que genera la cultural patriarcal-matriarcal con el vivir en relaciones de dominación y sometimiento, desconfianza y control, que la caracteriza. Es más, a lo largo de esa misma historia han surgido distintos intentos de encontrar un camino de liberación del dolor y el sufrimiento que se vive, desde distintas orientaciones reflexi­vas y explicativas. Veámoslas.

Orientación psicológica oriental:

Las cuatro nobles verdades del Budismo:

1. Hay sufrimiento.
2. El origen del sufrimiento es el apego.
3. El sufrimiento puede cesar.
4. El camino para que cese el sufrimiento es la meditación que lleva al no-apego.

Esta orientación es estrictamente psicológica desde un tras- fondo conceptual que acepta que el propósito fundamental del vivir humano es la liberación del dolor y el sufrimiento que trae consigo el apego a lo transitorio y efímero. El pensar bu­dista surge en el seno de la cultura patriarcal-matriarcal India de hace 2500 años atrás, en un trasfondo relacional de natura­leza jerárquica, en el que lo que se busca es un logro que de alguna manera a uno lo hace superior, logro que se debería poder obtener mediante un método efectivo. Dado el carácter patriarcal-matriarcal de la cultura de la época, aunque existe la compasión, el carácter jerárquico de las relaciones niega el amar. Así, cuando Buda se ilumina se da cuenta de que el entendi­miento que ha obtenido no se puede enseñar sino que sólo se puede evocar. Sus seguidores le piden que enseñe por compa­sión hacia aquellos que están avanzados en el camino y que sólo necesitan un poco de ayuda, sin comprender lo que Buda dice porque lo escuchan desde el trasfondo cultural en que vi­ven, y se atrapan o enajenan en la búsqueda de un procedi­miento o método efectivo que asegure la iluminación. Todo esto hace que la búsqueda del no-apego a través de la medita­ción sea larga y difícil, ya que éste ocurre sólo al vivir en el amar, y para que la meditación abra el camino al no-apego quien medita tiene que salir de la cultura patriarcal-matriarcal y en­contrar el Camino del Amar, que era aquello que Buda decía que no se podía enseñar.

Orientación mística occidental:

Jesús dice:

1. Yo soy amor,
2. Yo soy el fin y el camino.

Las enseñanzas de Jesús que son de una orientación es­trictamente mística, indican que la gracia divina está en el amar y que el amar es a la vez el camino hacia la presencia de la gracia divina y la gracia divina misma. Jesús invita al amar, pero no se le entiende. Se la quiere rey, autoridad. El quiere disolver la cultura patriarcal-matriarcal en que encuentra in­merso, pero no lo logra porque se le escucha desde ella. El amar no existe en la cultura patriarcal-matriarcal, y cuando Jesús habla de amar quienes le escuchan entienden compasión o solidaridad. La compasión y la solidaridad que sí existen en la cultura patriarcal-matriarcal, no evocan amar porque impli­can como fundamento de su operar la discriminación jerár­quica. Un observador dice que hay amar cuando ve que al­guien se conduce de modo que él mismo, el otro, la otra, o lo otro, surge como legítimo otro en convivencia con él o ella. El amar ocurre sin expectativas, no espera retribución y es unidireccional.

Orientación psicológica occidental:

Terapia psicológica:

La orientación del intento terapéutico psicológico es ha­cia la obtención de la recuperación de la salud psíquica con procedimientos que pretenden ser solidarios con un mirar bio­lógico científico racional bajo la forma de procedimientos psi­cológicos y químicos que, aunque se los declara sistémicos son, como muestra Ximena Dávila, métodos de terapia de aplica­ción lineal.

La orientación del intento terapéutico sin duda surge des­de el trasfondo amoroso fundamental humano, pero surge en un propósito de ayudar que busca operar con un método o procedimiento que en general resulta enajenador porque quie­re ser efectivo como tal, y esa es su debilidad.

Orientación desde la Biología del Amar:

Evoquemos con cuatro aforismos lo que nos muestra Ximena Dávila Y.

1. El dolor y el sufrimiento relacional por el que se pide ayu­da son siempre de origen cultural.
2. El dolor y el sufrimiento relacional por el que se pide ayu­da surgen de la negación cultural recursiva del respeto y el amor por sí mismo que se vive en una cultura centrada en relaciones de dominación y sometimiento a la vez que de desconfianza y control.
3. En tanto el dolor y el sufrimiento relacional por el que se pide ayuda surgen de la negación cultural recursiva del respeto y el amor por sí mismo, pueden desaparecer si se recuperan el respeto y el amor por sí mismo.
4. El camino para la recuperación del respeto y el amor por sí mismo es el de la recuperación de la consciencia emo­cional de que se es biológicamente un ser amoroso que existe en la dinámica entrelazada de la Biología del Cono­cer y la Biología del Amar.

El quehacer evocado por estos cuatro aforismos ante una petición de ayuda por un dolor relacional, surge desde el en­tendimiento de la naturaleza biológica del ser humano fuera de la cultura patriarcal- matriarcal. Por esto el conversar re­flexivo en el entendimiento de la Biología del Conocer y la Biología del Amar con que Ximena Dávila responde ante una petición de ayuda no tiene intención terapéutica, y su orienta­ción, como ella siempre dice, es crear un conversar relacional acogedor que permita a la persona que pide ayuda encontrarse con su fundamento humano amoroso en su presente relacional. Este conversar, que resulta liberador del dolor y del sufrimien­to, cuando a través de él se recuperan el respeto y el amor por sí mismo desde el bien-estar relacional que trae consigo la con­ciencia emocional de que se es un ser biológicamente amoroso y se ve el presente del propio vivir desde el entendimiento poé­tico de la dinámica entrelazada de la Biología del Conocer y la Biología del Amar, es lo que ella llama Conversaciones Liberadoras. El trasfondo reflexivo de las Conversaciones Liberadoras es sin duda de carácter occidental pues surgen des­de el entendimiento biológico, antropológico, y poético, de que los seres humanos somos en nuestra biología seres prima­riamente amorosos que se enferman en cuerpo y alma si se hallan en un convivir que les niega o restringe su vivir en el amar, pero su intención no es terapéutica sino que reflexiva.

Es posible que se diga que sabemos todo esto desde hace mucho tiempo. Sí, lo sabemos en la dinámica emocional de nuestro vivir, pero lo olvidamos o lo negamos al vivir en el sometimiento del desamor fundamental de la cultura patriar- cal-matriarcal que vivimos, y nos atrapamos en la búsqueda de una efectividad operacional que inevitablemente nos ciega ante nosotros mismos, el otro, la otra o lo otro, en la tentación in­consciente de la certidumbre del saber. Por esto, para no ena­jenarnos o liberarnos de esta enajenación, tenemos que enten­der la trama relacional en que se da nuestra existencia humana como seres emocionales, racionalmente conscientes de nues­tro hacer en los mundos que generamos en nuestro vivir y con­vivir. Y para hacer esto es necesario que entendamos la matriz biológica relacional en que se da nuestra existencia como seres conscientes capaces de comprender su propio existir, entendi­

miento que Ximena Dávila y yo connotamos al hablar de la Matriz Biológica de la Existencia Humana,21.

Al hablar de la Matriz Biológica de la Existencia Huma­na[[14]](#footnote-14) evocamos también el carácter poético de nuestro ser seres humanos, seres que en tanto somos continuos creadores de los mundos que vivimos, vivimos en un cosmos que surge tam­bién en la poética de nuestro vivir y convivir. Los seres huma­nos somos seres poéticos: existimos en un espacio molecular pero vivimos en un mundo relacional; somos sistemas deter­minados en nuestra estructura pero existimos en un espacio poético relacional en el que lo que nos guía en último termino es el amar o la negación del amar. Lo que admiro del quehacer y entendimiento de Ximena Dávila es cómo responde ella a quienes le piden ayuda con una conversación que resulta liberadora del dolor y el sufrimiento cultural en la poética del amar.

Al hacerse cargo de que el dolor y el sufrimiento por el cual se pide ayuda desde la negación cultural, Ximena Dávila hace algo que yo intuía y no había podido hacer: muestra la dinámica relacional de la Biología del Conocer y la Biología del Amar en el convivir, amplía mi entendimiento de esta diná­mica, revela que el efecto liberador del dolor y sufrimiento cul­tural ocurre cuando se recuperan el respeto y amor por sí mismo desde el silencio reflexivo intimo del operar relacional de la Bio­logía del Conocer y la Biología del Amar, y muestra también que este operar se puede guiar de manera emocional consciente si no se usa como un método para obtener un resultado.

A MODO DE EPÍLOGO

La gran dificultad:

La cultura patriarcal-matriarcal que vivimos ha estado desde sus inicios, unos doce mil años atrás, orientada a la bús­queda de procedimientos efectivos para lograr doblegar el cur­so de los sucesos del mundo que se vive en el supuesto implíci­to creciente de que éste es externo al ser humano, y por lo tanto manipulable. Así, desde esa actitud cultural, cuando uno aplica un procedimiento o un método lo hace en la confianza de que éste tiene la capacidad de producir o asegurar el resul­tado que se desea obtener. Por lo mismo, la búsqueda de una metodología de acción terapéutica efectiva trae consigo la creen­cia implícita inconsciente de que es posible especificar a través de ella lo que ocurrirá en el pensar y el sentir de la persona que pide ayuda. Sin embargo, la efectividad de cualquier método o procedimiento requiere que el espacio operacional donde se aplica cumpla con ciertas características fijas o constantes, y eso nunca se puede asegurar en el ámbito del vivir y convivir humano. Y es así porque las personas siempre pueden cambiar de parecer o sentir sobre lo que está ocurriendo con ellas o lo que están haciendo o pensando, y cualquier intento de hacer efectiva la aplicación de un método o técnica relacional para obtener un cambio conductual sin hacerse cargo de esto gene­ra cegueras que restringen la reflexión. Es por lo anterior que Ximena Dávila y yo pensamos que lo fundamental ante una petición de ayuda relacional es escuchar y actuar desde el en­tendimiento de la dinámica que entrelaza la Biología del Co­nocer y la Biología del Amar de modo que sea este entendi­miento lo que guía la conversación reflexiva sin tener la aten­ción puesta en un resultado terapéutico. Pensamos que es sólo desde la libertad de reflexión que esa actitud trae, que es posi­ble contribuir a que se abra el espacio relacional que permitirá a la persona que solicita ayuda, hacerse consciente de que ella misma es el origen de su bien-estar o de su mal-estar, y así redescubrirse a sí misma encontrando que ella en su presente, y desde su presente como ser biológicamente amoroso, es la fuente y realización de su salida de la trampa cultural de sufri­miento psíquico y fisiológico en que se encuentra. Y es por esto mismo que en el Instituto Matríztico procuramos entre­gar autonomía reflexiva a nuestros alumnos con la formación en el entendimiento de la Matriz Biológica de la Existencia Humana23 a través de la Biología del Conocer y la Biología del Amar, enseñando lo que llamamos el pensar ontológico cons­titutivo desde la conciencia del entendimiento biológico de que el mundo que vivimos surge con nuestro hacer en nuestro vivir y convivir cotidianos.

ENLACE V

“Todo dolor y sufrimiento por el que se pide ayuda es siempre de origen cultural”. No es fácil entender plenamente en este presente cultural lo que tal afirmación implica para el entendimiento del vivir y convivir humano en general, y para la comprensión de los mundos que generamos los seres huma­nos desde la intimidad de nuestro entorno hasta el cosmos que vivimos. Es a esta comprensión de la intimidad dinámica de nuestro ámbito de existencia en la generación de los mundos que vivimos a lo que en este fundamental ensayo se refiere al hablar de la Matriz Biológico-Cultural de la Existencia Humana.

El darse cuenta de que “el dolor y sufrimiento por el que se pide ayuda relacional es siempre de origen cultural”, crea un nue­vo y profundo giro sistémico-sistémico de la comprensión de la Biología del Conocer y del Amar incluyendo de manera explí­cita lo más fundamental del vivir humano que es su vivir cul­tural y su presencia individual en ese vivir, cosa que sólo se puede ver y entender desde el mirar de la biología cultural.

Cuando surge el linaje humano en la conservación del vi­vir en el conversar como el modo de vivir y de convivir que lo define, surge también el ámbito biológico-relacional del vivir humano como el ámbito de un vivir y convivir en redes de conversaciones que constituyen la matriz relacional o matriz biológico-cultural de la existencia humana en la que hacemos y desde donde hacemos todo lo que hacemos y podemos hacer los seres humanos y cuya dinámica operacional llamamos bio­logía-cultural.

El vivir humano como un convivir cultural en redes de conversaciones inicia un devenir evolutivo y ontogénico que al ser guiado por la continua generación recursiva de distintas redes de conversaciones, da origen a los distintos modos de vivir y convivir que constituyen los distintos mundos biológi- co-culturales que vivimos como distintas realidades o matrices biológico-culturales del vivir.

La biología-cultural es entonces el ámbito en el que las redes de conversaciones que constituyen el vivir cultural han modulado y modulan el curso del fluir del vivir biológico del vivir humano, y el fluir biológico de la realización del vivir del ser humano ha modulado y modula el curso del vivir cultural de lo humano, en un entrelazamiento recursivo que surge con el linaje humano en la conservación del conversar de una ge­neración a otra al surgir éste en la familia ancestral. Por lo tanto, la biología-cultural es lo peculiar del linaje humano, y es en ella donde todo lo humano ocurre.

Todo lo que los seres humanos vivimos lo vivimos en y desde la biología-cultural, ya sea ciencia, arte, religión, tecno­logía, filosofía o sólo el vivir cotidiano en los quehaceres de la conservación del vivir. Es desde el operar de la biología-cultu­ral que es posible el vivir humano en el lenguajear como un vivir generador de mundos abiertos a la comprensión humana porque al ser generados desde ella, surgen como expansiones del operar de la matriz biológico-cultural de la existencia hu­mana. Y, como este ensayo revela, no se trata de una matriz biológico-cultural que exista como un en sí, independiente del operar del observador, sino de una matriz que sólo puede ser distinguida desde el vivir mismo de quien lo hace, en un mirar sistémico-sistémico que al mismo tiempo que surge de su operar nos muestra su dinámica generativa. Y, dado que vivimos en un presente cultural patriarcal-matriarcal, tal dinámica generativa sólo puede ocurrir en el ver desde el propio dolor, en un hacer reflexivo que la Biología del Amar hace posible como dinámica relacional fundamental desde donde todo vi­vir surge como legítimo, invitándonos a ampliar nuestra con­ciencia sobre lo que queremos conservar en nuestro vivir y so­bre las consecuencias que ese vivir tiene para nosotros, para los demás y para el mundo natural que habitamos.

MATRIZ BIOLÓGICO-CULTURAL DE LA EXISTENCIA HUMANA Y CONVERSAR LIBERADOR

MATRIZ BIOLÓGICO-CULTURAL DE LA EXISTENCIA HUMANA Y CONVERSAR LIBERADOR

*Ximena Dávila Yáñez*

REFLEXIÓN SOBRE MI HISTORIA:

Antes que nada, deseo agradecer a todas aquellas personas que han sido parte de mi experiencia de vida. Agradecer tanto a aquellas personas con las que he compartido hermosos y feli­ces momentos llenos de ternura, sensualidad y cuidado, como agradecer al mismo tiempo a todas aquellas personas que han formado parte de mi historia y de este presente, y a quienes pude haber provocado algún dolor por lo que me disculpo sin­ceramente.

Ha sido y es una experiencia de vida cuyo curso impulsa­do por la reflexión desde el dolor y sufrimiento cultural, me ha permitido darme cuenta que desde toda mi vida me he movi­do fundamentalmente en la Biología del Amar y el respeto por mí misma, modo de vivir en el cual me transformé desde mi infancia al lado de los adultos con quienes crecí. Especialmen­te el amor incondicional, lleno de ternura, de mis padres que hasta hoy día dicen: “tu eres la hija del amor”. Este impulso amoroso que me ha movido en mi vida a buscar respuestas cada vez que ha surgido en mi vivir el dolor existencial, ha permitido por una parte que surgiera un modo de relacionar­me donde se han conjugado tanto la alegría de la libertad como el dolor de la soledad, y por otra parte ha ampliado la concien­cia sistémica-sistémica de mi presente, para no quedar atrapada

en el círculo interminable del sufrimiento cultural patriarcal- matriarcal.

Es, pues, desde mi propia experiencia que digo lo que digo, evocando desde allí la dinámica sistémica-sistémica que abre la posibilidad de abstraer en una danza interminable de curio­sidad, alegría y dolor, la matriz biológica-cultural de la existen­cia humana a través de la reflexión que sólo la Biología del Amar hace posible.

¿Y desde donde digo lo que digo a continuación? Desde el entendimiento de la Biología-Cultural. ¿Y que es la Biología- Cultural? ¿Cómo surge? ¿Es acaso un pensar filosófico, viene acaso de la política, es una nueva ideología o una nueva reli­gión o una nueva evangelización? Ninguna de éstas cosas.

El entendimiento de la Biología-Cultural y sus frutos tie­ne sus raíces en el entendimiento de la Biología del Conoci­miento y la Biología del Amor que propone Humberto Maturana Romesín desde su ser y hacer como biólogo a partir de 1960 para la comprensión de los fundamentos de lo humano.

A fines del año 1999 conversando con Humberto Maturana Romesín, el Doc, como cariñosamente lo llamamos, me dijo, “sabes Ximena quiero dejar de hablar del amor, en numerosas ocasiones yo he dicho que el camino para recuperar la salud fisiológica y la salud psíquica es la biología del amor, y ante la pregunta por ¿cómo se hace?, mi respuesta siempre fue igual, «amando». Y ante la pregunta ¿cómo, qué debo hacer?, respondía nuevamente, «amando», sin poder describir un como. Naturalmente la crítica es que la biología del amor no propor­ciona una visión adecuada de la acción oportuna frente a una petición de ayuda, crítica que yo escuchaba pero no aceptaba como válida pensando que el amar era obvio”.Y en este fluir de conversaciones, que al igual que al mirar un río deseando ver sus bordes no los vemos en su ser una totalidad en conti­nuo cambio, nos damos cuenta de que la dinámica reflexiva que trae a la mano el conversar y el preguntar, moviéndose también como una unidad infinita y fascinante, no tiene bor­des que la limiten aunque surja en sí auto-contenida.

Le conté al Doc lo que hacía desde mi entendimiento de la naturaleza relacional de la biología del conocimiento y la biología del amor como aspectos cotidianos del convivir en mis conversaciones con las personas que me solicitaban ayuda ante el dolor y sufrimiento relacional que surgía en su convivir, ya fuera en el ámbito personal, como organizacional. “Ximena”, me dijo, “haz hecho algo que nadie había hecho hasta hoy, y que es poner en movimiento la dinámica de la Biología del Conocimiento y la Biología del Amor”. Lo que presento en este ensayo es lo que yo descubrí, y que descubrí a propósito de mirar mi propio vivir y convivir, desde ver mi propio dolor y sufrimiento, desde mi propia experiencia de desamar; y al hablar de experiencia me refiero a lo que uno distingue que le sucede en el espacio de su vivir, que es el único espacio desde donde usted, yo, los otros las otras podemos hablar.

Y poco a poco, como parte de un proceso vertiginoso que surge momento a momento en mi vivir de manera conciente e inconsciente, la Biología del Conocer y la Biología del Amar se encarnaron en mí, transformando mi configuración de sen­tires, mi corporalidad, y adquiriendo en mi experiencia, volu­men, como un ámbito reflexivo donde surgían, como una cas­cada interminable, reflexiones y preguntas, y más reflexiones y preguntas, al infinito, y como consecuencia un remolinear de mi vivir y de mi habitar.

Un modo de habitar cotidiano, ordinario, sin embargo conciente de la clase de seres que somos, falibles, finitos, tier­nos y agresivos, generadores de mundos horribles o de mun­dos fascinantes, y que esa era yo también, generadora de mun­dos, de mi mundo del cual yo era el centro y era responsable de vivir y convivir en el bien-estar o en el mal-estar. Lo vivido no es trivial, ya no puedo culpar al otro, la otra, los otros, cada uno genera el mundo que vive. ¿Todo esto que estoy enten­diendo será una religión, o una nueva filosofía? Y ¿desde don­de no lo es? ¡No, no lo es en tanto reflexiono sobre el vivir desde su propios fundamentos biológicos!

Me di cuenta, y aún lo siento en mi sensorialidad cuando lo recuerdo como un destello conmovedor, que “Si todo dolor y sufrimiento por el cual se pide ayuda es de origen cultural”, nos encontramos, entonces, con los fundamentos culturales de lo humano...biología y cultura... juntas en una danza cambian­te y embriagadora. Lo vivo, lo humano, la vida, la muerte, el existir, la existencia, lo espiritual, el alma, la trascendencia, lo que nos constituye, las creencias, las explicaciones, la cultura, lo ético, el bien y el mal que no tienen presencia en el mundo natural pero si en el mundo humano, en nuestro mundo, en su mundo señor lector o señora lectora, en el mundo de cada uno de nosotros. Biología y Cultura unidas por primera vez no en un delirio enajenante de una nueva Verdad, sino que desde sus propios fundamentos biológico-culturales.

*Todo dolor y sufrimiento por el que se pide ayuda es de origen cultural en la cultura* patriarcal-matriarcal *que vivimos la mayor parte de la humanidad actualmente.*

De esto me di cuenta en el curso de mis conversaciones con las personas que me enviaba Daniel[[15]](#footnote-15), un médico amigo, diciendo: “Tu conversas de un modo que hace bien.” Su co­mentario me sorprendió e intrigó, de modo que comencé a observar lo que sucedía en mi encuentro con las personas que él me enviaba y venían a conversar conmigo. Yo las recibía en el living de mi casa, procurando un lugar cálido, sin artificios, acogedor, un lugar en que nos sintiésemos bien. Y lo hice sin intención de hacer terapia, sólo en la aceptación de la persona que venía a verme como otro ser humano tan inteligente y sensible como yo, regalándonos mutuamente confianza, en un encuentro en el mutuo respeto.

Había estudiado Orientación en Relaciones Humanas y Fa­milia con mención en Relaciones Laborales, y en el proceso de mi formación tuve contacto con las ideas de Humberto Maturana Romesín despertando inicialmente mi curiosidad, una en particular: el Multiverso. ¿Así es que no existe un solo univer­so? ¿Qué está queriendo decir? ¿Qué no existe un solo Universo para nosotros, que hay tantos universos como personas?

Yo vivía inmersa en esta cultura pensando y sintiendo que “existe una sola realidad común para todos, inmutable, incon­trovertible”. Surgieron entonces muchas preguntas abiertas en

mi reflexión. Me aproximé más a sus ideas a través de mi tesis, surgiendo todavía más preguntas. Profundicé entonces mis conversaciones con el Dr. Humberto Maturana Romesín en diferentes espacios formativos o reflexivos. Dentro de ellos, la maravillosa oportunidad de conocer y compartir algunos mo­mentos con la mamá de Humberto Maturana, Olga Romesín, Goguita. Una mujer que vivió su vida como un testimonio constante de autonomía reflexiva y de acción, invitándome a darme cuenta que al haber vivido dos años en una comunidad Aymará tuvo la posibilidad de aprender una cosmovisión cen­trada en el colaborar y compartir, con una mirada sistémica- recursiva (o sistémica-sistémica como yo muchas veces prefiero decir queriendo insistir en la dinámica del fluir del vivir) que podía apreciarse en su defensa de los derechos de la mujer y de los más pobres, desde el respeto por sí misma. Incluso recuer­do en sus últimos días como al acompañarla en una ocasión tomándola del brazo para que pudiera caminar segura, me dijo: “No. No me tomes tú. Tu caminar no es mi caminar y puede hacer que me caiga. Mejor deja que yo te tome a ti del brazo y que mi caminar guíe tu caminar”.

No es de extrañar, entonces, que en mi escuchar haga un profundo sentido la invitación de Humberto Maturana Romesín a entender que los seres humanos somos primaria­mente seres amorosos desde la historia evolutiva que nos dio origen. El que, como todo ser vivo, el bebé humano naciera en la confianza, de una manera implícita en nuestra anatomía y fisiología, de encontrarse en un ámbito acogedor para la reali­zación de su vivir y bien-estar era una idea estremecedora.

¿Qué sucede entonces que a lo largo de la vida humana hay tanto dolor y sufrimiento?

Al escuchar a las personas que venían a verme lo hacía creando un ámbito acogedor, un útero extra uterino donde pu­diésemos estar en el bien-estar como lo más natural de la vida por el sólo hecho de estar ahí juntos. Entonces, en esas cir­cunstancias, conversábamos. Yo la o lo escuchaba a la vez que escuchaba mi escuchar consciente también de que existimos en un presente cambiante continuo, y de que lo más impor­tante en mi vivir y en el vivir de la persona con la cual conver­saba se realizaba allí, en ese presente donde se estaba realizan­do en ese momento el vivir de ambos, y consciente también de que cuando la persona me hablaba de su historia lo que hacía era mostrarme una dimensión fundamental de su presente, y no evocar algo de un pasado ausente.

Más aún, me di cuenta de que lo que la persona hacía era mostrarme la matriz-relacional en que se movía y desde donde realizaba, generaba y conservaba su dolor y sufrimiento de manera consciente o inconsciente como una dimensión de su presente entrelazado con todas las dimensiones de su vivir; casi como un poema que se repite bajo distintas formas para no ser olvidado, mezclando su sentido con las distintas circunstan­cias del presente cambiante continuo que se vive.

Y me di cuenta también de que esto lo hacemos sin inten­ción, sin darnos cuenta, en la inconsciencia del presente del vivir y convivir desde donde conservamos nuestros dolores y sufrimientos, llevándolos con nosotros en el vivir la matriz bio- lógica-cultural que genera, realiza y conserva nuestro nicho bio­lógico-cultural.

Al comienzo de mis conversaciones con el Dr. Humberto Maturana Romesín sobre lo que sucedía en mi práctica como Orientadora Familiar y Organizacional, llamé a mi quehacer

Conversaciones de Orientación Matrística. Sin embargo al darme cuenta de que las propias personas como resultado de nuestro conversar, me decían “cada vez que converso con usted me ordeno y me siento más liberado”, cambié y las llamé Con­versaciones Liberadoras.

Es por esto mismo que la persona que consulta al evocar la matriz relacional biológico-cultural en que vive, y en cuyo suceder se genera, realiza y conserva su dolor y sufrimiento en el presente, evoca también que el camino de salida de ese dolor y sufrimiento es de origen cultural. Camino de salida que sur­ge como un acto reflexivo-relacional-operacional en el que al soltar en el presente que se vive y convive, la aceptación in­consciente de la legitimidad de la auto-depreciación, la deva­luación, o la negación, como dimensiones relacionales- operacionales del desamar en que ha vivido en la cultura pa­triarcal-matriarcal, se abre o amplía el recuperar el amar y res­peto por sí mismo. Un acto reflexivo como éste es posible sólo cuando la persona que lo realiza está abierta a escuchar, a escu­charse y a dar cuenta de su dolor existencial, mostrando, sin darse cuenta, la matriz biológico-cultural que genera, realiza y conserva el nicho psíquico que habita, aceptando la invitación reflexiva de quién la escucha, ve y siente en la generación por sí misma del caminar liberador que desea.

¿Cuál es el fundamento?

Todas las personas somos seres humanos. Todos los seres humanos somos seres vivos. Todo ser vivo en el presente pla­netario que vivimos, es el presente de un devenir evolutivo en el que los seres vivos y las circunstancias en que se realiza su vivir se han transformado juntos de una manera congruente, en un devenir de cambios estructurales en torno a la conserva­ción de su vivir y la conservación de su relación de acopla­miento con el medio que los hace posibles.

Estas relaciones de acoplamiento estructural entre el ser vivo y el medio en su nicho, involucran a todas las dimensio­nes de interacciones posibles en cada ser vivo en su operar como organismo, a la vez que a todas las distintas formas de las interacciones que éstos pueden adoptar según sus distintos modos de operar de acuerdo a las diferentes arquitecturas di­námicas que los constituyan como las distintas clases de seres vivos que son en sus distintos modos de operar como totalida­des en el fluir de su vivir en continuo cambio.

De esto se sigue que la forma de la arquitectura dinámica de cada organismo implica en cada instante de su continuo cambio un entorno estructural dinámico que hace posible su vivir de modo que él conserva su vivir como totalidad sólo en tanto sus interacciones ocurren en un medio que es dinámicamente congruente con él en todas las dimensiones de la realización de su vivir.

A esta trama relacional y operacional, implicada por la arquitectura dinámica de un ser vivo como su campo de exis­tencia, y que existe como el dominio de posibilidades relaciónales y operacionales de su vivir como organismo, y que un observador puede ver si sabe mirar ese vivir, y que no preexiste a su verlo, la llamo la matriz biológica de la existencia del organismo.

La matriz biológica de la existencia de un organismo no es fija, cambia con el fluir de su arquitectura dinámica en las con­tingencias de su epigénesis o historia individual, en sus en­cuentros con un medio que no preexiste a su vivirlo, y en el que se mueve guiado por su sensorialidad y su emocionear, en el entrejuego de su sentir y hacer en su vivir. La matriz bioló­gica de la existencia de un organismo guía su vivir en las dimen­siones operacionales y relaciónales que como el fluir de sus sensorialidades van haciendo el presente que vive según haya sido y esté siendo el devenir del presente cambiante que le está siempre dando origen en un continuo ahora.

Nosotros, los seres humanos, como seres que existimos en el continuo conversar como entrelazamiento del lenguajear y el emocionear, vivimos en una multidimensionalidad de sensorialidades, de emociones y de haceres, generando mun­dos culturales, a la vez que reflexivos, prácticos o teóricos, sis­temas filosóficos, científicos, artísticos o religiosos, que cons­tituyen nuestros nichos como los ámbitos invisibles de posibi­lidades de vivir que son generados, realizados o conservados en el suceder de la matriz biológico-cultural de la existencia humana en todas las dimensiones de su diversidad. Dimen­siones todas estas, que entre otras cosas, nos permiten además distinguir lo que distinguimos respecto de los otros seres vivos y de nosotros mismos desde nuestro vivir y convivir en el pre­sente cultural que generamos, realizamos y conservamos en nuestro vivir y convivir.

La gran dificultad entonces para entender lo dicho está en que la matriz biológico-cultural de nuestra existencia queda oculta con nuestro vivir ya que podemos verla sólo cuando en un acto reflexivo, movidos por la curiosidad, sorprendidos por lo que nos sucede, o movidos por una herida que nos duele en el vivir que vivimos, nos disponemos a soltar nuestras certidumbres cuando la vida nos ofrece el regalo de la posibilidad de un con­versar liberador.

La mirada reflexiva, ya sea por la curiosidad o por el do­lor, es un acto poético de amor por sí mismo en la confianza de la propia legitimidad, que surge como una inspiración de am­pliación de la consciencia estética o de pertenencia a un ámbi­to más amplio de existencia biológica o espiritual.

La matriz biológico-cultural de la existencia humana es la trama relacional del vivir biológico en que surge, se realiza y conserva lo humano y aparecen todos los mundos que vivimos como las distintas dimensiones de nuestro vivir cultural. Como dinámica operacional relacional de nuestro vivir y de los mun­dos que vivimos, su comprensión requiere del entendimiento de nuestros fundamentos biológicos en el entrelazamiento de las dinámicas de la biología del conocer y la biología del amar y se proyecta en una nueva dimensionalidad sistémica-sistémica que se evoca en lo que hemos llamado biología-cultural.

Como seres humanos podemos ver que en nuestro vivir no distinguimos en la experiencia entre ilusión y percepción, y que el sistema nervioso opera como un sistema cerrado para el cual todo ocurre en el mismo dominio sin adentro ni afuera. Somos sólo nosotros los seres humanos, quienes en nuestro operar como observadores podemos ver a un organismo en su espacio relacional a la vez que podemos vernos a nosotros mis­mos y a todo ser vivo como una totalidad que tiene un adentro y un afuera. Esto es, es en el espacio relacional en que opera­mos como observadores donde distinguimos tanto la existen­cia de cualquier ser vivo en su espacio relacional, como nuestra propia existencia humana en un operar reflexivo en el lenguajear que consiste en darnos cuenta de nuestro propio operar y de la dinámica de sus coherencias relacionales-operacionales sistémicas- sistémicas. Es en este darnos cuenta de nuestro entender y com­prender nuestro operar sistémico-sistémico, que podemos ver, si sabemos mirar, a la matriz relacional biológica del convivir humano y a su expansión en la dimensión cultural, como la matriz biológico-cultural de la existencia humana que genera, realiza y conserva el ámbito operacional-relacional de todo lo posible en el vivir y convivir humano.

Por último, este saber mirar surge sólo cuando surgen la visión y la comprensión de la biología-cultural al surgir la cons­ciencia operacional- relacional que amplía lo humano en la dis­tinción del adentro y afuera que eventualmente, en un acto reflexivo que entrelaza la curiosidad y el dolor de nuestra existencia presente, nos deja ver la naturaleza cultural de la epigénesis humana.

Así, es desde este saber mirar que sabemos que los seres vivos y el cosmos en general existimos como un presente en continuo cambio, como un frente de onda histórico que ocu­rre en su continuo desaparecer, como una arquitectura multidimensional en la que todo en ella sucede como una red de procesos cambiantes. Y es también desde este saber mirar que sabemos que los seres humanos no somos nuestra corporalidad sino que existimos en su fluir relacional en el entrelazamiento de nuestro adentro y afuera en un convivir en el que los otros son de ese afuera en un existir en redes de conversaciones que fluyen siguiendo algún camino de la ma­triz biológico-cultural de nuestra existencia humana.

Es desde ese saber mirar que vemos que todo lo que suce­de en nuestro vivir ocurre como un fenómeno histórico en el que cada instante surge en una transformación del anterior, de modo que lo que vemos como la memoria de ese suceder his­tórico es el continuo vivir en la trama del presente cambiante, en la trama de un sentir que un observador dice que ya se vivió antes como un operar en el presente de la matriz biológico- cultural de la existencia humana que ahora no es. La memoria y los recuerdos no son conexiones imaginadas con un pasado, sino modos de vivir el continuo presente cambiante que se vive.

**Saber mirar: las tres miradas del fundamento epistemológico unitario.**

Vivimos una cultura de opuestos, la guerra y la paz, el bien y el mal, lo oscuro y lo luminoso, como si fuesen dos caras de la misma moneda, pero no vemos la moneda. Quizás estas reflexiones no son nuevas, sin embargo nos plantean una encrucijada emocional que ya tiene historia. Han cambiado los tiempos, los momentos culturales y de pensamiento, no obstante, el dualismo sigue ejerciendo su poder desde las som­bras oscureciéndonos la visión de la unidad, constituyéndose en la base del pensar occidental analítico aún en este presente. Forma parte de nuestro vivir cotidiano: ¿cuál será el camino correcto? ¿estará bien o estará mal?, generándonos inseguridad y confiando a otros y otras nuestras decisiones.

¿A que nos lleva el entendimiento de la biología-cultural en este sentido?. Veamos: La afirmación saber mirar hace refe­rencia al cómo observamos lo que observamos, al cómo distin­guimos lo que distinguimos sin perder la visión de las relacio­nes entre los componentes y la totalidad que componen, en su dinámica generativa, esto es, sin perder el sentido de unidad. Si lo biológico hace referencia a la realización del vivir y con­servación del vivir como condiciones fundantes de todo lo posible en el existir humano, y si lo cultural hace referencia al curso que sigue el vivir según la forma particular del vivir hu­mano en redes de conversaciones, entonces lo biológico-cultu­ral hace referencia al entrelazamiento dinámico, operacional- relacional de lo biológico y lo cultural en la realización y con­servación de la unidad del vivir humano. Por lo tanto lo cultu­ral es biológico en tanto ocurre en la realización del vivir y convivir de los seres humanos y lo biológico humano es cultu­ral en tanto ocurre en la realización del fluir del convivir cul­tural que guía el suceder de la realización de su vivir biológico, y lo humano en tanto humano es el vivir generador de todo.

En estas circunstancias lo que hacemos es conversar re­flexivo liberador; desde la comprensión de la biología-cultural en su condición de fundamento del vivir humano, desde don­de surge el sustrato epistemológico que funda en cada uno de nosotros la unicidad de nuestra existencia, como generadores de los mundos que vivimos que a veces nos atrapan en el sufri­miento y a veces nos atrapan en la exaltación del bien-estar. Esto lo hacemos al saber mirar desde lo que llamo el funda­mento epistemológico unitario que nos proporciona nuestra com­prensión de la naturaleza amorosa de lo humano, junto al en­tender la liberación de las enajenaciones que nos atrapan que esa comprensión genera.

Este entendimiento guía la reflexión-acción y los sentires en el conversar liberador. El operar desde nuestra configura­ción de sentires que constituyen el sustrato epistemológico uni­tario, impide la fragmentación del hacer sin interferir con la diversidad de su realización en las distintas ocasiones y cir­cunstancias en que éste conversar se da. Las tres miradas: la que mira a los componentes, la que mira a sus relaciones y la que mira la totalidad que éstos integran y constituyen el saber mirar.

¿Dónde estamos? ¿Dónde está usted? ¿Estamos enteros donde estamos? Cultura:

Lo humano existe y se vive en redes cerradas de conversa­ciones que determinan instante a instante todo lo que se pue­de pensar, hacer o sentir en el vivir en ellas. Y, en especial, determinan incluso, el cómo ampliar o salir del ámbito cultu­ral que se vive desde la reflexión. Una cultura se realiza, con­serva y existe en el ser vivida y convivida, y ocurre como el fluir de una trama de haceres, relaciones y sentires posibles que van surgiendo ante un observador como elecciones hechas desde el fluir emocional propio de la cultura frente a las encrucijadas que el curso del vivir ofrece, pero que en el fluir del vivir son aspectos del presente cambiante continuo que se vive.

La cultura no predetermina el vivir que se vivirá, pero quien crece en ella la in-corpora, y su corporalidad se transfor­ma de modo que, a menos que ante una disyuntiva él o ella reflexionen sobre lo que hace, elige sin elegir vivir lo que el vivir la cultura que vive implica. Es un saber que sabemos que lo que un observador ve es que como miembro de una cultura sigue las tramas relaciónales que aquella define, en una diná­mica que conserva el emocionear que aprende a vivir en las dis­tintas circunstancias relaciónales de su historia epigénica indi­vidual en ella.

Así un observador puede distinguir distintas clases de cul­turas según el emocionear básico que él o ella ve que define el convivir en ellas, y puede distinguir algunas culturas centradas en relaciones de colaboración, participación y cercanía, a la vez que otras centradas en relaciones de lucha, competencia y separación. Puede también distinguir en ellas distintos modos de vivir y convivir, algunos que generan dolor y sufrimiento conservando la negación del amar entre sus miembros, y otros que generan bien-estar en la conservación del amar.

Nosotros, en el presente, vivimos inmersos, de manera consciente e inconsciente, en una cultura centrada en relacio­nes de dominación y sometimiento al mismo tiempo que de desconfianza y control, de expectativas, exigencias y frustra­ciones, ambición, y discriminación; cultura que genera dolor por no ser visto, por no tener presencia, en un proceso que, por ejemplo, puede dar origen a la auto-depreciación como una dinámica que transforma el dolor en sufrimiento en la conser­vación de la desconfianza en sí mismo y en el intento de supe­rarlo desde el control.

La cultura que como trasfondo fundamental del convivir, vivimos prácticamente en toda la tierra en el momento histó­rico presente, es la cultura patriarcal-matriarcal. Esta cultura es un modo de convivir, y no está asociada a un sexo u otro, por eso con Humberto Maturana Romesín la llamamos cultu­ra patriarcal-matriarcal.

Por otra parte, una especie es un modo de vivir que se conserva como linaje de generación en generación de manera sistémica-sistémica. Como tal constituye un espacio de conductas y relaciones cerrado en si mismo.

En el vivir humano, los distintos linajes Homo sapiens- amans, surgen como distintas redes cerradas de conversaciones que adquieren identidad al conservarse de una generación a otra en el aprendizaje de los niños, niñas y jóvenes, y que ya existen, al menos como formas particulares de vivir humano, en el seno de la cultura patriarcal-matriarcal que vivimos. Si estos modos de vivir se conservan en el devenir histórico hu­mano como redes cerradas de conversaciones en el vivir de nuestros niños, niñas y jóvenes, pueden llegar a formar distin­tos linajes biológico-culturales que eventualmente se verán como distintas especies.

Aunque la cultura patriarcal-matriarcal como modo de convivir enfatiza y cultiva el camino evolutivo que lleva a lina­jes biológico-culturales como Homo sapiens-amans agressans y Homo sapiens-amans arrogans, yo concuerdo con Humberto Maturana Romesín en que el convivir que nos dio origen en la evolución de nuestro linaje no puede haber estado centrado en la agresión o la arrogancia, sino que en el amar. Y pienso como él, que la forma humana primaria, que surge con el surgimien­to de lo humano Homo sapiens-amans en la conservación del vivir en conversaciones, tiene que haber sido Homo sapiens- amans amans. Y pienso también como ya he dicho que el fun­damento del efecto liberador de las conversaciones liberadoras está en la Biología del Amar, y que esto no sería posible si no fuésemos Homo sapiens-amans amans en nuestro fundamento biológico.

¿Hay amar en la cultura patriarcal-matriarcal.15

No hay amar. En la cultura patriarcal-matriarcal no hay amar. Se habla del amor con adjetivos. La palabra amor surge como un referente en el discurso, pero no hay amar, y por ello aparecen los adjetivos que califican lo que uno dice cuando habla de amor, para que lo dicho como amar, que no hay, ten­ga presencia a través de otras nociones, de otros conceptos, de otras emociones. Así se habla de amor solidario, compasivo, generoso, caritativo, bondadoso, verdadero, entregado, dona­do, sincero.

¿ Cómo aparece el amary si aparece el amar, en el vivir de la cultura **patriarcal-matriarcal?**

El amar aparece como una irrupción en los momentos de liberación cuando hay una contradicción que amenaza la con­servación del vivir biológico, o cuando por alguna circunstancia uno suelta sus certidumbres, amplía la mirada y uno mismo, el otro, la otra o lo otro, aparece visible en su legitimidad dónde antes no lo era.

Se habla de amar en la cultura patriarcal-matriarcal como una reminiscencia histórica, porque aunque es negado en ella a lo largo de la vida, pudo estar presente en la infancia en la relación de juego de la mamá con su bebé antes que esta rela­ción fuese negada en la dinámica de autoridad y obediencia que se cultiva en el vivir inmerso en ésta cultura.

**Homo sapiens-amans amans: el modo de convivir que nos da origen**

Es desde la ampliación de la mirada del amar que el Homo sapiens-amans amans puede ver a los otros distintos Homo sapiens- amans. Es la mirada amorosa, la mirada que surge en el ámbito de las conductas relaciónales a través de las cuales uno mismo, el otro, la otra, lo otro, surge como legítimo otro en convivencia con uno, la mirada que permite ver la propia circunstancia y ampliar la reflexión y el entendimiento. Desde la mirada de la biología del amar el ver la propia circunstancia permite elegir libremente si se quiere permanecer en ella o si se quiere cambiar.

La red cerrada de conversaciones de colaboración, co-inspi- ración, respeto por sí mismo y por el otro en la mutua confianza que permite la apertura reflexiva, constituye el modo de convi­vir que constituye y conserva al Homo sapiens amans-amans.

Sabemos que sabemos que los seres humanos como seres vivos existimos en dos clases de ámbitos relaciónales, en los ámbitos en que somos animales, y en los ámbitos en que so­mos seres humanos. Nuestro vivir humano ocurre en el fluir relacional de nuestro convivir en el lenguajear entrelazado con nuestras emociones en redes de conversaciones, como ámbitos de coordinaciones de coordinaciones de haceres y emociones en los que podemos ser conscientes de lo que hacemos y con­versar sobre nuestro vivir y convivir como aquí hemos estado haciendo. Lo que distinguimos como nuestro vivir animal o biológico en cambio, ocurre fuera del lenguajear en un fluir del vivir que ocurre ajeno a la posibilidad de reflexión como parte o aspecto de su suceder.

Sin duda nuestro vivir y convivir humano sólo es posible a través de nuestro vivir animal, y todo lo que hacemos como humanos de hecho implica el vivir hiológico-animal que lo hace posible, pero ocurre en el espacio relacional particular de lo que es el vivir y convivir en el conversar que es el vivir huma­no. Y es desde allí que es distinguido como tal.

Es por esto que hablamos de un vivir biológico-cultural para referirnos a nuestro vivir sistémico-sistémico como anima­les y seres humanos en una doble mirada que no separa nues­tra identidad sino que genera una comprensión de la misma que sólo es posible desde el eludir el reducir cualquiera de ellas la una a la otra.

**Ver la matriz biológico-cultural de la existencia humana.'**

La matriz biológica de la existencia del vivir de los seres vivos y la matriz biológico-cultural de los seres humanos, desde la cual ambas son distinguidas, no son un en sí. Ocurren en el ver de un observador en el presente tanto el suceder de la operacionalidad del fluir de su vivir y convivir en la matriz bio­lógico-cultural de su propia existencia, como el surgir de los diferentes mundos que los seres vivos generan en su vivir y convivir.

Cada uno de nosotros, como seres humanos, somos ob­servadores en nuestro existir en redes de conversaciones, gene­rando el conversar reflexivo sistémico-sistémico en el que distin­guimos la matriz biológico-cultural de la existencia que implica su operar en un presente cambiante continuo. La matriz bio­lógico-cultural de la existencia humana como la matriz biológi­ca de la existencia de cualquier ser vivo no es fija, y su dina­mismo incluye la multidimensionalidad dinámica de las redes de conversaciones a la vez que los mundos que con ellas gene­ramos.

El observador que ve, si sabe mirar la matriz biológico-cul­tural de la existencia humana, no mira las circunstancias parti­culares aunque las ve. Mira la trama de relaciones en que las circunstancias particulares hacen sentido en el fluir de los pro­cesos a los que ellas pertenecen como instantes históricos, y la abstrae como red de relaciones posibles para la construcción de un pasado y un futuro.

En este saber mirar sabemos que sabemos que la matriz de la existencia de un ser vivo no es un mero suceder lógico. Es un suceder de correlaciones históricas de procesos que en su ocurrir son disjuntos, y que se conectan en el ocurrir del deve­nir de la arquitectura del vivir que se va construyendo en el fluir del vivir mismo como algo nuevo, que visto como el pre­sente de una historia da sentido al pasado como fuente poética y no lógica del presente.

La matriz biológico-cultural de la existencia humana agrega a lo anterior la multidimensionalidad relacional de las redes de conversaciones que constituyen el vivir humano como una ar­quitectura dinámica en el espacio molecular donde se realiza como un ocurrir biológico-cultural en las coordinaciones de haceres y emociones del lenguajear y el emocionear.

El saber mirar la matriz biológico-cultural de la existencia humana no se deduce ni se puede deducir del relato de una vida, surge en un acto poético reflexivo como una abstracción que el observador hace de las coherencias históricas de proce­sos disjuntos que constituyen la deriva epigénica del vivir hu­mano.

El devenir histórico surge en una dinámica de encuentros de procesos independientes que se entrelazan en una arquitec­tura de sucederes que permanecen disjuntos dando origen a sis­temas de procesos correlacionados y coherentes sin relaciones de interdependencia lógica entre ellos como variaciones en tor­no a la conservación de un modo o estilo de sentir en la epigénesis del vivir. En estas circunstancias, la matriz biológi­co-cultural de la existencia humana es una abstracción en el pre­sente de las correlaciones históricas que surgen en el fluir sistémico-sistémico de la epigénesis humana.

Será sólo entonces, que el observador que ve esa trama, puede darse cuenta de que el presente que un ser humano vive implica esa trama en el fluir emocional que guía todo su que­hacer y todo su sentir en cada instante del ahora que vive. Y puede también darse cuenta de que el emocionear del pasado es el emocionear del ahora que se ha conservado como configura­ción de sentires relaciónales íntimos del emocionear en el vivir, no importa cuan distintos sean los sucesos del ahora en rela­ción con los relatos del pasado. Los dolores del pasado al ser conservados después de suceder por primera vez como confi­guración de sentires relaciónales íntimos en el continuo pre­sente cambiante del vivir son dolores del ahora, son dolores del continuo presente que se vive, no recuerdos de lo que se vivió. Si una persona se da cuenta de esto, descubrirá que es en el conversar liberador en torno al dolor y sufrimiento que se viven en el presente donde se encontrará el camino a la libe­ración del dolor y del sufrimiento que vive en el presente, y no en el revivir el pasado.

Desde el saber mirar sabemos que sabemos que el pasado y el futuro no existen en sí mismos, son modos de vivir el pre­sente. El pasado es nuestra manera de explicar el presente que vivimos, y al hacerlo proponemos una dinámica histórica que podría haberle dado origen usando las coherencias operacionales del presente que vivimos. Desde la comprensión de como ocu­rre el vivir sabemos que los seres vivos existimos en un conti­nuo fluir de cambios estructurales tal que cada instante estruc­tural de ese continuo fluir de cambios estructurales surge como modificación de un instante anterior en un presente cambian­te continuo. En ese fluir de cambios estructurales del vivir de un ser vivo, cada instante surge diferente del anterior como una modificación en torno a las configuraciones del vivir relacional que éste conserva y que aparecen en su presente con­tinuo como una manera, estilo o habito relacional que le da a su vivir su carácter individual.

Es así como el presente del vivir de todo ser humano siem­pre se vive según una manera o estilo emocional-relacional in­dividual que se ha configurado en el vivir emocional-relacional vivido, y que se ha conservado como un aspecto del continuo presente cambiante del vivir que se vive como una configura­ción de sentires relaciónales íntimos. Es precisamente por esto que en su vivir particular todo ser humano se encuentra con­servando de manera espontánea e inconsciente en su presente cambiante continuo el modo emocional-relacional que aprende a vivir desde su infancia al vivir la cultura que le toca vivir. Y si ese vivir ha sido generador de sufrimiento y dolor, se encuen­tra conservando el vivir emocional-relacional en el que él o ella misma conserva inconscientemente ese dolor y ese sufrimien-

to al conservar en la espontaneidad de su vivir la red de con­versaciones que genera y realiza su vivir sufriente y doloroso, guiada por su propia configuración de sentires relaciónales ín­timos, y de la que no puede salir sin pedir ayuda.

Desde el saber mirar sabemos que sabemos que cuando una persona pide ayuda ante un dolor que la acongoja en su vivir relacional muestra donde se encuentra en el presente de su existir en la matriz biológico-cultural de su vivir, y con ello revela a quien sabe mirar un escuchar-se tanto en el origen de su dolor como en el camino de salida de él.

Me di cuenta entonces que en el espacio del conversar liberador o de cualquier conversar que escucha al otro u otra, uno no ayuda al otro u otra. Pedimos ayuda desde la concien­cia de que nuestro dolor y sufrimiento constituyen un vivir psíquico, físico, corporal que no queremos vivir. Si no tene­mos conciencia de que vivimos en un dolor y sufrimiento que no queremos vivir, no pedimos ayuda. El pedir ayuda es así no tanto una invitación a ayudar sino una invitación a encontrarse en el amar.Es por ello que en mi trabajo me di cuenta de que el dolor por el que me pedían ayuda las perso­nas que venían a mí, era generado por la red de conversacio­nes que define y constituye a la cultura patriarcal-matriarcal en que vivimos.

Todos los dolores humanos son dolores del alma, y los dolores del alma son dolores que surgen desde el desamar que se vive al no ser visto, al no ser escuchado, o al ser negado directamente en un espacio relacional en el que uno espera ser visto, ser escuchado, y/o tener presencia desde la legitimidad de la propia existencia. Cuando esto sucede se puede caer en una dinámica de auto-depreciación consciente o inconsciente de la que la persona sale sólo desde la restitución del amar negado en el fluir de los sentires de su vivir.

Como ya he dicho, sabemos que sabemos que los seres vivos surgimos al vivir confiando implícitamente desde nuestra anato­mía y fisiología en que encontraremos un ámbito relacional aco­gedor que hará posible nuestro vivir. Esto significa que los seres humanos en particular nacemos como bebés amorosos, no inde­fensos o desvalidos, y que esa es la condición que constituye el inicio de nuestra vida, cualquiera sea el devenir epigénico que lue­go nos toque vivir. Es desde esta confianza primaria que los seres humanos comenzamos nuestra epigénesis, entrando algunos en un devenir cultural de bien-estar opio, la confirma, o entrando otros en un devenir cultural que la traiciona y nos sumerge en hoyos de negación y depreciación que conservamos, sin darnos cuenta de que lo hacemos, en nuestro vivir biológico-cultural, como si esa fuese nuestra forma natural de vivir y convivir.

Cuando es esto último lo que sucede, vivimos un vivir doloroso y/o sufriente que creemos propio de la existencia humana y que conservamos sin darnos cuenta con nuestro pro­pio vivir, y del que no podemos salir pues pensamos que tiene que ver con la particularidad de los sucesos de la vida que he­mos vivido, y no es así.

¿Cómo surgen el dolor y el sufrimiento en una cultura?

El dolor y el sufrimiento surgen como un dolor cultural cuando vivimos inmersos en una cultura que nos atrapa en nuestro convivir cotidiano en una red cerrada de conversacio­nes que nos niega continuamente por estar centrada en el mie­do y la inseguridad, en la desconfianza y el control, y en la dominación y el sometimiento cotidiano.

Esto es, el dolor y el sufrimiento surgen en nuestro vivir cotidiano cuando vivimos alguna forma de cultura patriarcal- matriarcal que nos niega, y que nosotros recursivamente con­tribuimos a conservar con nuestro convivir en ella. La mayoría de los seres humanos vivimos en el presente en una u otra clase de cultura patriarcal-matriarcal, y vivimos en un trasfondo de dolor porque no sabemos vivir de otra manera ya que hemos surgido viviendo así desde la infancia, y no tenemos los ele­mentos reflexivos y de acción para salir de ella. «¡Me duele la vida por todos lados!», es una queja que oímos frecuentemente en nuestra cultura.

El dolor mantenido genera sufrimiento, y el sufrimiento vivido se expresa desde nuestro ser biológico en que nos enfer­mamos física y psíquicamente. En la cultura patriarcal- matriarcal vivimos generando dolor a otros y a nosotros mis­mos, y en ella pareciera que la vida hubiese sido dolorosa des­de siempre, y que fuese parte de nuestra identidad humana el vivir en el dolor o generando dolor. Sin duda la historia mues­tra que la vida ha sido y es dolorosa desde un vivir patriarcal- matriarcal centrado en exigencias y expectativas que nos nie­gan en un continuo desamar. Pero, ¿tiene que ser así, o es posi­ble liberarse de la trampa que genera el dolor?

Los dolores y sufrimientos por los cuales se pide ayuda siem­pre surgen en una negación cultural que se genera y conserva en el conversar de la cultura de manera inconsciente, como si fue­sen propios de los tiempos que se viven. Por lo mismo la salida de los dolores y sufrimientos culturales ocurre también en un suceder conversacional que disuelva la red de conversaciones que les da origen. Tal conversar es el conversar liberador.

¿Quéson las conductas relacionalesftLn tanto las conduc­tas relaciónales ocurren en el fluir relacional, es posible carac­terizar las distintas emociones que distinguimos en nuestro convivir según las conductas relaciónales que las constituyen. Así, por ejemplo:

El amar

El amar es la clase de las conductas relaciónales a través de las cuales uno mismo, la otra, el otro o lo otro, surge como legí­timo otro en convivencia con uno. El amar amplía la mirada, expande el ver, y suelta el apego a la certidumbre porque implica aceptar la legitimidad de la circunstancia que se vive. Es sólo des­pués de ver lo que se vive que se puede querer o no querer ese vivir. Y es sólo después de ver, sentir, escuchar, oler mi querer que me puedo preguntar: ¿quiero el querer que quiero?, ¿quiero mi querer?, y es desde las respuestas a estas interrogantes que surge sin darnos cuenta la experiencia de libertad como una experiencia al distinguir desde mí, mi elegir el querer que quiero.

El amar como un suceder biológico surge de manera es­pontánea, sin esfuerzo, es unidireccional no pide nada a cam­bio. En el amar uno, el otro, la otra tienen presencia, se vive el ser visto, y la queja frente al *desamar* es por no tener presencia, por no ser visto y puede tener las formas más sutiles: *«Túya no me quieres, no me preguntas cómo me siento, si estoy contenta o contento, o triste. Parece que ya no te importo»; “Mamá, papá, no me gusta el colegio las profesoras no quieren a los niños. Hija sí los profesores quieren a los niños, ¿por qué lo dices? A mi y a mi amiga nunca nos dejan colaborar en clases, siempre hay que estar sentados, tranquilos, quietos y nosotras queremos ayudar a la pro­fesora, como contigo mamá, que dejas que yo ponga la mesa y te ayude con la ensalada.*

En el amar nos encontramos en el bien-estar psíquico y cor­poral, lo que nos genera alegría y armonía en el vivir y convivir.

La agresión

La agresión, es la clase de las conductas relaciónales a través de las cuales uno mismo, la otra, el otro o lo otro surge negado como legítimo otro en convivencia con uno. En la

agresión se restringe la mirada al atender sólo a lo que se niega. En la agresión no se tiene presencia, no se es visto. *«Hijo, dis­fruta la fiesta aunque yo me quede sola».* La queja del agredido es por no tener presencia y pide ser visto. La negación puede adoptar muchas formas, como no ser escuchado, como des­confianza y control, como *culpabilización. «La mamá: Hijo, por fin llegaste. ¡Ya era hora! El Hijo: Pero mamá, por qué no te acos­taste si acordamos que yo llegaría a esta hora. La mamá: Es que tenía que cerciorarme de que venías bien».* Otro ejemplo: *«Niños, no sean tontos, no hagan preguntas tontas,», jEsto está pésimo, tú siempre lo haces mal, todas las cosas tengo que hacerlas yo!”*

En la agresión nos encontramos en el mal-estar psíquico y corporal que nos enferma del cuerpo y del alma, generando un vivir y convivir en la lucha, la confrontación y el malhumor. La envidia

La envidia, es la clase de las conductas relaciónales a tra­vés de las cuales uno se comporta de modo que otro ve que uno desdeña lo propio con resentimiento por no poseer lo que tiene otro. En la envidia la persona no está en el centro de sí misma o mismo al desdeñar lo propio. ¿Y qué es lo propio? Los talentos, la historia, el devenir del vivir. La persona se en­cuentra en un espacio emocional de resentimiento que provo­ca inseguridad y enojos. Se habla en esta cultura de la “envidia sana”, sin embargo como dominio de conducta relacional la envidia es una sola: no me gusto, no estoy conforme con lo que soy y como hago lo que hago. “Tu eres maravillosa, mira como te resultan las cosas, en cambio a mi nada me resulta igual”. La emoción es la de auto-depreciación y de falta de respeto por si mismo. “Como yo soy nunca podré alcanzar lo que tu eres, y a mi me gustaría en el fondo ser como tú ”. Cabe hacer notar una diferencia entre el admirar a otro u otra a la envidia. Ad-mirar implica volver a mirar a otro u otra porque me gusta y me sorprende su hacer, su vivir, su belleza, su modo de generar el mundo que vive. Sin embargo la envidia no es ad-mirar a otro u otra es desdeñar lo propio en una falta de respeto por sí mis­mo desde la auto-depreciación y la inseguridad, y duele y se esta en una constante lucha consigo mismo.

En la envidia nos encontramos en el mal-estar psíquico y corporal que nos enferma del cuerpo y del alma. No nos en­contramos en el centro de nosotros mismos.

La vanidad

La vanidad, es la clase de las conductas relaciónales a tra­vés de las cuales uno se comporta de modo que otro ve que uno exhibe lo propio con desdeño de lo de otro. “Espejito, espejito, dime si yo soy la más bella del reino”, como en un cuen­to. Estoy en la constante comparación con otro u otra desde la emoción de la arrogancia. Esta comparación muestra como emoción fundamental la dependencia que tengo con los otros y otras de mostrar cuan fantástico soy. La emoción fundante de la vanidad es la inseguridad buscando independencia de los otros y otras en la ceguera de la omnipotencia que a la larga se transforma en dependencia de los otros y otras en el continuo exhibir lo propio.

En la vanidad nos encontramos en el mal-estar psíquico y corporal que nos enferma del cuerpo y del alma, al no encon­trarnos desde nuestra autonomía reflexiva y de acción.

La superficialidad

La superficialidad, es la clase de las conductas relaciónales a través de las cuales uno se comporta de modo que otro ve que uno aprecia las apariencias de algo en la ceguera sobre lo que lo constituye. Y tiene que ver con nuestro modo de vivir en la cultura patriarcal-matriarcal, oler de cierta manera, vestir de cierta manera, comportarse de cierta manera que satisfaga la imagen esperada en el vivir cotidiano de esta cultura. Pre­guntas y respuestas mecánicas, digo bien aunque no esté tan bien. El éxito, el ganar, a toda costa son consecuencias de un vivir dando una imagen que concuerda con lo solicitado so­cialmente. No estamos dispuestos a reflexionar sobre los fun­damentos de donde decimos lo que decimos. Vivir y convivir en la superficie, sin preguntarnos.

En la superficialidad nos encontramos en el mal-estar psí­quico y corporal que nos enferma del cuerpo y del alma, al no encontrarnos desde nuestra autonomía reflexiva y de acción.

La hipocresía

La hipocresía, es la clase de las conductas relaciónales a través de las cuales uno niega al otro, la otra en la apariencia de acogerlo. Esta emoción mientras está ocurriendo es perfec­ta en su invisibilidad. Sin embargo causa un inmenso dolor en quien la descubre. “¡Pero si era mi amigo, salíamos juntos, lo invitaba a mi casa con su familia los fines de semana a compartir con los míos!¿Cómopudo hablar mal de mí, no me di cuenta que

me tenía tanta rabia. ¿Cómo pudo agredirme de esa manera?”Xa hipocresía es una mentira en la emoción. Ocurre en el presen­te del vivir con el otro, la otra o los otros. Se está consciente de que se está siendo hipócrita en el momento de serlo, aunque para el otro, la otra o los otros la hipocresía sólo pueda apare­cer después. Cabe acá una pregunta reflexiva: ¿Qué nos lleva a comportarnos de manera hipócrita? Puede ser el miedo, la desconfianza, el enojo, la envidia, el resentimiento, o todas las anteriores. Lo que sí es claro, es que las personas que se com­portan de manera hipócrita se encuentran en el mal-estar en su vivir, pues se hunden en un hoyo que va creciendo sin salida digna. Sufre quien está siendo hipócrita pues no vive en la es­pontaneidad de la honestidad, atrapándose re cursivamente en el engaño, como un modo de vivir casi natural.

La hipocresía cuando se transforma en un modo de vida nos atrapa y nos enferma del cuerpo y del alma. La única sali­da es el deseo consciente de no querer estar más en las aparien­cias, en una conversación consigo mismo con el otro, la otra o los otros donde se recupere la dignidad en el respeto por sí mismo.

La certidumbre

La certidumbre, es la clase de las conductas relaciónales a través de las cuales uno se comporta de modo que otro ve que uno no está dispuesto a reflexionar sobre los fundamentos de lo que uno dice o hace.

Quizás está sea una de las emociones mas arraigadas en esta cultura patriarcal-matriarcal, de manera conciente e in­consciente: el sentir que tenemos acceso a la realidad del mun­do que vivimos. Este es el sustrato de la certeza. En la certi­dumbre no estamos conscientes de la posibilidad de reflexio­nar sobre los fundamentos que dan origen a lo que hacemos y a lo que pensamos, y entramos en un vivir y convivir que corre el riesgo de resultar delirante. Desde las certezas vivimos en la posibilidad de la tentación de la homogenización que niega la diversidad, sin abrir del todo el espacio a los otros en un con­versar que se sostiene en la verdad, en un conversar que desea convencer al otro, la otra porque yo siento que poseo la ver­dad, que con mi vivir me hago cargo de cómo las cosas son. Surge desde ahí, entonces, la posibilidad de que generemos un conversar de fuerzas de poder, de convencimiento, en el que podemos encontrarnos imponiendo nuestra verdad, y sin que­rer, o queriendo, dominar al otro y a la otra. Si queremos que en el encuentro prevalezca la verdad, lo que decimos que es la verdad como único modo de pensar, de vivir, o de convivir, no nos estamos escuchando. Y si alguno cede tratando de coinci­dir con el otro o la otra, aunque no este de acuerdo, y lo hace para tener presencia, queda con un sabor amargo de perdida de dignidad: “Me tuve que someter, no quiero perder a mi ami­go”. Desde la certidumbre generamos inseguridad, resentimien­to, porque el otro o la otra al no ser escuchado se siente no visto, no respetado. Desde la certidumbre aparecen las discu­siones, las peleas, los enojos, las faltas de respeto, el desamar. El vivir en las certezas puede convertirse en refugios para el alma. Me da seguridad el tener certezas. En esta cultura el ha­bitar en ellas se torna un modo de vivir natural y cuando no las tengo me angustio, y las busco fuera de mí, busco en que creer, en que afirmar mi vivir. Desde la constante lucha, nos encontramos atrapados en nuestras certezas, las que se con­vierten en nuestra propia cárcel.

Al vivir y convivir desde las certidumbres, nos encontramos en el mal-estar psíquico que nos enferma del cuerpo y del alma.

**La ternura**

La ternura, es la clase de las conductas relaciónales a tra­vés de las cuales uno acoge al otro y la otra desde el dominio del amar. “¿Mira mamá qué tierna es esa gatita con sus gatitos recién nacidos, cómo los cuida, cómo los lame? ¿Viejito qué tierno es nuestro hijo, cómo se ocupa de nosotros?” Estas y otras evoca­ciones nos resuenan cuando distinguimos ternura, en cualquier dominio de nuestra existencia. La ternura evoca amar y el amar evoca ternura. Acoger al otro y la otra, sin expectativas, sin exigencias, sin querer cambiarlo o cambiarla, sólo aceptando la legitimidad de su existencia. Acoger, acunar, acariciar, con­templar, desde el dominio del amar, en el fluir en el encuentro con él o ella o ellos, sin esfuerzo, sin prejuicios, sólo en la uni­cidad de la propia existencia en el encuentro.

La ternura nos genera hien-estar psíquico y corporal, sana las heridas del alma y del cuerpo, y nos devuelve sin darnos cuenta el inconmensurable bien-estar de la alegría de encontranos con el otro o la otra.

**La sensualidad**

La sensualidad, clase de las conductas relaciónales a tra­vés de las cuales se amplía la sensorialidad que acoge al otro en la ternura. Al expandir nuestros sentidos en el encuentro, se expande nuestro amar en un abrazo que acoge, que cobija, en el silencio y que muchas veces no necesita de palabras. Una mano hecha en la caricia y hecha para la caricia. “Estoy aquí entero o entera frente a ti. ” “¡Te siento, me gusta tu acogerme, tu abrazarme sin condiciones sólo en la maravillosa sensación de ser uno!” En la amistad, en la relación de pareja, en la relación familiar, la ternura es la que nos hace desear volver y estar allí en el placer de estar juntos en el amar, en el amarnos, amplian­do el alcance de nuestros sentidos en un sentir que nos genera bien-estar psíquico y corporal. Gatilla en nosotros lo más fun­damental del linaje humano Homo sapiens-amans amans y que aún conservamos: que seamos seres amorosos que hemos nacido en esa confianza fundamental de ser acogidos con ternura en la cercanía y total aceptación corporal con otra, u otro. En la ex­ploración de las dimensiones de encuentro, en el jugar a ser lo que somos. En la soltura y alegría del amar sin intención.

La sensualidad en la expansión de nuestros sentidos, es la sal del vivir que hace de éste una continua experiencia estética, arrolladora de alegría y de bien-estar en el encuentro con la armonía del cosmos que generamos con nuestro existir.

Configuración de sentires relaciónales íntimos

El emocionear como suceder relacional de la persona surge de las configuraciones de sentires relaciónales íntimos en el fluir del vivir que éstos guían. En estas circunstancias, ¿qué estoy diciendo cuando hablo de configuraciones de sentires íntimos como guía del vivir relacional?

Lo central para el comprender y el entender el operar del conversar liberador es darse cuenta de la conservación de las configuraciones de sentires relaciónales íntimos que guían a lo largo de la vida el modo de estar en la relación en todos los aspectos del vivir de la persona o personas que consultan. Su conservación es la que define el carácter del vivir que se vive y esa conservación es la que se interrumpe o se fortalece en la reflexión que trae a la conciencia el vivir relacional que se vive. Esta conservación ocurre en la dinámica de un fluir estaciona­rio (conservador) que hace posible que cambie si cambia la naturaleza de ese fluir estacionario. La persona que guía el con­versar liberador ve esto desde su comprensión de la Matriz Bio­lógico Cultural en que se da la Existencia Humana.

*“Los dolores del pasado al ser conservados después de suceder por primera vez como configuración de* sentires *relaciónales ínti­mos en el continuo presente cambiante del vivir son dolores del ahora, son dolores del continuo presente que se vive, no recuerdos de lo que se vivió. Si una persona se da cuenta de esto, descubrirá que es en el conversar liberador en torno al dolor y sufrimiento que se viven en el presente, donde se encontrará el camino a la liberación del dolor y del sufrimiento que vive en el presente, y no en el revivir el pasado”.*

Al profundizar en la noción de la conservación en la epigénesis de configuraciones de sentires relaciónales íntimos como la trama sensorial desde donde surgen en este presente nuestras emociones, nos damos cuenta de que el presente que vivimos es consecuencia de nuestra historia individual y no puede ser de otra manera en una transformación en la convi­vencia en el amar y desamar de nuestro vivir. Esta trama de configuraciones de sentires íntimos mientras más tempranamen­te ha sido generada tiene más potencia en su presencia en el vivir y convivir presente y se expresa tanto a través de nuestros dolores y desarmonías en nuestro vivir como en nuestro bien­estar psíquico y corporal a través de un vivir desde el centro de nosotros mismos. No todo lo vivido es maravilloso o inarmó­nico, la configuración de sentires relaciónales de nuestro ahora es cambiante, y podemos si somos conscientes de ello en la reflexión al mirar-sentir cómo estamos viviendo nuestro vivir presente cambiar su curso si así lo deseamos.

CONVERSAR LIBERADOR: UN VIVIR HUMANO ÉTICO

Desde el saber mirar sabemos que sabemos que el vivir huma­no ocurre en el espacio relacional como vivir cultural en el fluir del convivir en redes de conversaciones abiertas a la cons­ciencia del vivir que se vive.

También sabemos que sabemos que el vivir biológico que sustenta el vivir humano sucede en el fluir de los procesos del vivir que no implican el conversar para su ocurrir aunque sean del ocurrir del conversar, y que por esto ocurren fuera de la consciencia.

Sabemos que sabemos que estos dos vivires son disj untos aunque se realizan en el operar de la misma corporalidad. El vivir biológico ocurre en la dinámica fisiológico-estructural que constituye al organismo al operar como totalidad cualquiera sea su vivir relacional. El vivir cultural humano, en tanto, ocu­rre en el fluir de la sensorialidad del organismo como el fluir de las configuraciones de sentires relaciónales íntimos propios de su operar relacional como totalidad en el conversar. Todo lo que del vivir biológico aparece en el ámbito de las distinciones del conversar es parte del vivir humano, y todo lo que del vivir humano deja de aparecer en el conversar deja de ser del vivir humano, y puede desaparecer o pasar a ser del vivir biológico.

Estos dos modos de operar en el vivir de un ser vivo hu­mano aunque pertenecen a dominios relaciónales disjuntos, se entrelazan en sus dinámicas estructurales al realizarse en la misma corporalidad. De acuerdo a esto, las configuraciones de los sentires del vivir cultural que dejan de vivirse en la diná­mica relacional de ese vivir, y quedan como sentires del vivir biológico del organismo humano, quedan como formadoras o moduladoras biológicas inconscientes del fluir del presente cambiante cultural que se sigue viviendo, de modo que aún cuando lo configuran y modulan, no son de él.

Cuando esto sucede con las negaciones culturales del amar vividas, las configuraciones de los sentires del desamar que de­jan de ser del vivir humano relacional consciente pero quedan en la dinámica corporal como configuraciones del sentir bio­lógico del organismo, pasan a ser parte de las configuraciones inconscientes de sentires que conservan estilos o maneras de pensar y sentir en el vivir humano relacional que conservan los sentires del desamar a sí mismo, como las configuraciones relaciónales de sentires íntimos que guían de hecho el curso de su conversar.

La conservación recursiva de estas configuraciones de sen­tires relaciónales íntimos generadores de conversaciones de des­amar a sí mismo, sólo puede desaparecer cuando ocurre un acto reflexivo en el presente que disuelve la aceptación incons­ciente de la validez o legitimidad de ese desamar.

El conversar que hace esto posible sucede cuando como observadores vemos y comprendemos la naturaleza de su ocu­rrir evocando la mirada reflexiva en el vivir humano que suelta el apego a la certidumbre de la legitimidad de la negación de sí mismo que se vive. Es a este conversar a lo que yo llamo el conversar liberador.

El conversar liberador no suprime ni cambia los dolores que la persona que pide ayuda ha vivido, sino que de su reali­zación surge espontáneamente un ver-verse que trae a la mano como ha existido conservando en el presente cambiante conti­nuo de su vivir, la aceptación inconsciente de la legitimidad cultural de la configuración de sentires relaciónales íntimos de negación y desvalorización de sí que vivió alguna vez en su pasado.

El entender, conocer y hacer adecuado a la mano que la biología cultural trae consigo, invita a un mirar de modo que se ve la dinámica emocional y conductual que constituye mo­mento a momento el vivir y convivir cotidianos. Más aún, el que las emociones no sean dinámicas internas de los organis­mos sino que ocurren en el fluir relacional de éstos, es aparen­te en nuestra vida cotidiana en las quejas que formulamos frente a las discordancias emocionales que vivimos en nuestra convi­vencia. «¿Por qué te escondes así? ¿ Tienes vergüenza?» «¿Por qué no me saludas? ¿Estás enojado conmigo?». “Tú nunca me escu­chas”. Todas estas son quejas que muestran en qué ámbito relacional uno no está en el bien-estar.

Es más, en este proceso reflexivo, el conversar liberador muestra cómo la persona ha conservado y aún conserva en su vivir biológico inconsciente la configuración de sentires relaciónales íntimos que opera como el generador recursivo del emocionear de desamarse a sí mismo, que modula continua­mente la génesis de su conversar.

La ciencia y el arte del conversar liberador:

Lo que describo a continuación no es un método o proce­dimiento a seguir en la realización del conversar liberador, porque sólo revela lo que puede ocurrir en la conversación sin decir cómo hacer qué.

¿Qué hace posible el conversar liberador? Son varias las dimensiones psíquicas-relacionales-sensoriales-operacionales que hacen posible el conversar liberador:

1. Orientación de la atención

Orientación al escuchar y ver el vivir relacional de las per­sonas en su ámbito psíquico, sin opinión en el ánimo que acom­paña sin expectativa, en la confianza en que las personas siem­pre revelan su vivir desde la honestidad cuando se saben escu­chadas.

Para que esto ocurra, en el conversar liberador es funda­mental en el encuentro con el otro, la otra, los otros, el encon­trarse en el propio vivir y convivir en el centro de sí misma o sí mismo, desde la autonomía de reflexión y de acción. Y así de­cir si y no desde uno y no desde otros u otras, en un acto de respeto por sí mismo o sí misma, que es la base de la autono­mía reflexiva y de acción.

1. Escuchar, escuchar-se, escuchar-nos

En el vivir cotidiano el escuchar lo configuramos como parte de nuestros sentidos, sin embargo no escuchamos de cual­quier parte, escuchamos con toda nuestra corporalidad. Desde lo anterior adoptamos en cada instante un escuchar que está ligado a nuestra epigénesis o historia particular, lo que implica el o los criterios de validez que hemos aprendido desde nues­tra infancia, lo cual tiene que ver con los adultos con quienes hemos convivido ya que, según los adultos con los cuales he­mos convivido, nuestro vivir ha seguido un curso u otro, en la conservación de la resonancia con lo vivido o del rechazo de ello. Por lo tanto no es trivial el decir que uno aprende el escu­

char que vive en su infancia en el ámbito familiar en que vive, ya que ese modo de escuchar tiene validez en el presente que vivimos de manera conciente o inconsciente. Uno conserva ese escuchar que vive en la cultura que vive y genera con su vivir. ¿Escuchaban nuestras preguntas? ¿Nos sentíamos visto en el escuchar? ¿Cuáles eran los criterios que eran válidos en mi casa y cuáles no?

En esta cultura patriarcal-matriarcal en tanto existe una rea­lidad en sí, una verdad, el escuchar se torna sordo, el ver se torna ciego, el sentir se torna frío y lejano, al estar con el otro o la otra. Escuchamos para ver si el otro o la otra coincide o no con lo que pensamos. Esta cultura genera un vivir dual, que nos divide. Lo malo y lo bueno no tienen presencia en el mundo natural, el bien y el mal surgen en el mundo humano. Desde este modo de escu­char el otro, la otra, los otros quedan fuera, no tienen presencia no los vemos, conservando nuestras sorderas y cegueras en nuestra con­figuración de sentires relaciónales. Al aparecer las expectativas, aparecen las exigencias de querer cambiar al otro, la otra, los otros y estos desaparecen, se hacen invisibles en la relación, no los ama­mos. En nuestro conversar desde este escuchar, no estamos dan­zando con el otro, la otra, los otros, estamos escuchándonos a noso­tros mismos atrapados en nuestra verdad o realidad, en una dan­za íntima de coincidir o rechazar. Desde este oír se clausuran las conversaciones reflexivas y colaborativas, encontrándonos en re­laciones de dominación y sometimiento. “¿ Viste que yo tenía la razón?” “Por favor sé objetivo”, es un pedir al otro, la otra, los otros que piensen como pienso yo.

Desde el amar, desde el aceptarnos, desde aceptar al otro, la otra, como legítimos otros en convivencia con uno, se abre el ca­mino al escuchar que ve, y siente con toda nuestra corporalidad despojándonos de nuestros apegos a los saberes, a las verdades, a nuestra propia realidad. Emergiendo la persona o las personas como seres humanos únicos, y cuya historia es irrepetible. Es escuchar con la pregunta:¿desde dónde el otro la otra dice lo que dice? Ya que siempre el otro y la otra dicen lo que dicen desde un dominio que les es válido desde su propio vivir. ¿Desde donde yo o usted podemos negar o invalidar el decir de los otros y otras? El conver­sar se torna en una danza dinámica en el entrejuego de escuchar- sentir-reflexionar-estar enteros allí. Es sólo desde este conversar que surgen las relaciones colaborativas y co-inspirativas en el mutuo respeto por el otro o la otra en un estar en el bien-estar, en las ganas, en el amar. Es en este conversar que el escuchar es posible porque no hay amenaza posible, porque estamos en el cen­tro de nosotros mismos, de nuestro cosmos, de nuestro vivir y con­vivir. Podemos dejarnos llevar por el presente siempre cambiante que vivimos, sin querer retener el momento, el pasado, la historia. Sin querer anticipar el momento, el suceder, el futuro. Podemos escuchar sin dejar de escuchar, abiertos a la maravillosa presencia siempre cambiante de uno mismo, del otro, de la otra, de lo otro.

1. **Ver es amar, amar es ver.**

Es desde el espacio psíquico de ver y verse, de escuchar y escucharse, de amar y amarse a sí mismo desde donde se puede ver y escuchar al otro o a la otra. Si uno no se respeta a sí mismo o a sí misma no puede respetar a otros y otras. El amar evoca amar, el respeto trae respeto. Amar es ver, ver es amar.

El conversar liberador no es una técnica es un encuentro de dos o más seres que viven en esta cultura, generándola, rea­lizándola y conservándola en el propio vivirla, y que cuando se encuentran en el mutuo respeto se ven y se escuchan y pueden preguntarse si les gusta el mundo o los mundos que traen a la mano en su vivir y convivir. ¿Nos gusta lo que deseamos? ¿Lo deseamos? Si uno logra contestar estas preguntas desde el res­peto por sí mismo o misma se abre el camino liberador del dolor.

1. **Encuentro con el otro u otra**

Hemos nacido usted, yo, el otro, la otra, los otros como seres amorosos, esa es nuestra condición constitutiva como seres humanos. Condición que no es propia de algunos, sino que es propia de todo ser humano. Si soy un ser humano he nacido como un ser amoroso. ¿Conservo en este presente esa amorosidad aún en mi vivir cotidiano? Estar conscientes de éstos fundamentos en el amar en el encuentro con el otro, la otra o los otros es lo que hace posible el conversar liberador.

En el amar que nos trae bien-estar al vivir, estamos en nues­tra condición primaria como Hornos sapiens-amans amans; es­tamos en nuestro hogar; nos sentimos cómodos; estamos en casa, en confianza, seguros, calientitos, y libres desde nuestra autonomía. Y es desde esta autonomía reflexiva y de acción, y desde la com­prensión y el entendimiento de la biología cultural, que puedo y deseo soltar mis enojos, mis odiosidades, mis miedos, mis resenti­mientos, mis luchas y mis aciertos para encontrarme con las perso­nas abierta a escuchar y a escucharme con el alma dispuesta al habitar que escucho.

1. **Soltar certidumbres**

El soltar certidumbres es un proceso constantemente ne­cesario en el escuchar y escuchar-se. Soltar los saberes atávicos, las verdades últimas, y si aparecen, sentirse invitados a reflexio­nar ¿a qué estoy apegado o apegada? Y si tengo apegos, ¿desde dónde podría escuchar al otro, la otra, y a mí mismo o misma?

Si estamos atados a una certidumbre, a una verdad, escucha­mos en la espera eterna de que el otro la otra coincida con lo que pensamos pues somos absolutos poseedores de la verdad, de la rea­lidad, o de esta nueva comprensión de la biología-cultural. Esta comprensión y este entendimiento pueden ser tratados como una nueva verdad cuando no hemos soltado el apego al creer saber que sabemos que sabemos. Cuando esto ocurre, no hay comprensión ni entendimiento.

1. **Hacerse cargo**

El hacernos cargo desde la comprensión y entendimiento de la biología cultural que todos los seres humanos somos igual­mente inteligentes, a no ser que tenga un daño producto de una mal nutrición en la infancia o un daño en el sistema ner­vioso, trae inmediatamente la pregunta, desde una emoción de incredulidad en esta cultura: ¡Cómo vamos a ser todos igual­mente inteligentes!

La inteligencia nos da poder en la cultura actual, al estar relacionada a los saberes. ¿Cómo reflexionar si sé?¿Qué es la inte­ligencia entonces? Lo que un observador distingue como inteli­gencia, es la plasticidad conductual ante un mundo que está en continuo cambio. Esta observación del observador nos devuelve una pregunta ¿cuán plástico somos cada uno de nosotros en el vi­vir y convivir? Si conservamos rigideces, conservamos apegos a verdades, o nos sentimos más inteligentes que los otros y otras, o estamos en el dominio de la arrogancia, de la omnipotencia, de la soberbia.

**VII.** Acto **de humildad**

Entender todo esto requiere de un acto de total humildad y alegría en el respeto por sí mismo. El entender que uno no ayuda al otro o la otra, que los otros aparecen ante uno como un regalo en la confianza que surge del encuentro en mutuo respeto nos libera de la tentación de la omnipotencia ya que las personas siempre encuentran su propio camino desde la reflexión.

El acto de la reflexión ocurre cuando soltamos nuestras certidumbres, y en el respeto por nuestro vivir nos abrimos a mirarlo sin expectativas ni exigencias, en la libertad psíquica de aceptar o rechazar el vivir que vivimos según queramos o no el vivir que vivimos.

1. **Todo ocurre sólo como puede ocurrir**

Entender que todo ocurrir ocurre perfecto en su ocurrir y todo sistema opera perfecto en su operar. Nada es bueno o malo en sí. La distinción de disfuncionalidad de los sistemas es la opinión del observador cuando el sistema no es el sistema que él o ella desea que sea.

Las distinciones de bueno o malo, de sano o enfermo, de funcional o disfuncional son opiniones de un observador so­bre lo que ocurre con los sistemas o las situaciones relaciónales cuando estas no corresponden a lo deseado por él o ella. Mu­chas veces las teorías sobre la salud o sobre la enfermedad, cie­gan el entendimiento de esta condición de los sucesos natura­les y en nuestro escuchar impedimos la reflexión que nos pue­de liberar de un vivir no deseado. También sucede que el su­puesto de que las cosas pueden ser en sí buenas o malas nos lleva a un vivir y convivir de discriminaciones que niegan la posibilidad de comprender las circunstancias y las salidas ante los dolores por los cuales se pide ayuda.

Lo que hace posible el conversar liberador es el entendi­miento y comprensión de la biología cultural como el giro sistémico-sistémico que surge de entender el entrelazamiento dinámico de la Biología del Conocer y la Biología del Amar, en la matriz biológico-cultural de la existencia humana, y que lleva a seguir espontáneamente el camino reflexivo y de acción ética natural que lo realiza.

Cuando hablo de la ciencia y el arte de conversar libera­dor quiero evocar que la ciencia es el saber qué y el arte es el saber cómo. De allí las reflexiones que hago a continuación.

La ciencia del conversar liberador del dolor y sufrimiento cultural está en saber que el dolor y sufrimiento cultural sur­gen cuando se vive el ser negado y se cree en la legitimidad cultural de esa negación; en saber que todo vivir cultural pue­de generar o genera dinámicas relaciónales en la negación del amar, en las que la persona negada vive esa negación como válida porque cree en su legitimidad cultural; en saber que la negación del respeto por sí mismo que surge en la negación cultural del amar, se vive y conserva en la aceptación, cons­ciente o inconsciente por parte de la persona que es negada, de la validez de esa negación, porque ella cree que esa negación es culturalmente legítima; en saber que el creer en la legitimidad cultural de la negación del amar genera un sentir de no respeto por sí mismo que opera como conservador recursivo de ese no respeto por sí mismo en todas las dimensiones relaciónales del continuo presente cambiante del vivir humano; en saber que el camino de salida de la generación recursiva de no respeto por sí mismo está en la mirada reflexiva que revela que la creen­cia en la legitimidad del no respeto por sí mismo que se vive no es, ni ha sido nunca, culturalmente válido.

El arte del conversar liberador que abre el camino de salida del dolor y sufrimiento cultural, está en saber cómo mirar la matriz relacional que realiza, conserva y genera mal-estar en el propio vivir y convivir, y así descubrir en conjunto con la persona que solicita ayuda la forma de la negación cultural que ha generado ese mal-estar en su vivir; mal-estar que ha sur­gido en el desamar al haber vivido y convivido en la falta de respeto por sí misma; está en encontrar-se viendo como ha ge­nerado, realizado y conservado de manera consciente e incons­ciente la falta de respeto por sí misma en el continuo presente cambiante que es su vivir cotidiano; está enpreguntarse cómo y cuando se aprendió a vivir en la falta de respeto por sí misma que constituye hoy el vivir en el sufrimiento y el dolor por el que pide ayuda; está en invitar-se al acto reflexivo que suelta la certidumbre de saber lo que se cree que se sabe sobre sí mismo, acto que al ocurrir abre la posibilidad de descubrir que la falta de respeto por sí mismo en que se vive no es culturalmente válida.

¿Qué es el espejo dirigidofiLstz noción nació a partir de lo que un consultante me dijo: «Usted es como un espejo para mí», al constatar que se veía a sí mismo en su emocionear (en el fluir de su configuración de sentires relaciónales íntimos), al mirar su conducta relacional presente y que a través de nuestras con­versaciones quedaba revelada en la conciencia de donde se en­contraba él en los distintos momentos de su vivir según el rela­to que hacía de su historia.

En este tipo de conversaciones sólo estoy en mi compren­sión del entendimiento de la biología cultural en el fluir del conversar con la persona. Una de las consecuencias más im­portantes de estas conversaciones tanto para la persona que consulta como para mí misma, es que se amplía en ambas el entendimiento de la dinámica conductual relacional, en un proceso que puede resultar en una transformación de la confi­guración de sentires relaciónales íntimos y por lo tanto de su vivir cultural.

Este entendimiento ampliado resulta ser una herramienta reflexiva que la persona que consulta se lleva consigo en la multidimensionalidad consciente e inconsciente de su vivir y convivir como algo que lo mantiene en una postura reflexiva sobre su emocionear, y que le permite entrar en un proceso trans­formador de su espacio psíquico desde sí, esto es de su espacio emocional y conductual cotidianos. La dinámica relacional que he llamado el espejo dirigido parece simple de realizar, pero no lo es. No se trata de una técnica sino que de la realización en las conversaciones liberadoras desde la mirada que ve y entien­de lo humano en sus dimensiones biológico-culturales desde el entendimiento de la biología cultural. El valor de este operar reflexivo desde el entendimiento biológico-cultural, está en cómo se vive. La verdadera dificultad, sin embargo, está en que vivi­mos inmersos en la cultura patriarcal-matriarcal que, como una trampa psíquica, niega la reflexión al estar centrada en relacio­nes de dominación y sometimiento, conductas relaciónales generadoras de inseguridad y miedo. Por esto es tarea de las conversaciones liberadoras ampliar el entendimiento de la bio­logía-cultural, hasta el punto en que la persona que solicita ayuda pueda liberarse o salirse de esta trampa desde sí, desde su propio dominio reflexivo.

Es en el entrelazamiento de la ciencia y del arte de con­versar liberador que podemos entonces entender que el con­versar liberador es un conversar en la Biología del Amar. Si no es el amar lo que conmueve a los que conversan, el conversar puede resultar interesante, pero no resultará liberador. Lo que libera es un cambio de consciencia emocional en la recupera­ción del respeto por sí mismo en el ámbito cultural, no un cambio en el razonar, aún cuando el razonar cambia cuando cambia el sentir relacional. Y lo que se libera es a la vez el cuerpo y el alma.

En consecuencia, las conversaciones liberadoras, al guiar la mirada reflexiva de la persona que pide ayuda, la llevan a ver, tanto donde está en su emocionear, como a ver desde dónde vive su dolor y sufrimiento, no pueden hacerse sin la com­prensión profunda por parte de quien las realiza (orientador, psicólogo, profesor, médico, etc.), del entendimiento de la di­námica relacional que la biología-cultural evoca. Y esto es así, porque las conversaciones liberadoras se hacen liberadoras sólo en la medida en que el o la profesional se escuche y escuche el emocionear de la persona que pide ayuda desde el entendimiento de la biología-cultural.

Quien consulta busca recuperar u obtener el bien-estar en su vivir. Esto es evidente en la respuesta ante la pregunta ¿qué desea conservar en su vivir?

Si uno le pregunta a quien consulta en el comienzo de las conversaciones, cuál es su deseo en el vivir (o sea qué quiere conservar o recuperar), la respuesta directa o indirecta tiene que ver con la búsqueda del bien-estar o la recuperación del bien-estar perdido. Las repuestas suelen ser: paz, y lo que se escucha es salir de un ámbito que lo agrede; armonía y equili­brio, y se escucha vivir sin estar sumergido en contradicciones recurrentes; alegría y felicidad y se escucha como un deseo de estar sin miedo a la agresión o la amenaza constante; poder disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, y se escucha como un no perderme en las exigencias que esta cultura impone de un vivir extraordinario que tiene que ver con el cumplir expec­tativas centradas en el éxito, el logro, el poder, el control; sen­tirse con una mejor auto-estima y se escucha como un deseo de salir de la inseguridad y falta de confianza y respeto por sí mismo.

Como ya he dicho antes, con las conversaciones liberadoras entramos en un proceso de entender y explicarnos nuestra ex­periencia con coherencias de la experiencia al comprender que estamos inmersos en una red cerrada particular de conversa­ciones; o sea en una cultura particular que puede ser de la co­munidad, o de la organización laboral, o de la familia. Una cultura puede contenernos o atraparnos.

Las conversaciones liberadoras nos liberan de las trampas culturales en las cuales podemos estar inmersos al permitirnos ver que nuestro dolor y sufrimiento son culturales y no intrín­secos a nuestro ser.

¿Qué quiere decir esto? Que una cultura centrada en con­versaciones que distinguen el mundo que vivimos como inde­pendiente de nosotros nos atrapa haciéndonos ciegos de nues­tra participación responsable en la generación de nuestro vivir, ya que nos invita a creer y aceptar sin reflexión que vivimos en una realidad independiente de nosotros y que estamos a mer­ced de ella. En una tal cultura que entre nosotros es actual­mente la cultura patriarcal-matriarcal, el mundo existe en sí, las cosas existen en sí, con independencia de nosotros. Se pri­vilegia la verdad, la razón, la realidad como fundamentos tras­cendentales del hacer y del convivir. En esta cultura no nos escuchamos y tampoco escuchamos a los otros. Sólo valida­mos a quienes validen la verdad objetiva, la razón objetiva, la realidad objetiva.

Una cultura centrada en conversaciones que traen a la mano que vivimos en un mundo que surge con nuestro vivir y convivir en cambio, ocurre en la consciencia que no existe una verdad o una realidad objetiva independiente de nuestro que­hacer. En ella vivimos conscientes de que existimos en un mundo de “muchas realidades” o Multiverso que surgen con las coherencias de nuestro hacer. Y es desde la consciencia de que vivimos un mundo de muchas realidades posibles que sur­gen con nuestro quehacer, que podemos escoger qué realidad queremos vivir según lo que queremos conservar en nuestro vivir. Y es porque en esa cultura podemos escucharnos, vernos, aceptarnos amorosamente que podemos ver y ser observadores del mundo que nos rodea en una experiencia de libertad re­flexiva que nos permite llegar en algún momento a vivir en coherencias armónicas con nuestro medio natural, desde nues­tro ser seres amorosos, generando con nuestro vivir y convivir así realizado la apertura que puede resultar en un modo de vivir Homo sapiens-amans ethicus.

Desde lo anterior, nos damos cuenta de que somos seres únicos, irrepetibles e irremplazables y de que la tan ansiada búsqueda de la libertad, está en el logro de la autonomía re­flexiva y de la acción como único camino en el respeto por sí mismo y por el otro, la otra o lo otro. Y que es sólo desde esta autonomía que podremos conservar lo que deseamos conservar en nuestro convivir siendo responsables de lo que hacemos: au­tonomía en la reflexión y la acción en el respeto por sí mismo, por el otro, la otra y el mundo natural que nos rodea. Desde esta autonomía decimos, hacemos y aceptamos lo que decimos, ha­cemos y aceptamos desde el centro de nosotros mismos, y el vivir en libertad se convierte en una experiencia natural.

Nos damos cuenta de que el respeto por sí mismo, por el otro, la otra o lo otro es lo que determina, el borde desde don­de nos movemos sin dañarnos a nosotros mismos y a los otros, en la libertad de ser conscientes de que hacemos lo que quere­mos hacer, viviendo espacios efectivos de colaboración y co­inspiración con los otros. Es sólo dentro de este modo de vivir como Homo sapiens-amans ethicus, que podemos ser conscien­tes de que todo hacer es posible, que podemos ser conscientes de que generamos el mundo que deseamos vivir, y que pode­mos ser conscientes de que somos libres de escoger si nos des­lizamos en el vivir haciéndonos responsables de nuestros ac­tos, siendo éticos y socialmente conscientes, o no.

La recuperación de nuestro ser autónomo en el respeto por sí mismo y por los otros, es la posibilidad de un convivir en relaciones de confianza, seguridad, honestidad, sin miedos. Y el tomar consciencia de nuestra condición biológica de ser seres amorosos, es lo que permite que nos demos cuenta de que el sufrimiento es cultural, o sea contingente a nuestro vi­vir cultural y no expresión de nuestro ser intrínseco. Desde esta perspectiva, el espejo dirigido en la confianza de que se puede recrear el mundo que se desea vivir porque se tienen los recursos biológicos que hacen posible esa recreación, es el ins­trumento reflexivo de las conversaciones liberadoras que per­mite recuperar el respeto por sí mismo y la autonomía en el vivir relacional.

Se hace evidente para la persona que consulta, que su de­seo de bien-estar se puede realizar si conserva su libertad re­flexiva en el continuo soltar el apego a la identidad cultural en que conserva su dolor y sufrimiento. Esta libertad reflexiva es posible desde nuestro ser biológico-cultural que nos permite ser seres autónomos en el respeto por sí mismo. En síntesis, las conversaciones liberadoras son el mecanismo conceptual y experiencial que abre al que consulta la posibilidad de vivir un proceso que le permitirá mirar, ver, observar y reflexionar desde la libertad básica de su condición amorosa, y así salir de la trampa cultural en que se encontraba atrapado recuperando el vivir en el bien-estar, en la armonía con su ser ético en el mundo que escoge vivir.

**Deriva Natural Liberadora: Homo sapiens-amans ethicus**

En el ensayo El origen de las especies por medio de la deriva natural, de Humberto Maturana Romesín y Jorge Mpodozis (2000), se destaca “que lo que define el curso que sigue la deriva de un linaje está dado por las preferencias y gustos de los organis­mos”. A mi entender, lo que de hecho se dice allí, es que el curso que sigue el devenir evolutivo surge momento a momento definido por la conservación del bien-estar de los individuos que lo realizan.

O, lo que es lo mismo dicho de manera menos audaz, lo que guía el curso que sigue el devenir evolutivo de un linaje, es el curso de la conservación del vivir de los organismos en con­gruencia dinámica con el medio.

El discurso evolutivo tradicional que habla de la adapta­ción al medio como un logro que se hace posible al seguir el camino competitivo de las ventajas adaptativas, deja fuera todo el tema del bien-estar del vivir, tal vez porque se lo ve como algo subjetivo. Pero desde lo que nos muestra la comprensión de la “deriva natural”, vemos que los seres vivos nos deslizamos en el vivir y convivir en la conservación del acoplamiento estructural en la conservación del vivir. Esto es, en la conservación del bien­estar natural, donde el bien-estar ocurre momento a momento en la conservación del vivir, que es el bien- estar natural de ese momento y que si no ocurre el organismo se muere.

¿Cómo ocurre la conservación del bien-estar?

El fluir del vivir en la conservación del acoplamiento es­tructural, ocurre a través de las distintas sensaciones de estar bien como por ejemplo: el bien-estar de un caminar armónico con la circunstancia, el bien-estar en el estar bien en lo que se hace, el bien-estar en el placer de saborear una rica comida, el bien-estar en el placer de ver un paisaje, el bien-estar en el oír, el bien-estar de estar en armonía en el fluir del vivir, el bien­estar de la cercanía corporal.

Si alguna parte de nuestro cuerpo entra en contacto con el fuego o alguien nos golpea sentimos esas experiencias des­agradables y las llamamos dolor y nos movemos saliéndonos de ellas porque allí estamos en el mal-estar. Este mal-estar tam­bién está presente cuando alguien nos grita, cuando no somos escuchados, cuando no somos vistos. Y cuando esto nos pasa, buscamos salir de estas situaciones. Por lo tanto el bien-estar y el mal-estar configuran una dinámica sensorial en la que el organismo se mueve desde su condición orgánica misma en un curso de variación sensorial que constituye la configuración sensorial que busca la continua conservación del bien-estar natural en el fluir del vivir.

Si en un momento el organismo se sale de esa configura­ción sensorial relacional, se desplaza en su espacio sensorial en el curso de variación sensorial que recupera esa configuración como un aspecto del fluir de su vivir, o eventualmente se mue­re si esa configuración no se recupera. Un observador ve ese desplazamiento sensorial como expresión de una preferencia, de una emoción que se orienta al bien-estar.

Humberto Maturana Romesín sostiene que nuestro lina­je, el linaje Homo sapiens-amans amans, comienza con la cons­titución de la familia en la expansión de la sexualidad de la hembra más de tres o cuatro millones de años atrás, en el gru­po de primates bípedos que fueron nuestros ancestros. Desta­ca también, que la sexualidad ocurre en la aceptación y disfru­te de la cercanía y contacto corporal en todas sus dimensiones, entre las cuales el disfrute y gozo de la intimidad genital cons­tituye un elemento fundamental de estabilidad en la constitu­ción de la familia si se entrelaza plenamente con la ternura y la sensualidad.

También sostiene que cuando se expande la sexualidad de la hembra en nuestros ancestros, se separa la intimidad genital de la procreación y se transforma en intimidad sexual que jun­to con la ternura y la sensualidad son la fuente de estabilidad en la cercanía de una convivencia fundada en el placer del convivir en una dinámica relacional que surge espontáneamente como un espacio amoroso de colaboración y co-inspiración. Y yo pienso como él que es por lo anterior que al expandirse el goce de la sexualidad de la hembra ancestral de nuestro linaje, se configura en torno a la hembra, y con la hembra, la familia como un espacio relacional de intimidad en el que la sensuali­dad, la sexualidad y la ternura, constituyen el fundamento emo­cional que liga a un pequeño grupo de individuos en un habitar y convivir duradero en el placer de la colaboración espontánea que genera el goce de la cercanía e intimidad corporal.

Más aún, pienso también con Humberto, que fue ese es­pacio duradero de intimidad en el hacer y el compartir el vivir, que surgió al constituirse la familia en nuestros ancestros primates bípedos, lo que hizo posible el convivir en el que sur­gió el lenguajear como fluir en la convivencia en coordinacio­nes de coordinaciones de haceres consensúales, que al conser­varse de una generación a otra entrelazado con el emocionear en el aprendizaje de los niños se constituye nuestro linaje Homo sapiens-amans amans.

Al surgir la familia en torno a la expansión de la sexuali­dad de la hembra, surge al mismo tiempo la dinámica de la conservación del lenguajear entrelazado con el emocionear que constituye un convivir en conversaciones, y que al conservarse este convivir en conversaciones de generación en generación en el aprendizaje de los niños en un trasfondo relacional amo­roso y no agresivo se produjo el camino evolutivo que nos dio origen.

Cuando esto comenzó a ocurrir en el devenir de nuestros ancestros y surgió el Homo sapiens amans como un convivir cotidiano en el lenguajear, lo que de hecho surgió fue el Homo sapiens amans-amans como un camino evolutivo constituido en torno a la conservación del convivir en conversaciones de colaboración. El que nuestro linaje sea el presente de un deve­nir evolutivo fundado en el convivir amoroso es de este modo el fundamento y la posibilidad de las conversaciones liberadoras. Y es en el suceder de las conversaciones liberadoras que se abre la posibilidad de un nuevo linaje humano.

Como ya he dicho, la noción de Matriz Biológica-Cultu- ral de la Existencia Humana hace referencia a que los seres hu­manos existimos en una matriz relacional que involucra nues­tras emociones y nuestros haceres, y que nos contiene a la vez que nos hace posibles. Más aún, la Matriz Biológica-Cultural de la Existencia Humana, nos contiene como una red de con­versaciones que pueden seguir distintos cursos históricos, dis­tintas derivas biológico-culturales como distintas formas relaciónales de vivir la Matriz Biológica-Cultural de la Existen­cia Humana, según el modo particular de convivir humano que se realice y conserve en ella.

En este devenir histórico biológico-cultural surgen distin­tos linajes culturales que pueden o no establecerse como lina­jes biológicos. Una cultura constituye un linaje biológico-cul­tural al conservarse de una generación a otra en el aprendizaje de los niños, niñas y jóvenes como una red cerrada de conver­saciones. Esto es así ya que como red cerrada de conversacio­nes una cultura especifica el ámbito de relaciones e interacciones de las personas que la realizan como un espacio ecológico que restringe el flujo génico intercultural, y puede estabilizar una forma epigénica, de la misma manera como lo puede hacer todo espacio de preferencias ecológicas.

Por ejemplo, el nacer en Chile y vivir en Chile y tener hijos en Chile, estabiliza la forma epigénica del ser chileno. Desde esta mirada yo visualizo en mi vivir cotidiano y en mi práctica profesional cuatro clases de Homo sapiens-amans como cuatro linajes humanos, cuatro modos distintos de vivir en conversaciones, posibles en nuestro presente histórico. Uno como el linaje fundamental de la historia evolutiva que nos dio origen, el linaje Homo sapiens-amans amans, otros dos como formas extremas posibles de nuestra cultura patriarcal- matriarcal, el Homo sapiens-amans agressans y el Homo sapiens amans-arrogans. Y por último, en nuestra Era psíquica presen­te, la Era de la Post-postmodernidad, está emergiendo un nuevo linaje biológico-cultural que yo he propuesto llamar Homo sapiens-amans ethicus.[[16]](#footnote-16)

**Distintos Modos de Vivir, distintos linajes.**

Hornos sapiens-amans amans: linaje humano básico en que la emoción fundamental es la conservación del amar como la emoción guía de las redes de conversaciones del convivir. Re­des de conversación que conservan una psiquis del mutuo res­peto, la colaboración y la co-inspiración espontáneos. Este tipo de linaje biológico-cultural está centrado de manera consciente o inconsciente en la conservación del espacio íntimo que hace posible el surgir de la familia en una dinámica temprana de mutua aceptación materno-infantil en el juego y la caricia. Este tipo de linaje biológico-cultural fundante de nuestra historia evolutiva hace posible el surgimiento de lo humano en el con­versar así como las posibles derivas o linajes que puedan resul­tar de cambios en la configuración de sentires relaciónales ínti­mos que surjan en nuestra historia humana y que puedan ser conservados en el aprendizaje de nuestros niños, niñas y jóve­nes en su vivir y convivir cultural.

Homo sapiens-amans agressans: linaje humano en que la emoción fundamental que guía su vivir y convivir es la agre­sión. Redes de conversaciones definidas desde la psiquis del control y sometimiento, el servilismo, la apropiación, y la dis­criminación del otro, la otra o lo otro o de su exterminio. Ve todas las dificultades interpersonales o discrepancias con el medio como conflictos, como desafíos o problemas que deben resolverse desde la lucha en la búsqueda del poder. Para éste Homo sapiens-amans agressans el otro, la otra o lo otro es sólo un instrumento para todos sus designios, o es dispensable. Este tipo de linaje biológico-cultural centrado de manera consciente o inconsciente en el desamar si es aprendido desde la infancia por los niños, niñas y jóvenes, lleva tarde o temprano a su pro­pia destrucción.

Homo sapiens-amans arrogans: linaje humano en que la emoción fundamental que guía su vivir y convivir es la arro­gancia. Conservando redes de conversaciones definidas desde la psiquis de la vanidad en la omnipotencia y la discrimina­ción, se siente todo-poderoso desde el creer que se es capaz de todo desde la razón y la manipulación. En el linaje Homo sapiens-amans arrogans el otro, la otra o lo otro es visto con desprecio por ser inferior, o con envidia por ser superior. En este presente histórico el Homo sapiens-amans arrogans se enva­nece en saberse capaz de hacer cualquier cosa si respeta las cohe­rencias estructurales del dominio de coherencias estructurales en que concibe lo que quiere hacer. Este tipo de linaje biológico- cultural al ser aprendidos por los niños, niñas y jóvenes lleva a su propia extinción en la destrucción del entorno biológico- relacional que hace posible la existencia de lo humano.

Homo sapiens-amans ethicus: linaje humano en el que la emoción fundamental que guiaría su vivir y convivir es el amar en la consciencia de saber que los seres humanos somos gene­radores de una antropósfera que puede ser conservadora o des­tructora de la biosfera que nos hace posibles. Este linaje existe y se conserva en un convivir generador de redes de conversa­ciones definidas desde la psiquis de la ternura en el que su sensorialidad está abierta a ver, escuchar, sentir, al otro, la otra los otros, sintiéndose parte y generador del cosmos que genera con su vivir desde el entender que todos los seres vivos y hu­manos somos seres amorosos que hemos nacido en la confian­za de ser amados y respetados. Para el Homo sapiens-amans ethicus el otro, la otra, los otros surgen como legítimos otros en convivencia con él o con ella. En este presente histórico el Homo sapiens-amans ethicus es consciente y se hace responsa­ble de que no desea el vivir que vivimos en el desamar de esta cultura patriarcal-matriarcal y por lo tanto es conciente y res­ponsable de que las consecuencias de sus actos no dañen a otros, otras, o lo otro, desde donde surge su ser y hacer ético sin esfuerzo, de manera espontánea. Este tipo de linaje biológico- cultural al ser aprendido por los niños, niñas y jóvenes desde su infancia lleva a conservar el entorno biológico-relacional que hace posible la existencia de lo vivo y de lo humano.

Sabemos que sabemos que distintas culturas implican dis­tintos linajes, y sabemos que entre los distintos linajes huma­nos biológicos-culturales que podemos distinguir, el Homo sapiens-amans amans no sólo corresponde a la forma inicial del linaje humano porque lo constituye, sino es la única en la que el amar ha permitido conservar la especie humana.

Es el linaje Homo sapiens-amans amans el que abre el ca­mino al linaje del Homo sapiens-amans ethicus ya que si el amar no se hubiese conservado de hecho desde el inicio, y no se conservase aún como la emoción básica del vivir biológico-cul­tural del linaje Homo sapiens-amans amans, éste se habría ex­tinguido y nuestro vivir humano habría ya desaparecido. Y porque es además desde el amar que el acto de la reflexión, y que es posible, si lo deseamos, salir del dolor o sufrimiento que vivimos o generamos con nuestro vivir.

La reflexión sólo es posible en el amar porque es lo único que permite soltar las certidumbres que permiten ver sin mie­do, sin prejuicios y sin expectativas el presente que se vive. Y es sólo en la reflexión que la consciencia sistémica-sistémica de la responsabilidad ética surge y se abre la posibilidad de no quedarnos atrapados en la conservación de una configuración de sentires de desamarnos que no queremos vivir dándonos cuen­ta en la intimidad de nuestro vivir presente de que somos día a día generadores del mundo que vivimos. Y es por eso mismo que en el proceso del conversar liberador se puede ver, si sabe­mos mirar, que será el soltar las certidumbres lo que abrirá un espacio para preguntarnos desde el dolor y la curiosidad qué mundo deseamos vivir. Y es sólo desde el amar y el amarnos que podremos ver-sentir y abrir un espacio para el surgimiento de una transformación de nuestra configuración de sentires relaciónales íntimos que constituya un transitar hacia el mun­do que deseamos conservar en nuestro vivir.

Por último, será sólo desde nuestra autonomía reflexiva y de acción que podremos escoger sin miedo hacernos o no ha­cernos preguntas reflexivas como:

¿Dónde nos duele la vida? ¿Qué deseamos conservar en nues­tro vivir y convivir? ¿Qué modo de vivir y convivir deseamos que aprendan nuestros niños, niñas y jóvenes? ¿Cómo hacer para re­cuperar o ampliar el bien-estar que alguna vez vivimos? Siento que estoy con mi familia en el mejor momento de mi vida, no me gustaría perderlo... ¿cómo se hace para conservarlo?

Si estas preguntas no son sus preguntas, la invitación que­da hecha para que se hagan sus propias preguntas reflexivas porque es en ellas que habitamos en el presente que vivimos.

¿Cuál es su presente?

**ENLACE VI**

Tres de las grandes dificultades para comprender el operar de los seres vivos son los temas de la temporalidad, la regula­ción y el control, y su carácter de sistemas cerrados. Hablamos de los seres vivos como entes históricos, con pasado y futuro, pero existen en un presente cambiante continuo en un vivir atemporal. Para ellos pasado y futuro no existen como aspec­tos de su vivir, pues el vivir ocurre en el no tiempo. El tiempo no es una dimensión del espacio físico, por esto tanto el tiem­po mismo, como el pasado y el futuro son nociones que el observador inventa para explicar las distinciones de antes y después que él o ella puede hacer en su operar como observa­dor en el lenguajear, aunque él o ella misma opere en el no- tiempo al vivir en un continuo presente cambiante. Lo mismo ocurre con las nociones de regulación y control que son nocio­nes explicativas que el observador inventa para hablar de co­rrelaciones dinámicas estructurales que ocurren en dominios disjuntos en el continuo cambio de una estructura dinámica cambiante. Y por último, la noción de sistema cerrado parece contradictoria con el operar de un ser vivo como sistema abierto al flujo de materia y energía en su operar de dinámica estacio­naria en la conservación de su organización autopoiética.

Estos son los temas de éste ensayo, que aunque fue escrito en un momento de reflexión sobre la arquitectura dinámica, se encuentra con los otros en el intento de revelar las coherencias invisibles en el ocurrir del vivir de los seres vivos en su existir como sistemas cerrados. Al hablar de regulación y control no podemos referirnos a relaciones operacionales que ocurren en el presente continuo de su existir, sino que sólo podemos refe­rirnos a correlaciones de procesos que hacemos como observa­dores desde una visión global que nos permite distinguir si­multáneamente sucederes disjuntos en el operar de entidades que existen como arquitecturas dinámicas cambiantes, como es el caso de los sistemas cerrados en general y los seres vivos en particular. Como hemos dicho todo ocurre con los seres vivos, así como todos los sucederes del cosmos, son sucederes que ocurren en un continuo presente cambiante, y la dinámica de su existir en continuo cambio nos resultaría de hecho inac­cesible sin la invención del tiempo como una dimensión que es en sí tan imaginaria como los números imaginarios, de los cuales ya no podemos prescindir.

La dinámica interna de un ser vivo, está constituido como una red de producciones de moléculas que en sus interacciones generan de manera recursiva la misma red de producciones moleculares que las produjo produciendo moléculas de las mismas clases, constituyéndose con ello como una unidad dis­creta en una dinámica relacional en el que opera como una totalidad u organismo en el espacio relacional en que existe como tal. Al distinguir un ser vivo lo describimos con dimen­siones espaciales y temporales, sin embargo el ser vivo en su existir en un presente cambiante continuo, existe en un fluir de cambio a-temporal. Esto es, el vivir del ser vivo, así como nuestro propio vivir como observadores que explican ese vivir, y como el mismo fluir cambiante del cosmos, ocurren como un presente en continua transformación que como observado­res tratamos como un tránsito perenne, que va desde un pasado a un futuro como un modo de explicar un suceder que en sí mismo no tiene pasado ni futuro, sino que es siempre un ahora.

El no darse cuenta de lo anterior es la primera gran difi­cultad que encuentra el intento de comprender el operar sistémico de los seres vivos. Como observadores vemos y des­cribimos a los seres vivos como totalidades en un espacio relacional. Más aún, los tratamos y los manipulamos como entidades que podemos desplazar en lo que vemos como su espacio relacional sin que pierdan su identidad y su operar como totalidades. Si no somos suficientemente cuidadosos esta si­tuación nos lleva a tratar a la identidad histórica imaginada de un sistema como si fuese una totalidad en el presente, y a con­siderar a relaciones que sólo tendrán presencia conceptual como el resultado de un devenir epigénico, como si estuviesen ope­rando en el ahora del presente del sistema que consideramos.

Así, la dinámica sistémica, la regulación o el control del devenir de un proceso, no son características ni estructurales ni dinámicas del existir de un “sistema” o unidad compuesta dinámica en su presente operacional; son procesos que adquie­ren ese carácter relacional sólo ante la mirada de un observa­dor que atiende a las consecuencias del devenir epigénico de su operar local cuando él o ella hacen correlaciones de sucederes disj untos en el devenir de la estructura cambiante de una enti­dad compuesta dinámica al mirar su operar como una arqui­tectura variable.

Un observador se da cuenta desde la mirada histórica sistémica que surge al inventarse la temporalidad, de que cuan­do surgen los entes autopoiéticos en su presente a-temporal con­tinuo emerge una clase de entes históricos que son entidades discretas en el operar de ese presente, pero que en principio no tienen necesariamente que tener un borde en su devenir tem­poral. Al darse cuenta el observador de esto, también puede darse cuenta de que al mismo tiempo que él o ella distingue el vivir en un ser vivo, la autopoiésis aparece en éste como la diná­mica en el presente de una entidad discreta cuyo fluir opera­cional no tiene sentido en sí, y que para dárselo él o ella tiene que crear nociones explicativas, como utilidad, propósito, o ventajas adaptativas, que presumiblemente serían validadas en el devenir histórico del ser vivo. Sin embargo, como en el de­venir histórico de los procesos moleculares en un sistema autopoiético no son fáciles de ver, las nociones explicativas pa­san a ser argumentos del operar de los procesos que se quiere explicar, lo que siempre es un error. Este error no se comete si uno no hace supuestos explicativos y mira el operar de los pro­cesos que ocurren en el ser vivo como aspectos de la continua realización de su producción de sí mismo o autopoiésis.

El resultado de un proceso no opera como factor que le da origen. Si un observador atiende a las consecuencias futuras de un proceso deja de atender al presente de su ocurrir, y pone en su pensar, sin darse cuenta, a las consecuencias futuras de ese proceso como un factor que determina su presente, y al caracterizarlo como sistémico pone una finalidad en él. Esto es particularmente frecuente cuando el observador no entiende plenamente que el mundo en que vive es un continuo presente experiencial «a-temporal», en el que el tiempo y el espacio son dimensiones operacionales explicativas del fluir de un presen­te en un continuo cambio como un suceder a-temporal. Sin duda vivimos nuestro presente creando un pasado desde el que proponemos con nuestros recuerdos un proceso explicativo de nuestro presente, a la vez que imaginamos un futuro como una creación de un posible suceder que nos permitiría justifi­car el fluir presente de nuestro presente.

Al hablar de arquitectura dinámica orgánica o ecológica, nos referimos al encaje recíproco o coherencia operacional del acoplamiento estructural de los procesos moleculares que rea­lizan a las distintas entidades relaciónales que constituyen esos distintos dominios. Y además queremos enfatizar que todo sucede en el devenir del cosmos que surge en las operaciones de distinción del observador ocurre en un fluir de distintas formas arquitectónicas cambiantes en encajes recíprocos de acuerdo a como se encuentran ellas en el curso de las transfor­maciones históricas a que pertenecen. No hay agente externo o interno que guíe el suceder del vivir o de las relaciones entre vivires, todo ocurre en un devenir histórico en el que cada molécula se encuentra donde se encuentra como el presente de un devenir de cambios relaciónales y operacionales en un cam­po dinámico de arquitecturas cambiantes coherentes.

El azar y el caos no son en sí, son evocaciones de nuestra ignorancia ante las muchas dimensiones involucradas en un devenir histórico de múltiples procesos independientes espon­táneamente ordenados desde su arquitectura dinámica. Más aún, no decimos esto desde un supuesto ontológico sino que como abstracción que hacemos como observadores en nues­tras operaciones de distinción de las regularidades del fluir en continuo cambio de nuestro vivir, y que hacemos como seres humanos reflexivos que explican su vivir con las coherencias operacionales de su vivir.

Es en éste contexto que podemos decir que los seres vivos vivimos en las coherencias operacionales recursivas de la con­servación del vivir. Lo que nosotros los seres humanos, como seres vivos que existimos en el lenguajear agregamos a esta con­dición fundamental del vivir con nuestro operar como obser­vadores, es el acto reflexivo que capta las coherencias de la ar­quitectura dinámica que constituye nuestro vivir y convivir, y abstrayéndolas del dominio de su ocurrir concreto, las expresa bajo la forma de descripciones que muestran o evocan las re­gularidades de nuestro operar como observadores haciéndolas de manera recursiva parte de nuestro ámbito de existencia.

Los temas de este ensayo son centrales para la compren­sión del operar de los seres vivos en general como entes histó­ricos, y en particular para la comprensión de la multidimensionalidad del vivir del ser humano como ente bio­lógico-cultural, mirando la naturaleza de los procesos que lo constituye sin recurrir a principios explicativos a priori. Sin embargo las reflexiones que le dan origen se plasman en las conversaciones de Humberto Maturana Romesín con Ximena Dávila Yáñez en el intento de comprender y explicar como se conserva en el presente un dolor que surgió de una negación del amar en un momento que se describe como habiendo su­cedido en un pasado lejano, penetrando y dando forma a todo el vivir desde entonces como una configuración de sentires relaciónales que se conserva de manera inconsciente. Cuando Ximena Dávila muestra en el fluir del conversar liberador que los dolores y alegrías del pasado no son los relatos que hace­mos de lo que hemos vivido, sino que el presente mismo que se vive, se abre la pregunta por cómo se conservan esos dolores y alegrías en el curso del vivir de modo que son ahora el refe­rente operacional de nuestros dolores y alegrías cotidianos. Como diríamos ahora, esos dolores y alegrías se conservan como configuraciones de sentires relaciónales en dinámicas cambian­tes de flujo estacionario, en la continua transformación de la arquitectura dinámica cambiante que es nuestro vivir cotidia­no en el presente cambiante continuo de la perenne realiza­ción y conservación del modo de vivir que se vive. En estas circunstancias el que las reflexiones de este ensayo nos conec­ten con la conservación de las configuraciones de los sentires íntimos del dolor y de la alegría, como dimensiones de nuestro vivir que al verlas en su continua presencia en nuestro conti­nuo presente cambiante se hacen accesibles al cambio desde nuestra consciencia reflexiva, nos revela cuán ciegos somos al no tomar en serio el que el futuro de la humanidad depende verdaderamente de nosotros los adultos con quienes nuestros jóvenes conviven. No fabricamos nuestro devenir, pero sí lo guiamos con los dolores, enojos, alegrías y deseos que conser­vamos en nuestro vivir como mayores que los menores pueden respetar y amar.

AUTOPOIÉSIS Y SISTEMAS DINÁMICOS CERRADOS

**AUTOPOIÉSIS Y SISTEMAS DINÁMICOS CERRADOS: Tiempo, regulación** y **control, operaciones imaginarias en la comprensión del vivir[[17]](#footnote-17)**

Humberto Maturana Romesín

**FUNDAMENTOS**

**«** Todo lo dicho es dicho por un observador a otro observador que puede ser él o ella misma*.»21*

Como seres humanos nos conducimos en nuestro vivir cotidiano, científico, o técnico, haciendo distinciones de entes y relaciones que tratamos como si existiesen en sí o desde sí con independencia de lo que hacemos para distinguirlos, y hablamos como si tales entes y relaciones de alguna manera ya existiesen antes de la operación de distinción con que los hace­mos aparecer en nuestro observar. Es más, actuamos en nues­tro operar biológico como seres vivos, y en nuestro operar hu­mano como seres reflexivos, en la confianza implícita de que vivimos inmersos en un ámbito de procesos regulares, repetitivos, en el que encontraremos todo lo que requerimos para vivir y seguir viviendo. Cada nuevo organismo que surge de un acto reproductivo, emerge desde un progenitor que lo entrega al vivir como un ente cuya anatomía y fisiología impli­ca precisamente eso, viene como hecho y preparado para en­contrar el mundo que necesita para vivir, y normalmente, su­cede así. Esto es lo que vemos como observadores en nuestro vivir, y es en esto en lo que nos apoyamos para explicar nuestro vivir en la confianza de que existimos en un mundo de cohe­rencias estructurales independientes de nuestro operar. Y todo parece estar bien hasta que nos damos cuenta de que hay as­pectos de la interioridad de nuestro vivir que no podemos ex­plicar con esa actitud. Lo que nos aparece como lo básico al explicar nuestro vivir, es el hecho de que todo lo que sucede en el mundo de nuestro hacer y observar ocurre de acuerdo a re­gularidades en el operar de los entes y procesos que distingui­mos que muestran que el acto de observar no especifica lo que ocurre en lo observado aunque lo altere. A esta condición bási­ca de nuestro comprender y explicar nuestro vivir y los mun­dos que vivimos, sin la cual no podemos entender ni explicar cosa alguna, y cuya validez conceptual y operacional se funda de hecho en que surge como abstracción de las coherencias operacionales y experienciales de todo lo que hacemos en nues­tro vivir, la llamo determinismo estructural. Esta noción dice que en nuestro vivir y nuestro explicar todos los entes que emergen en nuestras distinciones surgen operando con pro­piedades que aparecen como intrínsecas de ellos, cuando se trata de entes simples, o con características que resultan de cómo están hechos, si se trata de entes compuestos. O, dicho de otra manera, operamos en nuestro vivir y en nuestro expli­car en la confianza de que cuando incidimos o actuamos sobre un sistema lo que ocurrirá en éste será el resultado del operar de su hechura, esto es, de su estructural en ese instante. En esta confianza consciente o inconsciente, explícita o implícita, en el determinismo estructural de su existir y del existir del medio que lo contiene, se funda todo el vivir de los seres vivos en general y todo nuestro vivir y hacer humano en particular: nuestro vivir cotidiano, nuestro hacer ciencia, tecnología o arte.

Al mismo tiempo nos ocurre que aunque vivimos todo lo que vivimos como válido en el momento de vivirlo, los seres humanos sabemos que no sabemos en el momento de vivir lo que vivimos si luego lo trataremos como una ilusión o como una percepción. El que esto sea así no es una condición cir­cunstancial del momento histórico que vivimos, es nuestra condición existencial. Aunque hablamos como si el acto de conocer consistiese en observar a algo que existe con indepen­dencia de nuestro acto de distinguirlo, el hecho de que en la experiencia misma no sepamos si lo que vivimos lo trataremos más tarde como una ilusión o una percepción, nos indica que en un sentido estricto no podemos pretender eso, y nos mues­tra que el acto de conocer no consiste ni puede consistir en una referencia a algo que existe con independencia de lo que hacemos al distinguirlo. En el fondo esto lo sabemos aunque frecuentemente no nos hacemos cargo de lo que ello implica. Así, cuando queremos saber si alguien sabe o tiene ciertos co­nocimientos en un cierto ámbito, le pedimos que nos muestre su hacer en ese ámbito, y si su hacer nos parece adecuado, de­cimos que esa persona sabe. De hecho nada de esto constituye una dificultad para lo que hacemos en cualquiera de las di­mensiones de nuestro vivir. Podemos investigar el código genético como un fenómeno molecular, podemos viajar a la Luna, podemos describir a las células neuronales, pero no po­demos contestar las preguntas: ¿Qué es el vivir?, ¿qué es un ser vivo?, o ¿cómo surge y conserva la armonía operacional en el operar de una totalidad sin un principio ordenador?

Estas preguntas no se pueden contestar en la forma en que están formuladas como preguntas por el ser de un ser vivo, por cómo es el en sí del vivir, porque al no saber en la expe­riencia si lo que vivimos es una ilusión o percepción, no pode­mos saber si lo que decimos que es el vivir es válido o no en

términos del vivir. Si queremos hablar del ser o del en sí de algo, no lo podemos hacer. Lo que si podemos hacer es hablar de lo que hacemos y de cómo lo hacemos cuando hacemos una distinción. Cuando de hecho me di cuenta de esto en el año 1960 al intentar hablar a mis alumnos del origen de la vida, cambie la pregunta, y en vez de preguntarme por ¿qué es la vida? o ¿qué es un ser vivo?, me pregunté ¿que criterio uso yo para afirmar que veo un ser vivo cuando digo que veo un ser vivo?, o ¿qué tengo yo que ver que ocurre en un sistema para que yo diga que ese sistema es un ser vivo?

Al hacer la pregunta, ¿qué es la vida? el observador espera una respuesta cuya validez se funde en un argumento externo a su propio operar bajo la forma de una referencia a lo real, al en sí del ser por el cual se pregunta. Sin embargo, por lo que he dicho más arriba este tipo de respuesta no es posible. En cambio, la pregunta por, ¿qué criterio uso yo para afirmar que algo es lo que yo digo que es?, sí tiene respuesta, y la tiene bajo la forma de la proposición por el observador de la descripción de lo que él o ella tendría que ver que ocurre en un sistema, o con un sistema, para que él o ella aceptase que lo que resulta de ese ocurrir es un ser vivo. Esta respuesta sí es posible, y lo que un observador tendría que ver es que el sistema bajo su consideración opera como un sistema autopoiético molecular. En el momento en que me hice esta pregunta en 1960, la res­puesta no era aparente ni parecía fácil, no sólo porque las re­flexiones con que inicio esta introducción no eran parte ni del pensar científico ni del pensar epistemológico de ese momen­to histórico, y sino que también porque los mismos biólogos relegaban la pregunta por lo vivo al campo de la filosofía o al misterio de lo incomprensible. Me demoré tres años en darme cuenta a cabalidad de que teníamos ya en esos momentos to­das las nociones fundamentales de los procesos metabólicos que constituían a una célula como un ser vivo mínimo. Sólo faltaba reconocer de manera explícita: 1) que la célula como ser vivo mínimo estaba constituida como una red cerrada de producciones moleculares en la que las moléculas producidas con sus interacciones generaban la misma red de producciones moleculares que las produjo, y especificaban su extensión cons­tituyendo sus bordes operacionales como una unidad discreta; 2) que el resultado de la dinámica de esa red cerrada de pro­ducciones moleculares en la célula era la continua producción de la misma célula como un sistema autopoiético\ 3) que la célula como sistema autopoiético molecular es cerrada en la di­námica autopoiética pero abierta al flujo de moléculas y ener­gía a través de ella; y 4) que el vivir de un ser vivo ocurre en su autopoiésis molecular como dinámica de procesos y no depen­de de las moléculas que lo realizan como un organismo parti­cular. La historia de cómo desarrollé la noción de autopoiésis como organización de lo viviente entre los años 1960 y 1970, para después ser publicada con la colaboración de Francisco Varela en 1972, está relatada en varios ensayos ya publicados[[18]](#footnote-18), de modo que ahora me centraré en las implicaciones biológi­cas y epistemológicas de ella para la comprensión del operar del organismo.

Los seres vivos somos sistemas autopoiéticos moleculares que operamos como unidades discretas en un espacio relacional en el que al existir como totalidades existimos como organis­mos. En nuestro operar como organismos los seres vivos exis­timos en dos dominios: en el dominio de la realización de nues­tro vivir existimos en la continua producción de nosotros mis­mos en el fluir de la realización de nuestra autopoiésis molecular, en el dominio de nuestra realización como totalidades existi­mos operando como organismos en un espacio relacional. O, dicho de otra manera, todo lo que ocurre en nosotros como seres vivos en nuestra dinámica interna, y todo lo que ocurre con nosotros como organismos en nuestra dinámica relacional, ocurre en el curso de la realización de nuestro vivir en la reali­zación y conservación de nuestra autopoiésis molecular: esto es, como seres vivos existimos en la continua realización de nuestra autopoiésis molecular, como organismos operamos como totalidades en un medio en el cual interactuamos a través de nuestra constitución molecular en la continua producción de nosotros mismos, en la continua realización de nuestra autopoiésis molecular. En fin, lo dicho, por supuesto, se aplica también en totalidad a nosotros los seres humanos en tanto somos seres vivos.

**SISTEMAS DINÁMICOS CERRADOS**

**Lo vivo:**

Como acabo de decir, si examinamos a un ser vivo en su dinámica interna, vemos que existe como un sistema autopoiético molecular que está constituido como una red de producciones de moléculas que en sus interacciones generan de manera recursiva la misma red de procesos de producciones moleculares que las produjo produciendo moléculas de la mis­ma clase de aquellas que las produjeron, todo esto en una di­námica cerrada que hace de esa red una unidad discreta en un espacio relacional en el que opera como una totalidad u orga­nismo. Aunque como observadores al distinguir un ser vivo lo describimos en dimensiones espaciales y temporales, el ser vivo existe en un presente continuo, en el fluir de un presente cam­biante que es en sí mismo a-temporal. El vivir del ser vivo como ser vivo, nuestro propio vivir como seres humanos observado­res que explican ese vivir, así como el fluir cambiante del cos­mos en que existimos, ocurren como un presente en continua transformación. Es para resolver este aparente conflicto entre distinguirse viviendo en un presente continuo y la distinción de cambio en ese continuo presente, que los seres humanos hemos inventado la noción de tiempo como una dimensión en el ámbito de los sucederes que permite ubicar los sucesos en antes y después. Y al hacerlo hemos hecho del tiempo parte de las distinciones del fluir de nuestro vivir cotidiano, y hemos aprendido a sentir nuestro presente como un tránsito perenne que va desde un pasado a un futuro, a la vez que usamos las nociones de pasado y futuro como un modo de explicar nues­tro suceder en un presente continuo que en sí mismo no tiene ni pasado ni futuro, sino que es un continuo ahora.

La invención del tiempo como una dimensión imaginaria surge en el operar del observador en un trasfondo experiencial de distinciones de procesos y de la distinción del fluir de su suceder como un devenir emergente de transformaciones que en su ocurrir son unidireccionales e históricas, en una dinámi­ca en la que cada momento del ocurrir de un proceso surge como una transformación del momento anterior. Sin duda hablamos de procesos reversibles cuando en nuestro operar como observadores atendemos a situaciones como la oscila­ción de un péndulo en las que todo parece volver a una condi­ción inicial, o en formulaciones matemáticas en las que la di­mensión tiempo no tiene dirección. Sin embargo al hacer esto o no atendemos al ocurrir mismo de los procesos o no nos percatamos de que la reversibilidad es un juego de confusión de dominios que hacemos cuando de manera consciente o in­consciente operamos como observadores que creen que los pro­cesos distinguidos ocurren fuera del espacio relacional que los hace posibles. Más aún, en esta desatención nos olvidamos que al observar somos nosotros en nuestro operar como seres hu­manos los que traemos a la mano a los procesos distinguidos en alguno de nuestros dominios de existencia. La noción tiem­po no connota una dimensión relacional que existiría con in­dependencia de la operación de distinción con la que el obser­vador lo trae a la mano, aún cuando éste hable de él como una dimensión propia de lo que llama el espacio físico cuando lo usa al proponer procesos explicativos que pueden ser represen­tados por formalismos matemáticos que permiten computar su flujo como si esos procesos ocurriesen con independencia de la participación del operar del observador. Los procesos cuyo suceder requieren la participación del observar del observador, ocurren en un espacio diferente de lo que llamamos el espacio físico en el cual el tiempo opera como lo que es en nuestro ser seres vivo, una invención que permite imaginar el operar de una totalidad evanescente en su suceder de arquitectura diná­mica espontánea que ocurre como un presente cambiante con­tinuo. Así, la integración de los procesos secuenciales disjuntos del operar de un sistema dinámico cerrado, es comprensible sin recurrir a artificios de conexiones semánticas, sólo si al in­ventar el tiempo como referente de la sucesión de los procesos que constituyen al sistema, tratamos lo que vemos con cada mirada que damos a los presentes cambiantes de su continua transformación como momentos sucesivos del operar coherente como totalidad de su arquitectura dinámica temporo-espacial. Al hacer esto tratamos a cada momento que distinguimos en el operar como totalidad de una arquitectura dinámica, como una instancia presente de su continuo ocurrir epigénico en un espa­cio relacional en el que la noción de tiempo no participa como una dimensión de un espacio físico que lo contiene, sino que como una dimensión reflexiva que permite ver la integración arquitectónica de procesos operacionalmente disjuntos.

**Lo organísmico:**

El no darse cuenta de que los seres vivos existimos como organismos en dos dominios disjuntos, es la primera gran difi­cultad que encuentra el intento de comprender el operar de los seres vivos como sistemas autopoiéticos. La segunda gran dificultad surge del tratar al tiempo como una dimensión físi­ca del vivir, y con ello pensar que las nociones de propósito, o intención, son aspectos de la biología y no nociones explicati­vas del observador, aún cuando éste pueda hablar con sentido de ellas en el fluir del vivir de un organismo. Como observa­dores vemos y describimos a los seres vivos como totalidades en un espacio relacional. Más aún, tratamos y manipulamos a

los seres vivos como entidades que podemos desplazar conser­vando su operar como totalidades en lo que vemos como su espacio relacional a la vez que vemos su identidad como siste­mas autopoiéticos. Si no somos suficientemente cuidadosos, esta situación nos lleva a considerar a la identidad histórica imaginada de un sistema autopoiético, como si éste fuese de hecho esa totalidad temporal en su presente, y tratamos a rela­ciones que sólo tendrán una presencia conceptual explicativa como el resultado de visualizar en él un devenir epigénico, como si estuviesen operando en el ahora transitorio de su presente sistémico. Así, frecuentemente decimos que un termostato con­trola o regula la temperatura de una habitación como si lo que llamamos el control o la regulación de la temperatura de la habi­tación fuese un aspecto del operar de su dinámica estructural, y no una mera concatenación de procesos que desde sí ocurren en un presente sin historia y sin propósito. Y decimos esto aún cuando sabemos que no es así pues sabemos que lo que llama­mos control o regulación de la temperatura de la habitación es una reflexión que hacemos al observar lo que sucede al conside­rar el devenir de las variaciones de temperatura en la habitación en relación con lo que deseamos que suceda como resultado de la continua interrelación de las dinámicas estructurales del ter­mostato y de la habitación. Sin duda parece más fácil hablar de la regulación de la temperatura de la habitación por el termosta­to que hacer referencia a la dinámica estructural que ocurre en el presente cambiante del termostato y la habitación de modo que parece que el termostato operara de acuerdo al propósito de controlar la temperatura de la habitación. Si los que nos escu­chan entienden de qué hablamos al hacer esa descripción inade­cuada de un presente cambiante, puede ser aceptable, pero si no es así, no. Lo central en todo caso es lo que escucha el interlocu­tor al escuchar esa descripción o afirmación, porque de ese escu­char dependerá lo que él o ella haga.

La comprensión sistémica del operar de un «sistema» re­quiere que el o la observadora se mueva en su reflexión consi­derando los distintos dominios operacionales y conceptuales en que ocurre el operar del sistema sin confundir los resulta­dos históricos de ese ocurrir con los procesos que en cada ins­tante están sucediendo en el presente. La dinámica sistémica, la regulación, el control del devenir de un proceso, o su opor­tunidad, no son características ni estructurales ni operacionales del existir de un “sistema” en su presente dinámico, son nocio­nes explicativas que un observador propone para evocar la di­námica recursiva cíclica del operar de un sistema dinámico ce­rrado en su existencia como totalidad.

Cada vez que un observador distingue un conjunto de ele­mentos interconectados que configuran una totalidad, distin­gue una unidad compuesta. Cada vez que un observador dis­tingue una unidad compuesta en que los elementos que la com­ponen se relacionan unos con otros de modo que si él o ella actúa sobre uno actúa sobre todos, distingue un sistema. Cada vez que un observador distingue un sistema constituido como una colección de elementos que interactúan entre sí constitu­yendo una red dinámica cerrada de procesos cíclicos recursivos interconectados de modo tal que si él o ella actúa sobre uno de ellos, actúa sobre todos, distingue un sistema dinámico cerra- doP Lo que define a un sistema dinámico cerrado es su organi­zación circular o cíclica, la que como una red de procesos ce­rrada sobre sí misma se realiza en una dinámica que continua­mente genera su condición de red cerrada. Un sistema diná­mico cerrado existe como una totalidad de una cierta clase en el espacio relacional en el que interactúa como totalidad. Como unidad compuesta un sistema cerrado al interactuar como to­talidad lo hace por medio del operar de sus componentes, y conservará su identidad de clase mientras los cambios estruc­turales que se gatillen en éstos en el curso de sus interacciones como totalidad resulten en la conservación de su identidad de clase (organización). Esto es, un sistema dinámico cerrado exis­tirá como tal mientras su organización de sistema dinámico ce­rrado se conserve en el fluir de los cambios estructurales de los elementos que lo componen y realizan como una unidad dis­creta de una cierta clase, en el medio relacional particular que lo hace posible. Es decir, los cambios en la estructura de los elementos que realizan a un sistema dinámico cerrado resultan en cambios en el curso de los procesos cíclicos recursivos que constituyen su organización como sistema dinámico cerrado. En fin, ese sistema seguirá siendo el mismo sistema dinámico ce­rrado mientras esos cambos estructurales no interfieran con la conservación de su organización como tal.

**El existir:**

Un sistema dinámico cerrado opera en una doble existen­cia, por una parte es un sistema cerrado en su dinámica cíclica recursiva, y por otra es una totalidad con una identidad parti­cular que se conserva a través de sus interacciones en un espa­cio relacional que lo contiene como tal. Estos dos dominios de existencia son disjuntos, no se intersectan fenoménicamente, y lo que ocurre en la dinámica cíclica recursiva que constituye el modo de ser cerrado de un sistema dinámico cerrado, no “ve” lo que sucede con la entidad discreta que emerge como totali­dad en su operar cerrado que crea los bordes que lo separan y conectan en un espacio relacional más amplio en un devenir que incluye la dimensión temporal. Y al revés, el ocurrir del operar como totalidad de un sistema dinámico cerrado al interactuar en un medio relacional más amplio, es ciego a lo que ocurre en su dinámica cíclica recursiva interna.

Esto es, un observador no puede expresar lo que ve que ocurre en la dinámica interna de un sistema dinámico cerrado con los términos o elementos de lo que él o ella ve que ocurre en su operar como totalidad en el espacio relacional que lo contiene y hace posible. Tampoco puede un observador expre­sar lo que ve que ocurre en la dinámica relacional de un siste­ma al operar éste como totalidad, con los términos o elemen­tos de lo que él o ella ve al mirar su dinámica interna. Si em­bargo, aunque los dos dominios de existencia de un sistema dinámico cerrado son disjuntos, y no se puede expresar lo que ocurre en uno en términos de lo que ocurre en el otro, el fluir de lo que ocurre en los dos dominios de existencia de un siste­ma dinámico cerrado ocurre en una correlación operacional porque de hecho estos dos dominios se encuentran entrelaza­dos ortogonalmente pues se entrecruzan en su realización es­tructural, y si el ocurrir de uno se interrumpe, el otro se desintegra. Como resultado de esto el modo de realización de la dinámica cerrada de un sistema dinámico cerrado cambia con los cambios estructurales que surgen en sus componentes en las contingencias de su operar como totalidad en el medio en que conserva su identidad como tal. Al mismo tiempo, el modo de operar como totalidad de un sistema dinámico cerrado cam­bia con los cambios estructurales que ocurren en sus compo­nentes como resultado de su dinámica cíclica interna.

**Lo recursivo:**

Lo recursivo ocurre en la dinámica relacional en la que se entrelazan un proceso cíclico repetitivo y un proceso lineal de modo que cada nuevo ciclo se monta sobre el desplazamiento del proceso lineal asociado al ciclo anterior. Se requieren al menos dos ciclos para que haya recursión. Cada vez que hay recursión surge un nuevo dominio relacional que no es deduci- ble de lo que ocurre en la dinámica cíclica o en la dinámica lineal vistas por separado. La asociación entre una dinámica cíclica y una dinámica lineal ocurre continuamente en el fluir de las arquitecturas dinámicas, pero la recursión que esta aso­ciación implica emerge como tal sólo si el nuevo dominio relacional que surge a través de ella adquiere presencia opera­cional al participar de la realización y conservación de un ope­rar sistémico que aparece como modificación de un devenir histórico ya existente.

**COHERENCIAS SISTÉMICAS: CORRELACIONES HISTÓRICAS**

Cuando un observador distingue un sistema cerrado, trae a la mano una totalidad en la que a la vez que los elementos y pro­cesos que lo componen, distingue las relaciones entre ellos que lo constituyen como una unidad discreta en un ámbito relacional particular. Al hacer esto, el observador distingue en el sistema relaciones locales que muestran las coherencias in­mediatas de las interacciones de los entes que lo componen como una trama de procesos lógicos. Pero al mismo tiempo el observador distingue en la totalidad relaciones sistémicas que revelan coherencias no locales, como una trama de ordenación inmanente que da a la totalidad su forma como una singulari­dad temporo-espacial. Lo que un observador distingue como relaciones sistémicas no son relaciones lógicas, no son relacio­nes causales locales, no son abstracciones del operar interrelacionado de procesos que ocurren en un mismo domi­nio fenoménico, sino que son coherencias operacionales de origen histórico que un observador distingue entre los proce­sos que realizan a un sistema como totalidad aun cuando ellos ocurren en ámbitos fenoménicos disjuntos en el momento de su distinción.

Cuando distinguimos un sistema, éste surge en nuestra operación de distinción como una entidad que visualizamos en nuestro presente operacional como un entrelazamiento de procesos sucesivos que no vemos pero que lo constituyen como totalidad en un espacio relacional como el continuo presente de un devenir histórico. Esto es, los sistemas que distingui­mos en el fluir de nuestro vivir aparecen en nuestro operar como observadores como singularidades operacionales con di­

mensiones relaciónales espaciales que nos permiten moverlos de un lado a otro como totalidades. En estas circunstancias, para explicar su presencia como totalidades en nuestro presen­te cambiante les asignamos una dimensión histórica evocando un devenir continuo de transformaciones en el que se habría conservado su presencia espacial. Por esto, en un sentido es­tricto la mirada del observador, como ser humano que distin­gue procesos y sucesiones de procesos, nunca es una mirada “únicamente” espacial local, sino que es siempre una mirada temporo-espacial. Es más, lo espacial aparece como tal sólo cuando el observador detiene todos los procesos en su mirar, y luego proyecta lo que ve sobre el plano del presente que vive. Al detener el observador el fluir de los procesos que constitu­yen a un sistema, al detener la historia de su ocurrir, los ele­mentos distinguidos como componentes del sistema aparecen como entes independientes, libres para dispersarse si no surge algún operar que los conecte en la restitución de la historia o devenir relacional suspendido. Al distinguir el observador un sistema cerrado como una totalidad integrada de procesos su­cesivos, puede ver que en la sucesión de esos procesos puede haber procesos anteriores que afectan de manera indirecta o no local a procesos posteriores como aspectos centrales de la integración del sistema como totalidad. En el intento de ex­plicar como sucede esto se han inventado nociones como las de control y de regulación, sugiriendo relaciones operacionales causales históricas que de hecho no pueden ocurrir en sistemas determinados en su estructura: “en un ámbito de determinismo estructural el resultado de un proceso no opera y no puede operar como argumento para su origen”30. Por esto, en lo que se refiere al operar de los sistemas determinados en su estruc-

**30 Ibid.** 332

tura, las nociones de control y regulación aunque seductoras son engañadoras pues aparecen como intentos explicativos que pretenden hacer conexiones causales entre procesos que en su operar en el presente son disjuntos y sin relación operacional directa o lógica entre sí, aunque se trate de procesos que son sin duda coherentes en su participación en la constitución y conservación del sistema en su operar como totalidad temporo- espacial. Esto es así aunque lo que el observador intenta hacer con esas nociones no es arbitrario, ya que lo que lo mueve a hacerlas es su distinción de ciertas correlaciones operacionales que él o ella puede establecer desde una mirada histórica entre las consecuencias de procesos disjuntos que ocurren en distin­tos momentos del operar integrado de un sistema cerrado, y que nunca son visibles en su ocurrir en el presente.

Las nociones de regulación y control pueden ayudar a un observador a imaginar lo que ocurre con las coherencias operacionales que él o ella ve entre las consecuencias de los distintos procesos disjuntos que constituyen el operar de un sistema cerrado como totalidad, pero no describen procesos cuyo operar pueda explicar como surgen esas coherencias operacionales en el operar de sistemas determinados en su es­tructura. Lo que sucede es que los sistemas determinados en su estructura ocurren en el trasfondo de un presente cambian­te continuo de configuraciones arquitectónicas en el que sur­gen espontáneamente como arquitecturas dinámicas espontá­neas que se conservan como singularidades operacionales que el observador puede distinguir gracias a su propio ocurrir y operar en el presente como una de ellas. Es por lo anterior que pienso que los sistemas moleculares en tanto sistemas determi­nados en su estructura existen como arquitecturas moleculares dinámicas singulares en un presente cambiante de continuo flujo de cambios de arquitecturas moleculares. Por lo mismo pienso que los sistemas moleculares cerrados emergen cuando en un ámbito de arquitecturas moleculares dinámicas espontá­neas se configuran procesos arquitectónicos dinámicos entre­lazados que se conservan como totalidades en un espacio relacional que aparece con su operar. Y todo esto ocurriendo en una dinámica espontánea, sin propósito ni orientación pre­determinado, en la que cada instante es el inicio de un devenir histórico que surge en el encuentro de procesos independien­tes que se va ordenando según el curso que sigue el fluir de las configuraciones relaciónales que resultan conservadas. En el ámbito de determinismo estructural en que se da nuestro vivir y operar como observadores, todo ocurre en un fluir de arqui­tecturas dinámicas espontáneas que surgen y se desvanecen se­gún lo que se conserve o deje de conservarse en procesos de composición o descomposición que surgen de sus encuentros como entidades independientes. Todo lo cual ocurre en una dinámica espontáneamente ordenada desde el determinismo estructural aunque no predecible por un observador si éste no puede configurar lo que distingue en su operar como una tra­ma arquitectónica que puede describir.

En esta circunstancias el observador para explicar las rela­ciones operacionales que constituyen y conservan a un sistema que él o ella distingue como una totalidad temporo-espacial, tiene que proponer una arquitectura dinámica como un deve­nir de cambios estructurales en el que los cambios estructura­les que él o ella ve que en el presente de su observar ocurren de manera coherente en su participación en la realización y con­servación unitaria del sistema como totalidad, ocurren así por­que surgen de cambios estructurales anteriores cuyo suceder no implica al sistema emergente porque son simplemente el resultado de cambios estructurales que surgen concatenados de una manera particular por la forma particular de la arqui­tectura dinámica que el ese sistema es como ente temporo-espa- cial. Dicho de otra manera, las coherencias operacionales que ocurren en un sistema cerrado, por mucho que nos parezcan inesperadas y sorprendentes por la ausencia de relaciones causales locales en su ocurrir en el presente, son siempre el resultado de coherencias estructurales históricas que surgen en su arquitectura dinámica espontánea como el resultado espon­táneo de la conservación de la continua realización del sistema cerrado en su dinámica cíclica recursiva interna, y en su operar relacional como una totalidad arquitectónica dinámica.

La invención del tiempo como dimensión imaginaria ortogonal a las dimensiones espaciales que distinguimos en nuestro vivir cotidiano, permite explicar como surge el entrelazamiento operacional de un fluir de coherencias locales y coherencias históricas sistémicas si uno considera que lo que está en juego en la constitución de un sistema dinámico cerra­do es la continua transformación en un presente en continuo cambio de una arquitectura dinámica espontánea en un ámbi­to de determinismo estructural. Esto es, el tiempo como di­mensión imaginaria permite ver que los sistemas dinámicos cerrados son arquitecturas dinámicas espontáneas que ante la mirada que atiende sólo a la integración de las dinámicas que los realizan, se ven como el resultado de la conservación de procesos cíclicos en la realización y conservación del operar como totalidad de una unidad compuesta en el devenir his­tórico de un operar relacional que existe como un presente cambiante continuo bajo la forma. Un organismo es un siste­ma dinámico cerrado que existe como una totalidad arquitec­tónica temporo-espacial que conserva su organización como un organismo de una cierta clase en su devenir histórico a través de su continuo cambio en interacciones con un medio que surge y cambia con él en el fluir de ese devenir. Un organismo existe como entidad arquitectónica dinámica cambiante sólo en el espacio relacional molecular donde se da la realización de su vivir en su forma particular de ser un sistema autopoiético, y existe en la dinámica cíclica recursiva del operar de la continua realización de su autopoiésis como un devenir histórico. O, en otras palabras, un observador dice que ve a un organismo en la realización de su vivir cuando distingue una singularidad ar­quitectónica molecular cambiante que vista en su devenir his­tórico opera como una red cerrada de procesos que realizan a un sistema autopoiético molecular. El vivir de un organismo ocurre en la realización de su autopoiésis, y en tanto se realiza la autopoiésis de un organismo se realiza su vivir como tal en un existir como una singularidad histórica.

Las coherencias sistémicas que un observador ve en el operar de un sistema cerrado, y que connota con relaciones imaginarias como relaciones de control y regulación, son co­rrelaciones históricas, y no son coherencias operacionales causales. Esto es, las coherencias sistémicas son abstracciones de correlaciones que el observador hace al relacionar momen­tos disjuntos de las continuas transformaciones arquitectóni­cas cíclicas que ocurren en el sistema cerrado, y que él o ella ve como procesos correlacionados en el devenir histórico de la realización y conservación del sistema cerrado como totalidad. Así, todo lo que ocurre en un organismo, ya sea en su dinámi­ca interna o en su dinámica relacional, ocurre en la realización de su autopoiésis como el fluir de cambios recursivos de una arquitectura dinámica espontánea como entidad temporo-espa- cial que constituye un sistema cerrado en su devenir como un devenir de correlaciones históricas de coherencias operacionales disj untas.

**Estructura histórica: arquitectura dinámica espontánea**

Si atendemos a todo lo que sabemos de los procesos moleculares que distinguimos en la realización de una célula como un ser vivo, nos podemos dar cuenta que el entrelazamiento de esos procesos configura una red de pro­ducciones de moléculas que con y en sus interacciones realizan re cursivamente a la misma red de producciones moleculares que las produjo, y especifican a la vez su extensión como una tota­lidad que existe como organismo en un espacio relacional. He llamado autopoiésis molecular a esta configuración molecular dinámica que constituye y realiza a un ser vivo como ser vivo: un ser vivo es un sistema molecular autopoiético, y un sistema molecular autopoiético es un ser vivo.

La noción de autopoiésis molecular no es una definición del vivir, tampoco es una noción explicativa. Lo que la expre­sión autopoiésis molecular hace es describir en una sola palabra la configuración de procesos moleculares que constituyen a un ser vivo como ser vivo. Los seres vivos existen y son seres vivos en la continua producción de sí mismos: la autopoiésis es el ser y la realización del vivir. Hay más, aún. La formulación de la noción de autopoiésis surge como una abstracción que el ob­servador hace de las coherencias operacionales que distingue en la red de procesos moleculares que constituyen instante a instante el fluir continuo de la realización del vivir de un ser vivo, y de hecho muestra y describe la configuración de proce­sos moleculares cuya continua realización del vivir.

Los seres vivos no tienen autopoiésis, no usan la autopoiésis para vivir, y la continua realización de la autopoiésis molecular es el vivir de lo que distinguimos como un ser vivo. Un ser vivo existe como un sistema autopoiético molecular que en su operar como sistema cerrado surge como totalidad en la conti­nua realización y conservación de su autopoiésis en un fluir his­tórico de interacciones en un medio que lo hace posible. Lla­mamos organismo a este existir del sistema autopoiético como totalidad: todo ser vivo existe como un organismo en su deve­nir o fluir histórico. Este fluir histórico, sin embargo, no se ve en el presente del vivir de un organismo, aparece en la distin­ción del observador al confiar de manera implícita o explícita en la constancia del determinismo estructural, cuando propo­ne el fluir histórico como un mecanismo explicativo del pre­sente. Sin embargo, el fluir histórico es un suceder generativo que siempre queda oculto en el momento que aparece la mira­da funcional que quiere encontrar una finalidad, un resultado útil, o una ventaja adaptativa, para el ocurrir a-temporal del presente que se ve. Las nociones de finalidad o ventaja adaptativa son conceptos o principios explicativos que el ob­servador propone cuando no ve que el fluir del vivir de un ser vivo emerge fuera del tiempo o tiempo cero como la dinámica de una arquitectura cambiante espontánea en un presente con­tinuo.[[19]](#footnote-19) Si no me atrapo en una mirada funcional que quiere encontrar un propósito o una finalidad en lo que sucede en los procesos que realizan el vivir para explicar su orden o efectivi­dad, y si haciéndome cargo de que distingo una sucesión de sucederes, invento la dimensión tiempo, puedo ver que todo ocurre en un ser vivo como un aspecto de la continua produc­ción de sí mismo en un fluir epigénico que no se ve en el pre­sente de cada momento que ocurre sin pasado ni futuro en el ahora de cada instante del suceder sistémico cerrado que el vivir es porque este vivir ocurre en tiempo cero. En estas cir­cunstancias las reflexiones y consideraciones relaciónales que describen el suceder de los procesos entrelazados que constitu­yen el operar de los sistemas y las relaciones sistémicas como un ocurrir temporal, son evocaciones explicativas en un ámbi­to de flujo histórico del suceder de los cambios arquitectóni­cos de la realización de los entes sistémicos en su ocurrir en el tiempo cero de un presente cambiante continuo.

El explicar, el entender y el comprender son constructos conceptuales y operacionales que guían el vivir del observador. El explicar es la proposición de una dinámica o proceso generativo cuyo operar resulta en lo que se quiere explicar. El entender es lo que resulta en el vivir y el pensar del observador cuando éste visualiza la matriz relacional relacional en la que lo que dice que sabe hace sentido para él o ella.[[20]](#footnote-20) En fin, comprender es visualizar la dinámica recursiva del entender. Por lo tanto, entender la autopoiésis es ver el ámbito relacional amplio en que se da el entrelazamiento que el observador ve como cíclico recursivo de las dinámicas moleculares que reali­zan a un ser vivo como un sistema dinámico cerrado, y lo cons­tituyen como una totalidad en un espacio relacional. Y el com­prender todo esto es ver que todo ocurre en el ser vivo en el continuo entrecruzamiento epigénico de procesos que el obser­vador ve como cíclicos de producciones moleculares que en conjunto resultan en su existir como un organismo cuyo borde operacional es la conservación de su continuo resultar como una totalidad separable del ámbito de interacciones o medio que lo hace posible, dándose cuenta que esa visión es comple­mentaria al darse cuenta de que lo que ocurre de hecho en el ámbito molecular es el fluir de cambios espontáneos de una arquitectura dinámica. En fin, entender y comprender la autopoiésis es darse cuenta de que no se ve en el presente a- temporal del observar del observador porque no ocurre en el ahora del presente, sino que es una arquitectura dinámica que el observador ve como una red de procesos cíclicos de produc­ciones moleculares que resultan continuamente en un sistema dinámico cerrado que existe en la continua producción de sí mismo. Por último, entender y comprender la autopoiésis es darse cuenta de que lo que un observador ve como cicatriza­ción de una herida no es un proceso especial para acabar con un daño tisular, sino que es un aspecto circunstancial de la continua producción de sí mismo que ella es. Lo mismo suce­de con la regeneración de un órgano, con la diferenciación tisular, o con el crecimiento.

En el suceder biológico no hay finalidad, no hay regula­ción, no hay control, no hay mejor ni peor, no hay ventajas adaptativas. Así, la autopoiésis es un continuo resultar en un devenir histórico, cualquiera sea la complejidad del organismo en el presente continuo de su arquitectura cambiante.

Ejemplo: La insulina no controla el metabolismo de la glucosa en el ser humano. La insulina y las células del páncreas que la producen, son sólo componentes de la arquitectura di­námica que aparecerá ante un observador que mira el fluir de su continua transformación espontánea desde su ver temporal. El observador verá también en ese mirar, que la insulina y las células que la producen participan en la dinámica cíclica recursiva de un proceso metabólico que se entrecruza con mu­chos otros procesos metabólicos cíclicos recursivos en un ocu­rrir de procesos moleculares y celulares entrelazados que resul­ta en un ser humano en la armonía fisiológica de su vivir. La noción de control surge desde la reflexión del observador como la expresión sintética de un mirar que conecta momentos his­tóricos disjuntos del fluir de una arquitectura dinámica tra­tando a una correlación histórica que él o ella hace como un suceder biológico que de hecho no ocurre. La noción de con­trol tiene un valor operacional si lo que el observador quiere es controlar el curso de un proceso metabólico porque permite pensar donde actuar, pero no representa un suceder biológico.

Otro ejemplo: La membrana celular no surgió en el ori­gen de las primeras células para delimitar un espacio metabólico, pero cuando surgió una red de procesos cíclicos recursivos de producciones de moléculas de las mismas clases que las molé­culas que constituían a esa red, y surgió cerrada sobre sí misma con un borde operacional que la separaba de un ámbito conte­nedor de moléculas, surgió un sistema autopoiético y la mem­brana que lo delimita como un aspecto de su autopoiésis. Sin duda parece más fácil decir que la membrana celular surgió porque era necesaria para la autopoiésis. Pero no sucedió así.

Cuando distinguimos un conjunto de elementos interconectados de modo que si actuamos sobre uno actuamos sobre todos, distinguimos un sistema cerrado. [[21]](#footnote-21) Sin duda lo que resulta más sorprendente en el operar de un sistema cerra­do es que aparece ante el observador que lo distingue como si ocurriese como una totalidad temporal en su presente, o lo que es lo mismo, como si existiese como un todo en el mo­mento en que se lo observa. Pero esto no es así, la mirada del observador es a-temporal, él o ella ve al sistema distinguido en el plano del presente, y agrega la dimensión tiempo al distin­guir procesos en él. Una “célula” congelada no es una célula porque no es un sistema molecular autopoiético, no es un siste­ma dinámico sino que es un trozo de hielo. Cuando al des­congelarse ese trozo de hielo aparece la dinámica molecular de la autopoiésis celular, emerge una célula. Y esa célula es algo nuevo, y cualquiera conexión con una célula anterior es un argumento histórico explicativo que el observador propone para justificar la irrupción de esa célula al presente de su vivir.

Al congelar una célula (a -180 grados Celsius) el observa­dor detiene la dinámica molecular que la constituye; las molé­culas no se alteran, sus posiciones relativas quedan fijas, sólo los procesos, las interacciones y transformaciones moleculares que surgen de esas interacciones, se detienen. El trozo de hielo que contiene a la célula que fue no es amorfo, las moléculas que la componían desde su quietud conservan la arquitectura celular del momento de su detención, arquitectura que es aho­ra, no es dinámica porque ya no hay procesos. Un observador al distinguir una célula hace surgir con su distinción una ar­quitectura molecular dinámica espontánea, una arquitectura compuesta por elementos, posiciones relativas y procesos que constituyen su hechura y su dominio de existencia como un ámbito espacio-temporal acotado en un ámbito más amplio que es también de dimensiones espacio-temporales. Todo lo que trae­mos a la mano en nuestro operar como observadores surge en un ámbito de coherencias estructurales intrínsecamente no aza­roso, cualquiera sea el dominio en que surja, sino que en un orden de arquitecturas dinámicas espontáneas. Nada existe suelto en la nada, todo lo que distinguimos surge participando en una trama de relaciones y procesos que configuran el presente diná­mico de nuestro vivir en el cosmos que surge con nuestro vivir sin orientación preestablecida ni propósito final alguno.

Un sistema cerrado emerge cuando surge espontáneamen­te, o como resultado de un diseño, una configuración cerrada de procesos de cambios estructurales cíclicos como un ámbito ce­rrado de cambios estructurales recursivos interconectados. Y lo que se constituye en ese emerger es el devenir histórico de una entidad arquitectónica dinámica, la que seguirá un curso u otro según sean su configuración estructural inicial y las circuns­tancias relaciónales que surjan en el devenir del presente cam­biante en que ocurre el sistema emergente. Lo notable es que si la estructura inicial, si la arquitectura dinámica inicial del sistema emergente surge en un ámbito relacional que al apare­cer con él le ofrece las condiciones dinámicas adecuadas para que conserve su identidad sistémica en el devenir de su conti­nuo cambio estructural, la identidad del sistema se conservará sin que ocurra otra cosa que un suceder de cambios locales en el ahora de su presente cambiante. Y todo ocurrirá sin la intervención o participación de ningún elemento directriz como intención, propósito ordenador, o plan. Lo que genera, guía y conserva, en tanto se conservan cada una de las diferentes e infinitas configuraciones de orden que surgen en el devenir estructural espontáneo del cosmos, son las dinámicas de con­servación que surgen en la arquitectura variable de su suceder. Como decimos Ximena Dávila y yo[[22]](#footnote-22), “cada vez que en un conjunto de elementos comienzan a conservarse ciertas rela­ciones, se abre espacio para que todo cambie en torno a las relaciones que se conservan”. Así ha sucedido con el surgi­miento y la conservación de la autopoiésis en el origen de los seres vivos y con la diversificación de su realización en las dis­tintas formas de organismos que han surgido en su historia evolutiva en la configuración de la biosfera terrestre.

Todo lo que ocurre en el vivir de un ser vivo es el conti­nuo resultar de la continua transformación de la arquitectura dinámica del ser vivo en congruencia estructural y operacional con la continua transformación de la arquitectura dinámica espontánea del medio en la conservación de lo que un obser­vador ve como la conservación de su acoplamiento estructural recíproco. Esto es, un organismo vive en tanto se conserva el acoplamiento estructural recíproco entre éste y el medio en que existe, y esto ocurre como la continua transformación congruente de las arquitecturas dinámicas de ambos como resultado espon­táneo de la realización de la autopoiésis del organismo.

En este continuo resultar de la realización de la autopoiésis de un ser vivo da lo mismo la forma que este ser vivo adopte en su vivir como organismo. Para el devenir de la autopoiésis no importa la forma que surge y se conserva en su realización si se conserva. Como el vivir es una continua epigénesis en la conti­nua realización de la autopoiésis de un ser vivo en un ocurrir que cursa como un resultar continuo, cada momento, cada instante de ese devenir es un comienzo a partir de una arqui­tectura dinámica inicial que implica de hecho la posibilidad de muchos cursos históricos diferentes posibles. Las distintas clases de seres vivos, viven todos sus distintos vivires sin orien­tación externa o interna hacia un propósito o finalidad opera­cional particular, sino que surgen en un continuo resultar del continuo cambio de la arquitectura dinámica que ellos son. Por esto, el fluir interconectado de esas distintas dinámicas internas puede ser comprendido como una red de procesos cí­clicos recursivos sólo en el contexto de la realización y conser­vación de la autopoiésis en el vivir de un organismo, y no en relación con alguna utilidad que el observador pueda imaginar como un ocurrir beneficioso para el vivir de éste. Es más, todo lo dicho para los seres vivos es en términos generales válido para cualquier sistema dinámico cerrado, ya que lo distinto en­tre las distintas clases de sistemas en general, es la organización o configuración de relaciones entre componentes que define su identidad de clase.

En fin, todo lo dicho sobre los seres vivos ocurre en su operar como arquitecturas dinámicas espontáneas singulares en un ámbito de arquitecturas dinámicas moleculares en los términos descritos en la sección anterior. La noción de arqui­tecturas dinámicas espontáneas no intenta evocar un en sí tras­cendente, lo que sí hace es referirse a la naturaleza del espacio operacional en que surgen el observador y los mundos que éste trae a la mano, incluyendo su propio existir. En este momento es bueno destacar nuevamente lo dicho al comienzo de esta sección: las descripciones históricas del fluir de los procesos que constituyen el suceder sistémico, son proposiciones expli­cativas de lo que un observador distingue como un ocurrir ar­quitectónico dinámico en tiempo cero. Nuestro vivir humano ocurre en el ámbito de nuestras reflexiones históricas, esto es, en un espacio relacional que existe como un suceder en la continua trascendencia del operar de nuestro ocurrir como arquitecturas dinámicas espontáneas en tiempo cero.35

Cada vez que vemos el operar armónico de los compo­nentes de un sistema dinámico cerrado, pensamos que debe existir un elemento o agente organizador central que asegura el orden de los procesos que constituyen a ese sistema como una totalidad en un espacio relacional particular. Expresiones como regulación y control en relación con la generación de la armonía dinámica de procesos orgánicos espacial y temporal­mente disjuntos, aluden precisamente a eso. En el dominio de los quehaceres humanos esas armonizaciones operacionales se obtienen diseñando procesos que se van ajustando a la progre­siva generación de un estado deseado previsto. Los sistemas dinámicos cerrados naturales que el observador distingue en su vivir, no surgen por diseño, no son el resultado de una in­tención creadora. Aparecen solos, sin designio ni propósito, como resultados no previstos de la conservación espontánea de dinámicas cíclicas espacio-temporal que configuran unida­des discretas como resultado, también espontáneo, de la con­servación de las circunstancias relaciónales en que esas unida­des discretas se realizan como totalidades desde la conserva­ción de su operar cíclico. Todo ocurre sin designio ni inten­ción en un suceder no azaroso aunque sea en gran medida im- predecible. Los procesos de constitución de sistemas cerrados pueden ser sorprendentes porque son inesperados, pero no son azarosos, ocurren de la única manera que pueden ocurrir en un ámbito de determinismo estructural que se revela a través del operar del observador que los distingue. Y son en gran medida impredecibles porque su surgimiento y devenir involucra el encuentro de dinámicas de coherencias estructu­rales disjuntas que aparecen en el momento del operar del sis­tema como totalidad en el medio que lo contiene.

Azar y caos no son en sí, son apreciaciones del observador relativas a su incapacidad de hacer deducciones en un ámbito de determinismo estructural particular porque no tiene acceso a todas las dimensiones relaciónales involucradas. Histórica­mente estas nociones han sido usadas con la intención de con­notar características intrínsecas de las situaciones o de los pro­cesos involucrados. Así, la noción de azar ha sido usada para caracterizar la co-incidencia inesperada e inesperable de proce­sos que el observador no puede relacionar de manera lógica (causal) inmediata porque en su distinguir presente pertene­cen a dominios disjuntos. Así también, la noción de caos ha sido usada para caracterizar el en sí de situaciones en las que el observador no puede hacer predicciones porque no puede cap­tar configuraciones locales de coherencias de cambio en la co­incidencia simultánea del flujo de muchos procesos cambian­tes e independientes.

Volvamos a la autopoiésis. Un organismo es un sistema dinámico cerrado que se realiza en su dinámica interna como una red de procesos cíclicos recursivos que operan subordina­dos a la realización y conservación de la realización del orga­nismo como una totalidad en un espacio relacional. Si un observador mira los procesos cíclicos internos de un organis­mo, y los considera en relación con el operar de éste como totalidad, ve que estos procesos exhiben rasgos, propiedades y características que resultan adecuadas, eficientes y oportu­nas, para la realización y conservación de ese operar. La con­servación del vivir de un organismo es ciega a la forma que adopta su dinámica interna, la que puede ser cualquiera siem­pre que a través de ella se conserve la realización del organis­mo en su operar como totalidad. Por esto las coherencias del operar de las dinámicas cíclicas recursivas internas que cons­tituyen a un organismo no se pueden comprender desde una mirada funcional que quiere ver la utilidad de cada aspecto de ellas para la realización del vivir de ese organismo. Las coherencias de las dinámicas cíclicas recursivas internas que podemos observar en un organismo como adecuadas a las cir­cunstancias de su vivir presente no surgieron en la historia evolutiva a que este pertenece como resultado de un proceso histórico que se originó en alguno de sus ancestros orientado a resolver problemas de las condiciones de vida futuras. Y esto es así aunque sea ese pensar teleológico lo que le permita al observador llegar a visualizar la participación que tienen o pueden tener esos procesos de otra manera incomprensibles para la realización y conservación del vivir de ese organismo ahora. Las coherencias estructurales y operacionales sistémicas observables en la dinámica interna de un organis­mo en un momento determinado corresponden en ese mo­mento al presente de una historia espontánea de transforma­ciones estructurales ocurridas en torno a la conservación de la autopoiésis en la deriva estructural de un linaje de seres vivos. En estas circunstancias, cada organismo viviente es el presente de una arquitectura dinámica espontánea que co­mienza como un sistema autopoiético que surge de un proce­so reproductivo sistémico en la deriva estructural del linaje a que pertenece, y que existe como un caso particular inespera­do de esa deriva.

Las coherencias estructurales y operacionales que un ob­servador puede distinguir en cualquier instante del fluir del vivir de un ser vivo constituyen en ese instante un momento del presente cambiante de su continua transformación estruc­tural como un corte transversal en ese devenir. Cuando el su­ceder del vivir de un organismo se describe en términos semánticos o funcionales se implican relaciones a través del “tiempo” que no ocurren, y se oculta el hecho de que lo que sucede es una dinámica de transformación estructural[[23]](#footnote-23) en la continua realización cambiante de una arquitectura dinámica espontánea.

Todo ocurre en el devenir del existir que el observador trae a la mano en su observar de manera espontánea en el fluir de la arquitectura dinámica espontánea del cosmos. El hablar de casos particulares es un artificio para guiar la mirada, que queda ciega si no sabe que mirar en la trama multidimensional del presente cambiante de nuestro existir.

Veamos algunos casos cotidianos del ámbito inorgánico:

Caso 1: Cuando se deja caer un chorro de arena en un punto particular de una superficie horizontal se forma espon­táneamente un cono de arena con una pendiente definida que depende de las características de fricción de los granos de are­na. La formación del cono de arena involucra la dinámica de dos dominios disjuntos, el de la relación de los granos de arena entre si, y el de la gravitación y la superficie horizontal. Sin embargo el cono es cono en el ámbito de distinciones del ob­servador que mira desde otro dominio también disjunto.

Caso 2: Cuando se forman cristales de nieve, estos surgen como una dinámica arquitectónica en la cual la forma del cris­tal emergente surge orientada de una cierta manera u otra, se­gún las condiciones iniciales en que ocurre la agregación de las moléculas de agua. Aquí se aplica la misma reflexión general que en el Caso 1.

Caso 3: Cuando se deja caer un poco de agua sobre una superficie hidrófoba, se forman espontáneamente gotitas esfé­ricas que ruedan sobre la superficie, y dan origen a gotitas más grandes al fusionarse unas con otras cuando chocan entre sí. Aquí se aplica la misma reflexión general que en el Caso 1.

Veamos algunas situaciones del ámbito orgánico.

Situación 1: Los tendones de un animal están compues­tos principalmente de filamentos de colágeno que a su vez es­tán compuestos por moléculas complejas llamadas tropo- colágeno. Los filamentos de colágeno pueden exponerse a una solución salina de una composición particular en la que se di­suelven, y las moléculas de tropo-colágeno se separan. Las moléculas de tropo-colágeno son macro-moléculas largas que son diferentes en sus dos extremos. Bajo ciertas modificacio­nes de la solución salina en la que se encuentran disueltas, las moléculas de tropo-colágeno se agregan espontáneamente y de manera no dirigida reconstituyen los filamentos de colágeno originales.

Situación 2: La transformación de un huevo de anfibio en un embrión y luego en un adulto. Todo ocurre ante nuestra vista como una continua transformación de la forma de un organismo en una dinámica espontánea sin guía externa, sólo según las coherencias locales de las distintas células que van surgiendo en ese mismo proceso.

En fin, todo lo que un observador distingue como ocu­rriendo en el cosmos, desde la formación de estrellas, hoyos negros, estalactitas, estalagmitas, autopoiésis, dinámica evolu­tiva, comunidades orgánicas, átomos, entes subatómico, apa­rece en su distinción como resultado de la continua composi­ción y descomposición de entes compuestos. Y todo ello en dinámicas estructurales que operan como dinámicas arquitec­tónicas espontáneas que dan origen a dominios relaciónales y operacionales disjuntos de hecho inesperados, e inesperables que surgen desde la nada para el observador que no los ha dis­tinguido ya antes.

Volvamos una vez más a la autopoiésis.

La autopoiésis en tanto constitución, realización y conser­vación del ser vivo como totalidad, es el fundamento de posi­bilidad y de conservación de todo lo que ocurre en ellos como procesos cíclicos internos en su realización como organismos en un espacio relacional que emerge con su vivir. La conserva­ción de la autopoiésis de un organismo en la conservación de su coherencia operacional con su nicho, constituye el referente operacional que determina que puede cambiar sin pérdida del vivir en el fluir de continuo cambio de su continuo presente. En estas circunstancias, la conservación del vivir de un orga­nismo implica también la conservación de los distintos siste­mas cíclicos recursivos internos, que forman parte de la reali­zación de su autopoiésis. En fin, todo esto ocurre como una dinámica estructural espontánea en la que cada sistema cíclico interno del organismo, como una arquitectura variable, tiene un fluir cambiante modulado por el vivir de éste desde la con­servación de una organización circular particular. Estos siste­mas cíclicos recursivos internos que participan en la realiza­ción del operar del organismo como totalidad entrecruzándose con su autopoiésis son de varias clases involucrando en su diná­mica elementos celulares y moleculares.

La autopoiésis, el organismo, la relación organismo-nicho, el sistema endocrino, todos ocurren como un continuo resul­tar de un devenir no dirigido. Frecuentemente hablamos de ellos en términos propositivos, como si lo que ocurriera con ellos tuviese una finalidad, una función o una tarea que lograr. No es así. Lo que sucede es que todo lo que ocurre en el orga­nismo o sucede en un fluir en que se conservan la autopoiésis y el operar del organismo como totalidad, o éste se muere. To­dos los seres vivos vivientes somos el presente de una historia de conservación del vivir que ha ocurrido y ocurre espontá­neamente sin finalidad o propósito. Y esto ha ocurrido no como un suceder azaroso, sino que como un aspecto del suce­der determinista no predeterminado del devenir de la arqui­tectura dinámica espontánea del cosmos, que surge en el dis­tinguir y explicar del observador desde el ámbito de las cohe­rencias operacionales de su vivir. Lo estrictamente peculiar de la historia de los seres vivos está en que comienza cuando, des­pués del surgimiento espontáneo de los primeros sistemas autopoiéticos como arquitecturas moleculares autónomas, co­mienza su conservación en la formación de linajes a través de su reproducción sistémica.[[24]](#footnote-24) Todo proceso histórico tiene dos momentos cruciales, el primero ocurre en la constitución es­pontánea de una organización particular, y el segundo ocurre cuando esa organización se encuentra en un espacio relacional que resulta espontáneamente adecuado para su realización y, por lo tanto, para su conservación como una singularidad relacional. Una vez que se dan estas dos condiciones, comien­za una historia de transformaciones estructurales en torno a la conservación de la realización de la organización que se con­serva. Cuando uno mira el presente de ese devenir histórico tiempo después, se encuentra con un ámbito relacional que es dinámica y estructuralmente coherente en torno a la organiza­ción conservada, como si la historia de cambios estructurales y relaciónales hubiese ocurrido dirigida con el propósito de ob­tener esas coherencias operacionales y relaciónales. No ocurre así. La historia de los seres vivos es una historia de esa clase.

Los seres vivos son unidades discretas en el espacio tridimensional, son sistemas abiertos en su dinámica de cam­bios moleculares, y no están necesariamente acotados en su dimensión temporal. Puede que tengan un momento de ini­cio, pero en su operar son entes históricos abiertos a un deve­nir en principio eterno, sin termino aunque se puedan morir. Los sistemas históricos en general son así. Lo único propio de los seres vivos es que además de ser sistemas históricos son sis­temas autopoiéticos moleculares de estructura variable que exis­ten en un flujo de continuo cambio en acoplamiento estructu­ral en un nicho también variable. Tal vez lo que más nos sor­prende de los sistemas autopoiéticos es su autonomía y armonía operacional, tanto en dimensiones espaciales como tempora­les, y esa sorpresa nos lleva a querer explicar su ocurrir buscan­do un sentido funcional para la realización y conservación del vivir a cada aspecto de su estructura y de su operar. Pero, como hemos visto, este enfoque no funciona, más bien nos engaña. Por esto tenemos que entenderlos en términos de proceso a través de los cuales se realiza y conserva su organización autopoiética sin importar las relaciones funcionales que un ob­servador pueda ver en ellos al considerar su devenir histórico.

No estamos acostumbrados a ver que lo que distinguimos en nuestro operar como observadores son configuraciones es­tructurales (entes y relaciónales) que a su vez integran otras configuraciones estructurales que surgen como tramas arqui­tectónicas dinámicas que se extienden en el espacio-tiempo sin límites desde sí. Tampoco estamos muy acostumbrados a re­conocer que todos los límites que surgen en las distinciones del observador son clivajes relaciónales que no rompen conexio­nes arquitectónicas, pero sí establecen separaciones de flujos relaciónales que generan espacios operacionales disjuntos. Y por esto mismo, no vemos que aunque las unidades compues­tas pueden intersectarse en su realización estructural, no pue­den intersectarse en su organización. Esto es, dos o más uni­dades compuestas pueden tener elementos comunes en su rea­lización, y puede existir en esa intersección estructural en tan­to el fluir de cambios estructurales de la unidad compuesta más grande que integran en conjunto, resulte continuamente en la conservación simultánea de sus respectivas identidades individuales. La realización de un ser vivo como sistema autopoiético molecular, implica la intersección estructural de muchos sistemas cíclicos cerrados que surgen operacionalmente definidos por la conservación de las distintas dinámicas relaciónales que los constituye, y no por los componentes que los realizan.

A continuación me referiré a dos de ellos, al sistema ner­vioso y al sistema inmunológico, que se entrecruzan entre sí y con la realización de la autopoiésis en muchos organismos multicelulares.

El sistema nervioso está compuesto por elementos neuronales que se interconectan generando cambios de rela­ciones de actividad entre sí, de modo tal que constituyen una red de cambios de relaciones de actividad cerrada sobre sí mis­ma. Si nos desplazamos en esta red de un elemento neuronal a otro siguiendo las líneas de sus contactos unidireccionales y recíprocos, recorremos toda la red sin jamás salir de ella. O, dicho de otra manera, el sistema nervioso existe y opera en todo momento como una red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes, de modo que cada cam­bio de relaciones de actividad en una parte de ella da origen a cambios de relaciones de actividad en otra parte de ella. Es más, los elementos neuronales del sistema nervioso se afectan mutuamente de dos maneras, una que ocurre como un fluir de cambios de relaciones de actividad, que es el modo de operar del sistema nervioso como red de cambios de relaciones de ac­tividad, y otra que es ortogonal a ésta, y que ocurre como un fluir de cambios estructurales gatillados por encuentros estruc­turales fuera de ese fluir operacional. Este segundo modo de interactuar de las neuronas está además abierto a encuentros con elementos moleculares que provienen de otros tipos de células del organismo. Los cambios estructurales que ocurren en los elementos neuronales como resultado de su segundo modo de interactuar, afectan a su primero modo de operar, y por lo tanto su participación en el curso del fluir de cambios de relaciones de actividad en la red neuronal.

Muchos de los componentes neuronales del sistema ner­vioso se intersectan estructuralmente con elementos sensores y elementos efectores del organismo en las superficies sensoras y

efectoras internas y externas de éste. Como ésta es una inter­sección estructural y no una intersección operacional del siste­ma nervioso con los sensores y efectores del organismo, cuando el organismo se encuentra con el medio en el fluir de la realiza­ción de su vivir como totalidad, es el organismo el que interactúa con el medio, no el sistema nervioso. El resultado de todo esto es que aunque el sistema nervioso en su operar como red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes no se encuentra con el medio, su actividad como tal genera cambios de correlaciones sensorio-efectoras en el organismo que modulan el fluir de las interacciones de éste en su ámbito relacional.

Hay algo más en el trasfondo del operar del sistema ner­vioso como red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre los elementos neuronales que lo componen. Los elemen­tos neuronales como todos los sistemas celulares están afectos a cualquier tipo de agente externo que, como radiaciones o variaciones de campos magnéticos, afecten la dinámica estruc­tural de sus componentes moleculares. Al suceder esto, los agen­tes externos actúan de sobre los elementos neuronales de ma­nera ortogonal a su operar como componentes del sistema ner­vioso, y su estructura se modifica de manera contingente a la dinámica de dimensiones relaciónales del medio diferentes a las propias de las superficies sensoriales corrientes del organis­mo. Cuando esto sucede los elementos neuronales así afecta­dos operan de hecho en el sistema nervioso como receptores sensoriales en el organismo que pueden constituir una superfi­cie sensorial nueva en su fluir relacional. Si esto sucede con alguna regularidad, puede surgir una ampliación de las dimen­siones de acoplamiento estructural del organismo en su deriva ontogénica y filogénetica al constituirse así en él una nueva su­perficie sensorial. Es más, todas las superficies sensoriales de los organismos deben haber surgido esencialmente de esa ma­nera con el origen mismo del organismo, al operar éste como totalidad relacional al constituirse distintas partes de su estruc­tura en superficies de separación y encuentro con un medio que emergía con ese operar. Al ocurrir esto se produce una intersección operacional entre los elementos estructurales de las superficies de encuentro del organismo con el medio en que emergen al operar éste como totalidad cerrada, con las di­námicas internas cerradas de cambios relaciónales entre los componentes que lo constituyen. Al comienzo del devenir evo­lutivo, en los organismos unicelulares todo esto ocurre como aspectos de su dinámica molecular, pero al surgir la multicelularidad esos procesos moleculares pasan a englobarse en la conservación de la realización de las células según sean sus interacciones como componentes de los organismos.

En el momento en que algunos elementos sensoriales del organismo se encuentran con el medio, externo o interno, se gatillan en estos cambios estructurales que a su vez gatillan cambios estructurales en los elementos neuronales que se intersectan con ellos, y al cambiar la estructura de esos ele­mentos neuronales cambia el fluir de cambios de relaciones de actividad en la red de cambio de relaciones de actividad neuronal que el sistema nervioso es. Y, como ya dije antes, también cambia el fluir de cambios de relaciones de actividad en el sistema nervioso con los cambios estructurales que tie­nen lugar en cualquiera de los elementos neuronales que lo componen como resultado de sus interacciones estructurales con otros elementos neuronales en él o con otras células o pro­ductos de otras células del organismo.

Como el sistema nervioso no se encuentra con el medio en su operar como red cerrada de cambios de relaciones de actividad, no hace una ni puede hacer una representación del medio, ni nada que pudiese tratarse como una relación bioló­gica cognitiva de un mundo externo. Las contingencias del continuo fluir de encuentros del organismo con el medio sólo cambia en el sistema nervioso el curso que sigue su continuo fluir de cambios de relaciones de actividad. El sistema nervio­so cambia el curso de su operar como red cerrada de cambios de relaciones de actividad cuando cambia la estructura de aque­llos de sus elementos neuronales que se intersectan con los ele­mentos sensores del organismo. Algo parecido sucede con la intersección de los elementos neuronales del sistema nervioso con los elementos efectores del organismo. La diferencia está en que en este caso los cambios de relaciones de actividad que ocurran en los elementos neuronales que se intersectan con los elementos efectores de las superficies efectoras internas y ex­ternas del organismo, gatillardn en estos elementos cambios estructurales que incidirán en el medio interno y externo en que el organismo vive. Sin duda una persona que observa a un organismo en la realización de su vivir relacional como un fluir conductual, ve que éste en general se mueve en congruencia operacional con las circunstancias cambiantes de su ámbito de existencia. Es más, para la persona que observa a un organis­mo el ámbito relacional en que lo ve, éste surge a su presencia en un suceder cambiante y nuevo, y muchas veces inesperado, de modo que con frecuencia se maravilla de que el organismo se conduzca en él de manera adecuada. De ahí la idea de que “el sistema nervioso es un sistema cognitivo que opera obte­niendo información del medio que luego usa para computar su conducta adecuada en él”. Por todo lo que hemos visto sabemos que no es así, y que la conducta adecuada en la rela­ción organismo/medio surge de su fluir en acoplamiento estruc­tural como resultado de la continua transformación del siste­ma de arquitecturas dinámicas espontáneas que los organis­mos y el medio que los contiene son en conjunto. El resultado general de esto es que la estructura del sistema nervioso, y por lo tanto su dinámica cerrada de cambios de relaciones de acti­vidad, cambia continuamente en el curso del vivir del organis­mo de una manera congruente con las contingencias del fluir de interacciones de éste en todas las dimensiones de su nicho.

Empero, si pensamos en el sistema nervioso como un sis­tema cognitivo, buscaremos explicarlo y entenderlo en térmi­nos cognitivos según lo que pensamos que es un fenómeno cognitivo. Así, por ejemplo, al mirar como opera el sistema nervioso procuraremos descubrir como hace representaciones del medio en que se encuentra y computa su operar adecuado en él. Y al hacer esto no veremos que como red cerrada de elementos neuronales en intersección estructural con los ele­mentos sensores y efectores del organismo, el sistema nervioso solamente puede operar generando en éste correlaciones senso- rio-efectoras. Y así, tampoco veremos que lo que llamamos con­ducta, no es algo que un organismo haga por sí mismo y desde sí, y no veremos que la conducta emerge como un suceder que involucra en su ocurrir tanto a la dinámica del organismo como a la dinámica del medio en un fluir congruente como un as­pecto de la realización de la autopoiésis del organismo en su operar en acoplamiento estructural con el medio.

Por último, no veremos que el operar sistémico del siste­ma nervioso no tiene que ver con lo que corrientemente lla­mamos conocimiento como un acto de referencia a lo que lla­mamos lo real, y no veremos que lo que llamamos conocimiento es algo que el observador le atribuye a un organismo o persona cuando él o ella piensa que ese organismo o persona se condu­ce de una manera que él o ella considera adecuada para la cir­cunstancia en que lo observa. En estas circunstancias un ob­servador podría decir que un organismo sabe vivir cuando ve que éste conserva su vivir en su ámbito de acoplamiento es­tructural, pero sería un error decir que el vivir es un fenómeno cognitivo como un operar biológico. Nociones como control, información, función, propósito, utilidad, adaptación, venta­ja, tienen valor heurístico sólo si ayudan a ampliar la reflexión.

El operar del sistema nervioso ocurre en su intersección con el organismo como un fluir cíclico recursivo de cambios de relaciones de actividad entrecruzado con muchas dinámicas celulares y moleculares cíclicas recursivas en la realización de la autopoiésis del organismo en su vivir relacional. Y en este operar, el sistema nervioso como red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes neuronales, ge­nera en el organismo correlaciones sensorio-efectoras de acuer­do a la arquitectura relacional de éste que resultan adecuadas para la realización de su operar como totalidad relacional, por­que la estructura del sistema nervioso y del organismo han cam­biado de manera congruente en el devenir de la conservación del acoplamiento estructural del organismo y el medio. Sin duda el observador vive la tentación de describir todo ese pro­ceso con nociones y conceptos del vivir humano en el lenguajear. Pero eso no sirve, porque cuando el observador trata al sistema nervioso como un sistema cognitivo dice algo sobre lo que él o ella ven en el espacio relacional humano en que lo observa, pero no muestra su operar como parte de la realización de la autopoiésis del organismo que integra.

Repetiré la descripción del operar del sistema nervioso desde una perspectiva un poco diferente. Como observadores nos movemos en distintos dominios de coherencias reflexivas que se entrecruzan o que relacionamos desde miradas más abarcadoras, y hablamos de ellos como ocurriendo en distin­tos ámbitos de correlaciones sensorio-efectoras que tratamos como distintos ámbitos espaciales en el fluir de nuestro vivir relacional en interacciones con un mundo externo. Este modo de vivir es nuestro vivir humano en el fluir de coordinaciones de coordinaciones de haceres consensúales que es nuestro vivir en el lenguajear. Aunque en la intimidad de nuestra sensorialidad los dominios y meta-dominios operacionales y relaciónales recursivos que generamos como distintas configuraciones de correlaciones sensorio-efectoras los vivimos como relaciones e interacciones con un mundo externo independiente, en el su­ceder de nuestra biología todos ocurren en el dominio de los cambios de relaciones de actividad neuronal del operar cerra­do de nuestro sistema nervioso. El resultado general de esto es que cualquier animal con sistema nervioso puede operar rela­cionando sucederes disjuntos de su vivir en un meta-dominio relacional interno como si esos sucederes no fuesen disjuntos. En este proceso “lo temporal” ocurre espontáneamente como una dimensión relacional que permite a un animal operar con totalidades temporo-espaciales sin la noción de tiempo. Noso­tros los seres vivos humanos no somos distintos, de modo que en nuestro operar como observadores y meta-observadores ope­ramos en nuestra reflexión con sucederes que ocurren disj untos en distintos momentos de nuestro vivir como si estuviesen interconectados en el fluir de su suceder en la constitución de una totalidad. En el intento de explicar, y comprender como ocurren esas coherencias operacionales de procesos sucesivos disjuntos en la constitución de una totalidad, inventamos la noción tiempo como una dimensión imaginaria que nos per­mitiría conectar presentes sucesivos en términos de otras no­ciones imaginarias como función, finalidad, propósito, regu­lación o control. Al hacernos cargo de que el suceder de los procesos del vivir y el suceder del cosmos en su surgir como arquitecturas dinámicas espontáneas, podemos usar la noción imaginaria de tiempo en nuestro explicar sin la introducción de otras nociones explicativas imaginarias. Si hacemos esto, podremos entender los procesos del operar de sistemas cerra­dos en general, y del sistema nervioso en particular en su ope­rar en el presente, como el ocurrir espontáneo de arquitecturas dinámicas que existen como totalidades temporo-espaciales en el devenir epigénico de un presente cambiante continuo, sin tener que introducir nociones explicativas imaginarias como finalidad, control o regulación.

SISTEMA INMUNITARIO

Lo que actualmente llamamos sistema inmunitario es un sistema celular- molecular compuesto por elementos celulares y moleculares que interactúan entre sí constituyendo una red cerrada de producciones y transformaciones celulares y moleculares dentro de la misma red, en un entrecruzamiento estructural con la realización de la autopoiésis del organismo. Esto, sin embargo, con frecuencia no se ve así porque el obser­vador quiere comprender al sistema inmunitario en lo que él o ella llaman su función defensiva ante las agresiones que sufre el organismo. Este modo de referirse a lo que llamamos el sistema inmunitario nos lleva a imaginar su operar en esos tér­minos, y se nos pierde su carácter cerrado. En un sentido estricto los seres vivos en su operar como sistemas autopoiéticos no tienen enemigos, nada los ataca, nada los daña, no tienen que distinguir lo ajeno de lo propio, son ciegos a un mundo externo que no existe aunque éste exista para el observador. El sistema inmunitario no es un sistema cognitivo.

El sistema inmunitario opera auto-contenido en su com­posición molecular y celular como resultado de su propio ope­rar, en un fluir de producción y destrucción de moléculas y células en la continua producción, transformación y conserva­ción de una configuración de clases de células y moléculas en una dinámica de relaciones celulares y moleculares básicas par­ticulares. Como sistema celular-molecular ú sistema inmunitario se intersecta con el organismo por medio de sus componentes celulares y moleculares en todos los ámbitos celulares y moleculares que involucran dinámicas de transformaciones tisulares. Esta intersección es estructural en el sentido de que las células y moléculas que participan de ella operan en la di­námica de dos o más sistemas cerrados a la vez, de modo que lo que ocurre en uno afecta lo que ocurre en los otros. Y no es una intersección funcional en el sentido de que la modulación recíproca no puede verse en términos de las supuestas funcio­nes del operar de los sistemas en intersección. Lo que un ob­servador ve como cognitivo o defensivo en el operar del siste­ma inmunitario es una evocación de su visión de las conse­cuencias de ese operar consideradas desde su ámbito de pre­ocupaciones, no el modo de participar del sistema inmunitario en la realización de la autopoiésis del organismo.

Si pensamos en el sistema inmunitario como un sistema cognitivo, buscaremos explicarlo y entenderlo en términos cognitivos según lo que pensamos que es un fenómeno cognitivo. Así, por ejemplo, al visualizar al sistema inmunitario como un sistema cognitivo nuestras preguntas se orientarán primariamente a descubrir como distingue entre las células y moléculas que transforman cuales de ellas son las que tiene que transformar o destruir y cuáles son las que no debe tocar, cuales son las propias y cuales son las ajenas. En este contexto, si miramos al sistema inmunitario como un sistema defensivo porque destruye a las moléculas y células que el observador piensa, cree o visualiza como agresoras hacia el organismo, las preguntas fundamentales que nos haremos serán las que según nuestro parecer tengan que ver con esas distinciones, y no ve­remos la participación recursiva del sistema inmunitario en la continua autopoiésis o producción de sí mismo del organismo. En fin, no veremos que el sistema celular y molecular que lla­mamos sistema inmunitario, es en su constitución sistémica parte de la dinámica celular y molecular de la continua pro­ducción de sí mismo del ser vivo, cualesquiera sean las conse­cuencias de su presencia en el vivir relacional de este. El que las distorsiones de la dinámica cerrada del operar del sistema inmunitario, tengan consecuencias que un observador descri­be como operaciones de defensa ante las agresiones que un organismo vive en el fluir de su vivir, es el resultado espontá­neo de la deriva estructural del organismo en torno a la con­servación de la autopoiésis, no un logro.

El sistema inmunitario existe en la continua producción de sí mismo como una red celular y molecular que produce las moléculas y células que la componen, se intersecta con otras dinámicas celulares y moleculares que como ella participan en la realización de la autopoiésis del organismo que integran. La forma de realización del sistema inmunitario varía en las dis­tintas clases de organismos, y tiene en cada una de ellas una arquitectura particular que ha surgido según su devenir evolu­tivo en congruencia operacional con su anatomía, su fisiología y sus distinto modos relaciónales de vivir. Lo que cabe, enton­ces, para entender y comprender el presente operacional en el que se observan todos los procesos dinámicos que resultan en lo que en el presente llamamos sistema inmunitario, tenemos que estudiar los procesos celulares y moleculares del sistema como aspectos de una dinámica cerrada en un organismo que vive en acoplamiento estructural con su nicho biológico.

LO INESPERABLE

Algo que en general no vemos, tal vez enceguecidos por la regularidad de la repetición de los procesos de nuestro existir como aspectos de la arquitectura variable del cosmos, es como surge lo nuevo, lo que es inesperado pero esperable, y como surge lo nuevo que es inesperado e inesperable. Nada ocurre en la arquitectura dinámica del cosmos que viole el determinismo estructural, y al mismo tiempo todo ocurre en un devenir de transformaciones históricas en el que nada está predeterminado. Lo esperable o no esperable no pertenece al suceder de lo que sucede, sino que a la actitud del observador que actúa en la aceptación implícita desde las coherencias de su vivir de que lo que sucedió una vez sucederá de nuevo. A la vez, el observador dice que lo inesperado era esperable cuando a posteriori puede configurar su presente como un ámbito de coherencias estructurales en el que era posible deducir que lo inesperado podía o tenía que suceder. Algo inesperado que sucede de modo que el observador no puede después de suce­dido proponer un ámbito de coherencias estructurales en el que habría sido posible deducir su ocurrir como un suceder normal, tiene el carácter de inesperable.

Los sucesos inesperables ocurren en la intersección estruc­tural del vivir del observador con un suceder que emerge desde un dominio operacional que tenía hasta ese momento un de­venir disjunto del suyo, y que por lo tanto le era incognosci­ble. Cada vez que se da una dinámica de composición que resulta en entidades compuestas que operan como totalidades en un dominio relacional que emerge con ellas, surge un espa­cio operacional intrínsecamente nuevo, y por lo tanto en prin­cipio inesperable. El devenir del cosmos ocurre en una conti­nua generación de dominios operacionales intrínsecamente

nuevos en un presente cambiante que emerge nuevo desde sí mismo.

Autopoiésis **otra vez:**

Todo ocurre en la realización del vivir de un ser vivo como parte de la realización de su autopoiésis, lo que no ocurre en la realización de su autopoiésis no ocurre como parte de la realiza­ción del vivir de un ser vivo. Por esto, todo lo que ocurre en la realización del vivir de un ser vivo es modificable desde la modulación de los procesos moleculares de la realización de su continua autopoiésis. Más aún, aunque los procesos moleculares de la realización de la autopoiésis de un ser vivo son esencial­mente regulares en la continua realización de la dinámica ce­rrada de su arquitectura cambiante, están siendo modulados de hecho de manera continua por las contingencias tanto ex­ternas como internas que surgen en su epigénesis. Puede decir­se que todos los procesos fisiológicos ocurren en un organismo como modulaciones de las dinámicas moleculares de la realiza­ción de su autopoiésis en el fluir de su epigénesis. Es aquí donde el fluir del emocionear entra a participar en la modulación de las dinámicas moleculares de un organismo. Lo que distingui­mos al hablar de emociones son clases de conductas relaciónales, y lo que connotamos que ocurre en el vivir de un organismo al distinguir en él distintas emociones, son distintas configura­ciones fisiológicas que especifican momento a momento la orientación relacional interna y externa de su vivir relacional. Y es por ser ésta la naturaleza del emocionear, que las emocio­nes modulan la dinámica molecular de un organismo, y por lo tanto la forma que sigue el fluir de la realización de su autopoiésis. En nosotros los seres humanos tenemos que agre­gar nuestro existir en el lenguajear, en la generación de teorías que modulan nuestra orientación en el hacer y nuestro emocionear en el hacer, generando dinámicas moleculares in­ternas que modulan el curso de la realización de nuestra autopoiésis, y con ello nuestro bien-estar o mal-estar en nuestro vivir fisiológico y relacional. Por esto no debería sorprender­nos mucho que nuestro vivir relacional, que nuestras emocio­nes, que nuestros estados de ánimo, que nuestras pasiones, que nuestros deseos, nuestros miedos, nuestras envidias, ambicio­nes, vergüenzas, afecten de tantas formas distintas nuestra fi­siología y nuestra corporalidad a través de modular el fluir molecular de la realización de nuestra autopoiésis. Y por lo mismo no debería sorprendernos mucho que el amar, el emocionear que sueltan expectativas, exigencias, ambiciones y envidias abriendo la mirada a la legitimidad humana total, sean el camino para la epigénesis del bien-estar individual y relacional.

El darse cuenta:

El observador se da cuenta desde la mirada histórica sistémica que surge al inventarse la temporalidad, de que cuan­do surgen los entes autopoiéticos en su presente a-temporal con­tinuo emerge una clase de entes históricos que son entidades discretas en el operar de ese presente, pero que en principio no tienen necesariamente que tener un borde en su devenir tem­poral, el que de hecho fluye como eterno. Al darse cuenta el observador de esto, también puede darse cuenta de que al mis­mo tiempo que él o ella distingue el vivir en un ser vivo, la autopoiésis aparece en éste como la dinámica en el presente de una entidad discreta cuyo fluir operacional no tiene sentido en sí, y que para dárselo él o ella tiene que crear nociones explica­tivas, como utilidad, propósito, finalidad o ventajas adaptativas, que serían validadas presumiblemente en el devenir histórico del ser vivo. Sin embargo, como en el devenir histórico de un sistema autopoiético los procesos moleculares que lo constitu­yen no son fáciles de ver, las nociones explicativas pasan a ser tratadas como descripciones del operar de los procesos que se quieren explicar, lo que siempre es un error.

Este error no se comete si uno no hace supuestos explica­tivos, y mira el operar de los procesos que ocurren en el ser vivo como aspectos de la continua realización de su autopoiésis, o lo que es lo mismo, de la continua producción de sí mismo. El vivir, la autopoiésis, es un continuo resultar sin finalidad ni propósito en sí, y su ocurrir realiza la dinámica molecular que constituye nuestro dominio de existencia como seres vivos y como organismos. En el dominio de existencia de nuestro ser seres vivos todos los procesos que constituyen nuestro vivir ocurren en la continua realización de nuestra autopoiésis. En el dominio de nuestro vivir y operar como organismos huma­nos todo ocurre en nuestro operar relacional, pero al mismo tiempo todo lo que hacemos como seres humanos, cualquiera sea la naturaleza de nuestro hacer, ocurre a través de la realiza­ción de nuestra autopoiésis sin que nuestro hacer humano par­ticipe como tal en ella.

En otras palabras, el que un ser vivo opere siempre en la continua producción de sí mismo como la naturaleza espontá­nea de su existir como tal, es necesariamente el referente ope­racional y conceptual fundamental para comprender todos los fenómenos biológicos en tanto lo que son como fenómenos biológicos. Como tal el ser vivo ocurre en su continua desapa­rición, en una dinámica de cambio en la que lo que se conser­va es una arquitectura molecular cambiante abierta a un deve­nir en el que la autopoiésis es un suceder histórico irreversible, acotado en el espacio pero abierto al infinito en su existencia fuera del tiempo.

En estas circunstancias, somos sólo los seres que como nosotros existimos en el lenguajear, los que existimos en el tiem­po como un aspecto del fluir de nuestro vivir en la consciencia reflexiva del término posible del vivir. Y es por esto que es sólo desde su surgir en la operación de distinción del observador en el ámbito explicativo que éste genera con la invención del tiem­po, que el existir de los seres vivos y de cualquier ente puede verse ocurriendo acotado en un devenir temporal.

Y es por la invención del tiempo que surge la posibilidad de que los seres humanos entendamos y comprendamos lo humano como el centro de los mundos y del cosmos que gene­ramos en nuestro vivir y convivir.

POR ÚLTIMO

En la historia de las distinciones que constituyen a las moléculas y a los entes meta-moleculares, estos han surgido con características que oscurecen la visión de su operar como com­ponentes de arquitecturas dinámicas cambiantes ante nuestra sensorialidadxÁcvX. Esto porque en nuestro vivir cotidiano es­tamos acostumbrados a pensar en estructuras con una imagen de solidez manipulativa táctil como lo que les daría permanen­cia y estabilidad. Ocurre, sin embargo, que la solidez y perma­nencia de una arquitectura dinámica no está en la dureza táctil de su estructura sino que en la conservación de las relaciones que la constituyen como tal. Los bordes de un ente cualquie­ra, ya sea que surja simple o compuesto en la distinción, ya sea que surja como una arquitectura dinámica cambiante o como sus componentes, átomos, moléculas, ideas, conceptos, deseos u objetos de nuestro diario vivir, no existen desde sí, surgen en las operaciones que generan los clivajes que los separan de otros entes, ya sea como resultado de una dinámica relacional exter­na que los establece o como resultado de su dinámica interna espontánea. Los bordes que surgen al separar entes, o que se constituyen al unir entes, en los cambios estructurales de las arquitecturas dinámicas, son flujos relaciónales que en los cam­bios estructurales. En estas circunstancias, cuando hablamos de energía hacemos referencia a un tipo particular de regulari­dad en el cambio estructural que ocurre en el fluir del cambio en una arquitectura dinámica con el surgimiento de los bordes que aparecen o se desvanecen en las dinámicas de descomposi­ción o de composición que separan o juntan entes en el fluir cambiante del cosmos que surge con nuestro vivir humano. El que se pueda hacer una cuantificación de ese tipo de cambios, revela un aspecto de las regularidades del fluir de los cambios estructurales en la arquitectura dinámica espontánea en que se da nuestro existir como seres vivos. El que tengamos conscien­cia de que la noción de energía oculta la forma de la dinámica arquitectónica que la constituye, nos permite evitar usarla como un principio explicativo del suceder del vivir de los seres vivos en general, y del vivir de los seres humanos en particular.

Los seres vivos como entes moleculares somos entes his­tóricos que existimos como distintas clases de organismos en distintos espacios relaciónales que trascienden a las dinámicas moleculares que los realizan. Los seres humanos, como orga­nismos que existen en el lenguajear, existimos en un espacio relacional reflexivo en el que podemos ser conscientes de que nuestro vivir humano ocurre en una arquitectura dinámica que cambia en la continua realización de la trascendencia recursiva reflexiva de nuestro existir relacional. O, tal vez repitiendo algo de lo ya dicho, los diversos dominios de existencia de los seres vivos en sus diferentes modos de operar como distintas clases de organismos, incluyendo, por supuesto, nuestro pro­pio operar como seres humanos, trascienden el espacio molecular en que se da su operar básico como sistemas cerra­dos en su condición de sistemas moleculares autopoiéticos. Y esto es así, aún cuando el operar de un organismo en sus dis­tintos dominios de existencia trascendentes dependa de la rea­lización de su operar básico como sistema molecular autopoiético, y se detenga cuando éste operar se detiene.

En términos generales es posible afirmar que todas las di­mensiones operacionales que distinguimos en lo que llama­mos el espacio físico, participan a través su operar en las diná­micas de descomposición y composición de arquitecturas moleculares en las transformaciones de las arquitecturas diná­micas cambiantes de los organismos, y con ello en la modula­ción de su operar en sus distintos ámbitos de existencia relacional emergentes a partir de su operar molecular. Por esto mismo la arquitectura cambiante de cada ser vivo se conecta y entrelaza con las arquitecturas cambiantes de otros seres vivos y de cualquiera otra que surja en sus contactos multidimensionales como arquitecturas moleculares. Es más, esto ocurre en configuraciones relaciónales de las que pode­mos hablar sólo en la medida que participemos en ellas a tra­vés del fluir de nuestras propias arquitecturas dinámicas cam­biantes en nuestro operar reflexivo, auto-consciente y explica­tivo. La dificultad para concebir y observar esto está en alguna medida en el creer que lo que distinguimos como la mente pertenece a un espacio operacional diferente del de nuestra arquitectura dinámica, sin darnos cuenta de que lo peculiar de ella esta en como vivenciamos nuestro vivirla.

El operar de la arquitectura dinámica cambiante del vivir es a-temporal, ocurre como un presente en continuo cambio. El operar de nuestro vivir en los espacios trascendentes que son los que constituyen nuestro vivir humano, y donde expli­camos nuestro vivir, y somos conscientes de él, es temporal. Nuestra vivencia de la temporalidad, o de lo temporal, ocurre en el fluir de nuestro vivir en el espacio relacional que genera­mos con la invención del tiempo como operación explicativa de las coherencias de nuestro vivir experiencial. Sin la inven­ción de la dimensión imaginaria del tiempo no podríamos ex­plicar y comprender la naturaleza de nuestro explicar y de nues­tro vivir en su suceder evanescente a la vez que pleno de pre­sencia en su carácter generador de un cosmos que aunque no preexiste a nuestro distinguirlo, surge como un trasfondo de posibilidades coherentes con nuestro vivir aún después de nuestra desaparición.

La búsqueda por los bordes de una entidad cualquiera imaginándolos con una sensorialidad visual o táctil, es engañadora. Los bordes son relaciónales y aparecen en la ope­ración de distinción del observador que hace surgir a la enti­dad distinguida y a su dominio de existencia desde la nada de la no presencia. No tiene sentido operacional hablar de lo dis­tinguido ni pensar en su posible dominio de existencia si no se especifica la operación de distinción del observador que lo trae a la mano. Así también los bordes aparecen en el existir sola­mente con la distinción del observador, y surgen con su operar en la distinción del devenir de su presente cambiante como clivajes operacionales que resultan en la aparición de procesos independientes que duran como tales mientras duran esos clivajes operacionales. Es por esto que carece de sentido ha­blar de bordes fuera del ámbito del operar de las distinciones del observador que los distingue. En fin, es por esto que los bordes de lo distinguido surgen con el operar del observador como parte de una matriz relacional y operacional que aparece configurada desde las coherencias de su operar en su vivir como la configuración de un devenir cósmico al igual que todo lo que él o ella distingue.

Es por lo anterior que las distinciones que el observador hace como operaciones de las coherencias de su vivir surgen con la invención del tiempo como relaciones locales en una arquitectura dinámica que emerge con ese operar. Lo distin­guido no preexiste ni puede preexistir a su surgir en la distin­ción del observador como un aspecto de las coherencias operacionales y relaciónales de su vivir. La noción de existen­cia no tiene sentido fuera del ámbito del operar del observador en su operar como miembro de una comunidad de observado­res. El observador tampoco existe fuera de su propia distin­ción recursiva en esa comunidad, y por esto no tiene historia fuera de su invención de la temporalidad como una dimensión explicativa de su operar. Por esto las distinciones de interacciones y relaciones definen bordes y ámbitos de locali­dad que sólo pueden sorprendernos si les asignamos alguna condición de preexistencia a su distinción. En fin, es por esto que en el cosmos que surge con nuestro operar, todo ocurre en interacciones y relaciones locales que nos muestran una arqui­tectura dinámica que ocurre como un presente cambiante que nos resulta comprensible sólo desde la invención del tiempo que hace posible la invención de la memoria como un aspecto de ese presente cambiante en el no tiempo.

**Existencia:**

En el trasfondo de todas nuestras reflexiones sobre el ha­cer y el traer a la mano lo distinguido con las operaciones de distinción que hacemos, está el tema de la existencia. En la vida cotidiana la noción de existencia evoca el ser en sí de lo distinguido, ser que usualmente se entiende como si fuese in­dependiente del observador que lo hace surgir con la opera­ción de distinción con que lo distingue. Así, es frecuente que preguntemos, “Aquello de lo que en este momento hablamos, ¿existe o no existe?, ¿es real o no es real?, ¿existe o es una fanta­sía?” Es desde el trasfondo de nuestro operar y sentir cotidia­nos que en general hacemos todas nuestras reflexiones desde el entendimiento implícito de que todo lo que hacemos y pensa­mos lo hacemos y pensamos en el entendido de que operamos en un ámbito de existencia independiente de nuestro hacer que llamamos lo real o lo objetivo. En este ensayo todo lo di­cho está dicho desde el saber que de hecho no podemos, no podremos, ni podríamos decir o hacer alguna referencia que tenga sentido operacional más allá de nuestro imaginar, algo que existiría con independencia de nuestro operar al distin­guirlo o imaginarlo.

Mi punto de partida en mis reflexiones es mi presente experiencial en el que me distingo haciendo lo que hago al distinguir lo que me sucede en mi vivir al mismo tiempo que me distingo a mí mismo y a otros como seres humanos hacien­do lo que hacemos juntos o por separado. Por esto mi tema no es la realidad, la existencia objetiva, o el en sí de lo distinguido, sino que explicar mi operar como observador que distingue lo que distingue incluyendo a mi propia distinción de mí mismo. Y es más, mi intento es explicar mi vivir y mi operar como observador mediante mi operar como observador, y hacerlo operando en las coherencias de mi vivir sin adoptar ningún supuesto antológico o principio explicativo a priori.

Lo lineal y lo recursivo:

Lo recursivo se produce en la asociación de un proceso cíclico con un proceso lineal cuando cada nuevo ciclo del pro­ceso cíclico se asocia al desplazamiento del proceso lineal aso­ciado que ocurrió con el ciclo anterior. Cada vez que hay una dinámica recursiva surge un nuevo espacio o dominio opera­cional que el observador que lo distingue vive como un domi­nio fenoménico nuevo.

Cada segmento de un ciclo ocurre como un proceso li­neal. Por esto, en el entrecruzamiento de los diferentes proce­sos cíclicos que integran a un sistema cerrado se dan dinámicas recursivas que pueden llegar a constituir dominios fenoménicos nuevos. Estas dinámicas recursivas ocurren continuamente en la espontaneidad del entrecruzamiento de los procesos cícli- eos, pero para que los dominios fenoménicos nuevos que sur­gen de ellos tengan presencia en la deriva estructural de un sistema, tiene que darse una dinámica relacional en el interior de éste, o en el ámbito de interacciones donde se da su operar como totalidad, que los conserve como aspectos de su realiza­ción sistémica. Todo el existir de un sistema, cerrado o abier­to, transcurre como una deriva epigénica que integran al siste­ma y al medio que lo hace posible en la constitución de una arquitectura dinámica cambiante cuya extensión es también sistémica con bordes operacionales como parte de una red ar­quitectónica cuya extensión en principio puede abarcar todo el cosmos.

Operar sistémico:

Al distinguir un sistema, el observador se da cuenta que el sistema distinguido existe en dos dominios, en el dominio de su operar como red de elementos interconectados que es el dominio de su realización interna como un sistema particular de una cierta clase, y en el dominio de interacciones en el que al ser distinguido surge como totalidad. Un sistema no existe por sí mismo, un sistema es lo que emerge según lo que resulta conservado a través del fluir de la dinámica relacional de sus componentes en su operar como totalidad en sus dos domi­nios de existencia según en la medida en que estos surgen en el suceder de sus interacciones.

El observador como ser vivo humano existe en el ámbito de las coherencias operacionales de su vivir, y por ello opera distinguiendo sólo coherencias operacionales de su vivir. Por esto, el observador al hacer una distinción trae a la mano a la matriz relacional de su vivir en la que lo que distingue con su operar existe o puede existir como aquello que ha distinguido.

Así, cuando el observador distingue un sistema, al distinguirlo trae a la mano a la matriz relacional en que éste opera como una totalidad de una cierta clase, y en la que sólo puede existir si el ocurrir de su dinámica interna resulta en la continua rea­lización de la configuración relacional que conserva esa identi­dad de clase en la matriz relacional en que surge al ser distin­guido. La identidad de clase del sistema distinguido determina la configuración de relaciones que debe realizarse y conservar­se en su dinámica interna, para que el sistema tenga un deve­nir que resulta en la continua realización y conservación de esa identidad de clase en la matriz relacional del operar del obser­vador en que éste lo ha distinguido. La operación de distin­ción del observador implica la matriz relacional de su vivir en la que lo que ha distinguido puede existir como tal. Por esto, para que un observador pueda de hecho comprender el operar de un sistema, y no solamente evocarlo con nociones semánticas como intencionalidad, propósito, función, regulación o con­trol, es necesario que tenga plena claridad sobre la identidad de clase operacional que él o ella implica en su distinción. Esto es, el observador debe ver el operar del sistema en su condi­ción de arquitectura dinámica cambiante que ocurre en un presente continuo que transcurre en una deriva de cambio es­tructural que sigue un curso definido momento a momento por la configuración relacional que se conserva en su operar como totalidad, y que define su identidad de clase. Es más, el observador ve que la conservación de esa configuración relacional acota lo que puede cambiar en la dinámica de los componentes internos del sistema en un proceso que dura mien­tras se conserva su identidad de clase. Ocurre también que en el acto de distinguir el fluir del suceder de los procesos que realizan a un sistema como una totalidad, el observador imagi­na la estructura dinámica que realiza a esa totalidad como una trama evanescente de transformaciones arquitectónicas que generan momento a momento el continuo presente cambiante que es lo único que él o ella ve. En estas circunstancias, el observador inventa la noción de tiempo y su fluir como una dimensión imaginaria que le permite interconectar, en una totalidad conceptual multidimensional sistémica recursiva, a la trama de procesos que constituyen a ese sistema en su ope­rar en la conservación de su organización y adaptación en el ámbito en que existe, como un suceder evanescente de cam­bios arquitectónicos. Veamos un ejemplo:

El observador en su operar como ser humano al distinguir al sistema nervioso lo ve como integrante de la arquitectura dinámica de un organismo, y lo ve compuesto por elementos neuronales excitadores e inhibidores que interactúan entre si constituyendo una red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre ellos. Y ve que los cambios de relaciones de actividad de la red neuronal siguen un curso definido momento a momento por el continuo cambio de la estructura de los ele­mentos que la constituyen y de la forma de sus interconexiones. Más aún, el observador ve que la red neuronal de cada organis­mo tiene una configuración conectiva básica definida por su morfología o anatomía relacional de acuerdo a su modo de vivir relacional. Esta configuración conectiva implica:

1) La intersección de elementos de la red neuronal con los elementos sensores y efectores de las distinta superficies relaciónales externas e internas del organismo, de modo que el fluir de la actividad de la red neuronal eventual­mente siempre da origen a correlaciones sensorio-efectoras que constituyen el operar relacional del organismo en su vivir relacional como tal. De lo anterior resulta que el observador siempre puede encontrar que las superficies sensoriales y efectoras de un organismo se conectan con la

trama neuronal interna del sistema nervioso en una rela­ción de mapeo recíproco, que debido al determinismo es­tructural no constituyen una representación del medio en que el organismo vive. Y el observador puede a la vez en­contrar que esto ocurre en varias etapas internas recursivas, sucesivas y entrecruzadas que resultan en que el operar interno de la red neuronal ocurre de modo que existe siem­pre la posibilidad de correlaciones sensoriales y efectoras cruzadas que constituyen el vivir relacional del organis­mo.

Las interconexiones excitadoras e inhibidoras que tienen lugar entre los elementos neuronales componentes de la red neuronal básica en cualquier organismo con sistema nervioso, constituyen en cada momento de su devenir evolutivo una red primaria de activaciones e inhibiciones recíprocas que genera continuamente correlaciones sensoras y efectoras en el organismo que llevan en todo instante a la restitución de las correlaciones senso-efectoras básicas externas e internas de su vivir relacional que resultan alte­radas en el curso de sus interacciones. Todo esto sucede en un proceso que un observador ve como una continua restitución de correlaciones senso efectoras que constitu­yen, no un equilibrio, sino que la continua restitución de una armonía relacional interna que configura lo que un observador ve como una dinámica de conservación del bien-estar.

La estructura del sistema nervioso no es fija y está en un cambio continuo contingente a su propio operar y a las interacciones del organismo con el medio en que existe, y que el observador ve como un aspecto de la dinámica de

continuo cambio en el presente de la arquitectura diná­mica del organismo.

4) Los cambios estructurales de la red neuronal, tanto en lo que se refiere a las neuronas mismas que la componen, como en lo que se refiere a la distribución, forma y efecti­vidad del operar de sus interconexiones, ocurren siguien­do un curso que surge instante a instante modulado por el curso que siguen las interacciones del organismo que resultan espontáneamente conservadoras de su vivir. Si esto no sucede, el organismo se muere.

El sistema nervioso no hace una representación del me­dio, no opera sobre un mapa del ámbito de existencia del orga­nismo. El sistema nervioso solamente genera correlaciones senso efectoras en las superficies relaciónales externas e internas del organismo que resultan adecuadas a su operar relacional como resultado espontáneo de una historia de cambio estructural en interacciones en la que el organismo y el medio han cambiado juntos de manera congruente en torno a la conservación de la configuración dinámica de las relaciones senso efectoras que constituyen lo que un observador ve como su operar en el bien­estar. Este suceder es un fluir de cambios en la arquitectura dinámica del organismo en el que los cambios estructurales de la red neuronal y la anatomía orgánica no ocurren conservan­do cambios estructurales que representan localmente relacio­nes con el medio, sino que ocurren como cambios estructura­les que conservan la generación de flujos de configuraciones de cambios de actividad en los mapeos recíprocos de las super­ficies sensoras y efectoras internas y externas del organismo que conservan la restitución continua de la armonía dinámica in­terna que el observador ve como conservación del bien-estar.

El sistema nervioso en su arquitectura dinámica como red neuronal cerrada opera generando a la vez que discriminando configuraciones de cambios de relaciones de actividad entre sus propios componentes. Y hace todo esto en un flujo de cam­bios de excitaciones, inhibiciones y cambios de valores relati­vos de referencia para esas excitaciones e inhibiciones en las relaciones de mapeo recíproco y recursivo de las superficies efectoras y sensoras del organismo, de modo que se conservan en ella flujos de configuraciones no localizadas, recurrentes y recursivas, de relaciones de excitación e inhibición que gene­ran un ocurrir cambiante recurrente de configuraciones de continua restitución de la armonía dinámica interna del orga­nismo. Si en este proceso ocurre que no se conservan las rela­ciones de restitución de la armonía senso-efectora interna y ex­terna del organismo, el continuo cambio de su arquitectura dinámica sigue un curso de transformación estructural que lo lleva pronto o tarde a la muerte.

Un organismo vive en todo momento en congruencia operacional en un ámbito relacional que ha surgido con él en el devenir evolutivo de su clase y el devenir particular de su epigénesis, cualquiera sea en el presente la complejidad de su vivir. En su origen evolutivo el dominio de correlaciones senso efectoras de un organismo tiene que haber sido muy simple en términos de lo que un observador vería como dinámicas de aproximación y alejamiento en relación con distintas configu­raciones sensoriales de bien-estar y mal-estar. Con el fluir de cambios epigénicos en el encuentro del organismo con un ám­bito relacional que surge independiente de su operar en una dinámica recursiva de interacciones, el resultado es un proceso histórico de conservación del acoplamiento estructural en un cambio congruente organismo-medio que resulta espontánea­mente en la transformación y el incremento continuo de la complejidad de la relación organismo-medio en la conservación del vivir. En este proceso epigénico evolutivo y evolutivo epigénico, se conservó continuamente la generación de un fluir de correlaciones senso efectoras con un medio operacionalmente congruente en relación con un fluir de configuraciones senso efectoras internas de bien-estar formándose distintos linajes epigénicos como distintas formas de vivir en acoplamiento es­tructural con un medio cambiante. Es más, en este devenir histórico se habrían conservado de una generación a otra de manera reproductiva sistémica, diferentes fenotipos ontogénicos que habrían constituido distintos linajes de arquitecturas di­námicas cambiantes como distintos modos epigénicos de vivir en distintos ámbitos emergentes de acoplamiento estructural. En este suceder los distintos linajes fenotípicos de arquitectu­ras dinámicas conservados de manera reproductiva sistémica, a su vez habrían generado y continúan generando distintos cursos de deriva génica, creando distintos procesos de estabili­zación genética de las distintas configuraciones emergentes de las arquitecturas dinámicas que hacen posibles las diferentes formas epigénicas que conservan la identidad de clase de los miembros de estos distintos linajes en cada momento de su devenir histórico.

Todas las actividades humanas, cualquiera sea su natura­leza como procesos culturales/productivos, siempre traerán consigo cambios en la antropósfera/biósfera definidos por aque­llo que esas actividades humanas conservan. Por esto, si desea­mos que nuestro quehacer empresarial/productivo ocurra con sentido ético y con consciencia ecológica desde el entendimien­to y comprensión de la naturaleza biológica y cultural de lo humano en el operar de la gerencia co-inspirativa, es necesario que tengamos claridad sobre la naturaleza sistémica, sistémica de lo que hacemos como creadores de los mundos que vivimos y de las nociones fundamentales que guían nuestro hacer. Para hacer esto necesitamos detenernos a mirar y comprender la matriz biológico/cultural de la existencia humana, cosa que no podemos hacer en este ensayo. Lo que si podemos hacer aquí es mirar la naturaleza de las dificultades que encontramos con muchas de las nociones que orientan nuestro quehacer en el campo empresarial/productivo.

APÉNDICE

Adaptación. En nuestro presente cultural un observador dice que un sistema se adapta a otro cuando le parece que en el curso de las interacciones de esos dos sistemas el primero cam­bia de modo que se amplía su coherencia operacional con el segundo sin perder su identidad particular, en circunstancias que el segundo existía ya antes de su encuentro con el primero y opera como un referente para su cambio. Lo que esta afirma­ción dice no ocurre. Las coherencias operacionales observables en cualquier momento del devenir de dos sistemas que se con­servan en interacciones recursivas, resulta del hecho sistémico-

sistémico de que dos sistemas sólo pueden permanecer en interacciones recursivas mientras sus cambios estructurales re­sulten congruentes en la conservación de sus respectivas iden­tidades. Cuando pareciera que eso no va a suceder, los sistemas se separan, y si no sucede uno o ambos se desintegran. En el caso de los seres vivos lo que se conserva en el devenir de sus interacciones recursivas es un modo de vivir y convivir.

Adicción. Los seres humanos como todos los seres vivos somos seres adictivos: nos podemos apegar a cualquier suceder del vivir que nos produzca placer, y buscaremos repetir ese su­ceder para vivir el placer que nos produce. Da lo mismo el origen del placer; los seres humanos vivimos, como todos los seres vivos, siempre al borde de la adicción, y si no nos cuida­mos conscientemente para evitarlo, entraremos en adicción por el suceder que desencadena o evoca ese placer en nosotros.

Adicción a ser servido. El ser servido produce placer, y el servir a otro desde el desear hacerlo también produce placer en tanto esa relación se constituye y conserva en la elección de ella desde la autonomía y el mutuo respeto de los participan­tes. El placer de ser servido y el placer de servir están en el fundamento de la posibilidad del liderazgo, y se pueden con­servar en esa relación en tanto no surja la adicción a ser servi­do que niega la autonomía (el poder decir si o no desde sí) del liderado o servidor.

Antropósfera. Ámbito de coherencias ecológicas donde se realiza y conserva lo humano, que surge con el vivir huma­no como un modo humano de estar inserto en la biosfera y ser parte de ella. Todo lo que constituye nuestro vivir humano (desde nuestro operar biológico natural hasta las más grandes fantasías de nuestros artificios creativos) es parte de la antropósfera, y como tal es parte de la biosfera. Y todo lo que hacemos y hagamos seguirá siendo parte de la biosfera, del mismo modo como lo es el vivir y la forma de vivir de cual­quier ser vivo.

Calidad, eficiencia y eficacia. La calidad, eficiencia y efi­cacia de un quehacer o actividad relacional humana cualquie­ra, no son características o propiedades de su realización u ocu­rrir en sí, sino que son opiniones de un observador sobre el operar de ese quehacer o actividad en las circunstancias relaciónales en que se realiza u ocurre, según satisfaga o no sus expectativas o deseos.

Cambio. Hablamos de cambio cuando vemos transfor­maciones que ocurren en relación a algo que parece conservar­se o que se ve invariante. Cuando decimos que todo cambia, el énfasis que ponemos en mirar el cambio oculta el hecho de que el cambio no es en sí sino que existe en relación a algo que se conserva. Tal vez cuando decimos que todo cambia, debe­ríamos decir: “todo cambia en relación al universo, al cosmos o a Dios”, que podrían ser distintos referentes invariantes con respecto a los cuales se aplica la afirmación “todo cambia”.

Co-inspiración. Hablamos de co-inspiración cuando ve­mos varias personas participando en las conversaciones de ge­neración y de realización de un proyecto colaborativo que les hace sentido como parte de su vivir en el placer del co-inspirar y colaborar.

Colaboración. Hablamos de colaboración cuando vemos a varias personas coordinando sus haceres y emociones en algu­na tarea particular en el placer de hacerlo, sin esperar otro be­neficio que ese placer.

Creatividad. Decimos que una persona ha sido creativa cuando la vemos haciendo algo que nos sorprende positiva­mente, en un ámbito que nos parecía estéril.

Cultural. ¿Surgimiento de una nueva cultura? Un obser­vador puede ver que lo que llamamos cultura en nuestra vida cotidiana ocurre como una red cerrada de conversaciones (entrelazamiento del lenguajear y el emocionear). Dado que una cultura ocurre como una red cerrada de conversaciones cuando los miembros de dos culturas se encuentran pueden vivir un desencuentro cultural total, si no se hacen cargo de su condición de seres humanos reflexivos y no se escuchan por­que no quieren estar juntos; o su encuentro puede dar origen a un encuentro creativo si se escuchan porque quieren estar jun­tos, y surge una nueva cultura, en el arte del conversar.

Gerencia. Conversaciones de coordinaciones de deseo de hacer lo que se sabe hacer en un ámbito de haceres donde las personas saben hacer los haceres que les toca hacer en una red de haceres deseada.

Gerencia co-inspirativa. Generación recursiva de con­versaciones de coordinación de los deseos de hacer lo que se sabe hacer, y de aprender o de inventar lo que aún no se sabe hacer, así como de los deseos de crear en conjunto la red recursiva de conversaciones (coordinaciones de haceres y de emociones) que concibe y realiza los quehaceres que se desea realizar en conjunto como un proyecto común.

Innovación. ¿Cómo es que algunos actos creativos apare­cen como innovadores y otros no? La innovación no es en sí. La innovación aparece cuando un observador ve que alguien hace algo que le sorprende positivamente y que él o ella consi­

dera que resuelve dificultades operacionales en su vivir de una manera adecuada antes no vistas por él o ella. La innovación puede ser accidental como cuando alguien adopta o usa una configuración relacional u operacional que es relativamente intrascendente en un dominio, y la aplica en otro donde gene­ra un cambio relacional-operacional que abre un espacio de sa­tisfacción de deseos nuevos o antiguos que resulta novedoso. La innovación también puede ser el resultado de una búsque­da intencional de un modo diferente de hacer lo mismo que se hacía antes, pero satisfaciendo algunas otras condiciones adi­cionales. En cualquier caso, la innovación surge como una red de conversaciones que entrelaza relaciones y operaciones que ocurren en dominios disjuntos dando origen a un nuevo do­minio relacional y operacional que resulta sorprendente y de­seable a la vez.

Todas las conversaciones entrelazan en el espacio relacional en que ocurren distinciones de procesos que tienen lugar en el vivir relacional del organismo en ámbitos operacionales y relaciónales disjuntos. Esto es posible por el modo como opera el sistema nervioso como componente de un organismo. El sistema nervioso está constituido como una red de elementos neuronales cerrada sobre sí misma que se intersecta con los elementos sensores y efectores de las superficies sensoras y efectoras del organismo. Como red cerrada de elementos neuronales el sistema nervioso opera como una red cerrada de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes que, como resultado de su intersección con las superficies sensoras y efectoras del organismo, sólo opera generando las correlacio­nes senso-efectoras que surgen en las interacciones de éste con el medio. El resultado de esto es que para el sistema nervioso en su operar como red neuronal cerrada todo el vivir relacional del organismo ocurre en él y para él como un flujo continuo de cambios de relaciones de actividad entre sus componentes. Las consecuencias fundamentales de esto son tres:

1. Todo lo que ocurre en las interacciones del orga­nismo y en su dinámica interna se mapea en un mismo domi­nio, que es el de los cambios de relaciones de actividad entre los componentes del sistema nervioso a través de la intersec­ción de estos componentes con los elementos sensores del orga­nismo. De esto resulta que el sistema nervioso opera en su di­námica como red cerrada de cambios de relaciones de activi­dad entrelazando relaciones de actividad que surgen en diná­micas relaciónales del organismo que ocurren en su operar en dominios relaciónales disjuntos.
2. Todo lo que ocurre en la dinámica del sistema ner­vioso como red neuronal cerrada aparece, cuando aparece, como un fluir de correlaciones senso-efectoras en los espacios relaciónales internos y externos del organismo que surgen como dinámicas relaciónales que aparecen entrelazando procesos que de otra manera ocurren en dominios disjuntos que no se intersectan. De esto resulta que el fluir relacional e interaccional del organismo siempre cursa en una dinámica operacional que un observador ve surgir como una composición que relaciona o integra procesos que él o ella ve que ocurren en ámbitos relaciónales u operacionales disjuntos.
3. En tanto lo anterior ocurre en el fluir de interacciones de un organismo en su ámbito de acoplamiento estructural, el curso que siguen los cambios estructurales del organismo y de su nicho surgen mientras se conserva el vivir del organismo, modulados momento a momento desde el ope­rar del sistema nervioso por procesos relaciónales que ocurren en dominios disjuntos.

La innovación es posible porque éste modo de operar del sistema nervioso permite que surjan en el espacio interaccional de un organismo procesos que relacionan sucederes que ocu­rren en ámbitos disj untos de su vivir y convivir. Es por esto que la innovación humana surge en el espacio relacional en que hay una multiplicidad de miradas en un ámbito de curio­sidad y reflexión amplio.

Investigación. Reflexión explicativa sobre lo vivido in­tencional o espontáneamente (experiencias) que sirve de fun­damento para el curso emergente del vivir que se quiere seguir de ahí en adelante.

Liderazgo. En nuestro presente cultural tratamos a la noción de liderazgo como si se refiriese a un valor en sí, como si denotase una habilidad o capacidad que poseen las personas que llamamos líderes. Así no vemos que lo que connotamos en nuestro presente cultural al hablar de liderazgo es una rela­ción interpersonal en la que una persona deja que otra inspire su hacer en un acto de sometimiento admirativo a los deseos o voluntad de ese otro que acepta como guía. El placer de hacer lo que se quiere mediante la obediencia de otros con frecuen­cia lleva quienes son tratados como líderes a la tentación del “autoritarismo”, y en el deseo de conservar esa relación, el “lí­der” pronto busca asegurarla más allá de la voluntad de los liderados con alguna teoría inobjetable que la justifique, o con algún procedimiento de castigo que la asegure desde el miedo a perder lo que se quiere conservar.

Organización versus organismo. Las organizaciones hu­manas al estar constituidas por personas que son seres vivos, pueden ser legítimamente tratadas como organismos, al igual que a una colmena, por ejemplo. Lo peculiar de las organiza­ciones humanas está en que las personas que las constituyen se diferencian de todo otro ser vivo en que existen en el lenguajear y reflexionan sobre su vivir, pudiendo quejarse si no se sienten bien en lo que hacen. Aunque es posible mirar a las organizaciones como organismos (o sistemas autopoiéticos de tercer orden), el hacerlo es un error porque oculta su naturale­za particular como comunidades humanas orientadas a algún proyecto productivo común o modo de convivir, y oculta la naturaleza fundamental de las organizaciones humanas como comunidades de personas que se pueden quejar cuando no se sienten bien en ellas. El deseo de mirar y tratar a las organiza­ciones humanas como seres vivos u organismos, surge del de­seo de que se de en ellas la armonía operacional interna que uno ve en el operar de un ser vivo como sistema autopoiético. Lo que uno no ve es que la armonía operacional de la dinámi­ca interna de un sistema autopoiético surge del hecho de que las moléculas o células que lo componen como un ser vivo existen en él como robots subordinados a su conservación y no se quejan. En cambio las comunidades u organizaciones hu­manas están compuestas por personas que son individuos que pueden reflexionar y quejarse por no querer estar ahí, o sea por no tener presencia. Si uno se olvida de esto, en la búsqueda de teorías que ayuden a realizar esa armonía interna en una comunidad humana, uno termina siempre, o casi siempre, generando una tiranía.

Planificación. Hay frustración porque las planificacio­nes aunque parecen resultar un poco, nunca resultan. Y si se quiere mucho que resulten, se termina generando dolor y su­frimiento. ¿Qué sucede? ¿Cómo se explica que toda planifica­ción esté condenada pronto o tarde a fracasar? Toda planifica­ción está condenada a fracasar pronto o tarde porque necesa­riamente ocurre como la proposición de un operar acotado en un ámbito de congruencia operacional circunstancial de dos o más dominios fenoménicos que tienen dinámicas estructura­les independientes.

Poder. El poder no es en sí, ocurre en la obediencia de otro; no se tiene poder, él que obedece concede poder en el acto mismo de negar la propia autonomía al obedecer, a me­nos que actúe en la hipocresía. El autoritarismo ocurre en la adicción al poder, en el apego a ser obedecido.

Progreso. ¿Cuándo hablamos de progreso? ¿Es el pro­greso algo en sí o es una opinión? ¿Cómo es que en la cultura que vivimos nos seduce hablar de progreso? Hablamos de pro­greso para referirnos a la dirección de un curso de cambios que nos parecen positivos y deseables en algún dominio de nuestro vivir.

Realización personal. Vivir sin quejas por no haber vivi­do lo que no se ha vivido.

Responsabilidad. Experiencia de estar consciente de que uno acepta las consecuencias de sus actos.

Servicio. ¿Es un servicio algo en sí? ¿Qué nos dicen cuan­do alguien nos agradece el que le hayamos prestado un servi­cio? Nada es un servicio en sí. El servicio surge cuando al­guien hace para otra persona algo que ésta necesitaba pero no podía o no quería hacer por sí misma, y que ella agradece de manera verbal o con entrega de energía.

Sistémico. Al hablar de sistemas nos referimos a conjun­tos de elementos interconectados de modo que si actuamos sobre uno de ellos actuamos sobre todos. Al surgir un sistema, lo sistémico surge ante un observador como el ámbito de las dinámicas operacionales y relaciónales en que el sistema se rea­liza como tal.

Sistémico recursivo o sistémico-sistémico: Un observa­dor puede ver al sistema que distingue mirándolo en su locali­dad como parte de un entorno lineal de interacciones sin vis­lumbrar la trama relacional a que pertenece en su operar sistémico. Tal mirada trata al sistema distinguido como una totalidad simple en la que su dinámica relacional sistémica queda oculta. Esa mirada ocurre en nuestra cultura en todos los actos discriminatorios en los que no vemos a las personas al fijarlas con una mirada clasificatoria que las oculta. El obser­vador puede también ver esa trama relacional y darse cuenta de que el sistema que distingue es parte de una red de sistemas entrelazados en un dinámica recursiva en la que su operar hace sentido sistémico, no lineal. Cuando esto último ocurre lo que el observador ve es el fluir de una dinámica sistémica- recursiva o sistémica-sistémica en la que todos los sistemas involucrados tienen un devenir histórico entrelazado de corre­laciones de procesos disjuntos. Así mismo los devenires histó­ricos de todos los habitares humanos que forman la antropósfera constituyen una trama cambiante de correlaciones de procesos históricos disjuntos que a su vez se entrelazan en una trama sistémica-sistémica con los procesos sistémicos-sistémicos de la biosfera, en un presente cambiante continuo cuyo curso no es predecible ya que no es lógico, aunque sí es imaginable en cada instante desde el observar del observador que ve el presente de correlaciones sistémicas-sistémicas de los sentires y haceres que vive.

POST SCRIPTUM:

No hemos puesto ninguna referencia a otros autores por­que, aún cuando somos personas de nuestro tiempo y hemos leído mucho y estamos en deuda inspirativa con todas las per­sonas que desde pequeños tocaron nuestras almas y por lo tan­to han contribuido a que sintamos y pensemos como ahora lo hacemos, no hemos tomado directamente ideas o nociones de otros autores para nuestras reflexiones en este artículo. De modo que somos totalmente responsables de lo que aquí deci­mos.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

dSN

Súmese como voluntario o donante, para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca

*\**

**<o**

**A® &**

**oP ira**

sin *egoísmo*

Para otras publicaciones visite [www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com) Referencia: 3884



Ximena Dávila Yáñez

Ximena Dávila Yáñez es co-fundadora con Humberto Maturana Romesin dei Instituto Matriztico. Ella al darse cuenta en su quehacer profesional con familias y organizaciones de que los dolores y sufrimientos por los que se pide ayuda relacional son siempre de origen cultural en la cultura patriarcal-matriarcal en que vivimos, ha creado el campo reflexivo y operacional que llamó entonces Conver­sar Liberador. En este proceso ella ha generado también una perspectiva reflexiva y epistemológica que le ha permitido contribuir con su pensar y su quehacer a crear, ampliar y profundizar la comprensión de los fundamentos biológico-culturales del existir humano.

Actualmente, desde la creación del Instituto Matriztico el año 2000, ella junto con Humberto Maturana Romesín y su equipo de colaboradores han sentado las bases para la ampliación de la comprensión de los fundamentos biológico-culturales de lo humano a través de hacerse cargo en su reflexio­nar y su hacer de la Matriz Biológico- Cultural de la existencia humana. Así también han puesto el entendimiento de la biología-cultural y de la dinámica operacional del habitar humano, como fundamento del operar profesional del Instituto Matriztico.

*Diseño Portada: Francia Prado*



*Humberto Maturana R.*

Humberto Maturana Romesín es co- fundador con Ximena Dávila Yáñez del Instituto Matríztico. En más de cuarenta años de trabajo científico como biólogo ha creado los fundamentos explicativos de la naturaleza biológica de la cognición y de lo social. El ha mostrado cómo la comprensión del vivir como un ocurrir biológico que consiste en cada ser vivo en la continua producción de sí mismo (autopoiésis), permite compren­der la naturaleza del conocer, profundi­zar la comprensión del suceder de lo vivo, de su historia evolutiva, del operar del sistema nervioso, de la naturaleza del lenguaje y del vivir humano en su ser biológico.

Actualmente, desde la creación del Instituto Matríztico el año 2000, él junto con Ximena Dávila Yáñez y su equipo de colaboradores han sentado las bases para la ampliación de la comprensión de los fundamentos biológico-culturales de lo humano a través de hacerse cargo en su reflexionar y su hacer de la Matriz Biológico-Cultural de la existencia humana. Así también han puesto el entendimiento de la biología-cultural y de la dinámica operacional del habitar humano, como fundamento del operar profesional del Instituto Matríztico.

*Autor imagen de portada: Rodrigo Aros Titulo: “Matriz", oleo sobre tela. wewetl@hotmail. com*

*Basado en un diseño de los autores del libro.*

El Instituto Matríztico, cofundado en el año 2000 por Humberto Maturana Romesín y Ximena Dávila Yánez, es tanto un laboratorio para el estudio transdisciplinario de lo humano, como una organización que genera procesos de acompañamiento reflexivo a comunidades y organizaciones públicas y privadas que redundan en beneficio de la calidad de su que­hacer y su vivir. También es una comunidad humana reflexiva orientada a la generación de espacios de co-existencia en la colaboración y co-inspiración en los múltiples ámbitos de nuestra convivencia social. Y es desde ahí que queremos contribuir a crear, como un frente de onda colectivo, las condiciones para un cambio cultural ético que nos desen­trampe de la convivencia cultural actual centrada en relaciones de desconfianza y control, dominación y competencia propias de la cultura patriarcal-matriarcal que realizamos en prácticamente todo el planeta.

En este libro se habla del fin de una era y del avlstamlento de las fronteras de una nueva. Una nueva era que no es un invento propuesto por los autores, muy por el contrario, dado que las señales del arribo de su advenimiento surgen con facilidad al mirar el presente cultural que vivimos en prácticamente todo nuestro planeta. En efecto, existe hoy una conciencia generalizada que surge y se amplía de ver, sentir y ser parte del dolor y sufrimiento traído a la mano en el mundo humano y natural que vivimos. Conciencia que surge todavía con más fuerza al ver que nosotros mismos hemos generado y conservado el malestar que nos atrapa.

9789563060416

Buena parte entonces, de la riqueza de este libro radica en que nos muestra el cómo somos, el cómo hemos sido, el cómo nos hemos entrampado en lo hlstórico-cultural y en lo personal, y el cómo nos pode­mos liberar también desde lo personal y desde la deriva histórica que hemos vivido en tanto humanidad. Y hace esto en una invitación reflexiva profunda que resuena en nuestro vivir cotidiano, haciéndolo además siempre de un modo que en la lectura posibilita constatar que todo lo distinguido siempre tiene que ver con cada uno de nosotros, devolvién­donos así la posibilidad de la responsabilidad por el propio mundo que cada quien genera con su vivir y convivir, para desde ahí, en la conserva­ción de un hacer ético, devolvernos la posibilidad de ser libres.



**12 Este ensayo también fue publicado anteriormente, apareció en el libro compilatorio; Terapia, familiar y de pareja. Coordinado por Arturo Roizblat**

**S. Editorial Mediterráneo. P.21 a 36. Chile. 2006.**

**21 ibid**

**27 Ley sistémica. Ver “Leyes sistémicas y meta-sistémicas” en este mismo libro.**

**29 Ver, “Leyes sistémicas y meta-sistémicas.” en este mismo libro.**

1. Entendemos por antropósfera, al ámbito de coherencias ecológicas donde se realiza y conserva lo humano, que surge con el vivir humano como un modo humano de estar inserto en la biosfera y ser parte de ella. Todo lo que cons­tituye nuestro vivir humano (desde nuestro operar biológico natural hasta las más grandes fantasías de nuestros artificios creativos) es parte de la antropósfera, y como tal es parte de la biosfera. Y todo lo que hacemos y hagamos seguirá siendo parte de la biosfera, del mismo modo como lo es el vivir y la forma de vivir de cualquier ser vivo. [↑](#footnote-ref-1)
2. Ver pié de nota página 21. [↑](#footnote-ref-2)
3. Este ensayo es el más reciente de la antología, es de agosto-septiembre del 2007 y fue expresamente escrito para este libro. [↑](#footnote-ref-3)
4. **Ver pie de nota página 21.** [↑](#footnote-ref-4)
5. **Este texto fue anteriormente publicado en** Philosophica, **Revista del Instituto de Filosofía de la P.U.C. de Valparaíso. P. 125 a 144. Numero 26. Año 2003.** [↑](#footnote-ref-5)
6. **En nuestro presente (2007) nos referimos a este filosofar como filosofía es­pontánea.** [↑](#footnote-ref-6)
7. **Actualmente nos referimos a esta orientación del filosofar como** filosofía es­pontánea. [↑](#footnote-ref-7)
8. **Este ensayo que fue escrito entre los años 1999 y 2004, y al que desde el 2005 al 2007 se le hicieron algunas ampliaciones, se encontraba hasta ahora inédito. Aunque se han dado a conocer con anterioridad algunas de las leyes sistémicas y meta-sistémicas en diversas publicaciones de los autores.** [↑](#footnote-ref-8)
9. **Al hablar de energía hablamos de disposiciones operacionales estructurales que hacen posible procesos cuyo sentido operacional-relacional no depende de ella, sino que de los cambios estructurales que ocurren en el fluir cam­biante de la arquitectura dinámica involucrada. Usualmente decimos que la energía hace posible el fluir de los sucederes, nosotros estamos diciendo que los cambios de relaciones estructurales hacen posible y guían el suceder de cambios estructurales con regularidades operacionales que señalamos como procesos energéticos.** [↑](#footnote-ref-9)
10. **Esto es particularmente evidente en el trabajo de Ximena Dávila Yáñez que presentamos en el Capítulo V de este libro con el título “Matriz Biológico- Cultural de la Existencia Humana”, y que surge en la visión de la matriz biológico-cultural de la existencia humana que se hace aparente en su com­prensión de las coherencias meta-sistémicas de los procesos sistémico recursivos del vivir relacional humano desde donde ella muestran que el vivir biológico-cultural tiene la misma naturaleza sistémica que todo en el cosmoso o los cosmos que surgen en el explicar el operar del observador con las cohe­rencias operacionales del vivir del observador.** [↑](#footnote-ref-10)
11. **Con la noción** Homo sapiens-amans amans **proponemos reconocer que el linaje humano surge como un linaje psíquico cuando surge el conversar en el entrelazamiento de las coordinaciones de coordinaciones de** haceres **y emo­ciones como un modo de vivir y convivir que se conserva de una generación a otra de manera sistémica en el aprendizaje de los niños de una familia ancestral. El linaje humano al surgir en la conservación del vivir y convivir en el conversar es un linaje biológico-cultural. Lo que guía el devenir evolu­tivo de los seres vivos en general y de los seres humanos en particular, son la conservación del bien-estar, los gustos, las preferencias, no las oportunidades o las ventajas comparativas como si éstas fuesen valores en sí. Ver: Maturana y Mpodozis “Origen de las Especies por medio de la Deriva Natural” en Publicación ocasional del Museo Nacional de Historia Natural de Chile, DIBAM, 1992. No. 46. Chile. Y en** Rev. chil. hist. nat**., jun. 2000, vol.73, no.2, p.261-310.** [↑](#footnote-ref-11)
12. **Próxima publicación de la colección Instituto Matríztico, JC Sáez Editor.** [↑](#footnote-ref-12)
13. **En nuestro presente en el Instituto Matríztico hablamos de Matriz Biológi- co-Cultural de la Existencia Humana.** [↑](#footnote-ref-13)
14. **Ibid** [↑](#footnote-ref-14)
15. **Dr. Daniel Fernández Dodds** [↑](#footnote-ref-15)
16. **Homo hace referencia a la clase de primates que somos.** Sapiens-amans **hace referencia al origen en el** lenguajear y **el amar. La referencia** amans, agressans, arrogans y ethicus **hacen referencia al modo de vivir.** Homo sapiens-amans ethicus **hace referencia al modo de vivir en consciencia ética.** [↑](#footnote-ref-16)
17. **Este ensayo hasta ahora inédito fue escrito entre abril y septiembre del 2005, con algunas ampliaciones hasta la fecha de su publicación en este libro.** [↑](#footnote-ref-17)
18. **Humberto Maturana R: “Introduction” and “Autopoiésis, the organization of the living” en Autopoiésis and Cognition, by Humberto Maturana Romesín & Francisco Varela García. Ed. Riedel Publishing Co. Colección; Boston Studies in the Philosophy of Sciences. Yol. 42, D. Boston, USA. 1980.** [↑](#footnote-ref-18)
19. **Una noción o principio explicativo es una noción aceptada a priori usado como argumento para explicar o justificar la aceptación de un suceder, que resulta ocultador de los procesos que dan origen a ese suceder.** [↑](#footnote-ref-19)
20. **Esta noción ha sido propuesta y desarrollada en el Instituto Matríztico en el trabajo de Ximena Dávila Yáñez en relación a la mirada recursiva sobre el operar sistémico.** [↑](#footnote-ref-20)
21. **Esta es una de las leyes sistémicas que hemos desarrollado Ximena Dávila Yáñez y yo en nuestro trajo conjunto en el Instituto.** [↑](#footnote-ref-21)
22. **“Leyes sistémicas y meta-sistémicas” en este mismo libro.** [↑](#footnote-ref-22)
23. **Organización y estructura. Ver el libro: “La Objetividad, un argumento para obligar”. Ed. Dolmen. Santiago de Chile. 1992.** [↑](#footnote-ref-23)
24. **La noción de reproducción sistémica se refiere y describe el hecho de que la reproducción ocurre sólo si en ella el organismo en reproducción y el nicho que lo hace posible resultan reproducido juntos en el mismo acto. Ver: “Ori­gen de las Especies por medio de la Deriva Natural” Op. cit.** [↑](#footnote-ref-24)